

DAI  
CIO



VTD DE  
SEBASIA  
VALERIE

BX4700

.V35

G3

C. 1

009106



1080021253

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# VIDA

DEL BEATO

**SEBASTIAN VALFRÉ.**

[DE LA CONGREGACION DEL ORATORIO DE TURIN,

DEDICADA

A LA SANTIDAD DE NRO. SMO. PADRE Y SEÑOR

**GREGORIO PAPA XVI.**

*Traducida del Italiano.*



Capilla Alfonsina **UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN**  
Biblioteca Universitaria **DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO**

**MÉXICO:**

IMPRENTA DE LUIS ABADIANO Y VALDES,  
calle de las Escalerillas núm. 43.

**1845.** FONDO EMERITICO COMON  
SERIES Y 45070

Bx 4700

V35

63



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## PARECER

DEL PRESBITERO LICENCIADO DON IGNACIO  
VELAZQUEZ DE LA CADENA.

**H**e visto con sumo placer y justa admiracion la vida del Beato SEBASTIAN VALFRE, de la Congregacion del Oratorio de Turin, dedicada á la Santidad de N. Smo. P. el Sr. Gregorio XVI, traducida del Italiano en nuestro idioma vulgar; y no conteniéndose en ella cosa alguna que se oponga á nuestra Santa Religion y sana moral, soy de parecer que puede V. S. Illma. dar la licencia que se solicita para su publicacion; sujetando mi dictamen al mas acertado de V. S. Illma.  
México Enero 10 de 1845.

ILLMO. SR.

*Ignacio Velazquez  
de la Cadena.*

009106

## LICENCIA DEL ORDINARIO.

México Enero 10 de 1845.

Visto el Dictámen del Presbítero D. Ignacio Velazquez de la Cadena sobre la impresion y fiel traduccion de la Obra titulada: „La vida del Beato SEBASTIAN VALFRE” como se pide; y en consecuencia damos nuestra licencia para la impresion, insertándose en ella el parecer y este nuestro Decreto, y no saliendo á luz pública sin el correspondiente cotejo. Así lo decretó, mandó y firmó el Illmo. Señor Arzobispo.

*M. El Arzobispo.*

Francisco Patiño,

SRIO.

A LA SANTIDAD

DEL REINANTE É INMORTAL PONTÍFICE

GREGORIO XVI.

BEATISSIMO PADRE.

LA vida del B. SEBASTIAN VALFRE, escrita por un Sacerdote del Oratorio de Turin, que ahora sale á luz en esta capital de la Religion Católica, es la que tengo el honor de publicar bajo el augusto nombre de Vuestra Santidad, confiando quiera prestarle su favor y patrocinio. Aunque ella no parezca acreedora á tal dignidad, por la pequeñez del libro que la contiene, y la de la obscura persona que la ofrece; no obstante, el argumento, (que son las virtudes cristianas he-

roicamente profesadas), y el ejercicio del ministerio sacerdotal y apostólico, practicado con tanto zelo por VALFRE, SON cosas tan ilustres, que (estoy seguro) no se desdeñará Vuestra Santidad echar sobre ella una mirada paternal, y ampararla con su muy respetable proteccion.

El **B. SEBASTIAN** es el primero entre los hijos de San Felipe Neri, que la Congregacion del Oratorio tiene la gloria y el regocijo de ver elevado por decreto de la Santa Sede Apostólica y con rito solemne, al honor de los Altares. Toda la Congregacion se reconoce y protesta obligada á Vuestra Santidad, de esta gloria y regocijo suyos; por lo que siempre será memorable en sus fastos, el augusto nombre de **GREGORIO XVI**, como lo es para ella el del otro *Gre-*

*gorio*, esto es, el **XV**, que canonizó á **S. Felipe**, su Fundador.

La causa de VALFRE, llevada ácia su término por la santa Memoria de **Pio VIII**, su inmediato predecesor, reconoce de Vuestra Santidad su deseado y fausto complemento; desde que en Abril de 1851 decretó poderse proceder á la solemne Beatificacion, y lo ha puesto el dia de hoy en el número de los Bienaventurados.

Solo una cosa, Beatísimo Padre, tiene ya que desear mi Congregacion, y es, que el **B. SEBASTIAN**, que reconoce este primer grado de culto público de Vuestra Santidad, obtenga tambien de Vos el otro y supremo de la Canonizacion, alcanzándole para esto del dador de todos los bienes dilatada série de años, lo cual servirá mucho á la felicidad de sus súbditos,

VI.

al gobierno de la Iglesia, y al aumento de la santa Religión.

Sin otro motivo, besando humildemente los pies á Vuestra Santidad, y suplicándole me dé su apostólica bendición á mí y á todos los que profesan mi Instituto, tengo el honor de ser

**DE VUESTRA SANTIDAD,**

*humildísimo, devotísimo, obedientísimo  
súbdito é hijo*

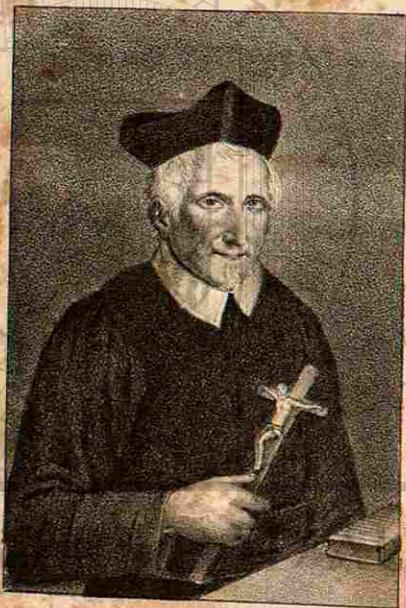
*Juan Culleri, Presbítero del Oratorio  
de Poema.*

**POSTULADOR DE LA CAUSA.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





B. Sebastian Valfré,  
*de la Congregacion de Turín.*



## VIDA

DEL BEATO

# SEBASTIAN VALFRÉ.



### CAPITULO PRIMERO.

*Nacimiento del B. Sebastian: sus primeros ensayos de piedad y letras: su vocacion y promocion al estado eclesiástico.*

**V**erduno, lugar situado sobre una colina en la diócesis de Alba en el Piamonte, fué la pátria del B. Sebastian Valfré, donde nació el 9 de Marzo de 1629, y en el mismo dia fué regenerado con el santo Bautismo. Honrada y antigua era la familia

de Valfré; pero por varias desgracias habia decaído á términos, que Juan Bautista, su padre, y Argentina Mazona, su madre, vivian y sustentaban su numerosa prole, trabajando la tierra y cultivando aquella corta heredad que poseían, con sus mismas manos. Pero la piedad de estos benradisimos consortes, suplia el mayor patrimonio del mundo.

Una tiernísima compasion á los pobres fué la particular virtud que comenzó á verse en Sebastian, apenas llegado al uso de la razon. Cuando á la puerta de su casa oía pedir limosna, corria ansioso á su madre para alcanzarla y distribuirla él mismo. Pero como no siempre podia lograrla por las escaseces de la familia, no sufriendo él despedirlos sin socorro, se entristecia y lloraba tanto, que los vecinos, entendiendo el motivo, corrian á él, y le daban caritativos auxilios para que los ministrase á aquellos infelices. Sabía él bien conocer quien era mas necesitado; y así, á proporcion de la mayor ó menor indigencia, aumentaba ó disminuía la limosna, la que era siempre acompañada de algun buen consejo: obligábalos á hacer la señal de la cruz, y les enseñaba los principales misterios de nuestra santísima religion.

Fué tambien suma la abstinencia que practicó desde su mas tierna edad, como se deduce del testimonio del Sacerdote Marco Antonio Garre-

sio, igualmente natural de Verduno, y despues Párroco de Perno, en la diócesis de Alba. „Siendo yo de catorce á quince años; (así habla él) „aconsejándome mi madre que ayunase algunos „días de la semana en el tiempo de cuaresma, me „recordó precisamente que ella me lo decía, por „que el siervo de Dios Sebastian Valfré, apenas „de diez años, ayunaba toda la cuaresma á pan y „agua.”

En cuanto á la obediencia á sus padres, no tuvieron éstos jamás ocasion de mandarle una misma cosa dos veces, bastando una palabra ó una señal, para que lo hiciese con prontitud y obediencia con la mejor voluntad. Dejolo un dia su madre en la cocina con orden de que cuidase de un caldero lleno de vino nuevo, puesto al fuego á hervir, para que no se echase á perder. Obedeció el niño; pero teniendo poca experiencia, aunque lo cuidaba atentamente atizando la leña, hirviendo el mosto, saltó afuera, y se derramó en el suelo. Entristeciose el niño, y lloró la desgracia; pero no podia repararla: preveía que llegando la madre lo regañaria y acaso lo golpearia; sinembargo, no quiso esconderse, ni huir, como suelen hacer los niños cuando temen reconvenciones y amenazas; llegando la madre, el buen hijo, con humildad, pero con valor, le salió al encuentro con los brazos

abiertos en acto suplicatorio, diciéndole con mucha ternura y sumisión: „Madre mia, si quereis „castigarme, aquí estoy; el mosto se ha derramado en el fuego.” Quedó conmovida la muger, y además de la obediencia, admiró el ánimo sencillo de su hijo.

Entretanto la voz de Dios se hacia sentir en su corazon, llamándolo al estado eclesiástico; pero representábanle sus padres que la escaséz de su patrimonio, la numerosa familia de doce hijos, y la calamidad de los tiempos, no les permitia mantenerlo en los estudios fuera de su pátria, como indispensablemente debia ser, si queria abrazar aquel estado. A estas razones respondia Sebastian con los ruegos y las lágrimas, asegurandoles, que con poco gasto quedaria contento; porque sin abandonar sus estudios, procuraria ganarse el necesario sustento y vestido con su industria y trabajo. Condescendiose, en fin, con sus deseos, y fué enviado á estudiar las letras humanas, primero á Alba, y despues á Brá, de donde traia origen su familia, alojándose en casa de su mismo maestro, á donde los suyos lo creían mejor cuidado y provisto de lo necesario. Pero este, siendo un hombre muy cruel, obligaba al jóven á dormir en un granero como un jumento, no dándole ni aun lo suficiente para cubrirse; por lo cual pasaba las no-

ches en el frio y desabrigo, sin desnudarse los vestidos que llevaba encima. Su padre que vino á Brá para tener noticias de su hijo, observándole pálido y desflaquecido, le preguntó muchas veces qué cosa sentía, pues lo veía tan consumido y en tan mal estado; pero el buen niño, por cuantas instancias se le hicieron por su padre, no dijo jamás palabra alguna de queja, ni de la verdadera causa de su poca salud; pero apartando siempre el discurso de esto, hasta que el padre llegó á saberlo por otro camino.

Otro acontecimiento que le pasó en Brá, hizo conocer tambien bastante la virtud de nuestro Beato. Un condiscípulo suyo llamado Sebastian Cappello, habiendo recibido una injuria de uno de sus compañeros de escuela, queria tomar venganza de ella: noticioso de esto VALFRE, fué á buscarle, y con semblante alhagüejo le preguntó, si en aquella mañana habia rezado el Padre nuestro. Cappello, no preeviendo á qué se dirigia aquella simple pregunta, le contestó que sí; *pero lo habeis rezado con atencion?* añadió con la misma suavidad VALFRE; volvió á contestarle el otro, que sí: *Luego, concluyó el sábio consejero, habeis hecho observacion á aquellas palabras, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos;* y mostrándole en seguida la obligacion que tiene un

cristiano de perdonar á sus ofensores, de tal suerte lo persuadió, que depuso completamente todo sentimiento de cólera.

El progreso en los estudios era igual al de su piedad, admirando sus maestros en él una incansable aplicacion, perspicacia de ingenio y tenacidad de memoria, con que presto escedió á sus coetáneos. Continuando en la vocacion al estado eclesiástico, vistió el hábito clerical; y despues de haber superado muchas y grandes dificultades, fué promovido en 21 de mayo de 1644 á los dos primeros órdenes menores por el Illmo. Obispo de Alba, Pablo Brizio, quien en el año siguiente le confirió los otros dos.

Despues de tan felices principios pasó á Turin para estudiar la filosofia y teología. Su padre lo proveyó de un carro de vino para los gastos; y este fué el único auxilio que le fué prestado de su casa, por lo cual, para sustentarse y procurarse las cosas mas necesarias, se ocupaba dia y noche en copiar escritos y libros; no olvidandose jamás de dar á los pobres alguna parte de lo que le producian estos trabajos.

Aunque el buen clérigo se viese obligado á vivir entre tantas angustias y continuos trabajos, no obstante esto, se aplicó con tanto empeño á los estudios, que en el año de 1650 sostuvo un acto

público sobre toda la filosofia; despues del cual, deseando ser promovido al subdiaconado, su obispo que queria que no interrumpiese los cursos escolásticos, lo hizo ordenar en Turin por el Illmo. Arzobispo Berguera, á 17 de Diciembre del mismo año. Con qué fama de santisimas costumbres y de virtudes eclesiásticas apareciese SEBASTIAN en la universidad de Turin, se puede inferir de la estimacion que con mucha especialidad hicieron de él sus coetáneos y condiscipulos, que lo amaron siempre muchísimo, y no pocos lo eligieron despues que fué ordenado de sacerdote, para confesor y director de sus almas.

## CAPITULO II.

*Entrada del B. Sebastian en la Congregacion del Oratorio de Turin: su observancia y caridad en el desempeño de los diversos officios que se le confiaron.*

La Congregacion del Oratorio de Turin habia sido fundada en el mes de Enero del año de 1649, y sus principios fueron débiles, pobres y molestados por diversas contradicciones; como ordinariamente sucede á todas las mas piadosas fundaciones. SEBASTIAN hizo en ella su entrada en la fiesta del Sauto Padre Felipe Neri, el 26 de Mayo

cristiano de perdonar á sus ofensores, de tal suerte lo persuadió, que depuso completamente todo sentimiento de cólera.

El progreso en los estudios era igual al de su piedad, admirando sus maestros en él una incansable aplicacion, perspicacia de ingenio y tenacidad de memoria, con que presto escedió á sus coetáneos. Continuando en la vocacion al estado eclesiástico, vistió el hábito clerical; y despues de haber superado muchas y grandes dificultades, fué promovido en 21 de mayo de 1644 á los dos primeros órdenes menores por el Illmo. Obispo de Alba, Pablo Brizio, quien en el año siguiente le confirió los otros dos.

Despues de tan felices principios pasó á Turin para estudiar la filosofia y teología. Su padre lo proveyó de un carro de vino para los gastos; y este fué el único auxilio que le fué prestado de su casa, por lo cual, para sustentarse y procurarse las cosas mas necesarias, se ocupaba dia y noche en copiar escritos y libros; no olvidandose jamás de dar á los pobres alguna parte de lo que le producian estos trabajos.

Aunque el buen clérigo se viese obligado á vivir entre tantas angustias y continuos trabajos, no obstante esto, se aplicó con tanto empeño á los estudios, que en el año de 1650 sostuvo un acto

público sobre toda la filosofia; despues del cual, deseando ser promovido al subdiaconado, su obispo que queria que no interrumpiese los cursos escolásticos, lo hizo ordenar en Turin por el Illmo. Arzobispo Berguera, á 17 de Diciembre del mismo año. Con qué fama de santisimas costumbres y de virtudes eclesiásticas apareciese SEBASTIAN en la universidad de Turin, se puede inferir de la estimacion que con mucha especialidad hicieron de él sus coetáneos y condiscipulos, que lo amaron siempre muchísimo, y no pocos lo eligieron despues que fué ordenado de sacerdote, para confesor y director de sus almas.

## CAPITULO II.

*Entrada del B. Sebastian en la Congregacion del Oratorio de Turin: su observancia y caridad en el desempeño de los diversos officios que se le confiaron.*

La Congregacion del Oratorio de Turin habia sido fundada en el mes de Enero del año de 1649, y sus principios fueron débiles, pobres y molestandos por diversas contradicciones; como ordinariamente sucede á todas las mas piadosas fundaciones. SEBASTIAN hizo en ella su entrada en la fiesta del Sauto Padre Felipe Neri, el 26 de Mayo

de 1651, siendo todavía subdiácono; mas casi al momento fué ordenado diácono; esto es á 3 de Junio del mismo año. La pobre Congregacion, entónces naciente, no tenia hermanos laicos; y el fervoroso novicio, á imitacion de los primeros compañeros de nuestro Santo fundador, se inclinó de buena gana á los ministerios mas abatidos, sirviendo en la cocina, en la puerta, en el refectorio, y en cualquiera otro oficio mas bajo y molesto.

Pero mientras él hacia tantas cosas, se preparaba con sumo recogimiento al sacerdocio: grado al que fué elevado el 24 de Febrero de 1652 por su mismo Obispo en Alba. Celebrada con alegría y fervor de espíritu la primera misa en Verduno, volvió al punto á su amada Congregacion, la que admirablemente hacia Dios prosperar con auxilios temporales y con la ilustre entrada de personajes muy esclarecidos por su saber y virtudes. Entónces fué cuando aquellos Padres respetables juzgaron debia SEBASTIAN recibir la borla de Teología, á lo cual él adhirió, á pesar de su repugnancia á los honores; y despues de las funciones acostumbradas, fué agregado al sapientísimo Claustro de teólogos de la universidad.

Aplicándose con todo empeño, como hemos dicho, á los estudios, no dejaba por esto de poner toda solicitud en corresponder siempre mas á su

vocacion, viviendo como verdadero sacerdote y perfecto imitador de N. Santo Padre. Esto se manifestó admirablemente, cuando de una casa de alquiler, junto del convento de San Francisco de Asís, donde habia tenido principios la Congregacion, se trasladó al arrabal de Pó, á una casa donada por el abate Lorenzo Scotti, limosnero de Cristina de Francia, madre de Cárlos Emmanuel II, y de aquí á la iglesia del *Corpus Domini*, asignada á los Felipenses por los piadosísimos regidores de la Ciudad. En estos dos lugares el B. SEBASTIAN aumentando sus trabajos y fervor, hizo célebre, sin pretenderlo, su nombre y el de sus compañeros, por toda la ciudad, y no solo en el arrabal en que volvieron á habitar por otros catorce años; y por esto obtuvieron la parroquia de S. Eusebio, que hasta el dia está regida por la Congregacion, bajo el patronato de la nobilísima familia de la Rovere.

El primer oficio que la Congregacion confió al B. SEBASTIAN, fué el de Prefecto del Oratorio. Entiéndose por Oratorio una reunion de hombres seculares artesanos, comerciantes ó nobles, los cuales suelen congregarse todos los domingos en las mañanas, para atender á aquellos ejercicios de piedad, que están prescritos por el instituto, y se introdujeron en Roma por San Felipe. Tales ejer-

cicios, que consisten en una lectura espiritual, una breve meditacion, una plática, y en la frecuencia de los santos Sacramentos, fueron promovidos y practicados por él en el espacio de diez y ocho años, aunque no consecutivos, en el discurso de los cuales él fué Prefecto, empleando todas aquellas virtuosas y amorosas industrias, que en Roma habia usado antes el Santo Patriarca. Despues del sermon, destinaba parte de los Congregantes á la visita de las siete iglesias, y parte al servicio de los enfermos en el hospital de San Juan.

La visita de las siete iglesias era general en los tres últimos dias del carnabal, estudiando todas las maneras de impedir y reparar las ofensas que se hacen á Dios en estos dias peligrosos. Conociendo SEBASTIAN que podia estar seguro de la constancia de sus hijos, pasaba en su compañía y transitaba por las calles y plazas mas frecuentadas por las máscaras y la gente ociosa por la libertad del carnabal. En estas ocasiones era tanta la modestia, el buen orden y la religiosidad de la piadosa comitiva, que no solamente hacia enmudecer las lenguas de los disolutos, que al principio comenzaban á burlarlos, sino que sucedia con bastante frecuencia, que algunos de los espectadores, quedando conmovidos, dejaban las máscaras y bailes, y se iban con ellos á obrar bien. En otros

ciertos tiempos del año, como en las Dominicas que preceden á las solemnidades principales, y en ocasion de calamidades públicas, acostumbraba conducirlos á la iglesia de los monges Cistercienses, llamada de nuestra Señora de la Consolacion. Aquí, en una Capilla subterránea, despues de una breve leccion espiritual, hacia un devoto discurso y otro cualquiera ejercicio de penitencia, con tanto zelo y uncion de la divina gracia, que escitándolos á compuncion, se deshacian todos en lágrimas. Otras veces ordenaba la comunion general en otras iglesias parroquiales ó de regulares, siempre de perfecto acuerdo con los superiores de las mismas. Seria cosa cansada numerar todas y cada una de estas espediciones, por lo cual solo hablaremos de dos, por las que se podrán conocer todas.

Los condujo un año, en la Dominica de quincuagésima, á comulgar en la iglesia de los mártires, perteneciente á los Padres Jesuitas, en que se celebraba una solemne funcion, y saliendo de allí ácia el medio dia en buen orden de procesion, se dirigió con ellos al palacio del Arzobispo, el Illmo. Miguel Beggiami, donde se les tenia preparada la comida. Este buen prelado, sabedor de la virtud y fervor con

que los hermanos del Oratorio edificaban á toda la Ciudad, les habia ofrecido una sala de su mismo palacio. Asistiólos el siervo de Dios, así durante la comida como en la hora de la recreacion, con la lectura espiritual y piadosas conferencias y exhortaciones, de modo que pasaron todo aquel tiempo, como si hubieran sido no hombres seculares, sino monges de consumada virtud; y por tales los reputaba el mismo Arzobispo; como lo testifica un papel escrito de su propia mano, que les dirigió en el tiempo de la recreacion, diciendoles, se alegraba mucho que su casa fuése albergue de tan devota asamblea; ofreciendose todo á ella, y encomendandose á las oraciones de aquellos sus huéspedes y comensales.

En el año de 1662 ordenó la comunión general para la primera Dominica de Agosto en la iglesia parroquial del real sitio, distante tres millas de la Capital, dedicada á la Santísima Virgen; y la primera cosa que hizo para santificar aquella romería fué, prohibir á todos la entrada en el real palacio y jardín de placer, recién plantado por Carlos Emmanuel II; y se observó, que no hubo uno solo que se acercase á aquel lugar delicioso, ni levantase la vista á mirarlo; sino todos con los ojos en el suelo, re-

zando á coros devotamente el rosario. Luego que llegaron allí, entraron en derechura en la iglesia parroquial, donde el siervo de Dios, despues de haber discurrido en forma de diálogo con un sacerdote de la mision que consigo habia llevado, dispuso á todos con gran fervor á participar de los sagrados misterios. La eficacia del discurso y la modestia de los hermanos del Oratorio, produjo al momento un gran bien espiritual en los moradores de aquel lugar; porque muchos de ellos, que ocurrieron á la funcion, acaso por sola curiosidad, conmovidos por ambas cosas, quisieron presentarse al tribunal de la penitencia, y de allí á la santa mesa, con manifiestas señales de viva fé y de contrición de sus pecados. Concluida la funcion, sin apartarse á ningun lugar, fueron derechamente á donde les estaba preparada la comida, la cual, aunque bien escasa, fué muy suficiente para ellos, estando hambrientos no del manjar terreno sino del celestial. Despues de la refeccion, SEBASTIAN los hizo reunir en un lugar ameno y público, entreteniendolos por el espacio de media hora en una honesta y jovial recreacion; y formando de ellos un círculo, estando él en el centro, se hizo proponer algunas varias dudas de conciencia, las que resolvía con tanta benigni-

dad, que arrebatava los afectos de los que lo escuchaban. Concluida la recreacion y la conferencia espiritual, se comenzó á esplicar la doctrina cristiana por el sacerdote que iba en su compañía; y fué de tal fruto este ejercicio, que conmovidos los hermanos del Oratorio y la demás gente que allí habia ocurrido, protestaron en alta voz (renovados los propósitos hechos ántes) querer perder primero la vida, que dejar en lo succesivo de observar la ley de Dios. Volviendo á sus casas, por el largo trecho de aquel camino, fieles á los mandatos de su exactísimo director, caminaban con silencio, ó hablaban de cosas santas. Llegados al puente de Dora, cercano á la ciudad, reunidos en devoto orden, comenzaron á rezar el rosario, y así prosiguieron hasta la iglesia de la Congregacion, donde el siervo de Dios, dando gracias al Señor y á S. Felipe del próspero viage, los despidió para sus casas, no cansados, sino ántes solícitos y deseosos de tan devotas peregrinaciones: y quedando él muy satisfecho del bien espiritual que de estas resultaba, las favorecía con mucho gusto, particularmente en las Dominicas desde la pascua hasta la primera de Noviembre.

Además de este oficio, desempeñó él en varios tiempos el de Preposito por veinte años.

Los ruegos que hacia, las lágrimas que derramaba al fin del trienio para no ser confirmado, eran del todo inútiles: justamente persuadidos los Padres de que su ejemplaridad y observancia darian espíritu, direccion y norma á toda la Congregacion. Y, efectivamente, él era un perfecto retrato de S. Felipe, que animaba y dirigía á sus hijos. Por esto él queria que las reglas y observancias del Instituto se observasen por los Padres y Hermanos con toda integridad y exactitud; y tenia por inobservantes tanto á aquellos que faltaban sin justa causa á los actos de comunidad, quanto á los que lo hacian con tibieza: ni sabia escusar á aquellos que acostumbraban ir al Oratorio, como él decia, ya *desgastado*; venir al refectorio echada ya la bendicion; servir á la mesa, ahorrando quanto era posible el trabajo y cargándolo al compañero: y así en el Oratorio rezando las Letanías y las otras preces con voz tan baja que no se pudiese oír; y en el refectorio proponiendo casos, ó respondiendo de manera que no se pudiesen entender. Los cuales defectos, sostenia, ser todos muy perjudiciales á nuestro santo instituto.

Apreciaba mucho que los sujetos se manejasen en toda accion, palabra ó gesto, con mo-

desta gravedad; ni le desagradaba una moderada jovialidad; pero otro tanto aborrecía á los que só pretesto de alegría daban en frecuentes bufonadas. Habiendo sucedido que un novicio, leyendo en el refectorio, dijo por burla una palabra ridícula, él al punto, habiendo dulcemente advertido cuan fuera de tiempo se burlaba, lo amonestó con suavidad; pero el culpable no oyendo como debía la paternal amonestacion, el Siervo de Dios sintiendo mucho esto lo corrigió con algun mayor rigor; y despues, por no apartarse de aquella suave manera que se practica en el gobierno de la Congregacion, protestó al culpado, que él mismo habia hecho la debida penitencia por la falta que el habia cometido. Ni manifestaba menor cuidado en que no se introdujese una calidad ó forma de hábito diversa de aquella que está prevenida en las reglas del Santo Fundador, y practicada por los mas antiguos y observantes, los cuales siempre se contentaron con vestir hábitos de anascote ordinario. Enemiguisimo del ócio, velaba en que ninguno se detuviese largamente en la cocina bajo el pretesto de calentarse en el invierno, ó en el aposento en la lectura de libros profanos y curiosos, ó en las escaleras y corredores en conversaciones inútiles: abusos todos

que continuamente procuraba que no sucediesen, y se dedicaba á cortar con suave firmeza. En los casos dudosos de la Regla, él se dirigía á Roma, consultando á los Padres mas ilustrados é insignes de aquella Congregacion, madre y modelo de todas las demás; y conforme lo que le contestaban, se dirigía á sí mismo y al instituto. De todas estas preguntas, así como de las respuestas que tuvo, se habia formado un libro, que todavía se conserva en esta Congregacion de Turín.

Pero así como el fin de todo precepto, y el objeto de todas las observancias se dirigen á la union de los ánimos de todos los que viven en comunidad; así á esto dirigia él sus mas diligentes y continuos cuidados. Manejábase con tales muestras de bondad y estimacion, ácia los padres y los hermanos laicos, que no permitia que en su presencia estuviese alguno con la cabeza descubierta. Alababa y honraba á todos, y al andar por la ciudad, acostumbraba ceder el lugar mas digno al compañero, cualquiera que fuese. Procuraba que ninguno fuese demasidamente oprimido del trabajo; aunque tambien queria que todos trabajasen á medida de sus fuerzas é ingenio. Si en casa habia enfermos, además de las visitas prevenidas en el instituto, ocurría fre-

cuentemente á consolarlos y proveerlos de todo, encomendando al Padre Ministro y á los médicos, no omitir gasto alguno, y en caso de necesidad, quería que se empleasen aun los mismos fondos de la Congregacion. Cuando alguno, aun de los laicos, despues de un viage volvia á Turin, procuraba salir á su encuentro, acogéndolo con afecto mas que de padre. Cuidadoso de no causar molestia ó incomodidad á ninguno, evitaba hasta el ruido de las pisadas cerca de las puertas ó aposentos de los que vivian inmediatos á él. Si descubria á alguno melancólico, ú oprimido de interiores aflicciones, insinuándose con dulces maneras en su corazon, ahuyentaba toda pena de él, le volvia la paz, y le daba una apreciable alegría. Pero su caritativo empeño se hacia mayor, cuando sospechaba que alguno estuviese tentado de abandonar el instituto. No pueden referirse las afectuosas diligencias que practicó para mantener firme en su vocacion á un hermano, que resueltamente pedia licencia para salir; las tiernas exhortaciones que le hizo para apartarle de sus intentos, la invencible paciencia con que sostuvo su pertinacia. Derramó muchas lágrimas, orando él, y haciendo orar á otros en su propio aposento, ánte las reliquias de los Santos Mártires que se

le habian dado á custodiar por el Soberano, para obtener su patrocinio á favor del incauto hermano: y á uno que se maravillaba de tantas diligencias suyas, respecto de un laico, respondió el siervo de Dios, que si él no hiciera cuanto sabia y podia para detenerle, temeria que en castigo fuese el mismo, por justo juicio de Dios, escluido de la Congregacion, de la que aquel desaconsejado quiso finalmente partir.

Mas feliz resultado tuvieron las amorosas industrias usadas por el Beato con un novicio, el cual, por motivo de ciertos mandatos frivolos, impuestos á él por el Director, (oprimido su ánimo de una secreta aversion en su contra), se le puso en el corazon el partir con un sacerdote, y ya envueltos y remitidos fuera, con todo secreto, sus muebles, salido del aposento, comenzaba ya á bajar las escaleras para irse de casa. Ambos, admirablemente descubiertos sus designios, se detuvieron por sus consejos, y deponiendo del todo la deliberacion contraria, permanecieron en el instituto durante su vida.

La dulcísima caridad con que siendo Propósito rigió siempre la Congregacion, no le impedía, á su ocasion y tiempo, el hacerse ver intrépido y fuerte. Despidió irremisiblemente á

un sugeto turbulento y altivo, que despreciando los avisos y correcciones, turbaba la observancia, y desunía los ánimos de la Congregacion. Pero es cierto que él, para no verse precisado á llegar á estos remedios extremos, ponía toda diligencia en curar tan peligrosos males, apenas los veía nacer. Varios consejos acostumbraba dar sobre el particular, utilísimos á cualquiera comunidad religiosa: véamos algunos de ellos.

I. *Guardarse de un zelo indiscreto.* „Gran defecto (son sus palabras) es el andar observando cuando faltan los otros á la mesa, á la oracion, al confesonario, al Oratorio, &c. Aquel sugeto que alguna vez traspasa la comun observancia, acaso tiene justa causa que lo excusa delante de Dios, aunque no se sepa de todos, ni de la mayor parte. Pero, sea lo que fuere, corresponde al superior y á los oficiales, el pensar en las faltas ajenas; pero el zelo indiscreto querria al momento la enmienda de todos los defectos. ¡Cuánto mejor seria que cada uno pensase en corregirse á sí mismo y en edificar á los otros, cumpliendo ecsactamente sus propios deberes!”

II. *Guardarse del espíritu de envidia y de soberbia.* Porque desde que una vez se ha introducido en el corazon de quien vive en co-

munidad religiosa, insensiblemente destruye la union: y por tal motivo acostumbraba decir: „Muchas veces, en las casas particulares, se sufren mas facilmente los disgustos; porque terminan en la persona ofendida, la cual, sin hacer comparaciones se resigna; cuando en las comunidades religiosas frecuentemente se fomenta el disgusto; porque quien recibe alguna correccion, algun empleo abatido, la negativa de alguna licencia y cosas semejantes, al momento vuelve á compararse con los otros; y hallando á alguno mejor tratado que él, se indigna contra el superior, y dice: *¿Por qué á aquel esa licencia, y no á mí? ¿Por qué á aquel jóven tal oficio, y no á mí mas anciano?* Es necesario, pues, persuadirse en estos casos, que el superior, sin mas predileccion, tendrá causas justas para obrar así: y si nosotros quedamos abatidos y abandonados, mejor suerte es la nuestra.”

III. *No obstinarse en el propio parecer.* Este vicio suele ser el enemigo mas terrible de la paz propia y de la comun. Para vivir tranquilamente, es necesario ejercitarse en la mortificacion, y ceder á la autoridad ajena. „Este aviso, decia él, viene á hacer el mas arduo en cumplirse en las públicas conferencias, en que

„tratandose los negocios de la congregacion, es „cosa fácil insistir en la opinion propia, aun á „despecho del parecer de los otros: lo cual frecuentemente, en las comunidades religiosas, es „origen de la discordia, tan contraria á la caridad cristiana.” Solia, por tanto, decir á nuestros jóvenes: que no sabrian ellos lo que era vivir en comunidad, hasta que no hubiesen entrado en las públicas conferencias; porque allí, en la discrepancia de pareceres y de ideas, se podia conocer quien tiene virtud verdadera, y quien solo aparente; cual ha aprovechado en los años de la probacion, y cual ha perdido en ellos el tiempo.

IV. *Reprimir las interiores antipatias y aversiones naturales, para que no oparezcan en lo exterior, y perjudiquen á la santa caridad.* Hablando alguna vez de sí mismo con un confidente suyo sobre este particular, confesó candidamente, que aunque por mucho tiempo hubiese él sentido una natural y fuerte antipatia, para con cierto padre de gran virtud, no obstante, con la ayuda del Señor, habia vélado tanto sobre sí, que creía no haberle dado jamás la mas pequeña señal de ella.

V. Finalmente, decia, que para mantener la paz del corazon y de la comunidad, es in-

dispensable *armarse de constante paciencia.* „Es „imposible que alguno, aun sin culpa suya, en „alguna circunstancia, no nos disguste; y en tal „caso, para evitar toda contienda, conviene dis- „mular, callar, no quejarse jamás, ni responder „nunca palabras picantes. Esto debe observar- „se particularmente en la recreacion comun, y „en las resoluciones de los casos en refectorio, „á donde, quien fuere atacado por alguna res- „puesta satírica, no pudiendo á causa del silencio, „oponer resistencia y rebatir la opinion contra- „ria, siente siempre turbarse mas, y encender- „se su ánimo.”

### CAPITULO III.

*Toma por obediencia el B. Sebastian, el oficio de Confesor: su zelo y aplicacion en ejercitar este ministerio.*

Aunque el B. SEBASTIAN poseyese todas aquellas cualidades que requieren los sagrados cánones para formar un excelente confesor, con todo, en los primeros años no se atrevió á engolfarse en un ministerio, que, por su grande humildad, le parecia muy árduo y difícil: así es que, lo fué ejercitando poco, y á veces temien-

„tratandose los negocios de la congregacion, es „cosa fácil insistir en la opinion propia, aun á „despecho del parecer de los otros: lo cual frecuentemente, en las comunidades religiosas, es „origen de la discordia, tan contraria á la caridad cristiana.” Solia, por tanto, decir á nuestros jóvenes: que no sabrian ellos lo que era vivir en comunidad, hasta que no hubiesen entrado en las públicas conferencias; porque allí, en la discrepancia de pareceres y de ideas, se podia conocer quien tiene virtud verdadera, y quien solo aparente; cual ha aprovechado en los años de la probacion, y cual ha perdido en ellos el tiempo.

IV. *Reprimir las interiores antipatias y aversiones naturales, para que no aparezcan en lo exterior, y perjudiquen á la santa caridad.* Hablando alguna vez de sí mismo con un confidente suyo sobre este particular, confesó candidamente, que aunque por mucho tiempo hubiese él sentido una natural y fuerte antipatia, para con cierto padre de gran virtud, no obstante, con la ayuda del Señor, habia vélado tanto sobre sí, que creía no haberle dado jamás la mas pequeña señal de ella.

V. Finalmente, decia, que para mantener la paz del corazon y de la comunidad, es in-

dispensable *armarse de constante paciencia.* „Es „imposible que alguno, aun sin culpa suya, en „alguna circunstancia, no nos disguste; y en tal „caso, para evitar toda contienda, conviene dis- „mular, callar, no quejarse jamás, ni responder „nunca palabras picantes. Esto debe observar- „se particularmente en la recreacion comun, y „en las resoluciones de los casos en refectorio, „á donde, quien fuere atacado por alguna res- „puesta satírica, no pudiendo á causa del silencio, „oponer resistencia y rebatir la opinion contra- „ria, siente siempre turbarse mas, y encender- „se su ánimo.”

### CAPITULO III.

*Toma por obediencia el B. Sebastian, el oficio de Confesor: su zelo y aplicacion en ejercitar este ministerio.*

Aunque el B. SEBASTIAN poseyese todas aquellas cualidades que requieren los sagrados cánones para formar un excelente confesor, con todo, en los primeros años no se atrevió á engolfarse en un ministerio, que, por su grande humildad, le parecia muy árduo y difícil: así es que, lo fué ejercitando poco, y á veces temien-

do siempre errar con perjuicio de su alma y de las ajenas. „Temia yo mucho, (de esta suerte „se encontró escrito de su mano), la dificultad „del oficio de confesor, y por esto iba yo con- „fesando á algunos en nuestra capilla interior; „no teniendo resolucion de presentarme en la „iglesia pública al ejercicio de un ministerio tan „santo. Aunque fuese aconsejado por no pocas „personas á hacerlo, mucho recelaba el abrazar „un peso tan grave. Me encomendé a las ora- „ciones de muchos, y especialmente de los pa- „dres de la Congregacion, la que no me man- „daba tal cosa, sino me compadecia y sufría vien- „do mi repugnancia: pedí tambien consejo al pa- „dre Poggi, de la Compañía de Jesús, que vi- „no á predicar á Turín, y él me animó á confe- „sar á todos, y muchas veces, aun por cartas, „me repitió este su parecer. Seguílo, y comen- „cé á ponerme en el confesonario en la iglesia; „y cualquiera que haya sido mi fin, el cual „entiendo fué la gloria de Dios, la salvacion de „las almas, y la observancia del instituto, gra- „cias al Señor, no he hallado en la práctica „aquellas dificultades que me imaginaba encon- „trar al principio.” Aquel que poco ántes te- „meroso, rara vez se sentaba en el tribunal de la penitencia, ahora, totalmente animado con in-

cansable constancia, se miraba todos los dias rodeado en la iglesia de un inmenso estrado de penitentes. En los dias prevenidos en la Regla, se ponía en el confesonario en la mañana, desde la aurora, y no salía hasta la hora de comer; ni jamás se apartaba de allí, sino por urgentísimos motivos. En los pequeños interválos que de cuando en cuando tenia entre una confesion y otra, se ponía á rezar la corona, ó á leer algun libro espiritual. De esta manera ganó á un miserable, que por instigacion diabólica habia abandonado el hábito de una religion, que voluntariamente habia abrazado. Entró éste un dia en la iglesia de la Congregacion, y observando al B. SEBASTIAN que estaba haciendo oracion en el confesonario, no teniendo inmediato algun penitente, se sintió fuertemente movido á aprovecharse de aquella ocasion, para remediar el mal estado de su alma. Al momento corrió á sus pies; y fué tal el dolor que concibió de sus pecados, por las paternales amonestaciones de VALFRE, y tal el fruto que sacó, que con lágrimas en los ojos se volvió al momento á su instituto, en el que perseveró virtuosamente hasta la muerte. Este suceso solia despues contar el siervo de Dios á los demás padres de la Congregacion, para animarlos á detenerse,

conforme á la Regla de San Felipe, en el tribunal de la penitencia, aunque no tuviesen á quien confesar.

Ni solamente en la propia iglesia se prestaba á esto, sino tambien á donde era llamado; sin hacer diferencia de persona noble ó plebeya, docta ó ignorante, rica ó pobre, timorata ó llena de mil iniquidades; porque él abrazaba á todos con entrañas de paternal amor, enseñando con toda paciencia su ignorancia, resolviendo las dudas difíciles con las reglas de la sana moral, animando sobre todo á los vergonzosos, á manifestarle ciertas llagas torpes inveteradas de muchos años, y no confesadas á otros, tranquilizando con admirable gracia á los escrupulosos, que suele ser mal de muy ardua curacion, y sacando toda suerte de pecadores del cieno del vicio, al arrepentimiento, y poco á poco á la virtud y perfeccion. Añádese á todo esto, que el Señor lo habia enriquecido con el don de conocer el secreto de los corazones; por lo cual, con frecuencia veía claramente lo que los penitentes habian olvidado, ó tambien maliciosamente callaban. Victoria Tornari, muger del abogado Estevan Donzel, depones en el proceso lo que sigue. „Al principio, cuando comencé á confesarme con el siervo de Dios, una ma-

„ñana, quedando embrollada en mi confesion, no „sabiendo explicar mi conciencia, me dejó él hablar un poco; pero viendo que no sabia yo explicar-me con claridad, me dijo estas palabras: „esperad, ¿quereis que lo diga yo! Al momento „respondí, *de buena voluntad*. Entonces el Siervo de Dios comenzó á descubrirme todo lo „que pasaba en mi alma, con mayor claridad „que lo habria podido hacer yo misma con un „largo exámen.... Parecia tener un espejo en „la mano, con el cual fuese viendo lo mas escondido de mi corazon; de lo que sumamente „quedé admirada, viéndolo tan iluminado de Dios, „para conocer los pecados mas secretos de sus „penitentes.”

Lucas Serra, notario público de un lugar de la diócesis de Asti, habiendose dirigido á Turin por el año de 1700, por varios negocios suyos, vino una mañana á nuestra iglesia, donde hecha su preparacion, aunque no habia hablado jamás con el B. SEBASTIAN, sin embargo, atendiendo á la fama de santidad de que gozaba éste, se acercó á su confesonario. Arrodillado delante de él, queria dar principio, cuando le dijo: *¿Cómo lo pasais con vuestro hermano?* „Al oír tales palabras, yo quedé asombrado y confuso; (así lo atestigua el mismo Serra); porque

„verdaderamente no reinaba buena union entre  
 „mi hermano y yo; pero queriendo, con todo,  
 „disculparme, respondí: que no le deseaba nin-  
 „gun mal, aunque no le hablase; y que siendo  
 „él mas jóven que yo, á él le correspondia ve-  
 „nir á hablarme y humillarse. Pero el buen Pa-  
 „dre, no admitiendo por suficientes estas razo-  
 „nes mias, prontamente me contestó asi: *¿Y no*  
 „*sabeis lo que dice Jesucristo, que todo fiel debe*  
 „*reconciliarse con su prójimo, cuando se tiene al-*  
 „*guna diferencia ó disputa con él, antes de acer-*  
 „*carse á la confesion? Id, pues, á reconciliaros*  
 „*con vuestro hermano, y volved despues, y os es-*  
 „*cucharé de buena gana; porque en la actuali-*  
 „*dad, estando así las cosas, no os absolveré. Oi-*  
 „do esto, creció siempre mas en mí el aprecio  
 „y la veneracion ácia su persona.”

Estos dones y virtudes suyas, para confe-  
 sar y dirigir las almas, eran tan públicas, que  
 ocurrían á sus pies de todas partes, personas  
 de toda calidad, de todo estado y condicion.  
 Pero, la multitud de tantos penitentes no lo ha-  
 cia nunca precipitado, en querer despacharlos á  
 todos en una mañana, apresurando el juicio en  
 cosas de tanta importancia; así como ni el gra-  
 do, ni la nobleza de los mismos, lo hacían mas  
 débil en corregir, ó indulgente al vicio. Muy

ageno de todo respeto humano, queria arrancar  
 el pecado y apartar las ocasiones próximas, cual-  
 quiera que fuese el culpable; hablando las ver-  
 dades evangélicas á todos, y mostrando inven-  
 cible firmeza en negar la absolucion sacramen-  
 tal, cuando las circunstancias no permitían obrar  
 de otra suerte. No dejaba vivir al rico tranqui-  
 lo en su dureza con el pobre; al grande en  
 las intrigas de su ambicion; ni al mudano en  
 el fausto y en sus ilícitas correspondencias. A  
 la dama mas noble, al príncipe, al soberano,  
 sabia hablar con verdadero zelo, igualmente que  
 al ínfimo de la plebe.

Persuadido de que muchísimos se pierden por  
 la ignorancia de los misterios y de los deberes  
 de la religion, cuantas veces llegaba á sus pies  
 un penitente, de cuya capacidad no estuviese  
 seguro, lo examinaba sobre la doctrina cristia-  
 na, y las obligaciones del propio estado, y lo  
 instruía él mismo con mucho agrado en el tri-  
 bunal de la penitencia; pero si la estrechez del  
 tiempo no se lo permitía, lo mandaba á perso-  
 nas caritativas, que le enseñasen las cosas ne-  
 cesarias de saberse, hasta que volviese suficien-  
 temente instruido: y esta práctica recomendaba  
 con suma eficacia, á todos los confesores para  
 que la observasen, mirándola como de grande

importancia, *no solo*, así decia, *para las personas del campo y de la ínfima plebe, sino tambien para las de la ciudad y de familia acomodada.* El duque Victorio Amadeo II., despues Rey de Cerdeña, lo eligió por su confesor. El humildísimo padre, asustado de este cargo, empleó todo su ingenio en apartarlo de sí; pero al fin tuvo que obedecer, vencido de sus muchos ruegos, y tambien de los consejos de los padres diputados. Bajo su direccion dió tales muestras de piedad y de beneficencia el magnánimo Príncipe, que bastaron á adquirirle fama muy ilustre, no solo en sus estados, sino en toda la Europa. Tambien las reales Princesas, sus hijas, Maria Adelayda y Maria Luisa, quisieron ser penitentes del B. SEBASTIAN; y, en obsequio de la verdad, debe decirse, que ellas fueron espejo de toda virtud y perfeccion cristiana. Todavía se conservan cuidadosamente aquí, en el archivo de la Congregacion, los originales de algunas cartas escritas por las mismas, en las cuales le ruegan con sumo respeto, yá el que pasase con mas frecuencia á explicarles la doctrina cristiana, yá á confesarlas, yá tambien á asistirles en las novenas de las principales fiestas de la Santísima Virgen, proponiéndoles alguna particular devocion. En ellas, ade-

más, le dan menuda cuenta de todas las acciones del dia, pidiéndole el favor de aumentarlas, disminuirlas ó cambiarlas, segun creyese convenir mejor á su bien espiritual. Una sumision tan humilde le demostraron constantemente hasta la muerte, no menos cuando estaban bajo la patria potestad, que despues de casadas; la primera con el Duque de Borgoña, posteriormente Delfin de Francia, la segunda con el Rey de España, Felipe V. En la grandeza de aquellas cortes prosiguieron en escribir de propio puño á su Santo é iluminado director, para recibir consejos de sabiduria y de salvacion. Ambas murieron en edad muy frezca, universalmente sentidas y alabadas de todos.

Confesando y dirigiendo este varon apostólico á la familia real, y á casi toda la corte y la mayor parte de la nobleza de Turin, pareceria no le quedaba libre un momento de tiempo; pero, entre tantos negocios, no se olvidaba de los pobres que eran su delicia, habiendo tenido siempre particular cuidado de oír á los estropeados, á los ciegos y mendigos mas andrajosos, cuyo número de almas ganadas á Dios es indecible: ni se descuidaba tampoco de sí mismo, teniendo por cierto firmemente, que para guiar bien á los otros, es indispensable atender

de propósito á la propia perfeccion; por lo qual repetia frecuentemente las palabras de San Ignacio de Loyola: *Ordinariamente Dios obra como la naturaleza, la qual, para producir alguna cosa, se vale, además de las causas generales, de un medio de la misma especie: por esto, quien quiera hacer humildes á los otros, sea humilde; quien quiera hacer pacientes á los otros, sea paciente, &c.* Este mismo sentimiento se empeñaba en inspirar en el corazon á los sacerdotes, que por comision del Arzobispo examinaba para las confesiones. „El confesor, (les decia) dé „buen ejemplo á sus penitentes, principalmente „en aquellas virtudes que desea en ellos: si ex- „horta á la humildad, sea humilde; si á la de- „votion, sea devoto; porque procediendo así, se- „rá mas facilmente creído y obedecido. ¡Ay de „los confesores y predicadores, que enseñan la „virtud sin practicarla! ¡Ay de quien aconseja, „instruye y dirige á los otros, si no es virtuoso „él mismo; porque está sujeto á un juicio mas „severo! *Nolite plures magistri fieri, fratres mei, „scientes quoniam majoris judicium sumitis.* Por „lo que á mí toca, debo estar con mucho te- „mor, si no hago verdadera penitencia de mis „pecados; porque, ciertamente, Dios me castiga- „ria con severidad, si yo que me ocupo en san-

„tificar las almas ajenas, descuidase los medios „de salvar la mia.”

#### CAPITULO IV.

*Tareas del B. Sebastian en anunciar la pala-  
bra Divina: manera con que lo ejecutaba: ilus-  
traciones tenidas de Dios para anunciarla con  
fruto.*

Una de las principales obligaciones de la Congregacion del Oratorio, es, sin duda, la de anunciar diariamente en la propia iglesia la divina palabra. San Felipe dió el ejemplo, y dejó esta obligacion á sus hijos. Con este santo ministerio cumplió el B. SEBASTIAN VALFRE, con todas las virtudes propias de los varones apostólicos. En la iglesia de la Congregacion predicaba á lo menos una vez á la semana, que de ordinario era todos los viernes, además de la doctrina en los domingos, y de los sermones que hacia á los hermanos del Oratorio en los años que fué su director, supliendo despues por cualquiera otro padre impedido por algun accidente. Predicaba tambien en los conservatorios, en las cárceles, en los hospitales, en las iglesias, en los oratorios; y allí, despues de haber instruido á la gen-

te ruda, con el catecismo, ordinariamente hacia algun discurso moral ó exhortacion piadosa á todo el auditorio. Los monasterios, además, frecuentemente oían su voz. Especialmente en ocurrencias de novenarios, de fiestas principales, y cuando se esponia á la pública adoracion el Santísimo Sacramento, eran tantas las instancias que le hacian los encargados del gobierno de las iglesias y los superiores de las religiones, que condescendiendo con todos ellos, muchas veces se vió obligado á predicar dos ó tres sermones en el mismo dia, sin contar los ordinarios que debia hacer á los pajes de corte, á las damas de honor, y á las reales Princesas. Con todo esto, no pareciendole haber satisfecho cuanto debia al bien de las almas, yá predicaba en las plazas públicas, y con especialidad en la llamada *del Vino*, llena de personas desocupadas y ociosas, no acostumbradas á frecuentar los templos: yá se dirigia á la campiña, en el distrito de la parroquia de S. Eusebio, y á otros lugares; y era escuchado por aquellos aldeanos con reverente atencion; ó mas bien (como afirman en el proceso algunos testigos) como ángel del Paraíso. Este ejercicio, abrazado por él desde los primeros años, lo mantuvo constantemente hasta la muerte; y ni por ser ya octogenario, ni

por haber sido honrado con oficios de lustre, como de Examinador Sinodal, Consultor de la sagrada Inquisicion y Confesor real, ni por hallarse en suma veneracion para con todos, tanto por sus grandes virtudes, como por haber rehusado el arzobispado de Turin, no dejó jamás de instruir en las plazas públicas á la gente: cada ángulo y cada pórtico de la ciudad, le servian de cátedra evangélica. Finalmente, en todos los viages que hizo, tanto á su pátria como á las ciudades de Alba y de Raconiggi, á los valles de Lucerna y á otros lugares, su principal empeño fué siempre el de anunciar la palabra de Dios, como si solamente para esto se hubiese dirigido á ellos, y no para otros negocios importantes encargados á su cuidado.

El modo que tenia en predicar, fué siempre conforme al ejemplo y espíritu de S. Felipe. Era, pues, su manera de hablar sencilla y llana, fundada en la divina Escritura y sentencias de los Santos Padres; procurando siempre acomodarse á las necesidades y capacidad del pueblo, con un método claro, fácil y dirigido por un recto racionio; y aunque ocurriesen á sus sermones sugetos literatos y sacerdotes doctos, conservaba no obstante constantemente, este su estilo que á todos agradaba. Pero, lo que daba

eficacia y virtud á su voz, era sin duda la oracion y la santidad de su vida; lo cual hacía que sus palabras fuesen universalmente recibidas como otros tantos oráculos del cielo. Comenzaba sus sermones con voz tan baja y humilde, que parecía hablaba con pocas personas en una reunion familiar; pero poco á poco la levantaba tanto, encendiéndolo el fuego del amor de Dios, que aterrorizaba á los pecadores, ablandaba los corazones mas duros y los llevaba á la práctica de la virtud y al ódio del pecado. Verdaderamente era el espíritu del Señor quien hablaba en él; y por esto, con un solo sermón suyo se veían admirables conversiones, separacion de culpables correspondencias, reparaciones de injurias y perjuicios, sólida reforma de costumbres. Este espíritu del Señor era el que le daba tambien dones sobrenaturales á sus palabras. El Padre Carlos Francisco Vazzolo, muerto el año de 1722 en la Congregacion del Oratorio de Fossano, de edad de setenta y tres años, con fama de santidad, el año de 1676, que era el cuarto de su entrada en la sobredicha Congregacion, fué asaltado de una maligna tentacion del Demonio, el cual le suscitó una grande aversion á confesar; y como era muy humilde, mucho mas lo oprimía el enemigo, sugiriéndole, que

continuando en ejercitar por mas tiempo aquel oficio, se exponia á graves é irreparables ruinas, así de su alma, como de las de sus penitentes. Vivía al mismo tiempo y en la misma Congregacion, su confidente y antiguo condiscípulo el Padre José Collá, el cual, aunque fuese suficientemente docto, con todo, por no sé que motivo le parecía tan gravoso el predicar, que solo pensarlo le causaba intenso dolor y gravísima afliccion. Sucedió que estos dos Padres, como suele hacerse entre buenos amigos, se comunicaron confidencialmente sus angustias de espíritu; pero en lugar de encontrar alivio y consuelo, no sabiendo uno animar al otro, se hicieron la cruz mas pesada é insoportable, al grado que para desahogarse de ella, no hallando otro medio, deliberaron desnudarse el hábito de S. Felipe y abandonar el Oratorio.

Pero Dios, por su misericordia, les puso en el corazón de no poner en ejecucion su designio, sin aconsejarse primero con alguna persona docta; y siendo en aquel tiempo universal la fama de la doctrina y santa vida del B. SEBASTIAN, determinaron pasar á Turin, á descubrirle su interior y conformarse á su parecer. Pusieronse en camino, y llegados á la ciudad, fueron en derechura á la sacristía de la antigua ige-

sia de S. Eusebio. Habiendo entendido que el Siervo de Dios predicaba, subieron á la tribuna que rodeaba el altar mayor, y se pusieron á adorar al Santísimo Sacramento, sin ver ni ser vistos, y sin que hubiesen manifestado nunca á otros el objeto de su viage. Apenas arrodillados, oyeron que el B. SEBASTIAN al epilogar el discurso, levantó fuertemente la voz, de modo que parecia un trueno, y dijo volviéndose á ellos, *manete in vocatione, in qua vocati estis*; haciendo una hermosa y clara paráfrasis sobre estas palabras. El Padre Vazzolo, quedando admirado y suspenso, tuvo por cierto, que aquel apóstrofe fué dirigido del Siervo de Dios, por especial mocion del Espiritu Santo, á él y á su compañero; por lo qual, volviéndose á este, arrodillado como estaba, ¿ois? le dijo; *esta es la respuesta que nos dá á nosotros el Padre Valfré*. Con todo eso, pasaron despues á visitarle, y abriéndole su corazon, le hicieron conocer las penas que sufrian y la resolucion que habian tomado. Luego que los hubo oido con suma bondad, los amonestó dulcemente, y los despidió con estas palabras: *en este mismo punto, sin ninguna tardanza, volved á vuestra Congregacion; y no penseis mas en otra cosa, que en servir á Dios en el Instituto en que estais, todo*

*el tiempo restante de vuestra vida.* ¡Cosa admirable! (añade el Padre Vazzolo en su declaración jurada) ¡cosa admirable que siempre me causa maravilla cuantas veces lo pienso, ni ceso jamás de contarla á nuestros padres y á toda persona! En un punto desvaneci6, con el imperio de aquellas sus palabras, como el sol á la niebla, toda nuestra turbacion: los dos quedamos tranquilos, y tan afirmados en nuestra vocacion, que no nos volvió jamás el pensamiento de abandonar el Oratorio. El Padre Collá perseveró fielmente, como buen hijo de S. Felipe, hasta la muerte; y yo que aun sobrevivo á mi buen amigo, con la confusion de serle tan desemejante en la virtud, afirmo con toda verdad, que desde aquel dia en que el Padre VALFRE nos habló, no he tenido nunca la mas pequeña dificultad de confesar, y creo firmemente, que cuando él hizo á nuestra llegada á la tribuna aquella amplificacion *manete in vocatione etc.*, ya sabia y veía en espíritu nuestra necesidad.”

Para confirmar siempre mas los d6nes que sobrenaturalmente tenía VALFRE, añado, que predicando esté á una comunidad de religiosas, contra el que, vencido de una perjudicial vergüenza, calla los pecados en la confesion sacramental,

dijo, que aquella monja que fuera culpable de cierta falta (y la nombró en particular con algunas otras), debía, sin ningun respeto humano, vencerse y confesarla. A tales palabras se conmovió y turbó totalmente la mala religiosa, y herida por una parte de la gracia de Dios, y vencida por otra de la muy inveterada vergüenza, dijo dentro de sí misma: *¡O! está fresco: ¿esperará que yo me quiera confesar de esto? En el mismo punto que ella hablaba así en su corazón, el Siervo de Dios, con mayor fuerza é imperio, no hablando mas con la comunidad sino en singular á ella, replicó y dijo: es necesario confesarlo, y confundir al Demonio á cualquiera costa. A estas palabras, mas turbada que nunca la monja, entre la confusion y el despecho confirmó su propósito diciendo: y yo de todas maneras, mientras tenga vida, no quiero confesarlo. Entonces, con un trueno de voz espantoso y grave añadió SEBASTIAN: Y yo, de parte de Dios, os mando que lo confeseis. Herida aquella como de un rayo y toda aturdida, determinó finalmente hacer una buena confesion con el confesor extraordinario. Entonces, el prudente y discreto maestro de espíritu, animándola á hacerlo así: andad, dijo, en buena hora con quien quisierais; pero, añadió, acordaos que es necesario reiterar*

las confesiones hechas desde el tiempo que habeis callado la culpa. En seguida, mudando semblante y voz, se puso con toda dulzura á hablar de la divina misericordia, confortando á la religiosa á confiar en Dios; y ella se apresuró á seguir cuanto de un modo tan admirable le habia inspirado el iluminado predicador.

## CAPITULO V.

### *De la fe del B. Sebastian.*

**L**os actos, ó sean los efectos propios de la fe, la primera de las tres virtudes teologales, unos son internos, de los cuales no forma juicio la iglesia, y otros externos, que demuestran el ardor, la perfeccion y grandeza de los interiores. Cual haya sido siempre la vivísima y firmísima fe del B. SEBASTIAN, no se puede conocer mejor, que de las continuas fatigas emprendidas y sufridas por él en enseñar los misterios y la verdad de la religion, en preservar á los católicos de la infeccion de las falsas doctrinas, y en reducir al seno de la iglesia á los hereges é infieles.

Por el discurso de cuarenta años esplicó la doctrina cristiana en la iglesia de la Congrega-

dijo, que aquella monja que fuera culpable de cierta falta (y la nombró en particular con algunas otras), debía, sin ningun respeto humano, vencerse y confesarla. A tales palabras se conmovió y turbó totalmente la mala religiosa, y herida por una parte de la gracia de Dios, y vencida por otra de la muy inveterada vergüenza, dijo dentro de sí misma: *¡O! está fresco: ¿esperará que yo me quiera confesar de esto? En el mismo punto que ella hablaba así en su corazón, el Siervo de Dios, con mayor fuerza é imperio, no hablando mas con la comunidad sino en singular á ella, replicó y dijo: es necesario confesarlo, y confundir al Demonio á cualquiera costa. A estas palabras, mas turbada que nunca la monja, entre la confusion y el despecho confirmó su propósito diciendo: y yo de todas maneras, mientras tenga vida, no quiero confesarlo. Entonces, con un trueno de voz espantoso y grave añadió SEBASTIAN: Y yo, de parte de Dios, os mando que lo confeseis. Herida aquella como de un rayo y toda aturdida, determinó finalmente hacer una buena confesion con el confesor extraordinario. Entonces, el prudente y discreto maestro de espíritu, animándola á hacerlo así: andad, dijo, en buena hora con quien quisierais; pero, añadió, acordaos que es necesario reiterar*

las confesiones hechas desde el tiempo que habeis callado la culpa. En seguida, mudando semblante y voz, se puso con toda dulzura á hablar de la divina misericordia, confortando á la religiosa á confiar en Dios; y ella se apresuró á seguir cuanto de un modo tan admirable le habia inspirado el iluminado predicador.

## CAPITULO V.

### De la fe del B. Sebastian.

**L**os actos, ó sean los efectos propios de la fe, la primera de las tres virtudes teologales, unos son internos, de los cuales no forma juicio la iglesia, y otros externos, que demuestran el ardor, la perfeccion y grandeza de los interiores. Cual haya sido siempre la vivísima y firmísima fe del B. SEBASTIAN, no se puede conocer mejor, que de las continuas fatigas emprendidas y sufridas por él en enseñar los misterios y la verdad de la religion, en preservar á los católicos de la infeccion de las falsas doctrinas, y en reducir al seno de la iglesia á los hereges é infieles.

Por el discurso de cuarenta años esplicó la doctrina cristiana en la iglesia de la Congrega-

cion, sin que, en tanto tiempo, la hora inoportuna en que suele hacerse, el calor escesivo del estío, por el cual la iglesia pequeña al principio parecía un horno, la importunidad de los niños que lo rodeaban, sus frecuentes enfermedades, y las indisposiciones de su edad decrepita, fuesen jamás capaces de apartarle de este ejercicio, que él llamaba sus delicias y su mas querido entretenimiento. En la portería de la casa frecuentemente esplicaba el catecismo, á aquellos que en gran número se reunian allí para pedir limosna, enseñándoles, ántes de la distribucion caritativa, alguna oracion que rezasen, ó la manera de acercarse á los Sacramentos, ó algun otro artículo principal de la religion. Siempre que él salia por la ciudad, casi en todas las calles era detenido por los pobres, los cuales, viendolo de lejos, corrian á él como á su padre; y él, aprovechando tales ocasiones, los instruía en la misma calle con una paciencia imperturbable. Si las circunstancias no le permitian el detenerse todo el tiempo que era necesario para instruirlos, se informaba de su nombre y morada, y adquiridas estas noticias, pasaba despues en horas libres él mismo, ó despachaba á otros, llenos tambien de su espíritu, á cumplir aquel caritativo oficio. Volviendo en el

año de 1709 de la viña llamada *de la Reina*, en compañía del Padre Juan Francisco Giriodi, como á la hora del medio dia, encontró en la calle pública á un pobre ciego, ya viejo, que pedia limosna. Se paró el B. SEBASTIAN, y poniéndole amistosamente la mano sobre la cabeza, le preguntó *¿si aquella mañana habia rezado sus oraciones? Yo tengo otras cosas en que pensar;* respondió el ciego. *¿Y las cosas principales de la santa fé, añadió el Siervo de Dios, las sabeis? Dadme alguna limosna, y no os me-tais en mas. ¿Cuánto tiempo ha que no os habeis confesado? No me acuerdo: Pero vos que me haceis tantas preguntas, ¿quién sois? ¿Sereis por ventura el P. VALERE? Sí, puntualmente soy. Pues bien, Padre, si quereis tener la bondad de oirme, estoy pronto á confesarme.* Dándole entonces una suficiente limosna, le abrazó en señal de confianza, y conduciéndole á nuestro Oratorio, le puso en gracia de Dios.

De estos casos se podrian referir infinitos; porque su diaria solicitud era, instruir á los ignorantes que hallaba; y como lleno de la caridad de Jesucristo, los buscaba por las partes en que estuviesen. Las chozas mas humildes, no menos que todos los lugares piadosos de la ciudad, los hospitales, el hospicio destinado á los

niños y niñas de los valles de Lucerna, convertidos á nuestra santa fé, las doncellas del conservatorio de San Pablo, del Socorro y de la Providencia, las mugeres sospechosas encerradas en un retiró, los catecúmenos del Espíritu Santo, las educandas de los monasterios, los soldados heridos é inválidos, recogidos en un hospicio, los presos de las cárceles publicas, los sentenciados á galeras, vulgarmente llamados *los esclavos de la ciudadela*, todos fueron instruidos en las verdades de la fé por el B. SEBASTIAN. Cuales fuesen sus cuidados en todos estos diversos lugares, puede inferirse únicamente del testimonio que consta en el proceso del marqués D. Gaspar Morozzo. „Yo mismo, (dice) he visto los grandes trabajos del Siervo de Dios, aquí en nuestro hospital de la caridad, donde estaban á veces reunidos mas de mil y quinientos pobres, cuya principal direccion tenia yo. Allí incansablemente trabajaba con ellos, para instruirlos en los misterios de nuestra santa fé, con tal fruto de sus almas, que he conocido á varios de esos pobres, que han llegado á un grado bien alto de virtud.”

En el año de 1706, en el mes de Enero, en un dia domingo, poco antes de que en-

fermase de su último mal, luego que hubo concluido, segun acostumbraba, la explicacion de la doctrina en la iglesia de la Congregacion, despues de un breve descanso, salió de casa en compañía de un jóven comerciante llamado David Julian de Raconiggi, muy confidente suyo, y con él entró en la ciudadela, no obstante el intensísimo frio que entónces hacia. Llegado allí, se congregaron todos aquellos esclavos á su alrededor sobre un baluarte, y él, al aire libre, estando sobre el yelo y la nieve, comenzó el catecismo que continuó casi por el espacio de tres cuartos de hora, preguntando yá á uno y yá á otro con toda amabilidad. Concluida esta tarea, se retiró á la Congregacion, sin quejarse nada del frio, aun teniendo ya ochenta años. Su compañero, mucho mas jóven, depone en el proceso, que era tal el rigor del aire septentrional que soplabá, que se sentia todo yerto.

Luego que fué cedida á la Congregacion la parroquia de San Eusebio, que se estendia entónces algunas millas fuera de la puerta de la ciudad, á pesar de no ser él su Rector, se prestó siempre á catequizar á los labradores del departamento del Luigotto, pasando á buscarlos y á reunirlos en una pequeña capilla; y estos viajes acostumbraba hacerlos á pié, tanto en

el mas riguroso invierno, como en la estacion mas ardiente.

Igual á su solicitud en instruir en la religion á los fieles, era su empeño en preservarlos de todo error. Con motivo de las guerras que desolaban el Piamonte, no pudiéndose impedir la comunicacion de los católicos con los protestantes, representaba frecuentemente al Soberano, que era de su deber el mandar á los hereges aliados, no vilipendiasen el honor del sacerdocio, no profanasen las iglesias, ni pervirtiesen á los soldados nacionales; los cuales, mas que otro alguno, estaban espuestos al peligro de la infeccion herética. Velaba, segun esto, en que los regimientos fuesen provistos de capellanes doctos y virtuosos, para que, con valor sacerdotal, sostuviesen intacta la santa fé, y promoviesen la debida reverencia á las iglesias, á los sacerdotes, al Romano Pontifice.

Con los mismos capellanes llevaba estrecha comunicacion; y siendo informado de ellos de algun desorden, lo reparaba prontamente con el favor del Arzobispo, ó con la autoridad del Monarca. Pero, como apesar de tantas diligencias suyas, la heregia, como cizaña maldita que esparce el Demonio entre el mas escogido grano, andaba extendiendo sus impías máximas, y

aun llegaba á tanto, que se insinuaba en las conversaciones y tertulias de la mas distinguida nobleza, á vista del error que se deslizaba, redoblaba su zelo el varon apostólico, y como el concurso á sus sermones era siempre numerosisimo, así desde el púlpito, en voz alta, encargaba ardientemente á los católicos, se defendiesen de toda seduccion; y provocaba á los hereges, algunos de los cuales ocurrían tambien á escucharle, á dirigirse á su aposento á esponer sus razones, *sin andar sembrando* (decia) *errores en las conversaciones de las damas. Venid á mí, que con la ayuda de Dios sabré responderos.* Tres de los primeros hereges que se hallaron presentes á estas palabras, determinaron ir á combatirlo, y señalado el dia del asalto, y estudiadas sus mas poderosas razones, se dirigieron á su aposento. Recibidos con toda cortesía, entraron en materia con él, uno despues de otro. Confundido el primero, proseguía el segundo; y convencido tambien éste, disputó el tercero, el que no tuvo diversa suerte que los otros, habiendo quedado los tres desconcertados con las invencibles respuestas de nuestro Beato. Procuró éste con dulces y amorosas maneras inducirlos á abrazar la fé católica; y al despedirlos, dió á cada uno de ellos,

la obra del padre S  neri: *El incrédulo sin escusa*. Fueron innumerables los demás que por su diligencia abrazaron nuestra santa religion. El año de 1685, obligados los Turinenses    venir á las armas con los hereges de los valles de Pinerolo, por haberse hecho reos de estado, habiendo combatido ferozmente de una parte y otra, muchos millares de rebeldes cayeron en nuestro poder, y un gran número de ellos fueron encerrados en la ciudadela de Turin. Encendi  se el zelo de SEBASTIAN en favor de estos, y entónces se le vió andar por todas partes, solicitando con el mayor empeño auxilio para aquellos infelices, así para el cuerpo, como para sus almas. Los proveia abundantemente de todo; los hacia sacar frecuentemente de sus encierros; con dulces maneras los iba consolando; y ganándose el ánimo de todos, les hizo conocer el error en que estaban, teniendo el consuelo de traer    muchos    la verdad de la iglesia católica. Convirtió tambien    un sacerdote, que desempeñando el oficio de párroco en una provincia de Alemania, habia sido pervertido por los hereges; y    un regular, que abandonado su Instituto para vivir licenciosamente, habia tomado el trage secular. Ambos, reclutados en un regimiento, vi-

nieron    Turin con grado de oficiales, y movidos por disposicion de Dios    hablar con el B. SEBASTIAN, quedaron heridos de la gracia divina de tal suerte, que entrando en sí mismos, se precipitaron llorando    sus pies; y despues de haberlos confesado y absuelto de las censuras, se encargó de restituir    uno    su parroquia, y al otro    su Instituto;    donde viviendo los dos despues de este suceso, sirvieron con su nueva conducta de ejemplo y admiracion.

Pero, aunque este hombre advertido pusiese, como hemos dicho, todo cuidado, todo empeño    industria en mantener    los católicos apartados de la heregia, llegó sinembargo este monstruo    insinuarse astutamente en uno de nuestros hospitales, donde s   color de virtud y de religion, sedujo miserablemente    algunas incautas mugeres. La cosa fué descubierta por la ilustre Señora Victoria Fornari Donzel, penitente del B. SEBASTIAN, la cual, entrando un dia en ese establecimiento, se encontr   con una de aquellas mugeres que temblaba fuertemente: creyendo que estuviese atacada de alguna enfermedad, volviéndose    la directora que la acompañaba, le dijo en acto de compasion: *  pobre doncella, que feo mal tienel* Pero la superiora que sabia muy bien el origen

de aquel temblor, y que estaba tambien miserablemente engañada, respondió: que *aquel mal no merecia compasion, sino envidia: que no todos podian tener tal suerte.* No entendiendo la Donzel el significado de estas palabras, pasó adelante; pero habiendo visto otras mugeres convulsas de la misma manera, se añadió el espanto y asombro á la compasion, y quedó mucho mas maravillada cuando oyó decir á la misma directora, que aquello *no era un mal, sino una gracia especial de Dios, que ella deseaba en todas sus hijas.* La piadosa Señora, del todo confusa, no sabiendo que hacer, creyó conveniente informar al B. VALFRE, quien conociendo que aquel era el error de los *Quacharos*, le aplicó al momento prontos y eficaces remedios, con que felizmente logró curar una lлага tan maligna, y hacer perder en aquel lugar hasta su memoria.

Con el mismo zelo se ocupó en la conversion de los judios, muchos de los cuales abrazaron por su medio la verdadera fé; no perdonando jamás ningun trabajo, aun por el bien de uno solo. Una catecúmena se habia apartado de la resolucion que habia tomado de hacerse cristiana: y el Inquisidor del santo oficio, no pudiéndola retener por mas tiempo, le habia dado licencia

de volverse á su Sinagoga. Llegada esta noticia á SEBASTIAN, voló al punto al retiro del Espíritu Santo, á donde aun estaba la muger, y llegado allí, sin aterrorizarla con amenazas, ni hacerla ninguna reconvencion, le rogó dulcemente á ella y á todos los presentes, que rezasen en su compañía un *Padre nuestro.* Arrodillados todos y dicha esta breve oracion, se acercó él á la muger y le preguntó, *¿si queria hacerse cristiana?* *Sí, Padre,* respondió, *de muy buena voluntad;* y sin que ella jamás variase ni tuviese duda, abrazó nuestra santa religion, en la cual murió muy anciana, con señales ciertas de constancia y de virtud cristiana.

Muy grande fué además el bien que él hizo en los valles de Lucerna. Habiendose por sus diligencias aumentado en ellos el número de los católicos, era necesario proveerlos de nuevos pastores, fabricar nuevas iglesias, y restaurar ó agrandar las antiguas, y habilitar á todas de ornamentos sagrados. Pero todo esto no podia hacerse, si nó pasaba alguno á visitar aquellos lugares y reconocer sus necesidades. Esta comision le fué dada por el Soberano al Siervo de Dios, quien la desempeñó con mucho placer y diligencia. Ocho dias se detuvo en aquel país sin ningun descanso: girando continuamen-

te por los valles y los montes, animaba á los fieles, predicaba y distribuía limosnas: ordenando al mismo tiempo públicas rogaciones, aumentó la devoción á la Santísima Virgen, y dejó por todas partes perennes memorias de su fé y de su zelo. Dando noticia á su vuelta de todo lo que habia observado, se proveyó cumplidamente á todo: nombráronse los sagrados pastores; se restauraron y fabricaron las iglesias; y protegido el culto divino, se esparcieron (segun su voluntad) por todas partes libros del Catecismo católico.

### CAPITULO VI.

*De la esperanza y confianza en Dios del B. Sebastian.*

**L**a virtud de la esperanza, fundada sobre la omnipotencia y misericordia de Dios, tiene por último objeto la adquisicion de la vida eterna, que nos está prometida mediante los méritos de nuestro Señor Jesucristo y nuestra cooperacion. Animado continuamente de esta celestial virtud el B. SEBASTIAN, triunfaba de las dificultades mas grandes, y vencía con intrépido valor los obstáculos mas fuertes que se oponian á

sus santas empresas, no mostrandose jamás pusilánime ni enfadado. Subiendo una vez una escalera larga y muy incómoda para confesar á un enfermo, compadecianle algunos viendole padecer mucho; pero el pacientísimo y zelosísimo varon, con rostro tranquilo y jovial respondió: *no me molesta ni me dá fastidio subir tan alto; porque espero que un dia, por la misericordia de Dios, subiré á mucha mayor altura para ir al Paraiso.* A un pariente suyo que lo felicitaba de los honores que recibia en todo Turin, el Beato respondió cándidamente, que semejantes cosas nada le movian; *porque solo tenia la mira en la gloria del Paraiso, la cual en algun tiempo [de lo que tenia firme esperanza] Dios por su misericordia se la habia de conceder.*

Esta su vivisima esperanza estaba acompañada de un profundo temor de los juicios divinos, cuya consideracion algunas veces le llenaba de dolorosísimas angustias; como se conoce por un manuscrito suyo en que habla así. „He tenido en lo interior una angustia tal, que „me ha atravesado el alma. Ella era originada „de una obscuridad de entendimiento, que me „impedia aun la menor respiracion: parecíame „hallarme desahuciado de mi salvacion; y no

„podía encontrar manera para salir de tal obscuridad. Habría dado un mundo entero, por tener „un poco de luz, con que me fuese concedido conocer lo que debía obrar para seguir la voluntad de Dios; ni sabía con quien aconsejarme; „porque semejantes cruces no son fácilmente „entendidas de quien no las ha probado: temblaba dentro de mí mismo de temor de condenarme; pero, entretanto, me volvía á la divina misericordia, protestando, que aunque hubiese podido saber con certeza hallarme abandonado de ella, siempre habría esperado en Dios.” En la batalla referida, no solamente se manifiesta su interior martirio, sino también su generosa confianza. Suspiraba, gemía; (y esto sucedió también á otros santos); pero al mismo tiempo que decía hallarse casi abandonado de Dios, protestaba querer esperar de él todo alivio y ayuda: recurría á él prontamente, y en él hallaba espiritual auxilio entre los afanes de la conciencia, los asaltos del espíritu diabólico, las obscuridades, desolaciones y los mas terribles desamparos. No duró poco una aflicción tan cruel; sino que (lo que debe admirar) es, que él fué atormentado de cuando en cuando por mas de cuarenta años. Sobre esta su tribulación así escribía en octubre de 1699 al Cardenal Co-

llredo, con quien se manifestaba como con un íntimo amigo. „Deposito en el corazón de V. „Eminencia (tales son sus palabras) lo que pasa en el mio. La muerte me causa pena; no „porque el corazón esté apegado á cosa alguna de este mundo; no; pues por la gracia „de Dios me parece tenerlo desprendido de todo; sino porque pienso en aquel momento del „que depende una eternidad. sabiendo muy bien, „que no seré juzgado segun el juicio del mundo, el cual solamente mira las cosas aparentes; sino segun el de Dios, que vé aun las „cosas mas ocultas. Mis acciones procuro que „sean sin escándalo de quien me observa; aunque acaso tal vez yo no estaré tan atento y „circunspecto, que pueda quedar siempre edificado de mí el prójimo. Esto es lo que me „atormenta y angustia. En la actualidad, no halló lugar en que tanto me consuele como en el „sagrado altar: allí recibiría gustosamente la „muerte, al punto que hubiese recibido la santa comunión. De todo esto podrá conocer V. „Eminencia la necesidad en que me encuentro „de las oraciones de otros: ruegue pues por mí „y sepa, que en llegar á ser yo bueno tiene „grande interés, por los frecuentes recuerdos „que hago á Dios de su persona. Para adoptar

„todos los medios de moderar este mi temor  
 „he resuelto, ser un poco mas devoto de nues-  
 „tra amabilísima y purísima Virgen Maria, es-  
 „perando me conseguirá el no tener sino aquel  
 „temor con que se obra la salud y se teme  
 „á Dios con amor filial.” Este temor, por in-  
 comprehensible juicio de Dios, llegó al grado  
 de hacerle perder el reposo, y alterándole los  
 humores, lo redujo en dos diversas ocasiones  
 á rendirse al lecho oprimido de grave enfer-  
 medad. En una de estas, el Padre Riccardi,  
 que lo asistia de enfermero, observó que él,  
 contra su costumbre, daba frecuentes señales  
 de algun grave trabajo. No pudiendo atribuir  
 esto á la molestia del mal; porque siempre  
 lo habia reconocido resignado en sufrirlo pa-  
 cientemente; comenzó á creer que probase an-  
 gustias de espíritu; por lo cual, en el tiempo  
 de la convalescencia, discurriendo un dia fami-  
 liarmente con él le preguntó, ¿de dónde proce-  
 dian aquellas agitaciones y suspiros que habia  
 notado con tanta frecuencia durante su enfer-  
 medad? Entónces el Siervo de Dios, para com-  
 placer el deseo de su amigo, le respondió. „La  
 „causa de mi inquietud y afliccion era, haber-  
 „me yo hallado tan oprimido interiormente del  
 „pensamiento de la eternidad y del espanto de

„la cuenta que debo dar á Dios de mi vida,  
 „que no podia encontrar reposo.” Hallandose  
 tambien otra vez en peligro de muerte, y vien-  
 do cerca de sí al Padre Juan Domingo Perar-  
 di, que estaba casi fuera de sí por la grave-  
 dad de su mal, volviéndose á él sin la menor  
 turbacion le dijo: „Los médicos no conocen  
 „que mi enfermedad viene del pensamiento de  
 „la cuenta que debo dar á Dios: entónces úni-  
 „camente me tranquilizo y voy mejorando,  
 „cuando pienso en la Santísima Virgen y en  
 „S. José protector de la buena muerte.” Otra  
 vez dijo, que sentia un gran consuelo acordan-  
 dose de aquellas palabras: *qui Mariam absol-  
 visti, et latronem exaudisti, mihi quoque spem  
 dedisti.*

En medio de tantas angustias, conservaba  
 siempre una extraordinaria alegría. En una de  
 las mencionadas enfermedades, habiendo entra-  
 do en su aposento á visitarle el Padre Presset,  
 de la Congregacion de los clérigos regulares de  
 San Pablo, apenas lo vió en el lecho, con aque-  
 lla su acostumbrada modestia serena y apaci-  
 ble, no pudo contenerse en decir á uno de los  
 nuestros que le acompañaba: *hé aquí una cara  
 de predestinado.* Esta misma serenidad de sem-  
 blante era motivo de que todos recurriesen

á él, para recibir auxilio y consejo; y él mismo, largamente enseñado por experiencia propia, salió un excelente consolador y perfecto maestro de las almas tentadas de la desconfianza de su eterna salvacion. Véase lo que escribió á una monja oprimida de semejantes angustias. „Aquellos miedos de ofender á Dios, arrojelos de sí: guíese con el santo temor de Dios, y su santo amor: procure ir calmando sus inquietudes; de otra manera, le harán perder el tiempo; porque aterrará su alma, siempre pleja. Sea observante, y despues deje obrar á Dios, con cuya ayuda se comienza, se continúa y se perfecciona la obra. Haga lo que está de su parte, y no dude. Sepa, que ninguno en el mundo ha enseñado jamás que se peca, si la voluntad no concurre: animese por tanto, y esto le servirá para llevar con mayor alegría sus penas.” Otra vez escribió á la misma, y juntamente á otra que tenia tambien temor de condenarse: „si la tentacion la hace, mas humilde y mas confiada en Dios, tal temor le ayudará; pero si la tentacion la hace pusilánime y desconfiada, la aleja de esas virtudes, para que no haga nada: cada cual ejercitese en la humildad del corazon y en la caridad, y no dude de su salvacion.” Finalmente,

te, en semejantes circunstancias, escribia así á otra persona: „Las aflicciones, son el mas grande manjar de las almas que aspiran á agradar á Jesucristo. Sepa tomar las cruces con resignacion, y llévelas con paciencia; porque ellas son como las tempestades del mar, que parece quieren sumergir la nave, cuando el ímpetu de las olas la dirige á la playa. Vivir sin cruz, es una cruz muy pesada. No haga de la muy especulativa sobre reflexiones inútiles y afflictivas; ejercése en la humildad, en la obediencia, en la mortificacion, y viva tranquila.”

## CAPITULO VII.

### *De la caridad y amor de Dios del Beato Sebastian.*

La caridad de Dios, derramada en el corazon del B. SEBASTIAN, se manifestaba con señales tan vehementes que, á semejanza de su Padre San Felipe, era frecuentemente obligado á descubrirse el pecho y recostarse sobre su pobre cama, como oprimido de mortal deliquio, desatándose en suspiros y tiernisimos afectos á su Dios. Descubriáse otras veces el celestial fuego en que

á él, para recibir auxilio y consejo; y él mismo, largamente enseñado por experiencia propia, salió un excelente consolador y perfecto maestro de las almas tentadas de la desconfianza de su eterna salvacion. Véase lo que escribió á una monja oprimida de semejantes angustias. „Aquellos miedos de ofender á Dios, arrojelos de sí: guiese con el santo temor de Dios, y su santo amor: procure ir calmando sus inquietudes; de otra manera, le harán perder el tiempo; porque aterrará su alma, siempre pleja. Sea observante, y despues deje obrar á Dios, con cuya ayuda se comienza, se continúa y se perfecciona la obra. Haga lo que está de su parte, y no dude. Sepa, que ninguno en el mundo ha enseñado jamás que se peca, si la voluntad no concurre: animese por tanto, y esto le servirá para llevar con mayor alegría sus penas.” Otra vez escribió á la misma, y juntamente á otra que tenia tambien temor de condenarse: „si la tentacion la hace, mas humilde y mas confiada en Dios, tal temor le ayudará; pero si la tentacion la hace pusilánime y desconfiada, la aleja de esas virtudes, para que no haga nada: cada cual ejercitese en la humildad del corazon y en la caridad, y no dude de su salvacion.” Finalmente,

te, en semejantes circunstancias, escribia así á otra persona: „Las aflicciones, son el mas grande manjar de las almas que aspiran á agradar á Jesucristo. Sepa tomar las cruces con resignacion, y llévelas con paciencia; porque ellas son como las tempestades del mar, que parece quieren sumergir la nave, cuando el ímpetu de las olas la dirige á la playa. Vivir sin cruz, es una cruz muy pesada. No haga de la muy especulativa sobre reflexiones inútiles y afflictivas; ejercése en la humildad, en la obediencia, en la mortificacion, y viva tranquila.”

## CAPITULO VII.

### *De la caridad y amor de Dios del Beato Sebastian.*

La caridad de Dios, derramada en el corazon del B. SEBASTIAN, se manifestaba con señales tan vehementes que, á semejanza de su Padre San Felipe, era frecuentemente obligado á descubrirse el pecho y recostarse sobre su pobre cama, como oprimido de mortal deliquio, desatándose en suspiros y tiernisimos afectos á su Dios. Descubriáse otras veces el celestial fuego en que

ardía, en el semblante, en la voz, en los coloquios privados, y aun en las públicas conversaciones; habiendo observado testigos fidedignos, yá con la cara blanca como la nieve, y yá con los ojos resplandecientes como dos estrellas, y bañados con frecuencia de un rio de lágrimas, por mas que procuraba ocultarlas cuanto podia. Estos ardores sensibles eran señales evidentes de una alma enteramente desprendida de las cosas del mundo, y únicamente arrebatada al sumo Bien. „Me siento con tanto astío (escribió él mismo) á las cosas del mundo, que no quisiera verlas mas, ni aun en pintura. Toda conversacion en que se incurre en ligerezas, me causa enfado; el oír hablar de convites me dá horror; no quisiera ocuparme en otra cosa, que en hablar de Dios y de cosas relativas á él. Me disgusta que entre personas aun espiritua- les, se haga tal vez poco caso de la perfeccion; y, en cuanto á mí, quisiera hallarme siempre con quien me ayudase á servir á Dios y á amarle.... Pensando en mi alma, si tuviese alguna aficion, por la cual me apesarára si ahora mismo tuviese de morir, paréceme no tener ninguna.... ¡O Dios! ¿cuando será que yo sea todo vuestro por puro amor?"

A proporcion que arde en una alma el amor

de Dios, crece en ella el desagrado de ver ofendido á Dios. Por esto muchas veces se le oyó decir á nuestro Beato: „el mundo nada me intereza: la pérdida de los parientes, que toda- via amo, me dá poco fastidio; porque, aun cuando ahora entendiese que todos me habian de faltar, juzgo que no me inquietaria: una sola cosa me atormenta, y es el temor de ofender á Dios: piérdase la hacienda, piérdase la vida, con tal que no se ofenda á Dios." No tenia él escondido dentro de sí este saludable temor, sino que lo manifestaba en toda ocasion. El P. Agustin Aynecio, de nuestra Congregacion, atestiguó en el proceso: que un dia, habiendose dirigido á él para comunicarle cierta pena que mucho le atormentaba, el Siervo de Dios, oyendo los motivos de su afliccion, le respondió con toda paz: *esto no es pecado: solo el pecado es aquel mal que nos debe dar pesar; todo lo demás es nada.* De aquí resultaba, que cuando él veía ú oía alguno, que con obras ó palabras ofendia á Dios, se encendia en fuego su semblante y temblaba todo, por el horror que en sí sentía; y tal vez se afligía en términos, que llegaba hasta enfermarse. Véase lo que sobre este propósito nos dice el Conde Pedro Pablo Ricca, su médico, „Cerca de cuatro años

„antes de la muerte del Padre VALFRE; pasan-  
 „do yo á visitarle como médico ordinario de la  
 „Congregacion; en circunstancias que se encon-  
 „traba molestado por cierto parasismo, hallándo-  
 „me solo con él, hizo la confianza de decirme con  
 „expresiones de singular cordialidad, que no se  
 „curaria de aquel mal, hasta que se pusiese en  
 „calma su corazon, que se hallaba en angustias  
 „mortales, por haber sabido los gravisimos des-  
 „órdenes acaecidos en una comunidad religio-  
 „sa del Piamonte.”

Aun al pecado venial tenia él un sumo  
 aborrecimiento, y procuraba excitar horror á él  
 en las personas á quienes dirigía. Su sobrino  
 Marco Antonio atestiguó en el proceso, que en  
 el primer año en que vino á Turin, habiéndole  
 una vez convencido su tío de una mentira,  
 le hizo una fuerte amonestacion, terminando con  
 decirle, que si otra vez recaía en semejante cul-  
 pa, no le dejaria poner mas los pies en su apo-  
 sento. De estas cosas hablaba él frecuentemen-  
 te con los jóvenes de nuestra Congregacion, ma-  
 nifestándoles con hechos, que la mayor parte  
 de las caidas graves de los cristianos, han te-  
 nido origen de semejante descuido, y añadía la  
 siguiente reflexión de grande importancia. „Tal  
 „vez el Demonio se alegra mas de hacer caer

„venialmente á un hombre temeroso de Dios,  
 „que á un mundano mortalmente; porque del  
 „segundo, como le hace caer cuando quiere,  
 „así no hace tanto aprecio; pero respecto del  
 „primero, sutiliza de todos modos su ingenio, pa-  
 „ra irlo disponiendo á caidas graves; ó, cuando  
 „no pueda llegar á tanto, tiene placer de re-  
 „tardarle la gloria del Paraiso con las penas  
 „del Purgatorio.”

Al amor de Dios se opone tambien la ti-  
 bieza: esto es, aquella enfermedad espiritual que  
 hace lánguida el alma en el bien obrar; de la  
 manera que una fiebre lenta va desecando los  
 temperamentos mas robustos. Por tanto, el  
 B. SEBASTIAN, que todo era amor y caridad,  
 para que todo regular fuese exacto observante  
 de las reglas y huyese tan perniciosísimo vi-  
 cio, decia: que „los tibios en las comunidades  
 „religiosas, son los mas molestos á los superio-  
 „res; porque no faltando gravemente, no pue-  
 „den ser ni despedidos, ni reprendidos áspera-  
 „mente; pero haciendo las cosas distraidos, lán-  
 „guidos y como por fuerza, no son como de-  
 „berian serlo, ni de ejemplo, ni de edificacion.  
 „Los Santos Padres tienen casi por milagro el  
 „que los tibios se enfervoricen: y la razon por-  
 „que se hace poco provecho es, porque se piensa

„hacer bastante con vivir en gracia de Dios, no „resolviendo firmemente obrar todo el bien que „se puede: y este es un gravísimo engaño; por „que poco á poco se pierde la devocion, y se „llega muchas veces á hacer decaer á las re „ligiones. La predestinacion se debe cumplir se „gun el medio fijado por Dios; pero, entretan „to, se cae en una cosa y otra, aunque no gra „vemente: tan mala correspondencia puede dis „gustar á Dios de manera, que despues nos fal „te en la mejor con sus divinos auxilios.” Una jóven, al tomar el hábito religioso, habiendo rogado al Beato que le diese algun buen consejo para estar distante de tal peste, satisfizo él á su santo ruego con una respuesta tan difusa contra su costumbre, que mas bien puede reputarse un tratado, que una carta. Bastará referirla aquí en extracto manifestando los puntos principales, es decir, las señales de la tibieza, los peligros que trae consigo, y los remedios mas eficaces para curarla. Las señales de la tibieza son: no apreciar los avisos y amonestaciones de los superiores y padres espirituales, y procurar de todos modos hacer condescender á estos con nuestros deseos, só color de ciertos estudiados pretextos. Mudar frecuentemente de libros devotos; fastidiarse de los ya leídos, y de

las meditaciones hechas ántes. Juzgarse capaz de conducirse muy bien por sí mismo. Huir las ocupaciones convenientes al Instituto y oficio, para dedicarse á otras de propio genio. Sustraerse frecuentemente de los actos comunes, sin un suficiente motivo. Traer á la memoria las comodidades dejadas en el siglo, diciendo que en la casa de nuestros padres estábamos mucho mejor, y podíamos salvarnos igualmente. Repetir en toda ocasion, que hace ya muchos años que se lleva el hábito religioso, se sirve al Monasterio, y se trabaja en beneficio de la comunidad. Palabras todas que demuestran abiertamente la falta de fervor; porque quien verdaderamente ama á Dios, cuanto mas ha trabajado, tanto mas se juzga en obligacion de trabajar; y cuantos mas son los años de la vida religiosa, tanto mas se procura llegar á la perfeccion, sabiendo que á medida que crecen los favores del cielo, debe aumentarse nuestra correspondencia.

Los peligros que trae consigo la tibieza, son: perder los méritos ya adquiridos de la vida pasada. Ser abandonados de Dios, y por consiguiente, caer en ruina grave. Morir miserablemente en el estado de la tibieza.

Finalmente, dos únicos remedios propone

el Beato para extirpar este mal, y son, que el tibio ore fervorosamente al Señor, para que le conceda fuerzas con que salir de un estado tan deplorable; y que de su parte trabaje, gima y resuelva eficazmente una mudanza, que seria tan gloriosa á Dios, tan útil á sí mismo, y tan ejemplar á los demás.

### CAPITULO VIII.

*De la virtud de la religion del Beato Sebastian.*

**L**a virtud de la religion, segun enseña el Dr. Angélico, es la que más se acerca á las virtudes teologales: y por este motivo tratamos ahora aquí de la particular devocion que profesaba el B. SEBASTIAN al Augustísimo Sacramento del Altar, á la Pasion de nuestro divino Salvador, á la Santísima Virgen Madre de Dios, á los Angeles y á los Santos sus protectores; lo cual pertenece á la virtud de la religion. Todas las mañanas empleaba dilatado tiempo adorando al Santísimo Sacramento; y cuando las ocupaciones del sagrado ministerio no se lo permitian, lo que no habia podido hacer de dia, hacíalo de noche. Repetía sus visitas de adoracion cuan-

do salia de casa y cuando volvia: lo mismo practicaba al fin de la recreacion y despues de la comida y la cena: costumbre piadosísima, que introducida por su ejemplo, todavia se sigue en la Congregacion. Todos los dias iba á las cuarenta horas; y se hizo inscribir en la Cofradia de la *Adoracion perpetua*, que se habia establecido recientemente en la iglesia del *Corpus Domini*, escogiendo á su arbitrio muchas horas cada mes y las mas incómodas. Hizo además inscribirse en esta piadosa Compañia á muchas personas aun nobles; deseando infundir en todos ardientísima devocion á un Sacramento en que Dios ha derramado todos los tesoros de su gracia.

En administrar á los fieles la sagrada Comunión, no se puede expresar la modestia angélica que resplandecia en su semblante, la gravedad y ternura con que trataba el adorable Cuerpo de Jesucristo; desagradándole á lo sumo que aun por inculpable desatencion, aconteciese alguna cosa de poco decoro á tan augusto Sacramento: y cuidando siempre atentamente que no se le hiciese ultraje voluntario y escandaloso. No podia tolerar de ningun modo, que las mugeres se acercasen á la mesa Eucarística descubiertas indecentemente, contra los

el Beato para extirpar este mal, y son, que el tibio ore fervorosamente al Señor, para que le conceda fuerzas con que salir de un estado tan deplorable; y que de su parte trabaje, gima y resuelva eficazmente una mudanza, que seria tan gloriosa á Dios, tan útil á sí mismo, y tan ejemplar á los demás.

### CAPITULO VIII.

*De la virtud de la religion del Beato Sebastian.*

**L**a virtud de la religion, segun enseña el Dr. Angélico, es la que más se acerea á las virtudes teologales: y por este motivo tratamos ahora aquí de la particular devocion que profesaba el B. SEBASTIAN al Augustísimo Sacramento del Altar, á la Pasion de nuestro divino Salvador, á la Santísima Virgen Madre de Dios, á los Angeles y á los Santos sus protectores; lo cual pertenece á la virtud de la religion. Todas las mañanas empleaba dilatado tiempo adorando al Santísimo Sacramento; y cuando las ocupaciones del sagrado ministerio no se lo permitian, lo que no habia podido hacer de dia, hacíalo de noche. Repetia sus visitas de adoracion cuan-

do salia de casa y cuando volvia: lo mismo practicaba al fin de la recreacion y despues de la comida y la cena: costumbre piadosísima, que introducida por su ejemplo, todavia se sigue en la Congregacion. Todos los dias iba á las cuarenta horas; y se hizo inscribir en la Cofradia de la *Adoracion perpetua*, que se habia establecido recientemente en la iglesia del *Corpus Domini*, escogiendo á su arbitrio muchas horas cada mes y las mas incómodas. Hizo además inscribirse en esta piadosa Compañia á muchas personas aun nobles; deseando infundir en todos ardientísima devocion á un Sacramento en que Dios ha derramado todos los tesoros de su gracia.

En administrar á los fieles la sagrada Comunión, no se puede expresar la modestia angélica que resplandecia en su semblante, la gravedad y ternura con que trataba el adorable Cuerpo de Jesucristo; desagradándole á lo sumo que aun por inculpable desatencion, aconteciese alguna cosa de poco decoro á tan augusto Sacramento: y cuidando siempre atentamente que no se le hiciese ultraje voluntario y escandaloso. No podia tolerar de ningun modo, que las mugeres se acercasen á la mesa Eucarística descubiertas indecentemente, contra los

decretos de tantos sagrados concilios y órdenes de la iglesia; á los que conformándose corregia semejantes culpas sin ningun respeto. Una mañana, distribuyendo al pueblo el Pan Eucarístico, se acercó al comulgatorio una noble dama: el Siervo de Dios, viendo que estaba vestida poco modestamente, tuvo horror, y pasó muchas veces por delante de ella sin comulgarla, y ya subia al Altar para reponer el Copón; pero, avisado por el ayudante, que advertida de la indecencia se habia cubierto la Señora, volvió entóncees atrás y la comulgó.

Era tambien objeto de su zelo todo lo que pertenece al ornato del Santísimo Sacramento, queriendo que los lienzos y sagrados paramentos estuviesen siempre muy limpios, las lámparas siempre encendidas, los altares decentemente adornados; ni podia sufrir que ninguno se apoyase en ellos, ó pusiese allí el sombrero. Un ejemplo notable de su recogimiento y respeto en la presencia de Jesucristo, dió una ocasion, en que habiendo venido la Reina á la fiesta de San Felipe á nuestra iglesia con gran acompañamiento, el B. SEBASTIAN fué con los demás Padres á la puerta con sobrepelliz y estola á ofrecerle el agua bendita: ella, al acercarse al Beato, quiso decirle en confianza al-

gunas palabras; pero atento él á la sagrada ceremonia que le correspondia hacer como superior, permaneció como estúpido sin responderle nada. Este hecho fué de singular edificacion, habiendo advertido todos que esto provenia únicamente del sumo respeto que tenia á la casa de Dios.

De lo dicho hasta aquí puede fácilmente juzgarse, cual sería la atencion y fervor con que celebraba el divino sacrificio. No era demasidamente prolijo en esta sacrosanta funcion, y cuanto le era posible ocultaba los ardores de su espíritu y las interiores visitas del Señor; pero su interno recogimiento aparecia de tal manera en la exterior compostura, que excitaba la devocion de los circunstantes. Para conocer con cuanta pureza de corazon y fervor de espíritu hiciese esto, bastará reflexionar, que en todas las angustias de su ánimo, y en las largas y horribles pruebas de los temores de la divina Justicia, su asilo mas seguro era recurrir al sagrado altar, manifestando que solamente recibido el Cuerpo Santísimo de Jesucristo, se sentia lleno de celestial consuelo, no atemorizandole mas la muerte. Ni queria que esta pureza de corazon y fervor de espíritu solamente precediese y acompañase al tre-

mendo sacrificio; sino tambien que se viese en las acciones todas de la vida; diciendo, que para vivir así, *le basta recordar al sacerdote que celebra diariamente la santa misa.* Cuando, vuelto del altar á la sacristía, se ponía á dar gracias, ningun cuidado se le daba de quien lo estuviese esperando; aunque muchas veces ocurrían allí caballeros nobilísimos para hablarle de negocios de mucha importancia. Frecuentemente ayudaba tambien otra misa; lo que practicó aun en su edad decrepita; pero cuando era día festivo, ó señalado para confesar, concluida apenas la accion de gracias se iba al confesonario. Este uso deseaba él se adoptase igualmente por los demás Padres de la Congregacion.

Un poco mas larga era su misa la semana Santa, en aquellos dias en que se lee la dolorosa Pasion de Jesucristo; porque repasaba esa sagrada historia, interrumpiendola frecuentemente con suspiros y lágrimas; señales seguras de su fervorosisima devocion. En la mañana del Viernes Santo, hincado de rodillas delante del altar en que estaba depositado el Santísimo Sacramento, acostumbraba leer en voz alta y clara la meditacion sobre la Pasion del Señor, acompañando la lectura con tal sentimiento, que movia en todos la ternura. El Caballero Car-

los Raymundi, mayordomo de casa del Serenísimo Principe de Cariñano, rogó una mañana al Siervo de Dios le quisiese enseñar el modo de hacer la oracion mental. Para complacer á este Señor, tan confidente suyo, tomando SEBASTIAN al momento un libro de aquella materia, se puso á leer pausadamente la meditacion sobre la Pasion de Jesucristo, diciéndole: *ved, Señor Mayordomo, así es necesario hacer;* pero viniéndole las lágrimas á los ojos, despues de haber leído pocas lineas, no pudiendo reprimir la sensibilidad de su corazon, cerró el libro, y por aquel dia no se pudo ir mas adelante. Ni solamente meditaba frecuentemente en la vida, pasion y muerte de nuestro Salvador, sino que hablaba de ella con demasiado gusto; y, con tal objeto, acostumbraba pasar frecuentemente al sagrado Yermo de los Camaldulenses, inmediato á la ciudad (destruida el dia de hoy) para entretenerse allí en semejantes coloquios con aquellos buenos Padres. Esta su devocion lo hizo solícito mientras vivió, en promover la veneracion y el culto de la Sábana Santa; no cesando jamás de recomendar al pueblo el ir á venerarla, como él mismo y sus penitentes lo hacian, especialmente en todos los viernes del año. En el de 1694, debiéndose hacer el cambio de

los velos en que ella está envuelta, quiso el Soberano que el B. VALFRE fuese uno de los muy pocos, en cuya presencia debia hacerse tan sagrada funcion. Sacabase con magnífico aparato la preciosa reliquia, y habiéndose hallado una rasgadura ácia la estremidad, se encomendó á él el que la cosiese. En cuyo acto, como tambien en todas las tres horas que se estuvo espuesta á la devocion de todo el pueblo, él, sin mover los labios, no hizo otra cosa que llorar: señal cierta de la consideracion de los dolorosos misterios que con esa vista ocupaban su mente.

Profesaba tambien singular afecto y devocion á la Santísima Virgen Madre de Dios, la cual, asi como por S. Felipe, era tenuta por el Beato por la primera Fundadora de la Congregacion del Oratorio. Por este motivo, además de los deberes comunes á todos los fieles, él se creía estrechamente obligado á particulares sentimientos de reverencia y amor para con la Señora. Seguía puntualísimamente el consejo de S. Bernardo, el cual quiere que en nuestras penas, en nuestras dudas, en todas nuestras necesidades espirituales y temporales, sea pronto y continuo el recurso á Maria, de manera que su amabilísimo nombre esté siempre

en nuestra lengua y en nuestro corazon. Tal era constantemente la práctica del B. SEBASTIAN, así en las mas árduas empresas, como en sus mas ordinarios officios. Cuando escribia á personas de autoridad por algun negocio importante, hecha la carta, ántes de mandarla á su destino, acostumbraba, postrado delante de la imágen de la Señora, presentársela devotamente, pidiéndole su maternal bendicion. Al salir del aposento tomaba licencia de Maria; y bajando á la portería ordinariamente por una escalera, en cuyo frente estaba colocado un cuadro de esta su amadísima y poderosísima Abogada, al pasar por delante de ella se le inclinaba con la cabeza descubierta, y reverente y humilde le besaba los santísimos pies; lo que hizo con tanta continuacion y afecto, que en aquella parte por poco quedó borrada la imágen. Estos sus piadosísimos sentimientos excitaba en todas aquellas personas que dirigia y con quienes trataba. La primera cosa que recomendaba á los novicios, al punto que entraban en la Congregacion, era la devocion á la Santísima Virgen: enfervorizábalos en seguida frecuentemente á recurrir siempre á su patrocinio; á prepararse con novenas y mortificaciones para sus fiestas, especialmente á las de su Concepcion Purísima y

Anunciacion; los mandaba todos los sábados á venerarla en su Santuario llamado *de la Consolacion*; en suma, no dejaba jamás de exaltar las glorias y aumentar en todo lugar el culto de esta amorosísima Madre. En los conservatorios, en los hospitales, en los monasterios y en todas las iglesias donde predicaba, no terminaba nunca su discurso sin hablar tiernamente de Maria, y sin promover en su honor ya una ya otra devocion, singularmente la de su Rosario. Así en los particulares como en los peligros públicos, ella era para el fervorosísimo SEBASTIAN el poderoso escudo de la defensa. En 1706 sitiada Turin por las armas francesas, en el comun abatimiento y casi desesperacion de todos, nuestro Beato, lleno de vivísima fé, era visto correr por toda la ciudad, animando al pueblo á confiar en la proteccion de Maria Santisima que ciertamente los salvaria. *Recurrid á la Virgen*, les decia, *visitad con frecuencia su Santuario de la Consolacion, invocad á esta buena Madre en vuestra defensa, que sereis oidos*. Sus palabras fueron tenidas universalmente como un presagio seguro de la gracia. Se aumentó el concurso de toda clase de ciudadanos de dia y de noche á aquella iglesia; y aunque su posicion la hiciese espuesta mas que ninguna otra á los tiros de la

artilleria enemiga, ninguno fué jamás ofendido allí. La victoria gloriosísima se obtuvo median- te el socorro y valor del Príncipe Eugenio de Saboya, como es bastante público por la historia: fué levantado el sitio, vencido y disperso el ejército enemigo, y Victorio Amadeo, en compañía del Príncipe su primo, entró triunfante en su capital la tarde del 7 de Septiembre. Un suceso tan maravilloso merecia una solemne y memorable accion de gracias. El Soberano quiso oír el parecer de VALFRE, quien en una carta de 13 de Febrero de 1707 le contestó lo siguiente: „Vuestra Alteza Real se digna pre- „guntarme sobre la manera con que se deben „tributar gracias públicas á Dios por la victo- „ria conseguida sobre el ejército Francés; y yo, „prestándome al honor de obedecerle pronta- „mente, respondiéndole al momento le digo: que „habiéndose obtenido el prodigio por la interce- „sion de la Santisima Virgen Maria, á ella se „debe dirigir la accion de gracias. Por esto, „cuantas veces lo crea conveniente V. A., se „podrán solemnizar con magnífica pompa las fies- „tas de la Natividad, de la Anunciacion y de la „Concepcion Inmaculada. La primera, porque „en su vigilia fué levantado el sitio: la segun- „da, porque Turin le ha tenido siempre devo-

„cion: la tercera, por motivos bien conocidos á V.  
 „A. En todos estos tres dias, ó á lo menos en  
 „uno, me parece que se deberia hacer funcion  
 „pública, asociada de comunion general y de una  
 „devotissima procesion. Una solemnidad tan con-  
 „soladora y de tanto regocijo, se deberia tambien  
 „dar á conocer, librando en las cárceles públi-  
 „cas á los infelices que de alguna manera pue-  
 „dan merecer la compasion soberana: con ali-  
 „viar á los súbditos de algun gravámen, y dis-  
 „tribuir liberales limosnas á los pobres, espe-  
 „cialmente á los del hospital de la Caridad. Ade-  
 „más, debe dedicarse á Maria Santissima la igle-  
 „sia, que V. A. se ha obligado á edificarle por  
 „voto. Haciéndolo así, es cierto (yo tengo una  
 „fe vivisima de ello) que seguirá Dios en pro-  
 „teger de un modo particular á esta ciudad, y  
 „se mantendrá viva en todos la memoria de la  
 „gracia recibida, &c.” Estas cosas proponia el  
 Beato al Príncipe, el cual, siendo religiosísimo  
 y de noble corazon, no una sino todas quiso  
 que se hiciesen en aquel año; ordenando des-  
 pues para lo sucesivo, con solemne decreto,  
 una devota procesion que debia hacerse en el  
 dia de la Natividad.

Despues de haber hablado de la devocion  
 del B. SEBASTIAN á la Santissima Virgen, no de-

ba callarse la que tenia á San Felipe Neri. No  
 dejaba nunca pasar dia alguno sin tributarle cul-  
 tos ni visitar su Altar. En la novena que pre-  
 cede á su fiesta, con singular fervor redoblaba  
 sus preces, sus limosnas y penitencias; pero per-  
 suadido de que el Santo, mas que otra cosa, apre-  
 cia la imitacion de sus virtudes, procuraba imi-  
 tarle en ellas; y lo hacia de tal manera, que  
 en su mismo semblante y acciones aparecia tan  
 semejante á él, que por muchos no era cono-  
 cido con el nombre del Padre SEBASTIAN, sino  
 con el de *San Felipe de Turin*. Esta devocion  
 suya se vió aun mas manifesta, cuando el San-  
 to, en Abril de 1695, fué electo uno de los pro-  
 tectores de Turin, para que alcanzáse de Dios,  
 alejar aquellos terribles males que parecian ame-  
 nazar á todo el estado. Con tal motivo, SEBAS-  
 TIAN, para aumentar en todos la devocion y  
 afecto al Santo Fundador del Oratorio, dispu-  
 so celebrar una novena mas solemne que la de  
 costumbre, á la cual asistió la Corte, el cuer-  
 po Municipal, el Arzobispo, los Canónigos de  
 la Metropolitana, las órdenes Regulares, las  
 Congregaciones piadosas, y un concurso ex-  
 traordinario de ciudadanos. En tal ocasion fun-  
 dó además en honor del Santo, en el lugar de  
 Ciria, una Confraternidad de sacerdotes y de

laicos; y en Carmañola y Mondorí, inspiró en el corazón de todos el amor y confianza al Santo Padre Felipe. La fiesta de Santa Francisca Romana (á 9 de Marzo) era celebrada por él con singular fervor; porque en aquel día había venido al mundo en el seno de la santa iglesia, y en el mismo había recibido el santo bautismo. Tenía además por sus particulares protectores á San Sebastian, San Francisco de Sales, al Beato Amadeo y á San Carlos Borromeo. No se olvidaba nunca de su Angel Custodio, invocándole en todas sus necesidades y al principio de todas sus acciones. Una de las principales cosas que recomendaba á los novicios, cabalmente era esta; á saber: que recurriesen frecuentemente á su Angel Custodio, como á amigo fidelísimo y poderosísimo, exponiéndole todas sus angustias. También los exhortaba á hacer esto en un escrito á manera de súplica, y que poniéndolo bajo su imagen con fervor y confianza, como si lo depositasen en sus mismas manos, estuviesen seguros de ser atendidos en sus peticiones.

Era también tiernísimo con las almas del Purgatorio. Empeñábase con todos para que las ayudasen con oraciones y limosnas, y con actos de mortificación. Escribió al Padre Car-

los Rossignoli, Jesuita, rogándole, que en beneficio de ellas publicase algun opúsculo: y Rossignoli, deseando satisfacer á tan piadoso deseo, dió á luz un libro que tiene por título: *Maravillas de Dios en las almas del Purgatorio*. Por la gran compasión que tenía de ellas, llegó no solo á aplicarles todo el bien que obraba; sino todos cuantos sufragios se le hubiesen de hacer á él despues de muerto. „El mérito que „yo adquiera (estas son sus palabras) de aquel „poco bien que hago, y todos los sufragios que „espero recibir despues de mi muerte de mis „amigos, allegados; penitentes y de todos los de „mi Congregacion, todos los aplico para siempre á las almas del Purgatorio, en virtud de „los cuales podrán tener algun alivio, ántes „todas aquellas á quienes los debo por obligación de justicia ó de piedad, y despues las „otras segun los grados y orden de caridad, „en la mas amplia y útil manera que sea posible para ayudarlas. Y si alguno se maravillase de esta renuncia mia; porque yo mismo „me privo de una cosa de la cual tendré gran „necesidad; sepa que yo, con toda esta mi renuncia, estoy muy cierto de tener mas ayuda „de los demás; porque las benditas almas libradas de aquella cárcel por medio de los sufra-

„gios renunciados en su favor, rogarán á Dios por mí; y así la caridad que he usado con ellas, se convertirá en mi mayor bien y consuelo.” Pero baste lo dicho; pues nos faltaría el tiempo, si quisiésemos referir todas las particulares devociones de nuestro Beato.

### CAPITULO IX.

*Del ejercicio de la oracion del Beato Sebastian.*

**D**e todo lo que hemos dicho en el capítulo antecedente aparece con claridad, que SEBASTIAN, quitado el tiempo en que debia emplearse en hacer bien á su prójimo, lo restante de su vida lo pasaba (siguiendo aun en esto el ejemplo de su Padre San Felipe) en el continuo ejercicio de la oracion. Nosotros, segun nuestro Instituto, debemos reunirnos todos juntos por la noche en el Oratorio público, para emplearnos en la santa meditacion: á ella asistia siempre nuestro Beato, y hallándose fuera de casa, ni una desecha lluvia, ni las nieves, fueron jamás causas poderosas para impedirle volver á la hora asignada. Y á la verdad, causa grande admiracion el saber, que ni por su

edad abanzada, ni por las indisposiciones de su salud, quiso jamás dispensarse del uso introducido de estar arrodillado en tal acto sobre el desnudo suelo; aunque á quien tiene necesidad, facilmente se concede apoyarse ó tomar asiento: en lo cual él tambien se mostró muy condescendiente con todos, en el tiempo que fué superior. Cuando estaba enfermo y no se podia mover de la cama, hacia le leyese el enfermero los puntos de la meditacion, y hecha la lectura y corridas las cortinas, le ordenaba lo dejase solo por algun tiempo; pero éste muchas veces se quedaba oculto, y percibia los desahogos del corazon del Beato, que lleno de fervor y pensando no ser escuchado, de tiempo en tiempo se dirigia á Dios en alta voz. Cada año, suspendiendo quanto le era posible el curso de sus tareas, solia pasar algunos dias en la práctica de los Ejercicios espirituales, que él deseaba hiciesen todos los cristianos, teniendo por cierto, que siempre se saca de ellos algun fruto; y era de parecer, que las personas que viven en comunidad, aun en los santos Ejercicios, debian continuar los oficios que les estaban encargados; pero usando un riguroso silencio, no hablando sin necesidad; *porque, decia el, así se hace fácil á todos el hacerlos; no de-*

„gios renunciados en su favor, rogarán á Dios por mí; y así la caridad que he usado con ellas, se convertirá en mi mayor bien y consuelo.” Pero baste lo dicho; pues nos faltaria el tiempo, si quisiésemos referir todas las particulares devociones de nuestro Beato.

### CAPITULO IX.

*Del ejercicio de la oracion del Beato Sebastian.*

**D**e todo lo que hemos dicho en el capítulo antecedente aparece con claridad, que SEBASTIAN, quitado el tiempo en que debia emplearse en hacer bien á su prójimo, lo restante de su vida lo pasaba (siguiendo aun en esto el ejemplo de su Padre San Felipe) en el continuo ejercicio de la oracion. Nosotros, segun nuestro Instituto, debemos reunirnos todos juntos por la noche en el Oratorio público, para emplearnos en la santa meditacion: á ella asistia siempre nuestro Beato, y hallándose fuera de casa, ni una desecha lluvia, ni las nieves, fueron jamás causas poderosas para impedirle volver á la hora asignada. Y á la verdad, causa grande admiracion el saber, que ni por su

edad abanzada, ni por las indisposiciones de su salud, quiso jamás dispensarse del uso introducido de estar arrodillado en tal acto sobre el desnudo suelo; aunque á quien tiene necesidad, facilmente se concede apoyarse ó tomar asiento: en lo cual él tambien se mostró muy condescendiente con todos, en el tiempo que fué superior. Cuando estaba enfermo y no se podia mover de la cama, hacia le leyese el enfermero los puntos de la meditacion, y hecha la lectura y corridas las cortinas, le ordenaba lo dejase solo por algun tiempo; pero éste muchas veces se quedaba oculto, y percibia los desahogos del corazon del Beato, que lleno de fervor y pensando no ser escuchado, de tiempo en tiempo se dirigia á Dios en alta voz. Cada año, suspendiendo quanto le era posible el curso de sus tareas, solia pasar algunos dias en la práctica de los Ejercicios espirituales, que él deseaba hiciesen todos los cristianos, teniendo por cierto, que siempre se saca de ellos algun fruto; y era de parecer, que las personas que viven en comunidad, aun en los santos Ejercicios, debian continuar los oficios que les estaban encargados; pero usando un riguroso silencio, no hablando sin necesidad; *porque, decia el, así se hace fácil á todos el hacerlos; no de-*

biéndose el oficio de unos cargarse á los otros; y se introduce la manera de cumplir el propio deber, ó sea la regla, estando en santo recogimiento. El fruto que sacaba de sus meditaciones era, la union continua de su alma á Dios, de modo que en todas sus operaciones se conocia claramente que estaba todo ocupado y absorto en gustar y saborear las dulzuras de su amor, con las cuales mezclaba Dios, como hemos visto, aquellas pruebas durisimas de temor, desconfianza y desolacion. Por esto sucedia frecuentemente, que caminando él por Turin, encontrándole y saludándole nobilísimos personajes, ni aun lo advertia, ni habria respondido al saludo, si el compañero no estuviese pronto para advertirselo.

Era continuo en él el uso de las jaculatorias. Sea Dios alabado, repetia con mucha frecuencia; y reduciendo en pocas palabras los actos de las virtudes teologales, decia: *creo en vos, ó mi Dios: espero en vos, ó mi Dios: os amo, Dios mio: me uno á vos, Jesus mio; y con todo mi corazon á vos me encomiendo.* Otras veces se le oía gritar fuertemente: *¡ó amor, ó amor! ¡ó amado mio! ¡cuando llegará el día en que se rompan estas cadenas, y se me deje volar á unirme á tí, mi único bien!* Con estas aspira-

ciones ó zaetas amorosas, que se pueden hacer en todo tiempo y en todo lugar, segun el dicho de S. Francisco de Sales, se suple la falta de todas las demás oraciones, aunque con todas estas no se pueda suplir la falta de aquellas. Los antiguos monges, de quienes habla S. Agustin escribiendo á Proba, no podian hacer muchas oraciones; porque debian procurarse el sustento con el trabajo diario; pero el uso frecuente de las jaculatorias les adquiria el mérito de la larga oracion; y se podia decir, que oraban continuamente, mientras continuamente trabajaban.

El oficio divino lo rezaba siempre hincado, y, por lo comun, en la iglesia delante del Santísimo Sacramento; y así lo aconsejaba hacer á todos los sacerdotes, recomendando ardientemente el cumplimiento de esta obligacion, no solo con interior atencion, sino tambien con exterior compostura; y quien por justo motivo debia rezarlo sentado ó con la cabeza cubierta, queria que lo hiciese en lugar donde no fuese visto, para que no sirviese de mal ejemplo. Así deseaba tambien que se rezasen todas las demás oraciones, las cuales, (y este era igualmente consejo de nuestro Santo Fundador) queria que no fuesen muchas, sino que se hi-

ciesen con gran devocion y recogimiento. A las oraciones vocales y mentales agregaba la lectura espiritual, á la que se entregaba tanto, que apenas tenía un momento libre en la iglesia, en el confesonario ó en el aposento; de dia ó de noche, sano ó enfermo, se ponía á leer, ó hacia le leyesen algun libro devoto ó la historia de los Santos. Prefería entre aquellos los *Ejercicios de Perfeccion* del Padre Alonso Rodriguez, y entre estos la vida de S. Felipe Neri, de San Carlos Borromeo y de S. Francisco de Sales: ni se cansaba de leer y releer muchas veces los dichos libros; desaprobando, segun dijimos, la costumbre de aquellos que enfadandose pronto de un libro, corren en busca de otro; *porque, decia, quien obra así, quiere dar pasto á su curiosidad no á la devocion.*

De qué eficacia fuese delante de Dios su oracion, puede conocerse por los efectos repentinos y maravillosos que con frecuencia se veían. Rogando por los enfermos, atribulados ó miserables, muchísimas veces se hallaban estos curados, tranquilos y remediados. Encomendó un dia al Señor á una persona que por dilatado tiempo tenía una depravada amistad, de la cual no habian podido apartarla ni los avisos de sus padres, ni los consejos de los amigos, ni la cor-

reccion de los superiores; pero apenas habia terminado su oracion el Beato, cuando aquel miserable, reconocida su gravísima culpa, se sintió todo cambiado, y al momento abandonó el escándalo. Ni deben causar admiracion semejantes cosas; siendo tal el fervor con que oraba y la union de su alma con Dios, que no pocas ocasiones, enagenado de sentidos, ni veía á los circunstantes, ni oía á quien lo llamaba, ni sentia el estrépito de los que estaban inmediatos á él.

Mirando la oracion como el principal fundamento de nuestro Instituto, queria que todos los que lo profesaban, así sacerdotes como laicos, pusiesen su principal cuidado en llegar á ser muy amantes del recogimiento, y se nutriesen de la oracion, así como del manjar corporal: por lo cual advertia, que por buenas y santas que fuesen las obras á que debian atender, jamás la abandonasen. Esta advertencia repetia muy frecuentemente á los hermanos laicos en las conferencias espirituales, estimulándolos por una parte á sus oficios; pero temiendo por otra no faltasen algunos, que só pretexto de atender á ellos, abandonasen la oracion, les decia amorosamente: „Hijos míos, poco aprecio y poco solícito vuestras tareas, aun cuan-

„do con estas doráseis, por decirlo así, to-  
 „da la casa: lo que me urge y tengo suma-  
 „mente en el corazon es, el servicio de Dios y  
 „la salvacion de vuestras almas, la cual depen-  
 „de del ejercicio de la oracion. *Velad y orad,*  
 „dice el Señor, *para no caer en la tentacion.*”

Otros espirituales documentos daba él á perso-  
 nas de todos estados sobre el mismo propósito.  
 A algunas almas demasiadamente tímidas, que  
 se angustiaban porque les parecia no saber ha-  
 cer oracion mental, las animaba diciendoles:  
 que hiciesen todo lo que sabian y podian, y  
 confiasen en Dios que les daría luz y auxilio  
 para hacerla bien: y entretanto se ocupaban  
 en ella, procurasen tener sentimientos de hu-  
 mildad, de confianza y amor á Jesus Crucifica-  
 do; sin apegarse á las ternuras y consuelos sen-  
 sibles, *los cuales* (así escribia á una monja) *va-*  
*len poco para nuestro aprovechamiento, si no nos*  
*conducen á mortificar las pasiones.* Acostum-  
 braba otras veces, tratando de estas mismas co-  
 sas, decir: „las lágrimas de los ojos sin las  
 „del corazon jamás han hecho á ninguno San-  
 „to. Muchas veces la sequedad en la oracion  
 „ayuda mas que las dulzuras; porque ordinaria-  
 „mente se observa, que pasadas estas, se des-  
 „vanece el amor á la virtud; pero si en la

„aridez se hace una buena resolucion, esta du-  
 „ra constantemente.... Cuando el alma se en-  
 „cuentra en tal abandono, que á semejanza de  
 „un cadáver no sabe hacer un acto devoto, y  
 „le parece tener el entendimiento sin luz, la  
 „voluntad sin ardor, y que, sin sufrir graves an-  
 „gustias, no pueda hacer algun buen propósito,  
 „y que á manera del lirio poco á poco levan-  
 „te entre las espinas de estas penas su mente  
 „á Dios, procurando vivir en paz y quietud,  
 „confie en la divina misericordia.” Quería tam-  
 bien que no se turbasen aquellos que eran afli-  
 gidos en el tiempo de la oracion por distra-  
 ciones y tentaciones; sino que, interponiendo  
 alguna breve jaculatoria, la siguiesen tranquila-  
 mente sin comenzarla de nuevo; porque algu-  
 nos, queriendo tornar siempre desde el princi-  
 pio, siempre empiezan y jamás acaban una; y  
 fastidiandose así, llegan á perder el fervor y el  
 deseo de encomendarse á Dios. De la misma  
 manera aconsejaba, debian proceder los que eran  
 molestados de pensamientos contrarios á la fé  
 ó á la castidad; asegurando, que semejantes ten-  
 taciones mas fácilmente se ahuyentan volviendo  
 diestramente nuestro corazon á Dios, que con  
 una ansiosa resistencia.

## CAPITULO X.

*Del zelo de las almas del Beato Sebastian.*

**E**l verdadero amor del prójimo, inseparable del amor de Dios, para la salvacion de las almas, envuelve los principales y caritativos cuidados suyos. Cuan grandes y cuales fuesen estes en el B. SEBASTIAN, se conoce de su larga vida, empleada toda en tal objeto. No tenia (segun lo hemos visto) un solo momento reservado á sí mismo, ningun reposo, á su cansancio, ningun alivio á su avanzada edad; sino siempre inflamado de nuevo ardor, en el aposento, en la iglesia, por la ciudad y fuera de ella, en todo zelaba el honor de Dios y la salvacion de las almas. Hallándose en ocasion de hablar con los pecadores, por duros y obstinados que fuesen, los trataba siempre con las mas dulces y apacibles maneras, de suerte, que muy pronto les ganaba el corazon, y los atraía á su confianza. *Vaya, quiero que nosotros seamos buenos amigos* (les solía decir); *pero procurad el no ofender mas á Dios cometiendo otra vez pecado mortal.* Estas palabras las decia con tiernas demostraciones de paternal afecto. Un caballe-

ro de gran nombre estaba una tarde paseando por los corredores de nuestra casa, en compañía del Presidente el Conde Juan Baurista Garagni: pasando por allí el Siervo de Dios para ir al Oratorio, viendoles, los saludó; y apartando un poco al caballero, le dijo pocas palabras; despues de las cuales, volviendose este á su amigo se despidió diciendole: *otra vez nos volveremos á ver; por ahora me conviene salir de aquí.* Maravillado el Conde de tan imprevista resolucion, no sabía á qué atribuir la. Entretanto pasaron muchos dias ántes de que se viesen, y, finalmente, habiendose encontrado, rogó el Señor Garagni al caballero le manifestase, ¿por qué aquella tarde se habia separado de él, y donde se habia retirado con tanta prisa? Entónces este, abriendose con su amigo le dijo estas palabras: „vos habeis sido siempre mi amigo, y me persuado seguireis siendolo: os digo pues, que el „Padre VALFRE es un Santo. Aquella tarde, cuando me habló en secreto me dijo: Señor, *hacéis un gran perjuicio á vuestra hermosa alma.* „Herido yo y advertido de aquellas palabras, „me despedí al momento de vos, y me retiré á „pensar en el estado de mi alma: y despues „del Oratorio ocurrí al Padre VALFRE, con quien „me confesé y á quien he elegido por mi di-

„rector espiritual, esperando con su ayuda des-  
 „engañarme del mundo, y emprender un méto-  
 „do de vida en que pueda salvarme.” En efec-  
 to, despues de algunos dias, abandonando las  
 delicias y comodidades de su casa, entró en una  
 religion, en la cual probado de Dios con varios  
 trabajos y siempre asistido por el Beato, murió  
 como constante, fiel y ejemplar religioso. La  
 docilidad que encontró SEBASTIAN en este ca-  
 ballero, no siempre la halló en todos; porque al-  
 gunos se resistian á sus consejos, se burlaban  
 de sus santas industrias, ó abusaban de sus mis-  
 mos beneficios para vivir en el pecado. Pero su  
 ardentísimo zelo y su gran caridad, siempre  
 dulce y paciente, no se disminuía, ni jamás se  
 irritaba. Una sola vez, dejando la paciencia y  
 dulzura, se le vió hacer una correccion, que si  
 en otros hubiera sido digna de reprenderse, en  
 él se debe alabar; porque el efecto que pro-  
 dujo, debe atribuirse á un movimiento especial  
 que ciertamente tuvo de Dios. Un blasfemo  
 público, aunque muchas veces habia sido amo-  
 nestado y corregido, estaba no obstante rebelde  
 y obstinado en su detestable vicio. Un dia, pa-  
 sando el Beato por una calle principal, y oyen-  
 dele proferir en sus acostumbres y escanda-  
 losas blasfemias, ardiendo todo en purísimo amor

á Dios, se acercó á él y le dió una muy re-  
 cia bofetada. ¡Cosa admirable! aquel hombre bes-  
 tial, aunque ferocísimo por naturaleza, con asom-  
 bro de todos calló, entró en sí, y jamás reca-  
 yó en aquella horrible impiedad.

Estando SEBASTIAN devorado del deseo de  
 ganar almas á Dios, no se contentaba con las  
 que espontáneamente se le presentaban, sino que  
 por todas partes iba en su solicitud, emplean-  
 do todos los medios de insinuarse en su con-  
 fianza, y volverlos al seguro camino. Cuando  
 oía decir que en algun lugar habia mugeres de  
 mala vida, no pudiendo tolerar la ofensa de Dios  
 y el escándalo de tantas gentes, con la debida  
 autoridad y el necesario acompañamiento, iba  
 de improviso y aun de noche, á aquellas des-  
 honestas concurrencias; y bastaba que él se pre-  
 sentase, para que al momento se disolviesen.  
 Amonestaba entónces á todos á no ofender mas  
 á Dios; y si descubria á alguno cubierto de con-  
 fusion, dulcemente lo convidaba á que lo bus-  
 case en la Congregacion, prometiéndole toda  
 paternal asistencia. Para arrancar del todo la  
 ocasion y el fomento del pecado, hacia retirar  
 á lugar seguro á esas mugeres, subministrán-  
 dos alimentos y una conveniente pensión; y vi-  
 sitándolas frecuentemente las instruía y encami-

naba por el sendero de la penitencia; y tambien á muchas, dotándolas, las colocó en matrimonio. Procediendo de esta manera, apartó del mal mas de doscientas.

En el año de 1706, ántes del sitio de Turin, hallándose (como ya se ha dicho en otro lugar) bajo los portales de la plaza de S. Carlos, muchos soldados, de los cuales unos dormian allí al sereno, y otros dentro de los carros destinados á conducir las provisiones del ejército, el B. SEBASTIAN, movido del zelo de su salvacion, y principalmente porque allí se hallaban mezclados hombres y mugeres, salia de parte de noche, y rodeando aquellos portales, y visitando aquellos carros donde descubria peligro de ofensa del Señor, daba avisos saludables, y ponía el reparo conveniente. Perseveró algunos meses en este cuidado; esto es, mientras duró aquel peligro; y era tan grande su crédito, que ninguno osaba oponerse á sus palabras; por lo cual, no solamente era escuchado y obedecido, sino aun con sola su presencia hacia temblar á los mas malvados, y huir á los mas atrevidos. En prueba de esto diré: que habiendo él sabido que en un pequeño cuarto, que se hallaba debajo de la parroquia de San Eusebio, se hacia un baile poco honesto, se acompañó un dia con Ni-

colás Tassarotto, y llegado allí, pegándose á la puerta dijo en voz alta y capaz de ser oida de todos: *¿qué se hace aquí?* y despues, retirándose á otra parte, tuvo el consuelo de ver salir á cuantos se encontraban en aquel sitio. Entónces, cerrando él mismo la puerta, y llevándose la llave, volvió á la Congregacion: y su compañero declaró en el proceso, que aquella habitacion quedó abandonada por mucho tiempo.

Así ganaba él las almas á Dios con las dulzuras de sus maneras, por lo cual era llamado propiamente *calamidad de los pecadores*: y, por el mismo camino de la dulzura, deseaba que todos los sacerdotes se dedicasen á procurar la salvacion de las almas; desagradándole mucho que se mostrasen frios en ganar á las personas estraviadas. No podia estar tranquilo si veía algun sacerdote estar ocioso ó tibio en el santo ministerio, ó (lo que es peor) agregado á alguna casa noble á guisa de mercenario; dejando así de ocuparse con fruto en la viña del Señor, faltando á las promesas hechas á la iglesia y á Dios; por lo cual procuraba despertarle del fatal letargo, é inflamarle á trabajar por la salud espiritual de los prójimos. Exhortaba principalmente á los sacerdotes jóvenes á no espantarse de las dificultades

que se encuentran en el santo ministerio, animándoles yá con un motivo, yá con otro, á trabajar siempre; concluyendo su discurso con decirles: que *quien tiene amor de Dios, no dice jamás basta; sino que cuanto mas ha trabajado, tanto mas está pronto á trabajar.* Tal era verdaderamente su ardor, aunque anciano decrépito, y convaliente, despues de graves enfermedades, cansadísimo por el peso de la Congregacion, por los penitentes que querian confesarse, los pobres que pedian limosna, los forasteros y ciudadanos que solicitaban consejo; llamado unas veces á las cárceles, otras á los monasterios; yá á los hospitales, y yá á la corte; oprimido al mismo tiempo de muchas personas, que todas querian hablarle de muy distintos negocios; enmedio, repito, de tantas ocupaciones, jamás se le oyó quejarse de estar desasosegado; jamás se negaba á ninguno: acogía á todos, manifestándose de esta manera incansable y constante en el servicio de todos.

Ni solamente se contenia su zelo entre los muros de Turin; sino se estendia á todo el Estado. El era informado de los desórdenes que acaecian en otras partes, así por los párrocos que interponian su mediacion para con el Soberano, como de los Obispos que le consulta-

ban como á un oráculo, para la buena direccion del clero y de su rebaño. Respondia á todos, y á todos sugería por cartas los medios mas oportunos á extinguir los abusos; y se valia de la autoridad suprema, para que el vicio fuese reprimido y protegida la virtud. Tuvo tambien otras ocasiones de cooperar al bien de las almas, aun fuera del Piamonte, ayudado de la liberalidad de caritativos bienhechores. La nobilísima Señora Camila Bevilacqua, Marquesa de Villa, nombró en el año de 1687 al Beato SEBASTIAN, ejecutor de sus últimas disposiciones, ordenadas todas á obras pias, habiendo instituido su heredero universal á Jesucristo en la persona de los pobres, y mostrándose deseosa de que de sus bienes dejados á la ciudad de Ferrara, se fundase en ella una casa de misioneros de San Vicente Pauli. Aunque esta fundacion fuese muy árdua y difícil de ejecutarse, por los grandes obstáculos que se presentaban, tomó VALFRE tanto empeño, principalmente valiéndose de la proteccion que solicitó en Roma del Cardenal Colloredo, su íntimo confidente, que triunfando victoriosamente de todas las contradicciones, logró dar verificativo á esta obra, tan útil á todas las almas de aquella vasta diócesis.

## CAPITULO XL

*Solicitud singular que tenia el B. Sebastian en la asistencia espiritual de los enfermos.*

Una de las mas gravosas y continuas taréas del B. SEBASTIAN por la salvacion de las almas era, la asistencia á los enfermos y moribundos. *¿Qué importan, decia, los sermones, las doctrinas, las confesiones, si faltamos despues en ayudar á nuestros prójimos en el punto mas peligroso de la muerte?* Tomando el espíritu y fuerza de esta consideracion, no habia obstáculo que pudiese detenerle, incomodidad, hora importuna, ni discursos de parientes; movidos siempre de necia piedad y de falsa prudencia; que pudiesen desanimarle, ó apartarle jamás de acercarse á los enfermos; por lo cual, no cuidando nada de su persona, y venciendo todo respeto humano, los visitaba con frecuencia, los disponia con suavidad á los Sacramentos, los exhortaba á la resignacion: y velando aun muchas noches á su lado, no mostraba nunca cansancio ni el mas pequeño fastidio; aunque muchas veces su extraordinaria caridad lo llevase hasta á limpiarlos de las mas asquerosas inmu-

dicias. El hermano Andrés Robbisi, que por muchos años fué portero nuestro, atestigua con juramento, que ejercitando él este oficio, á cualquiera hora del dia ó de la noche, que fuese buscado el Siervo de Dios para algun enfermo, estaba siempre muy pronto á contestar y conducirse á donde era solicitado; y aun muchas veces (y esto sucedia hasta en horas muy avanzadas de la noche) él mismo, en oyendo golpear la puerta, bajaba corriendo á la portería á responder, y al momento se encaminaba al lugar indicado. Ni rara vez sucedia, que volviendo á casa, apenas metido en la cama para tomar un poco de descanso, era llamado nuevamente por otro; y él, con su acostumbrada tranquilidad y prontitud, se volvia á levantar y tornaba á salir. Seria muy difuso contar aquí todo aquello que él supo hacer, y las luces particulares que para esto tuvo de Dios; pero tampoco es conveniente callarlo todo.

Al principio del siglo pasado, cuando los nuestros estaban en guerra con los franceses, y el mismo Turin sitiado, no pueden describirse las cosas que en tales circunstancias obró SEBASTIAN. No eran tan prontamente trasladados los heridos al hospital militar, cuando él con todo amor los recibía, los animaba y forta-

lecia con los santos Sacramentos. No contento con esto, temiendo siempre que alguno muriese en el mismo lugar de la refriega, giraba solícitamente al rededor de los baluartes, ocurriendo luego al primer lamento que percibía; y tambien, olvidándose de sí, se detenía en aquella misma calle donde por los continuos cañonazos habia mayor peligro; y allí mismo exhortaba á hacer actos de contricion, confesaba y asistia á aquellos miserables, que eran víctima del furor de la guerra. Los ajusticiados igualmente tuvieron bien en qué conocer el amor que SEBASTIAN tenia á sus almas. No hubo uno solo á quien no dispusiese, ó en la capilla á recibir los Sacramentos, ó sobre el patibulo á resignarse á la muerte. No fueron pocos los que, queriendo morir desesperados é impenitentes, rehusaban obstinadamente todos los socorros de la religion; pero, en semejantes casos, no cayendo de ánimo el buen Padre, redoblando sus cuidados, obtenia de una manera admirable mudarles el corazon y convertirlos. Toda una noche se fatigaron muchas personas en disponer á la confesion sacramental á un reo sentenciado á muerte, el cual, no dando jamás señal de querer rendirse ni sujetarse, estaba firme en su obstinacion: cerca de amanecer se pensó en

llamar al Beato VALFRE, esperándolo todo de la santidad de su vida; y un tal Morfino, platero, fué por él. Llegado este á la Congregacion; siendo todavia noche; tocó á la portería; y abriéndole; diciendo que tenia que hablar una cosa importante con el Padre SEBASTIAN; como que era conocido y frecuentaba la casa, pudo libremente dirigirse á su aposento: pero cuando él se acercaba á la puerta, en el acto que iba á tocar, oyó que el Siervo de Dios, desde el aposento cerrado le decia: *volvéos, entretanto, que luego voy y lo confesaré.* Morfino, que á ninguno habia dicho á lo que iba, quedó atónito con estas palabras; y sin abrir la boca partió, atribuyendo el caso á una luz sobrenatural que el Beato habia tenido de Dios; en cuyo juicio quedó mucho mas confirmado, cuando llegado á la capilla, vió poco despues venir al Padre SEBASTIAN, el que apenas entró, dijo á todos los asistentes, que arrodillados hiciesen un poco de oracion, á fin de obtener de Dios la conversion deseada. ¡Cosa admirable! No habian pasado sino pocos momentos que se oraba, cuando aquel miserable, vencido de la gracia divina se levantó, y vuelto todo compungido á VALFRE, le dijo: *¡ah! Padre mio, ayúdame, que yo quiero hacer una buena confesion*

para morir como cristiano. La hizo en efecto; y tan súbito cambio se tuvo de muchos por prodigio. También fué maravilloso lo que le pasó en el hospital real de la caridad. Yendo un día á él en compañía de un estudiante, después de haber confesado á algunos en el piso superior, se encaminó por cierto departamento retirado, donde tenía que confesar á algunos otros: entrando en un aposento, desde donde se pasaba á la sala en que estaban los enfermos, iba SEBASTIAN libremente seguido de su compañero, el cual, después de algunos pasos se detuvo, y prontamente se hizo atrás para no caer en un precipicio que estaba allí; porque, no habiéndose terminado todavía la fábrica, faltaba en un cierto lugar el pavimento. Entretanto que este, descolorido, se horrorizaba por aquella profundidad, vió que el Siervo de Dios caminando sobre el aire como sobre un suelo firme, llegaba á las otras salas, donde para llegar él, debía hacer un largo rodéo. Encontrándose poco después el estudiante con Juan Bautista Salino, Capitan de caballería, contóle este suceso, todavía asustado del peligro que había corrido: Salino, que conocía bien la santidad de SEBASTIAN, sin maravillarse mucho le dijo: *Modicae fidei quare dubitasti? Debiais haber te-*

*nido fé, y tambien hubierais caminado por el aire como el Padre Valfré.*

El Cura de Perno, Marco Antonio Garresio de Verduno, iba un día por Turin en compañía del Padre SEBASTIAN, el cual de improviso se paró á la puerta de una casa en la plaza de S. Carlos, y después de haber dado un suspiro, dijo con el mayor empeño: *Señor Garresio, presto, presto entrad aquí; subid hasta el último piso de esta casa, y pasad hasta sobre el techo.* Dichas estas palabras, corrió apresuradamente el sacerdote al lugar indicado; y allí encontró á una pobre muger, que yacía sobre una poca de paja, reducida á agonía sin ninguno que la asistiese. Comenzó al momento á escitarla á un acto de contrición, y después de haberla absuelto, haciéndole la recomendación del alma, espiró tranquilamente. Concluido su oficio, Garresio, bajó de allí, y se reunió con el Siervo de Dios que lo había estado esperando, y luego que este supo lo que había pasado, le dijo: *ahora que hemos ganado una alma á Dios, podemos contentos proseguir nuestro camino.* No muy desemejantes á este son los dos casos que siguen. Mientras el Padre Agustin Agnesio administraba nuestra parroquia, el B. SEBASTIAN, una vez, dos horas casi después de la media

noche, fué á su aposento, y lo hizo levantar luego diciendole: que un moribundo tenia necesidad de su asistencia. Levantóse al momento de su cama el párroco, y mientras se vestia le preguntó ¿quién era el enfermo, y en qué lugar habitaba? A cuyas preguntas solamente oyó le contestaban, que *anduviese aprisa, y se fuese por la calle nueva, que allí lo encontraría.* Aunque no quedase satisfecho el Padre Agnesio con tal respuesta, siendo muchísimas las casas de aquella larga calle, y demasiada la gente que la habitaba; sinembargo, movido de la veneracion que profesaba al Siervo de Dios, se dirigió allá apresuradamente, y hallándose casi al fin de ella, habia ya pasado la iglesia de Santa Maria Magdalena sin hallar persona alguna de quien pudiese recibir la noticia: estando en esto vió abrir improvisamente una puerta y salir fuera á una muger, á la cual saliendo él al encuentro le preguntó, ¿si por ventura sabia que hubiese por allí algun enfermo? Si, respondió ella con voz asustada, *es mi marido, á quien le ha atacado ahora un mal gravísimo; y yo me he sentido movida de buscarle un sacerdote.* A lo que el Padre contestó: *vedme aquí; vamos allá, que cabalmente por él he venido.* Y, subiendo la escalera, halló á un viejo

casi agonizante, el cual, consolándose á la vista de su párroco, se confesó, y á poco tiempo espiró.

En el año de 1676 fué mandado de Baviera á Turin el Conde Buenaventura de Usberg, para dar el pésame de la muerte de la Princesa Adelayda Enriqueta de Saboya, á la Duquesa Regente, viuda de Carlos Emmanuel II. Apenas llegado allá el Conde, fué atacado de una fiebre tan maligna, que en pocos dias le quitó la vida. La duquesa, para manifestár su particular aprecio á tal personage, mandó á dos de su corte, esto es á Cristobal Faletti y Sabino Antonio Pasteris, á que le prestasen toda clase de servicios. Cumpliendo estos escrupulosamente la órden soberana, ni de dia ni de noche se apartaban del enfermo. Por el 23 de Abril, siguiendo él en el mismo estado, y no apareciendo ninguna señal de muerte inminente, ácia la media noche se reunieron en una pieza inmediata, á tomar un poco de descanso con Claudio Carrera, que tenia á su cargo el palacio en que moraba el Conde: cuando, hé aquí, que ven presentarse á SEBASTIAN, pidiendoles noticia del enfermo. Sumamente maravillados de aquella visita y en tal hora, no sabian entender, como estando cerrado el palacio pudiese él ha-

ber entrado hasta allí: mucho mas atónito quedó Carrera, como que habiendo él cerrado las puertas, tenia junto á sí las llaves; y para asegurarse siempre mas de la cosa, mientras los dos cortesanos acompañaban á la cama del Conde á VALFRE, quiso ir á reconocer todas las puertas, y las halló todas (así las habia dejado) cerradas muy bien con llave. Entrado, pues, el Siervo de Dios al aposento del enfermo, y habiendose acercado á él, le preguntó en lengua francesa, ¿como se sentía? El, respondiendo súbitamente en la misma lengua, le dijo: *ó mi amado Padre, Dios os ha mandado aquí, porque tengo necesidad de vuestra ayuda:* y prosiguiendo á hablar, respondia el enfermo á cada pregunta; oyéndolo aquellos dos, que por algun tiempo, vencidos de la curiosidad, se habian quedado fuera, junto de la puerta: y declara Faletti, que mientras duró la cena, pasando de cuando en cuando hasta la puerta de aquel aposento, para ver si se ofrecia algo de nuevo; siempre, con admiración suya, los oía hablar de cosas espirituales: *y esto, así habla, me causaba tanto gusto, que me parecía oír á dos ángeles del Paraíso.* De esta suerte pasaron las otras pocas horas de aquella noche. Habiendo amanecido, y salido de allí SEBASTIAN, sin decir nada á ninguno, los asis-

tentes se dirigieron solícitamente al enfermo para saber como se hallaba; pero, apenas pusieron el pié en la recámara, le vieron ya muerto, con la cara cubierta y el Crucifijo sobre el pecho. No puede decirse si se entristecieron sumamente, sabiendo bien la herida que esa muerte iba á causar en el ánimo de la Regente: si admiraron al mismo tiempo mucho mas la gracia singular que habia recibido el Conde: ó si tal suceso confirmó en mas alta manera la opinion de santidad, que siempre habian tenido de nuestro Beato. Así este acontecimiento como el pasado nos demuestran bastante, haber querido Dios salvar esas dos almas; y por esto haberles facilitado prodigiosamente (como aparece con claridad de las circunstancias) la asistencia casi necesaria en aquel punto terribilísimo, del que depende la eterna suerte del hombre. Para escribir otra prueba de las luces extraordinarias que tenia SEBASTIAN, para conocer el estado y la necesidad de los enfermos, añadiré: que una tal Dominga Catarina, teniendo dolor de costado, complicada con fiebre maligna con petequias, en pocos dias fué reducida al último término de la vida. Recibidos todos los Sacramentos y entrada en agonía, el Padre Jacinto Alberto Gheuzzy, y el Sacerdote Antonio de Fi-

lippi (párroco uno y vicario el otro) le hacian la recomendacion del alma; y ya por haberle faltado la respiracion, creyéndola muerta, se habian hincado todos los asistentes á rezarle el *De profundis*: en aquel punto llegó el Beato SEBASTIAN, el cual, al acercarse con precipitacion al lecho de la enferma, venia repitiendo: *no estará muerta; no estará muerta: será un accidente*; y estendiendo la mano sobre la cabeza de ella, la llamó por dos distintas veces. Abrió los ojos la muger, y confusa y espantada dijo: *¿es posible que yo iba á condenarme, por no haber tenido quien me sugiriese un acto de contricion?* Llenos de maravilla y terror cuantos estaban allí, permanecieron inmóviles de rodillas, mirándose unos á otros, sin proferir palabra; y volviéndose á VALFRE la enferma, prosiguió: *¡ah Padre! al momento de mi muerte, cuando yo creía con seguridad salvarme, Dios me ha manifestado en una vision, que yo me habria condenado por soberbia.* Quería decir mas; pero comenzando él á amonestarla paternalmente, hizo que se arrepintiese de corazon de todas las culpas cometidas; y habiéndola confesado despues, se retiró: entretanto se deshacian todos en lágrimas por las cosas que habian presenciado.

## CAPITULO XII.

*Limosnas del B. Sebastian á los conventos, á los establecimientos piadosos, y á los pobres de todo lugar y condicion.*

**H**emos visto en el Capítulo primero, que el B. SEBASTIAN manifestó, desde la infancia, un tiernísimo amor á los pobres. Al crecer en años, creció tambien en él esta piedad, de manera, que fué generalmente tenido por su Padre y universal Protector. Así puntualmente lo llamó en su muerte el Rey Victorio Amadeo II. El cómputo de las limosnas hechas por él, ascienden á un millon y seiscientos cincuenta mil francos, de la moneda que actualmente corre en Turin. Las órdenes mendicantes, los hospitales públicos, las familias enteras, los pobres, en una palabra, de toda edad y condicion, en todas las provincias del reino, fueron largamente socorridos por él; y si alguna vez se hallaba en estado de no poder dar nada, la vista de las miserias ajenas le oprimia de tal manera el corazon, y le causaba tan profundo dolor, que llorando de compasion y desahogándose en suspiros, redoblaba sus instancias á los ricos; pe-

ro mucho mas sus oraciones á Dios, para obtener y dar á todos remedio, subsistencia y auxilio. En este Capítulo no referiré, sino únicamente aquellas cosas que podrán dar á conocer á todos, de qué manera y con qué prontitud se ocupaba el Beato en socorrer á los miserables.

Los Frailes Hermitaños de San Agustin, que tenian en aquel tiempo la direccion espiritual de las cárceles del Real Senado, habiendo recibido muchas veces grandes sumas de dinero de las reales cajas, fueron á dar gracias al gefe de ellas; pero este les manifestó quién habia sido el verdadero autor y promovedor de aquellas abundantes limosnas, diciendoles: *vayan y den gracias al P. Valfré; él ha sido su abogado, y su verdadero bienhechor.*

Encontróse SEBASTIAN un dia fuera de la ciudad con los estudiantes de los Menores Observantes, vulgarmente llamados allá de Santo Tomás, y por el amor que tenia á los Religiosos se acompañó con ellos, y con suaves maneras se informó de sus estudios, de los ejercicios de piedad, y de su diario alimento: y entendida la miseria en que estaban, les prometió al despedirse les mandaria pan y vino. Diéronle todos las gracias; pero uno añadió: que

cuantas veces quisiese hacerles alguna caridad, les seria mas provechoso recibir, en lugar de pan y vino, algun aceite para alumbrarse, y papel y plumas para escribir. Alegró al caritativo SEBASTIAN la sencillez y el buen deseo de aquel estudiante, tanto mas, cuanto conoció que su peticion habia sido bien recibida por sus compañeros: así es que, apenas llegó á la Congregacion, les mandó todo aquello; y desde entonces hasta que murió, continuó en hacerlo frecuentemente en beneficio de aquel Convento.

Al real hospital de la Caridad, el cual albergaba casi á seiscientas personas, le proporcionó socorros extraordinarios, yá de la generosidad de Victorio Amadeo II., yá de la liberalidad de muchos ricos; y tal vez, á expensas propias, renovó toda su lienceria; y (lo que no se habia visto hasta entónces) introdujo allí maestros que enseñasen á leer y escribir: hizo, en fin, tantos beneficios á aquel lugar, que en su muerte aquellos pobres, así como todos los demás, lloraron sin consuelo, como si hubiesen perdido un hermano ó un amorosísimo padre. ®

Habiendo observado que en el hospital de San Juan Bautista, para dar lugar á nuevos enfermos, despedian muy pronto á los convalecientes, los cuales, por falta de buenos alimen-

tos y de asistencia, recaían con frecuencia mas gravemente que ántes; con una parte de la herencia de la Marquesa de Villa, dispuso se fundasen para ellos veinte camas, é hizo poner otras cuatro para los incurables. Esta obra tan recomendable, introducida por su ejemplo, se ha aumentado mucho mas con los legados de muchos piadosos bienhechores.

Su liberalidad para con los enfermos de las casas particulares no era menor, procurando proveer á todos de medicinas, de alimentos, de camas, y de personas que los asistiesen: y en las visitas de estos (si una grave necesidad no lo obligaba á otra cosa) ocupaba, para no ser visto, las horas mas incómodas del día ó aun las de la noche. A cuyo propósito cuenta el Padre Juan Bautista Buscati, vice-párroco nuestro, que habiéndose dirigido ácia el amanecer á ver á una enferma pobrísima, supo de ella, que en la noche le habia llevado el P. VALFRE una olla de caldo y un haz de leña.

José Antonio Zelati, jovencito de poca edad, fué una tarde con otros compañeros suyos á jugar á un lugar inmediato á nuestra casa, á donde, de algunos dias á esa parte solia ocurrir á pedir limosna un hombre sucio, llagado y tan horroroso, que daba náusea solamente mirar-

lo. Sucedió entónces, que cerca del anochecer, el P. VALFRE, que creía no ser visto de nadie, vino, se acercó al pobrecillo, y habiendole abrazado lo puso sobre sus hombros, y lo sacó de allí. Curioso Zelati de ver á dónde lo llevaba, quiso seguirlo, y le vió entrar en una casita detrás del palacio del Marqués Tana, y queriendo saber todavia mas, se informó de un carpintero vecino de aquel lugar, el cual le respondió: *lo ha llevado á la casa de una pobre viuda: este hombre de Dios hace muchas caridades de estas; pero tú harás mejor en retirarte, porque él no quiere ser visto.*

Para tener siempre que dar, tenia el caritativo Padre en un aposento, trigo, arróz, legumbres y otros comestibles; y tambien vestidos de hombre y de muger, camisas, calzones, retazos de paño y de tela; sábanas, colchas, zapatos y demás: las cuales cosas distribuía él mismo, y hacia distribuir por otros: y es de notar, que socorria á todos con tanta prontitud y tranquilidad de ánimo, que si hubiese tenido que proveer en un dia á mil personas de diversas cosas, á todas, sin turbarse, satisfaria completamente: y si se acordaba de noche, que un solo pobre habia quedado sin socorrer, se levantaba al momento, aunque estuviere acostado, y ó iba él mismo, ó mandaba á otros á remediar su necesidad.

El año de 1678 y los dos siguientes, fueron de tal carestía en todo el Piamonte, que las gentes venian en tropas de todo el Estado á Turin á implorar socorro. Las miserias de tantos traspasaron el corazon del amorosísimo Padre, quien se ocupó al momento en buscar trabajo á los sanos, y en colocar en los hospitales á los débiles y enfermos. Dirigióse á las casas de los nobles y ricos, presentóse á la Duquesa Regente; y alcanzó de todos copiosísimos socorros; de tal manera, que en un dia pudo reunir á mas de tres mil pobres en el patio del arsenal, y repartirles un pan de veinte onzas y diez sueldos á cada uno. Ni faltaron otras muy manifiestas pruebas de su ardiente caridad. Dos años ántes de su muerte, despues de haber explicado en público la doctrina cristiana, se le presentó un pobrecillo, con solo un pedazo de camisa en el cuerpo; (era entónces lo mas fuerte del invierno); y temblando todo, le pidió socorro. Viéndole en tan deplorable estado, hizole señal de que le siguiese, lo condujo al Oratorio parvo, y despojándose allí de la ropa interior, se la dió para que cubriese su desnudéz; cuya heroica obra de misericordia faltó poco para que le costase la vida; porque no pudiéndose defender del frio, fué atacado de un costipado tan fuer-

te; (tenia en la actualidad muy cerca de ochenta años); que le duró por muchas semanas. Eran frecuentísimas sus visitas á las cárceles, donde no fué jamás sin socorrer á aquellos infelices. Los compadecia en sus penas, los exhortaba á la resignacion; y cuando encontraba á alguno mas desdichado que culpable, se empeñaba en que fuese abreviado su proceso, y se interponia tambien con el Soberano para obtenerle el perdón. Estaba arrestado en el Castillo de Yurea el Cura de Castelamonte, acusado calumniosamente; y despues de mas de un año que se hallaba allí, se veía reducida su salud á mal estado, sin que ninguno pensase en libertarle, ó á lo menos en hablar á su favor. Su affligidísima madre, reducida casi á la desesperacion, se dirigió á Turin, y buscando al P. VALFRE, le contó por sus pasos la desgracia de su hijo. Al ver las lágrimas de la desventurada muger, se enterneció el buen Padre, é informado del deplorable caso, ocurrió al momento á los primeros ministros y al mismo Duque; y fué tal su empeño, que dentro de tres dias, reconocida la inocencia, quedó en libertad y restituido á su grey el perseguido pastor.

Los esclavos de la ciudadela (los galeotes) se olvidaban de sus cadenas siempre que veían

á este hombre caritativo y benéfico: salíanle alegres al encuentro; escuchábanle con docilidad; amábanle como hermano, y lo respetaban como padre. El también procuraba que se usase con ellos de toda caridad, que fuesen aliviados en sus trabajosísimas tareas, y que algunas veces fuesen consolados con algún alivio y descanso. Por tal motivo, muchos de estos infelices, á quienes no habían servido ni las amonestaciones, ni las pláticas, viendo tanto amor y tanta liberalidad ácia ellos, convertían su corazón á Dios; y de ociosos y malvados, pasaban á ser muy diligentes y buenos cristianos.

Tierno y compasivo con los artesanos que no podían vender sus manufacturas, pasaba él mismo á sus tiendas á comprar algunas cosas, sin tener necesidad de ellas, y las pagaba todas á un subidísimo precio, aun sobre el pedido del vendedor. La cual cosa singularmente hacia con los pintores, libreros y semejantes; señalándoles además á los mismos, una cierta cantidad de pan y otros alimentos en las principales fiestas del año; esperando que con este auxilio se ocuparian con mayor gusto en la santificación de aquellas solemnidades. *Secorramos á los artesanos*, solía decir; *porque de esta*

*suerte están resignados á la voluntad de Dios, pacientes en las tribulaciones; no se descuidan de santificar las fiestas, y salvan así sus almas.*

Padre universal de las viudas, de los huérfanos y pupilos, los socorria con larga mano, y los defendía de las opresiones de los poderosos; recurriendo frecuentemente al efecto á la suprema autoridad, ante la cual también se empeñaba, para que los forasteros venidos de las provincias, pudiesen con prontitud despachar sus negocios, y no sufriesen con una larga demora en Turin, graves perjuicios, ni consumiesen, como él decía, *la parte mas líquida* de su substancia. „Vosotros, Señores Caballeros, que es-  
„taís en la Corte, y teneis relaciones con los  
„Magistrados, podeis hacer grandes caridades sin  
„gastar un real. Vienen aquí de todas partes  
„del Estado, personas que no saben á quien  
„dirigirse, ni á quien recomendarse para reci-  
„bir justicia; podreis vosotros asistirlos é influir  
„en que sean atendidos en sus justas demandas.  
„He aquí un cúmulo de méritos para la otra  
„vida.” Así hablaba á los cortesanos y á todos  
los poderosos nuestro Beato.

Finalmente, con las familias de antiguo lustre caídas en bajo estado, y con las doncellas expuestas á peligros, no solo liberal, sino (por

decirlo así) pródigo, podía llamarse VALFRE. Habiendo entendido que una noble muger viuda, con dos hijas casaderas, vivía con mucha honestidad, y no tenía con qué pagar el alquiler de la casa; haciéndola llamar, le dió cien escudos de oro. A una familia en que había tres jovencitas, las cuales por causa de la miseria estaban en algun peligro, les dió mas de seiscientos escudos, para que casándose las tres, pasasen en gracia de Dios su vida. Una doncella nobilísima, habiendo caído por igual motivo en una falta grave, doliéndose sumamente SEBASTIAN del suceso, y temiendo nuevas caídas, ocurrió al Banquero Lorenzo Quaglia, hombre rico y liberal con los pobres, y apenas le dijo tener necesidad de dar el dote á una jóven noble, recibió de él mil escudos, que sirvieron á casarla convenientemente; y así pudo proveer á el alma y al honor de aquella, que vino á ser ejemplo y espejo de madres de familia.

Dos cosas me parece deben notarse aquí: la primera, que VALFRE quería que la caridad fuese ordenada; habiendo muchas veces, aun en la mayor necesidad, rehusado limosnas de los ricos, cuando sabia haber pobres en los lugares en que ellos tenían sus bienes. La otra, que él fué constantemente generosísimo, aun con aquellos

que lo habían burlado, y abusado maliciosamente de sus beneficios. Y esto servirá para conocer, qué peso debe darse á las excusas de los que dicen, no hacer limosnas para no fomentar la ociosidad de los vagamundos, los cuales podrian, si quisiesen, trabajar y ganarse el pan. Excusa es esta llamada vana por San Juan Crisóstomo, y propia de aváros que con tal pretesto quieren cubrir su avaricia. Recuerden estos, que Dios no será Padre amoroso, sino Juez severísimo con aquellos, que teniendo escrúpulo de dar una corta limosna para no fomentar el ócio, no tienen escrúpulo de gastar largamente en banquetes, en teatros y disoluciones.

### CAPITULO XIII.

*Modo extraordinario con que el Beato Sebastian hallaba limosnas y conocia las necesidades de los pobres.*

**ES** cosa ciertísima, que la mayor parte de las limosnas hechas por el B. SEBASTIAN, se deben reconocer como emanadas de la piedad de las personas ricas, que le daban mucho dinero, seguros de que lo distribuiría mejor que otro ninguno. Ni se debe olvidar, aquel que la Duquesa Regente y el Rey Victorio Amadeo po-

decirlo así) pródigo, podía llamarse VALFRE. Habiendo entendido que una noble muger viuda, con dos hijas casaderas, vivía con mucha honestidad, y no tenía con qué pagar el alquiler de la casa; haciéndola llamar, le dió cien escudos de oro. A una familia en que había tres jovencitas, las cuales por causa de la miseria estaban en algun peligro, les dió mas de seiscientos escudos, para que casándose las tres, pasasen en gracia de Dios su vida. Una doncella nobilísima, habiendo caído por igual motivo en una falta grave, doliéndose sumamente SEBASTIAN del suceso, y temiendo nuevas caídas, ocurrió al Banquero Lorenzo Quaglia, hombre rico y liberal con los pobres, y apenas le dijo tener necesidad de dar el dote á una jóven noble, recibió de él mil escudos, que sirvieron á casarla convenientemente; y así pudo proveer á el alma y al honor de aquella, que vino á ser ejemplo y espejo de madres de familia.

Dos cosas me parece deben notarse aquí: la primera, que VALFRE quería que la caridad fuese ordenada; habiendo muchas veces, aun en la mayor necesidad, rehusado limosnas de los ricos, cuando sabía haber pobres en los lugares en que ellos tenían sus bienes. La otra, que él fué constantemente generosísimo, aun con aquellos

que lo habían burlado, y abusado maliciosamente de sus beneficios. Y esto servirá para conocer, qué peso debe darse á las escusas de los que dicen, no hacer limosnas para no fomentar la ociosidad de los vagamundos, los cuales podrian, si quisiesen, trabajar y ganarse el pan. Escusa es esta llamada vana por San Juan Crisóstomo, y propia de aváros que con tal pretesto quieren cubrir su avaricia. Recuerden estos, que Dios no será Padre amoroso, sino Juez severísimo con aquellos, que teniendo escrúpulo de dar una corta limosna para no fomentar el ócio, no tienen escrúpulo de gastar largamente en banquetes, en teatros y disoluciones.

### CAPITULO XIII.

*Modo extraordinario con que el Beato Sebastian hallaba limosnas y conocia las necesidades de los pobres.*

**ES** cosa ciertísima, que la mayor parte de las limosnas hechas por el B. SEBASTIAN, se deben reconocer como emanadas de la piedad de las personas ricas, que le daban mucho dinero, seguros de que lo distribuiría mejor que otro ninguno. Ni se debe olvidar, aquel que la Duquesa Regente y el Rey Victorio Amadeo po-

mian en sus manos, para proveer á las necesidades de sus amadísimos súbditos, *no teniendo, así lo decían, en todo el Estado, de quien poder fiarse mejor en materia tan delicada.* ¡Tanto era el aprecio que de su santa vida se hacía por todos y por los mismos Soberanos! Pero que un hombre, disfrutando el crédito y reputacion general de todos, tuviese tesoros que distribuir, y obtuviere en bien de los pobres cualquiera cosa que pidiese, no es cosa que debe admirar mucho; lo maravilloso es, que algunas veces, saltando el socorro de los hombres, parece que el mismo Dios, de un modo extraordinario, ocurriese á ayudarle. Un dia (y era en año de gran carestía) aquel Vice-párroco Antonio de Filippi, que hemos nombrado en otra parte, habiendo venido á la Congregacion á hablar con el Padre SEBASTIAN, lo encontró que alegre sobremanera estaba en la puerta de su aposento; y apenas le vió, oyó que le decía: *Buenas nuevas, Señor de Filippi: hace poco estaba muy afligido y doliente por no tener que dar á aquella multitud de pobres, que sabeis tenemos actualmente aquí; pero ahora estoy estremadamente alegre y contento; porque he sido proveído superabundantemente. ¡Cuan cierto es que Dios no abandona jamás á quien confía en él!* Y al

decir esto le manifestó una bolsa llena de oro, diciendole, se la habia llevado aquel jóven, con quien lo habia encontrado hablando; *pero, añadió, yo creo que él no gusta de ser visto; por que al presentáros vos, sin despedirse siquiera, se ha marchado de aquí. Sin embargo, tengo firme esperanza de volverle á ver y recibir de él otros socorros.* Pero ni Filippi habia visto á ninguno, ni tampoco el portero de casa. No esperó en vano VALFRE. Una mañana que se habia quedado sin un real, mientras se ocupaba en la iglesia en confesar, se le acercó el mismo jóven, y le dió otra gran suma de dinero: lo cual no fué advertido de nadie, aunque mucha gente rodeaba su confesonario.

Finalmente, omitiendo muchos de estos sucesos, solo añadiré: que SEBASTIAN, una noche, volviendo de la iglesia á su aposento, que al salir habia cerrado con la llave particular y no con la comun, encontró sobre una mesa trescientas monedas dentro de un talego; no habiendo jamás llegado á saber, quien y como las puso allí. Y debe notarse, que él se hallaba en grandes angustias; porque no teniendo mas que dar, no sabia ya á quien recurrir. Por esto se habia estado toda la mañana en la iglesia ánte el altar de S. Felipe, rogándole fervorosamente

le prestase medios de poder proveer á tantas familias, que en la miseria en que estaban, se conservaban fieles en el santo temor de Dios. Pero, si muchas veces eran extraordinarios los auxilios que tenia SEBASTIAN, no eran menos extraordinarias las maneras con que conocia las necesidades de los pobres. En el año de 1668, en tiempo de invierno, entrada ya la noche, estando lloviendo estremadamente, llamó á Nicolás Tassarotto, Hermano del Oratorio, hombre piadosísimo y muy confidente suyo, y le dijo: que era absolutamente indispensable partiese al momento, á llevar una limosna á una pobre familia que se hallaba en grande necesidad. Inmediatamente salió Tassarotto, á pesar de aquel diluvio, á la casa que se le mandaba, y halló á cuatro niños con sus padres, sumergidos todos en el mayor desconsuelo y tristeza; porque no habiendo comido nada en aquel día, no tenían ni un pedazo de pan que llevar á la boca. Recibiendo esta caridad aquellos infelices, no puede decirse las bendiciones que echaron á su bienhechor, y las gracias que dieron á Dios, que tan á tiempo habia hecho conocer á su Siervo su miserabilísima situacion.

En 1690, estando un día SEBASTIAN delante de la iglesia de la Congregacion, entregó á

un clérigo que estaba con él cierta cantidad de dinero, para que al momento la llevase á tres forasteros, que en trage de peregrinos encontraría en los portales del palacio de la ciudad. Se dirigió aquel á desempeñar la comision, y vió á los tres forasteros que llegaban en aquel instante, quienes, siendo pobrísimos, no tenían cosa alguna con que sustentarse, ni con que pagar su alojamiento.

Mas no quiero callar el suceso siguiente, el cual me parece no dejará de servir de enseñanza á algunos. Una niña de Vercelli, casada con un jóven de Turin, tuvo la desgracia de encontrarse con un marido, que era mas que hombre, bestia. Este, dominado de los zelos, redujo á la pobre muger (aunque muy juiciosa y de solos diez y seis años) á vivir en una choza, en el campo, no muy lejana de esa ciudad. Estando siempre encerrada allí la infeliz jóven, no tenia sino un poco de pan; y (lo que nunca se ha oido desde que el mundo es mundo) ni aun la cantidad suficiente de agua para poder apagar la sed. Habiendo pasado de esta manera mas de un año, sin haber podido jamás dar un paso fuera de allí, un día se quejó dulcemente un poco con el marido que así la trataba, rogándole eficazmente con las lágrimas

mas en los ojos, que la sacase de aquella prision y la volviese á su gracia. Pero, ¿quien lo creeria? El hombre bestial, en lugar de condescender á las humildes súplicas de su muger, irritado á lo sumo, la injurió villanamente, y la golpeó de tal manera, que poco faltó para que le sacase el ojo izquierdo, el cual le quedó cárdeno y tan hinchado, que parecía quererle saltar. Cerrando en seguida con el mayor despecho la puerta, y llevándose consigo la llave, segun lo acostumbraba, dejó abandonada á su esposa, sin darle un pedazo de pan. Inconsolablemente lloraba la infeliz, y estaba agitada de mil tentaciones, aun de darse la muerte; pero mientras luchaba con tantas angustias, vió de improviso abrirse la puerta de aquella su cárcel, y entrar al Padre SEBASTIAN, á quien no conocía. Al mirar á aquel religioso de un aspecto tan venerable, entrado allí de tal suerte, quedó por un momento consolada la muger; pero entrándole el temor, le suplicó se retirase; porque si su marido lo encontrase con ella, sería mal para ambos. Entónces el Beato la aseguró de sus temores, le dijo quien era, la sanó del ojo que le causaba dolores de muerte, le dió pan, vino y otros manjares; y habiéndola confortado á tener paciencia y esperar en

Dios, se apartó de ella, tirando detrás de sí la puerta, la que quedó cerrada como ántes, aunque no tenía cerradura de resorte ni de aldaba. Llegando al dia siguiente el marido y abriendo la puerta con la llave, vió los restos de aquella comida, y ardiendo de cólera y rabioso, sin querer oir las disculpas de la desgraciada muger, estaba para cometer un exceso, si Dios no hubiese velado en la salvacion de aquella inocente. He aquí, que se abre repentinamente la puerta, y entra SEBASTIAN, el cual, con un semblante sério, reprendiendo fuertemente á aquel atrevido de su loca conducta, le dijo: que aquellos pocos alimentos, por los cuales se habia él puesto tan furioso, no eran sino resto de los que él mismo con sus manos habia llevado á su muger para que no muriese de hambre: díjole tambien: que ya era tiempo de concluir de una vez tantas tiranias y de mudar de vida, mandándole depusiese aquellos zelos, y guardase buena armonia con la que habia recibido de Dios por compañera, si no quería que viniesen sobre él del cielo los mas severos castigos. El terrible aspecto con que habia hablado el Beato y sus palabras, produjeron un efecto maravilloso. El marido, convertido de ferrosísimo Oso en manso Cordero, se arrojó llo-

rando á los pies de VALFRE, el cual, recobrando al punto su acostumbrado aire de dulzura, lo abrazó paternalmente, lo amonestó y reconcilió con su esposa, con la cual desde aquel momento en adelante vivió siempre en perfectísima union. La resignacion y paciencia, con que aquella escelente muger llevó la pesadísima cruz que Dios quiso darle, hicieron que Dios obrase hasta milagros para mudar el corazon de su marido, y hacerla venturosa y feliz.

Me faltaria el tiempo si quisiese contar las cosas prodigiosas de este género, probadas hasta la evidencia y referidas en los procesos; y por esto solo recordaré este otro caso, que servirá de sello á la presente materia. Llenó SEBASTIAN varios sacos de pan y de otros viveres, y encargó á un arriero los llevase á los montes inmediatos á la ciudad, á una familia de labradores. El arriero, á quien no se habia dicho el nombre de esta familia, ni señalado el lugar fijo de la habitacion, rogó al Siervo de Dios le quisiese decir con claridad á donde debia ir; no habiendo podido comprender á qué pobres debia conducir aquellos manjares. A lo que respondió el Beato: *dejad pues, que el caballo vaya de por si á la montaña; y él irá á pararse á la casa de aquellas gentes á las*

*que yo os mando.* Así fué. El caballo, sin ser guiado, como si tuviese entendimiento, caminó en derechura á donde estaban aquellos desgraciados, los cuales, no pudiendo trabajar hacia algun tiempo, sin aquella providencia no hubieran tenido de qué sustentarse. No solamente el B. SEBASTIAN, sino muchos Santos, movidos de celestial impulso, han hecho de estas cosas que á nosotros mas bien nos parecen burlas que realidad. ¡Quien sabe si Dios ha querido de esta manera manifestár su santidad; porque ellos diligentemente procuraban esconderla á los ojos del mundo!

#### CAPITULO XIV.

##### *De la humildad del Beato Sebastian.*

**E**l aprecio y la reputacion tan grande, que tenia SEBASTIAN para con todo el mundo, las gracias y dones singularisimos que habia recibido de Dios, habrian podido levantarle á alguna complacencia de sí mismo, si este digno hijo de S. Felipe no hubiese tenido siempre por compañera, guía y maestra, la santa humildad: virtud menospreciada de los gentiles, conocida de los cristianos, y sumamente amada de los

Santos. El, reconocía todo el bien de Dios; y no se atribuía otra cosa que la nada y el pecado: tenía por vilísimo, inferior á todos, indigno de estar en la Congregacion; y no habia hombre malvado, á quien no creyese en alguna cosa mejor que él. Con las mas claras señales manifestó tener en el corazon esta opinion de su persona. „Dios me ha dado y me „dá fuertes inspiraciones; (así hablaba un dia en „la conferencia espiritual); para que yo llegue „á ser su verdadero Siervo; pero, ¡desgraciado „de mí! que no sé corresponder á los divinos „llamamientos: rogad por mí, Hermanos, que „soy el mas malo de todos; aunque el mas favorecido de todos. Yo merezco toda suerte „de desprecios, de oprobios, de contumelias, de „villanias y persecuciones de los hombres; y „soy acreedor á ser castigado de Dios con las „mas dolorosas enfermedades y los mas crueles castigos; porque, hablando claramente, „Hermanos míos, mi vida antes es de hipócrita „que de sacerdote.” En otra vez hablaba en la misma conferencia en los siguientes términos. „¡Cuan vil y abatida opinion me conviene tener de mí propio! ¡Cuan nada debo apreciar „me! ¡O, cuan profundamente debo abatirme bajo los ¡nescrutables juicios de Dios, donde no

„encuentro ser otra cosa que nada! Yo no he „hecho, que yo entienda, ningun bien; ántes „siempre he sido inclinado á los vicios: ¡y de „esto no debo concluir, que no he merecido „hasta ahora otra cosa que el infierno y el fuego que no tiene fin? He pecado, Señor, he „pecado; téng misericordia de mí, ¡ó Dios mío! „perdóname tantas maldades.” Quien esto lee, considere que era un Santo el que de esta suerte pensaba de sí.

En una grave enfermedad, hablándole el médico de las tareas que soportaba, superiores á sus fuerzas, lo exhortaba á disminuirlas, si nó por conservar su vida, á lo menos para bien de la Congregacion. A estas palabras, avergonzado todo el humildísimo SEBASTIAN, y mostrando gravísimo dolor, replicó: „¿qué es lo que „decís? yo, yo soy quien necesito de la Congregacion: esta no tiene, ni puede tener jamás „necesidad de mí, que soy un miserabilísimo „hombrecillo. Si yo hubiese sido despedido de „ella; (ruego á Dios con todo mi corazon, que „no lo permita jamás por su misericordia); no „me habria causado ninguna maravilla; porque „bien conozco ser indigno de estar en su seno.”

Para imprimir en el ánimo de los demás sentimientos de confusion y desprecio de su

persona, solicitaba y abrazaba, cuanto le era posible, los oficios bajos y despreciables. Cuando los Felipenses del Pó vinieron á S. Eusebio, SEBASTIAN, con tres novicios suyos, quiso llevar sobre los hombres el gran cuadro de San Felipe, y pasar así de día por las calles mas públicas de la ciudad, esponiéndose á las burlas é irrisiones del populacho y de los ociosos. Ni era menor su empeño porque lo tuviesen por necio é ignorante. Jamás habría introducido discurso alguno sobre las ciencias sagradas ó profanas, en que era versadísimo, si la autoridad de los superiores no lo hubiese obligado á esto; y aun entónces era muy reservado en hablar, y sin hacer alarde de erudiccion y doctrina, decia con mucha sencilléz su parecer; y aun usó frecuentemente el sutilísimo arte, de que hallándose con hombres doctos, en semejantes discursos, salía en lo mejor con cosas fuera de propósito; de lo que varias veces recogió el fruto que deseaba; aunque otras formaban de él un concepto mayor los que lo conocian bien, y comprendian el objeto de estos sus inocentes artificios. ¡Qué leccion esta para la juventud de nuestro tiempo! No pocos, siendo ignorantísimos, creen poder hablar de todo y censurarlo todo; pronunciar sentencia

sobre los escritores mas estimados, y, (lo que traspassa los términos de la temeridad) dar juicio de obras, que ni conocen, ni han visto jamás. ¡Qué ambicion! ¡qué orgullo! ¡qué codicia de aparecer doctos y literatos sin serlo! Yo ignoro lo que dirán estos al leer este Capítulo.

En las funciones públicas tambien se procuraba SEBASTIAN una desventajosa opinion; y esto lo solía hacer, cuando veía que era mayor el concurso de la gente que iba á oirlo. En diversos años predicó el sermon de la fiesta de S. Sebastian, tomando por argumento las zaetas con que fué traspassado el Santo Mártir; y trasportándolas al sentido moral (cosa hecha mil veces), decia, que *algunos eran heridos de las zaetas de la justicia, otros de las zaetas de la misericordia, otros de las zaetas del Santo temor de Dios*; el cual curiosísimo punto, tratado cada año casi con las mismas palabras, se divulgó de manera, que algunos en aquella fiesta solian decir por burla, *ser aquel el gran día de las tres zaetas*. Sabiendo él que se repetía por muchos este dicho para burlar su discurso, recibia de esto un desmesurado placer. Otras veces, hablando tambien en público, sacaba el breviario y leía cualquiera testo, que él sabía muy bien de memoria, para hacer creer á los

oyentes que era falta de ella. Si iba á alguna casa, donde no era conocido, preguntado ¿quién fuese? respondia: *un sacerdote de la Legua*; dicho que en el Piamonte se toma en bajo sentido; como en otros lugares de Italia sería decir, *un sacerdote de la Campiña*. Riéndose los criados de tal respuesta, muchas veces lo hacian esperar mucho tiempo, y lo anunciaban á sus amos, cuando ya estaban cansados de verlo. Por haberse tambien presentado bajo este nombre, tuvo que contentarse con comulgar como lego, no habiendole permitido celebrar la santa Misa en Sabona, (donde se habia dirigido á pié á este fin) en la iglesia, donde está aquella imágen milagrosa de Maria Santísima; la misma que en nuestros dias (en 1814) fué coronada solemnemente por el Papa Pio VII., de inmortal memoria, en presencia de muchos Cárdenales y prelados, del Rey Victorio Emmanuel, de la Reina su muger Maria Teresa, de las Princesas sus hijas, de la Reina de Etruria y de otros nobles é ilustrísimos personajes; pero la manera más sutil que él encontró para envilecerse á si mismo, fué el publicar la bajeza de su nacimiento y el humilde estado de sus padres. *Yo soy*, decia muchas veces aun desde el púlpito, *yo soy hijo de un pobre ga-*

*ñan; admitido por caridad entre los Padres del Oratorio de S. Felipe; y mis hermanos son miserables labradores*. Habíase enfermado una sobrina suya, donada del monasterio de la Anunciacion, pasó SEBASTIAN á saber de ella, y hallando al médico que puntualmente hablaba de él con la Superiora, despues de haberle oido por breves instantes, interrumpió sus palabras diciendo: *si esta sobrina mia hubiese seguido á cavar la tierra, no se habria ahora enfermado*.

Debiendo venir á Turin á entrar de Monja una hermana suya con otros parientes, le vino á la imaginacion ser esta una bella oportunidad para ponerse en ridículo á sí y á los suyos: pensado, pues, lo que debia hacer, se dirigió á la Marquesa de Pancaglieri, rogándole empeñosamente le prestase su carroza; porque, debiendo llegar á Turin ciertas damas, con quienes tenia grandes obligaciones, deseaba que hiciesen su entrada con algun honor. La Marquesa oyendo esto, para honrar á esas damas y dar gusto á VALFRE, mandó al momento su carroza de gala tirada por seis caballos, y se puso á la ventana, curiosa de ver aquella llegada. No puede facilmente imaginarse como quedó la Señora, al ver su coche lleno de labradoras vestidas pobrememente: lo cierto es, que

la gente reía locamente de aquel nuevo espectáculo; y no faltaron señales manifiestas de burlas é irrisiones. Pero no fué esta la única mortificación que él dió á las pobres mugeres. El día que tomó su hermana el hábito, llegando en la carroza al monasterio, se hallaba SEBASTIAN en la puerta, en la que había gran concurrencia del pueblo para ver la función, y mientras se apeaba con las demás, dijo en alta voz para ser bien oído de todos. *¡Podriais jamás, de ninguna suerte, soñar pasearos por Turin en carroza, vosotras que en Verduno ni aun podiais andar en carreta?*

En el año de 1674, exponiéndose á la pública veneración la Sábana Santa, otra hermana suya, movida de devoción, vino á la ciudad. SEBASTIAN, para que no hubiese persona noble que pudiese ignorar sus bajos principios, conocidos ya por el hecho de la Marquesa de Pancaglieri, la hizo alojar primero en el Palacio de la Marquesa de Avigliana, una de las principales damas de la Corte: despues, só pretexto de no abusar demasadamente de su favor, la hizo pasar á otra nobilísima casa, y despues á otra; de tal manera, que pasados pocos días, toda la nobleza de Turin conocia á la hermana del P. VALFRE. Ni trató mejor á su madre.

Habiendo esta venido á ver su á hijo, la Marquesa de San Genaro, que la había recibido en su casa, quiso vestirla á uso de la ciudad, aunque con bastante sencillez, haciéndole quitar el traje de labradora y el paño de la cabeza. Presentada así á SEBASTIAN, cuando esperaba ser recibida de él con señales de benevolencia y amor, oyó que le decia: *¡Quién sois vos? yo creía ver á mi buena madre, que es una pobre labradora; pero encuentro á otra muger, con la que no tengo ningunas relacionss.* El decir esto y volverle la espalda fué todo uno. Conociendo la muger el sentimiento del hijo, corrió luego á casa, y revistiéndose de nuevo de los vestidos de su ciansa, volvió á verle, y al momento fué recibida como un amorosísimo hijo debía admitir á una amorosísima madre.

El estado de sus parientes y la bajeza de su cuna, creyó el Beato poder servirle de un fuerte escudo que oponer á Victorio Amadeo, cuando resueltamente queria nombrarle al Arzobispado de Turin. *¡Le parece á Vuestra Alteza Real (así le decia un día) que un clériguello, cuyos padres cavan la tierra, deba ser el Arzobispo de esta su Metrópoli?* Y llamando de Verduno á un hermano suyo, encargándole viniese vestido con la misma ropa con que labra-

ba la tierra, lo llevó á la Corte, y haciendole pasar por todas las piezas, decia á todas las guardias y gentil hombres: *¡veis! este es un hermano mio;* y así lo presentó al Soberano, el cual, advirtiendo luego la artificiosa humildad de VALFRE, le dijo: *haced, pues, P. Sebastian lo que quisierais, envileceos cuanto os parezca; que yo de todas maneras estoy resuelto á daros este Arzobispado.* Viendo él, que estas sus ingeniosas humillaciones de nada servian, se volvió con muy afectuosos ruegos á Dios, hasta que finalmente, le vino la ocasion al Duque de nombrar á otro á aquella dignidad. De lo cual inmediatamente el Beato dió parte á Roma al Cardenal Colloredo, su protector y amigo, suplicándole rezase el *Te Deum* en el Altar de San Felipe, por la singularísima gracia que Dios se habia dignado concederle.

Pero el Beato deseaba mucho mas. El queria sustraerse á todos los oficios que concilian honor y estimacion ante todo el mundo. Por este motivo suplicó de palabra y por escrito al Duque; (lo que ya habia hecho repetidas ocasiones); que escogiese á otro por su confesor. Véase una de las muchas cartas que sobre este asunto le escribió en 1689. „Vuestra Real „Alteza, despues que se dignó nombrarme su

„confesor, sabe bien cuantas veces y de cuantas maneras le he suplicado, se dignase permitirme retirarme de tan honorífico empleo; „por no ser peso proporcionado á mis fuerzas; „pero yo no sé por qué V. A., que me ha „colmado siempre de singularísimas gracias, no „ha querido todavia consolarme en esto; si esto fuese, porque cree ser virtud lo que no „es sino verdadera ignorancia, ella urgentemente me obliga á renovar mis muy reverentes súplicas, esperando que finalmente „sean atendidas. En darme este consuelo, V. „A. hace un verdadero bien á sí mismo, pudiéndose proporcionar un confesor, que dotado „de prudencia, de doctrina y providad, sepa asistirlo como merece. Yo me confundo Señor, y „me avergüenzo al considerar mi pequeñez, por „sola la cual me conviene renunciar á tanto „honor, si deseo vivir con un poco de quietud „en la conciencia. Le aseguro entretanto, que „así en la Misa como en mis otras pobres oraciones, no dejaré jamás de rogar á Dios por „la mayor prosperidad de V. A. R., á quien „humildemente beso la mano, y me protesto „&c.“ Sus instancias ciertamente no habrian tenido nunca el efecto que deseaba, si en el año siguiente, debiendo por motivo de la guerra par-

tir el Duque al ejército, su edad y su salud le hubiesen permitido el seguirle.

No contenta su profundísima humildad con todo esto, intentó también descargarse del oficio de Superior de la Congregación. Aproximándose el tiempo de la renovación de los cargos, exhortó él á todos, en la conferencia pública, á encomendarse fervorosamente á Dios, para que les diese la luz necesaria para conocer á los más merecedores de ellos: y después, volviéndose á los Padres, les suplicó eligiesen á otro Superior, no siendo él bueno para nada; prometiendo en recompensa de esto, que pedía como merced, el rezar por cada uno de ellos un Rosario entero. Pero él hablaba á sordos; porque los Padres, que habían experimentado los bienes que se habían seguido á la Congregación de tenerle por cabeza, habían resuelto firmemente confirmarlo en el grado en que estaba. Lo cual lo llenó de confusión, ocasionándole grave dolor, que procuraba desahogar lamentándose de la demasiada bondad de sus Hermanos.

En suma, el ánimo de este Siervo de Dios estaba enteramente desprendido de toda humana ambición, y tan enagenado de aquellas cosas que podían traerle algún honor; (y particu-

larmente de los oficios que traen consigo obligación y cuidado de almas); que después de su muerte se halló escrito de su mano: „no tomaré jamás oficio ó grado de honor, con especialidad si obligan á cuidado de almas; por mas que se me diga sobre esto; porque no tengo las cualidades necesarias al efecto: ni me dejaré jamás mover de este propósito; como no se inducirá nunca á ser médico á quien no ha estudiado medicina, ni arquitecto al que nada sabe de esta arte. Esta resolución, sin embargo, que yo propongo cumplir siempre firmísimamente, no hará cambiar ni aun en la más mínima parte, la otra que hice apenas me ordené de Sacerdote; esto es, el procurar, con la gracia de Dios, el servir siempre á todos, según lo permitan mis fuerzas, y con igual prontitud no menos á los plebellos y pobres, que á los nobles y ricos.” Estos sentimientos, así como manifiestan lo muerto que en él estaba el amor propio, así hacen resplandecer siempre más el fuego de la divina caridad, del cual, como se ha dicho, estaba siempre encendido su corazón.

## CAPITULO XV.

*Continúa el mismo argumento.*

Quien sabia humillarse á tal punto, podia muy bien ser maestro de los demás en esta virtud. Por tanto, SEBASTIAN ponía todo empeño en inspirar su amor á los Padres y Hermanos de la Congregacion, y á todos aquellos que dirigia. Sin hacer mension de sus sermones y pláticas, puede asegurarse con toda verdad, que jamás habló con ninguno, sin que tocase algo de la santa humildad, y no dijese sobre ella alguna palabra. „Con el humilde hay continua paz; pero en el corazon del soberbio tormento y zelos frecuentes.”

„No te hará daño ponerte inferior á todos; pero te dañará muchísimo, si á uno solo te quieres sobreponer.”

„Dios protege al humilde y lo salva; ama y consueta al humilde; al hombre humilde se le inclina: con el humilde es liberal de sus gracias: descubre al humilde sus misterios, y dulcemente lo convida y atrae á sí.”

„La mas segura señal de nuestra predestinacion es la humildad, con la cual se está

„abatido bajo los juicios de Dios y de los hombres; porque obrando así, Dios no deja de asistirnos con su gracia.”

„No creas haber aprovechado nada en el camino del Señor, si no te tienes por el menor de todos.”

„Si yo me envilezco á mí mismo, y me reduzco á mi nada, y me despojo de toda propia estimacion, tú, Dios mio, serás liberal conmigo de tu gracia, y cerca de mi corazon resplandecerá tu luz. Si yo estoy abandonado á mí mismo, seré nada y todo enfermedad; pero si tú me miras benignamente, al momento soy fortalecido y lleno de nueva alegría.”

„Los humildes agradan á todos, y son amados de todos: al contrario, los soberbios, por mucha doctrina é ingenio que tengan, no son jamás amados y apreciados de corazon, ántes por lo comun son huidos y se les tiene horror.”

Ya una, ya otra de estas sentencias eran repetidas por el Beato; y cuando veía que se habian introducido en el ánimo de sus súbditos, entónces, á imitacion de S. Felipe; prescribia á este y á aquel algun acto de humillacion en lo privado, de la misma manera que en público. Siendo novicio el Hermano Andrés Robbioni, SEBASTIAN cada vez que lo encontraba,

poniéndose muy sério y como reprendiendolo, le decía: *vos no sois humilde, ni modesto, ni obediente: no sabeis qué cosa es virtud.* Pero debe escucharse lo que hizo con el Hermano José Ceresole.

Se tuvo capítulo para su admisión, y por ser hombre de extraordinaria virtud, fué al momento aceptado con todos los votos. Entónces SEBASTIAN, para hacer la última prueba en él, fingiendo que todos los consultores le habian sido contrarios, por haber reconocido en él una sutil soberbia, le dijo; (y mostraba al decirselo turbacion y pena); que debia inmediatamente partir y retirarse á su casa; aunque añadiendo (para colorear mejor la cosa): que cuantas veces le agradase, volviese despues de seis meses; que él entónces procuraría proponerlo nuevamente, y tentaría otra vez el ánimo de los Padres. El buen Hermano, sin turbarse nada, prometiendo volver luego que pasase aquel tiempo, sometido totalmente y humilde se despedía del Beato y salía para afuera: SEBASTIAN, al ver en él tal dominio sobre sí, no pudiendo detener las lágrimas, abrazándole tiernamente, y besándolo, *Hijo mio*, le dijo, *no, no debeis partir de esta Congregacion, vos que sabeis imitar tan bien á su Fundador. El capítulo ha estado*

*todo por vos: ni podia ser de otra suerte, mereciéndolo tanto vuestra virtud. Proseguid, amado mio, con este espíritu; que este es el camino que debe seguir, quien desea corresponder dignamente al llamamiento de Dios, de quien unicamente debemos reconocer todo don, toda gracia, todo bien.*

Estaba para salir del noviciado el Padre Agustin Boezio, el cual disfrutaba del aprecio público así dentro como fuera de la Congregacion, por ser un Sacerdote no menos docto que piadoso. SEBASTIAN, que habia tenido bastante tiempo para conocer las virtudes de que estaba adornada su alma, quiso darle ocasion de ejercitarlas, y que Turin recibiese ejemplo de un Hijo de S. Felipe, de humillacion, de desprecio y de abnegacion de sí mismo. El dia siguiente era Jueves Santo, dia en que el Arzobispo, siguiendo el religioso rito de la santa iglesia, lavaba los piés á doce pobres. SEBASTIAN pensándolo todo bien ántes, se dirigió al aposento de Boezio, y manifestándole toda confianza y amistad á su persona, le dijo alegremente. „Nuestra Congregacion se complace mucho „de ver entre los suyos un sugeto de tanto mérito como vos; y yo ciertamente no conozco „ninguno que pueda, no digo excederle, pero

„ni igualarle en doctrina y talento, sin hablar  
 „de tantos otros dotes de su bella alma que  
 „la hacen singular entre los demás. Todos los  
 „Padres recuerdan con placer cuan honorífica-  
 „mente habeis conseguido la borla en teología:  
 „cuanta elocuencia y profundo saber mani-  
 „fiestan vuestros sermones; por lo que sois re-  
 „putado con justicia por el primer orador de  
 „cuantos hemos conocido: el zelo que siempre  
 „habeis mostrado en todas las funciones y los  
 „ministerios, propios de un Sacerdote: por tal  
 „motivo, se pretende daros, ántes que cumplais  
 „vuestro noviciado, una muestra pública de la  
 „estimacion que todos hacemos de vuestra res-  
 „petable persona, y es la siguiente. Mañana  
 „nuestro Arzobispo, cuyo dignísimo Secretario  
 „fuisteis, hace el acostumbrado lavatorio de los  
 „piés á doce personas: ahora pues, toda la Con-  
 „gregacion desea que vos seais uno de estos  
 „afortunados: y yo mismo me he debido em-  
 „peñar, (no podreis imaginaros con cuanto tra-  
 „bajo) en conseguir poneros en este número es-  
 „cogido; porque es un honor ambicionado de  
 „muchos, y que hasta el dia jamás ha podido  
 „obtener ninguno de los nuestros.” Dicho esto,  
 alegrándose con él de tan bella ventura, le vol-  
 vió las espaldas y salió afuera. Tuvo mucho

que sufrir el corazon del Padre Agustin en es-  
 ta propuesta; y tanto mas, quanto que este dis-  
 curso, hecho con tal artificio que al principio  
 lisongeaba su amor propio, terminaba al fin en  
 un acto de solemnísimo envilecimiento. Con to-  
 do esto, doblegándose él á la voluntad de sus  
 superiores, pasó el dia siguiente á hacerse com-  
 pañero de aquellos, á quienes muchas veces por  
 sus mismas manos habia dado limosna; y públi-  
 camente se sujetó á recibir aquel oficio, que con  
 razon cualquiera de su grado habría tenido ver-  
 güenza de admitir. Una humillacion de esta cla-  
 se, divulgada al punto por toda la ciudad, se  
 convirtió en edificacion comun de todos.

Poco menos humillante fué el mandato que  
 hizo SEBASTIAN al Padre Gabriel Cervino. En  
 una dominica, en que á la hora de la doctrina  
 vió ser mayor el concurso de la gente en la  
 Iglesia, lo mandó á tomar lugar entre los niños  
 que venian para ser instruidos en las cualidades  
 necesarias para la primera comunión: movió á  
 risa á todos los concurrentes el ver á un Sacer-  
 dote, que era de gran presencia, sentarse entre  
 una multitud de pequenuelos, y levantarse en  
 pié, y responder á ciertas preguntas, que acaso  
 no se habrian hecho á un niño de cinco años:  
 y ver al mismo tiempo á SEBASTIAN dar mues-

tras de admiracion por las apropiadas respuestas del discípulo, á quien, en presencia de todos con muchas alabanzas le daba la acostumbrada gala, que en tales ocasiones se dá. Pero esta cosa, con que al principio hizo reir á no pocos, sepa el lector que sirvió mas que un sermón á todo aquel pueblo que estaba allí reunido.

El Padre Mauricio Filippini, siendo Prefecto de la sacristía, dispuso adornar bella y ricamente el cuadro de un Crucifijo, delante del que solía secretamente hacer oracion el Santo Padre Felipe; y queriendole poner debajo una inscripcion latina que manifestase esta circunstancia, rogó al Padre Ormea, uno de los nuestros, que la hiciese. Hecha la inscripcion, fué llevada á SEBASTIAN, para que como Superior la aprobase; pero este, dándole apenas una ojeada, la despreció como bárbara y llena de solecismos, y dijo claramente: que jamás daría licencia para que fuese espuesta al público, no permitiéndolo el honor de la Congregacion. El Padre Ormea, que presumía de poseer bien el latin, quiso probar no ser tan mala cosa su trabajo, alegando en su favor autoridades y ejemplos; pero SEBASTIAN, manteniéndose firme, le dijo: *sea lo que fuere lo que digais, nunca podreis persuadirme que lo malo sea bueno; y di-*

chas estas palabras lo despidió con sequedad. Quedó con esto muy mortificado el autor, y pasó algunos dias sin saber lo que le sucedia, hasta que el Beato, queriendolo consolar, se dirigió á él y le dijo: que su inscripcion era bellísima y le agradaba mucho, y que así la pudiese donde acomodára al Prefecto: que le rogaba lo escusase, si al principio habia mostrado otro parecer; así porque la habia entendido poco, como porque las mas veces él no juzgaba rectamente sino con pasion y preocupado: en fin, le dió gracias por aquel trabajo, que no resultaba tanto en honor suyo, sino de todos los padres del Oratorio.

Aun con sus penitentes y con otros procedía SEBASTIAN de la misma suerte. Una hija del ya citado Carlos Ricca, llamada Marta María, estando para entrar religiosa, recibió de VALFRE, que era su confesor, el precepto de ir á ver á sus monjas y decirles: *que estaban demasiadamente engañadas, si creían tener ella vocacion de tomar el hábito para obedecer y servir, pues no intentaba hacer otra cosa que mandar: que les advertía tambien, que gustando ella de comer bien y no trabajar, pensasen de tratarla bien en el refectorio, y dejarla vivir ociosa.* El cumplimiento de este mandato debió ciertamente cos-

tarle alguna] pena; pero esto no fué nada en comparacion de lo que debía hacer el primer dia que entró en el monasterio. Despues de haberse confesado, le ordenó SEBASTIAN, que en la noche, concluida la cena, ántes que las monjas se levantasen de la mesa, se pusiese á cantar una cierta cancion en lengua piamontés, compuesta en mofa de los que viven difriendó las cosas de hoy á mañana, sin resolver jamás nada; burlándose de esta suerte de si misma; como si de jóven hubiese debido hacer aquello que ahora (estando en edad un poco abanzada) hacia. Marta María al oír esto, ardentemente se volvió á su confesor, rogándole con las lágrimas en los ojos no quisiese darle una tal mortificación, manifestándose muy dispuesta á hacer cualquiera otra cosa; pero ella recibió una bella respuesta; porque SEBASTIAN, sin contestarle una sola palabra cerró la rejilla del confesonario. Quedó afligida la pobre muger, viniéndole á la imaginacion las risadas que daría toda la comunidad por aquella ocurrencia tan estraña, y por tanto estaba cubierta de sudor y la atacaban palpitaciones. Estando en este estado, verdaderamente digno de compasion, le vino al pensamiento, que acaso en el mismo dia VALFRE retiraría el mandato; y tranquilizándose

con esto algun poco, pudo disimular el interno dolor de que estaba atormentada. Pero llegada la noche, y perdida toda la esperanza que habia concebido, es fácil pensar, cuanto crecerian sus angustias, y mucho mas cuando llegó la hora del refectorio: baste decir, que toda la cena la pasó Marta María sin tomar un bocado entre lágrimas y suspiros. Llegado finalmente aquel momento terrible, haciéndose á sí misma una violencia de héroe, probó con voz temblorosa á cantar; pero no bien hubo pronunciado la primera palabra, cuando la Priora, que habia sido bien instruida de todo por SEBASTIAN, le impuso silencio, manifestándose plenamente satisfecha y contenta de ella, y quedando con el mérito de una victoria bien señalada, y las monjas edificadas de tanta virtud.

El Padre Próspero de Rivoli, Capuchino, hombre muy docto y de gran prudencia, en una declaracion jurada en 1720 depone, que en el dia de S. Felipe del año de 1674 conoció al P. SEBASTIAN VALFRE, de esta manera. „Habiendo „ido con un compañero mio (así se espresa) á „la Iglesia de los Padres del Oratorio para oír „el panegirico, deseando ambos besar la corona „de que se servia el Santo, buscamos al Padre „Agustin Boezio, el cual, por ser amigo nuestro,

„con mucho gusto nos manifestó querernos com-  
 „placer, y nos condujo al Padre SEBASTIAN pa-  
 „ra pedirle licencia. Nosotros, apenas lo vimos,  
 „intentamos besarle la mano; pero él no lo per-  
 „mitió; y mirándonos bruscamente, dijo: *¿qué*  
 „*cosa andan buscando estos frailes? ¡Cuanto me-*  
 „*hor harían en lugar de vagar, estarse en su*  
 „*convento!* Y entendiendo nuestro piadoso de-  
 „seo, contestó con desdén: *¿pensais que sea una*  
 „*pequeña bagatela ver y besar la corona de S.*  
 „*Felipe? Pero decidme, ¿os habeis confesado es-*  
 „*ta mañana?* A lo que respondiendole que nó;  
 „pero que aunque indignos habíamos celebrado  
 „la santa misa, volviendo á su semblante sere-  
 „no, y tomando su acostumbrada voz, dirigién-  
 „dose al Padre Boezio le dijo: *vaya y consuele*  
 „*á estos dos buenos religiosos, que son dignos*  
 „*Hijos de S. Francisco.* Así (prosigue el Padre  
 „Próspero) acostumbraba proceder con mucha  
 „frecuencia este gran Siervo de Dios, para pro-  
 „bar la virtud de las personas que se acercaban  
 „á él. Yo, desde aquel dia en adelante, procuré  
 „visitarlo y hablarle lo mas frecuentemente que  
 „me fuese posible. Y una vez que fui á verle,  
 „llevando en mi compañía á un estudiante (era  
 „el mes de abril, y como dos horas despues del  
 „medio dia), lo encontré que estaba en el apo-

„sento quitándose el lodo de los vestidos. Nos  
 „recibió muy afablemente, y nos hizo diversas  
 „preguntas sobre nuestra regla, siguiendo siem-  
 „pre en quitarse el lodo; y conociendo bien,  
 „que mi compañero era un santo como él, quiso  
 „darle un asalto, y tal, que yo mismo que co-  
 „nocía su virtud, temí no hubiese cedido á un  
 „ataque tan fuerte; porque tomando ocasion de  
 „haberlo visto escupir una vez, me dijo: *este*  
 „*vuestro frailecillo es muy delicado: desde que*  
 „*vino, no ha hecho otra cosa que escupir: no sé*  
 „*como pueda fastidiarlo tanto el polvo: para dar*  
 „*gusto á su Reverencia, será necesario abrir la*  
 „*ventana.* Volviendo despues la palabra á él,  
 „con los ojos que parecían de fuego, le dijo: *si*  
 „*no podeis sufrir este poquito de polvo, ¿como*  
 „*sufrireis las mortificaciones que os darán vues-*  
 „*tros Superiores? ¿Como podreis ayunar, tomar la*  
 „*disciplina, y levantaros de noche? La vida del*  
 „*Capuchino no es vida de regalones; y por esto*  
 „*hariais mejor [y quedariais mas contento] en*  
 „*despojarnos de este hábito que teneis encima, que*  
 „*no se hizo para vos.* Pero el buen religioso, no  
 „mudando semblante, y manteniendo su acos-  
 „tumbrada serenidad, sufría en paz la no mere-  
 „cida reprension. Gozándose SEBASTIAN de ver-  
 „lo tan cimentado en la virtud, quiso estrechar-

„lo mas, y manifestádo mayor cólera, añadió:  
 „*¡Hay cara de temerario, que reprochándole yo*  
 „*tan gravísimos defectos, hace burla de mí, no*  
 „*se mortifica ni avergüenza! Pero yo no me*  
 „*puedo contener mas; y así, salid fuera para*  
 „*siempre enhoramala de este aposento, que me*  
 „*pareceis un gran bellaco, y no puedo ya veros*  
 „*mas delante de mí; pues hablando claro, no sé*  
 „*como contenerme, para no pasar de las pala-*  
 „*bras adelante.* El buen corista, con toda humil-  
 „dad se retiraba, dándole gracias por tan cari-  
 „tativa amonestacion. Entónces VALFRE, corrien-  
 „do á alcanzarlo, arrojándose á sus piés, y be-  
 „sándoselos con respeto, le dijo: *¡dichoso de tí,*  
 „*que en tan juvenil edad estás dotado de tan es-*  
 „*traordinaria virtud. Consérvate alegre en este*  
 „*espíritu; y sabe que Dios te guarda para cosas*  
 „*grandes.* No fué vana la prediccion de VAL-  
 „FRE; porque este jóven coronó su santa vida  
 „con el martirio.” Despues de haber hecho esta  
 narracion el Padre Próspero, concluye diciendo:  
 que cada vez que hablaba con este Siervo de  
 Dios, ó lo veía, le parecía quedar del todo  
 consolado.

Lo que hemos referido en estos dos capí-  
 tulos, me parece bastante para hacer ver, cuan  
 diligentemente siguió el Beato las huellas de

nuestro Santo Fundador, y como adoptaba todos  
 los medios para establecer en sí y en los otros  
 la humildad del corazon, que es el fundamento  
 y principio de toda virtud.

## CAPITULO XVI.

### *De la obediencia del B. Sebastian.*

Quien es humildísimo, conviene que sea obe-  
 dientísimo; porque estas dos virtudes caminan  
 siempre iguales, y una sin la otra no puede  
 estar ó venir á menos. Siendo, por tanto, SE-  
 BASTIAN de tanta humildad cuanta se ha dicho,  
 no podia ser sino perfectísima su obediencia.  
 Sin hablar de la que siempre prestó al Papa,  
 que estuvo unida con la mas profunda vene-  
 racion, ni de la que profesó siempre á los Ar-  
 zobispos de Turin y á los Obispos de su pá-  
 tria, cuya mas pequeña indicacion bastaba á dedi-  
 carlo á cualquiera trabajo y á emprenderlo to-  
 do; nos limitaremos en este Capitulo á referir,  
 con la brevedad posible, algunas de tantas mues-  
 tras que dió de obediencia en la Congregacion,  
 de las cuales podrá inferir facilmente el lec-  
 tor las demás. Aunque él era el sostén y el  
 Padre de la misma, y tal que si no le dió el

primer sér, con sus obras ciertamente se lo mantuvo, y siendo niña la hizo crecer prósperamente con sus virtudes y establecerse en un estado muy floreciente; con todo eso, cuando se le concedía á su humildad el cesár de la Prepositura, manifestaba al Superior toda aquella reverente sujecion, que muchas veces se busca inútilmente aun en un buen novicio; dejándose mover y conducir por él, aun cuando hubiese sido su discípulo, ó hechura de sus manos. El continuamente le daba cuenta de todo, se resignaba totalmente á sus deseos, y se manifestaba pronto á retardar, á abandonar ó aumentar su trabajo; y aun para seguir escrupulosamente toda su voluntad, tenia en uso poner por escrito su parecer, costumbre que mantuvo hasta su última ancianidad. Con fecha de 31 de Diciembre de 1698, tres dias despues de nombrado el nuevo Superior, se encuentra escrito de su mano lo que sigue. „Apenas he sabido, que el Preósito habia provisto á aquellas cosas, á que de necesidad debe luego proveer un Superior nuevo, me he acercado á él, y le he dado cuenta, quanto el tiempo lo ha permitido, de todas las acciones de mi vida. Le he nombrado uno por uno todos los lugares donde voy á confesar, á pre-

dicar, á enseñar el catecismo ú otra cosa; y él ha tenido la bondad de aprobarlo todo. Me ha hecho conocer que habria deseado que yo hubiese ido tambien al hospital de S. Juan Bautista, siéndole sumamente apreciado á él aquel lugar piadoso; y yo le he contestado, que tengo por mandato cualquiera deseo suyo; y por esto desde ahora en adelante iré á lo menos una vez á la semana, allá, y procuraré hacer todo aquel poco bien que permita mi poquísima habilidad. Este Superior es verdaderamente un Varón de Dios: él está animado propiamente del verdadero zelo. No se cansa de recomendar que se sirva al público y se trabaje por la salvacion de las almas. Y con fecha del dia siguiente, que fué el primero del año de 1699, se encuentra igualmente escrito: „Hé estado esta mañana, durante dos horas, hablando con el Preósito de todos los negocios que de alguna manera pueden corresponder á toda la comunidad; y la conclusion de nuestra reunion ha sido, que *sin faltar, quanto sea posible, á los actos comunes, se debe ayudar al prójimo y servir á todos.* Tambien recuerdo ahora haberle dicho, que en aquellos mismos lugares donde voy para hacer un poco de bien, muchas veces encuentro perso-

„nas, con quienes debo tratar algo interesante „á la casa, y me aprovecho de aquella oportu- nidad: y tambien me ha aprobado esto.” He- mos juzgado referir estos dos apuntes, para que conozcan todos, que el Beato ninguna co- sa hacia, por buena y santa que fuese, sin el permiso de su Superior. Y, ciertamente, jamás fué él á ningun lugar á hacer algun bien, sino por la voluntad del Soberano, del Arzobispo ó del Nuncio Apostólico, que le conferian las mas amplias facultades espirituales: y estas mismas cosas, deseadas por tales personas, queria él que tuviesen la aprobacion del Superior de la ca- sa; porque *de esta manera se aseguraba mejor* (así lo decia) *de la voluntad de Dios*. Tanto apreciaba SEBASTIAN la obediencia, la cual, para decir verdad, se ha tenido por todos y en to- do tiempo por virtud; pero ahora la filosofia de la moda ha decidido, no ser la obediencia vir- tud, sino un simple efecto de vileza de ánimo y de debilidad. El entendimiento del hombre, (dicen) que es nobilísimo, no debe jamás envi- lecerse, reconociendo sujecion de ninguna cla- se; si la cosa mandada se vé claramente, y aun por los niños, que es agradable y útil, cúmpla- se por comodidad, no por otro motivo. El hom- bre quiere ser feliz; y la felicidad no podrá ja-

más conseguirse, sino obrando de propia volun- tad.

Estos son los justos y nobilísimos sentimien- tos de algunos, que ignoro qué nombre deba darles: sentimientos (hijos de la soberbia y de la altivéz) que no ha debido causar gran tra- bajo para insinuarlos en el ánimo de tantos y tantas, y aun de la inexperta juventud; la cual tambien, para hacer ver que tiene *espíritu*, quie- re sujetarlo todo á residencia, y obedecer cuan- do le parece. Entretanto nosotros ¡(gran ven- tura es la nuestra)! vamos recogiendo el fru- to de estos bellos principios, que se oponen á la Ley divina, y conducen (basta tener ojos pa- ra verlo) al mundo á su ruina. Solo la Mano Omnipotente de Dios (y es vana cualquiera otra esperanza) podrá volver á los hombres al ca- mino de lo justo y honesto. Pero volviendo á VALFRE, es oportuno decir: que así como el Bea- to quiso tentar la virtud de los otros, así otros quisieron tentar la suya. Si yo quisiese contar todas las cosas que hay sobre esto, se me pre- sentaría un dilatado campo en que espaciarme; porque ellas son tantas, que apenas se les ve- ría el fin; por lo cual solamente, como lo he hecho hasta aquí hablando con brevedad, haré mension de uno ó dos hechos.

Era Superior el Padre Agustin Boezio, el mismo de quien hemos dicho en el Capítulo antecedente, que por disposicion del Beato se mezcló entre los pobres para el lavatorio de los pies; y debiendo SEBASTIAN ir á las cárceles (como acostumbraba hacerlo todas las semanas en aquel dia; lo que era público); fué á pedirle licencia, y el Padre Boezio, aun estando en compañía de una persona muy respetable, le dijo con semblante firme y decidida respuesta, que nó: y como si una tal negativa hubiese sido pequeña humillacion para un hombre ya anciano, que jamás se movia de casa sino para hacer bien; añadió: *y yo me maravillo y asombro, como estando en la edad en que estais, no procureis dar un poco de buen ejemplo á los jóvenes, manteniéndoos en santo recogimiento en vuestro cuarto, sin dejaros ver todo el dia vagar inútilmente por la ciudad.* ¿Así se habla á un hombre, generalmente tenido en opinion de Santo? ¿Así se habla á un hombre tan benemérito de toda la Congregacion? ¿Así, finalmente, se habla, á quien ha sido Prepósito por tantos años, y con satisfaccion de todos? Pero SEBASTIAN, que es un Novicio, sin faltar al respeto debido al Superior, ¡no dirá alguna palabra modestamente en su defensa; aunque no sea por otro

motivo, que evitar el escándalo por su parte á la persona que se hallaba allí presente? No por cierto. El Siervo de Dios, oida aquella respuesta y recibida aquella reprehension, inclinándose profundamente se volvió al aposento, con aquella quietud de ánimo y serenidad de semblante, con que poco ántes habia salido. He aquí como se manejan los Santos, que aprecian mas seguir las máximas del Evangelio que las del siglo.

Pero otra prueba de mayor virtud debia dar SEBASTIAN en otra ocasion. Habia él tenido siempre un vivísimo deseo de ir á Roma, á visitar aquellos lugares santos, y especialmente á desahogar su devocion sobre los despojos mortales de San Felipe, que cuidadosamente se conservan allí, y se veneran en la Iglesia dedicada á su honor. Jamás se habia podido alejar de Turin, así por los negocios de la Congregacion, como por los que le encargaban el Soberano, el Nuncio Apostólico y el Arzobispo. Pero pareciéndole á él entónces, que habia llegado el tiempo de hacer aquel viaje, pidió permiso al Superior, el cual, no solamente condescendió al momento á sus piadosos deseos, sino además lo exhortó á partir pronto, y le dió diversas comisiones para la santa Ciudad. Dis-

puestas yá todas las cosas, se despidió de los Padres y amigos; y llegada la mañana señalada para la partida, acompañado del Padre Gines Carriatore y de muchos de sus devotos, se encaminó al Pó para embarcarse. Cuando estaba para salir del puerto, el Padre Carriatore le entregó un billete, que habia tenido secreta comision del Superior de entregárselo en ese punto. El papel decia así: *Luego que háyais leído estas pocas lineas, volved á la Congregacion, no pensando más en el viaje á Roma.* Quiero que el lector reflexione aquí un poco, que VALERE era hombre concidísimo, y de aquella reputacion que mas de una vez hemos dicho: que toda Turin tenia noticia de este viaje: que se habia despedido de toda la nobleza, del Arzobispo, del Nuncio, y aun del mismo Soberano y de toda la Real familia: ahora bien, un hombre tal y en estas circunstancias, ¿qué deberia hacer? Leido el billete, recoge al momento su equipage, salta del bote, y *volvamonos á casa, dice, que el viaje de Roma, tan hermoso, ha concluido.* Y bien, ¿el manejarse así, se tendrá por efecto de vileza y debilidad, ó mejor por virtud heroica de un ánimo noble y generoso, que sabe vencerse y tener perfecto dominio sobre sí? Dejo el juicio á los que lean

sin pasion; pero SEBASTIAN no podia obrar do otra suerte, teniendo fija en la mente aquella máxima que frecuentemente repelia: „quien camina por la obediencia, vá seguro al Paraiso.”

## CAPITULO XVII.

*De la fortaleza, paciencia y mansedumbre del Beato Sebastian.*

**E**mprender cosas árduas y muy difíciles en bien de las almas: proseguirlas desconfiando de sí con firme esperanza en el auxilio Omnipotente de Dios: llevarlas al cabo con constancia, á pesar de los obstáculos que se interponen; esta es la fortaleza cristiana, una de las cuatro virtudes cardinales. Que SEBASTIAN la poseyó en grado heroico y sobre el común de los fieles fué uniforme y universal sentir de todos cuantos testigos fueron ecsaminados en el proceso, los cuales convinieron todos, que sin ella, no habria podido de ningun modo ocurrir á las graves y continuas fatigas, entre las que pasó su vida. Y, que esto fuese así, ya lo hemos visto en lo que hasta ahora se ha referido; y de lo que diremos en este Capítulo entenderemos, que es un pequenísimo agregado á las cosas arriba dichas.

puestas yá todas las cosas, se despidió de los Padres y amigos; y llegada la mañana señalada para la partida, acompañado del Padre Gines Carriatore y de muchos de sus devotos, se encaminó al Pó para embarcarse. Cuando estaba para salir del puerto, el Padre Carriatore le entregó un billete, que habia tenido secreta comision del Superior de entregárselo en ese punto. El papel decia así: *Luego que háyais leído estas pocas lineas, volved á la Congregacion, no pensando más en el viaje á Roma.* Quiero que el lector reflexione aquí un poco, que VALERE era hombre concidísimo, y de aquella reputacion que mas de una vez hemos dicho: que toda Turin tenia noticia de este viaje: que se habia despedido de toda la nobleza, del Arzobispo, del Nuncio, y aun del mismo Soberano y de toda la Real familia: ahora bien, un hombre tal y en estas circunstancias, ¿qué deberia hacer? Leido el billete, recoge al momento su equipage, salta del bote, y *volvamonos á casa, dice, que el viaje de Roma, tan hermoso, ha concluido.* Y bien, ¿el manejarse así, se tendrá por efecto de vileza y debilidad, ó mejor por virtud heroica de un ánimo noble y generoso, que sabe vencerse y tener perfecto dominio sobre sí? Dejo el juicio á los que lean

sin pasion; pero SEBASTIAN no podia obrar do otra suerte, teniendo fija en la mente aquella máxima que frecuentemente repelia: „quien camina por la obediencia, vá seguro al Paraiso.”

## CAPITULO XVII.

*De la fortaleza, paciencia y mansedumbre del Beato Sebastian.*

**E**mprender cosas árduas y muy difíciles en bien de las almas: proseguirlas desconfiando de sí con firme esperanza en el auxilio Omnipotente de Dios: llevarlas al cabo con constancia, á pesar de los obstáculos que se interponen; esta es la fortaleza cristiana, una de las cuatro virtudes cardinales. Que SEBASTIAN la poseyó en grado heroico y sobre el común de los fieles fué uniforme y universal sentir de todos cuantos testigos fueron ecsaminados en el proceso, los cuales convinieron todos, que sin ella, no habria podido de ningun modo ocurrir á las graves y continuas fatigas, entre las que pasó su vida. Y, que esto fuese así, ya lo hemos visto en lo que hasta ahora se ha referido; y de lo que diremos en este Capítulo entenderemos, que es un pequenísimo agregado á las cosas arriba dichas.

Y, primeramente, á sola su fortaleza debe atribuirse la subsistencia del Oratorio de Turin. No pueden contarse los trabajos que debieron padecerse por los nuestros en aquel tiempo; tanto en la casa como en la Iglesia, que fueron siempre incómodas, estrechas y pequeñas. Se habian fastidiado ya aquellos primeros Felipenses: y este fastidio de dia en dia iba creciendo, porque aunque para mejorar mudaban de lugar con frecuencia, no habian podido sin embargo encontrar jamás una casa, ni una Iglesia, que si no buenas, á lo menos fuesen acomodadas para ejercer con la limpieza y decencia necesarias las sagradas funciones. Esta gravísima incomodidad é intolerable fastidio, habria ciertamente ocasionado la disolucion de nuestra Congregacion, si VALFRE, cuyo valor no tuvo término, no hubiese mantenido firmes á aquellos Padres con sus exhortaciones y consejos. Un dia, estando todos reunidos para la conferencia espiritual, principió á hablarles de esta suerte. „Si yo, Padres y Hermanos míos, viese „que todas nuestras cosas nos sucediesen prós- „peramente, temería mucho por nosotros: por- „que sabiendo muy bien que Dios corrige y „atribula á los que ama, viendonos á nosotros „exceptuados, deberíamos dudar con razon ser

„poco bien vistos de él; pero, bendita sea su „voluntad, que nos hace padecer algun poco, „y de este modo se digna certificarnos de su „amor. Seguros de esto, ¿de qué podemos te- „mer? ¿Queremos, ó no, creer á Jesucristo que „dice: *Bienaventurados los que padecen?* Si no- „sotros creemos haber hablado él la verdad, de- „bemos creer ciertamente, que las tribulaciones „son verdaderas gracias que Dios nos hace, y „que de esta clase él generalmente no concede „sino á sus amigos que lo sirven con mas fide- „lidad; y tambien estemos seguros que por solo „este medio, el alma se purifica y desprende de „sí, y se une con Dios purificando sus afectos. „Yo, pues, temería mucho por nuestra Congre- „gacion si la viese prosperar: en cuyo caso me „pareceria verla sobre el precipicio. Si Dios „nos dá esta pequeña tribulacion; (digo pequeña, „porque fuera de la comodidad del lugar, nada „nos falta); buena señal: demos gracias á la di- „vina misericordia.”

¶ Pero si la fortaleza es virtud grande; es tambien virtud heroica, cuando se acompaña con la mansedumbre y con la paciencia. El Arzobispo de Turin, que conocia muy bien la doctrina, la prudencia y sabiduria, y las virtudes extraordinarias de este su Sacerdote, fre-

cuentemente ponia en sus manos los negocios mas graves y espinosos; y SEBASTIAN, con la mas empeñosa y exacta diligencia, se esmeraba en despacharlos. Una vez, entre otras, le encomendó la reforma de uno de los primeros monasterios, donde se habian introducido no pequeños desórdenes. Bien conoció él la dificultad de este encargo; pero, con todo, inclinó la cabeza y obedeció. La cosa era espinosísima, y se requería una gran fortaleza para volver á la observancia de las reglas. Se necesitaba valor para resistir á los deseos y voluntad de las primeras personas del Estado, á cuyas familias pertenecian aquellas religiosas. Era indispensable gran paciencia para llevar en paz las afrentas é insultos que le serian hechos. Era menester; en suma, un SEBASTIAN. En poco hé dicho todo: No miró él sino á Dios y al mandato. Usó de dulzura; pero al mismo tiempo de eficacia para cortar el mal. Hizo ver el escándalo que se daba, y por esto la necesidad de volver á la primera observancia. Cuanta fué la prontitud de las Virgenes prudentes á sujetarse á su sábio parecer, otro tanto las necias, alegando costumbres y privilegios, se mantuvieron firmes en perseverar en la relajacion y el desorden; y aun llegó á tanto su perversidad, que casi oponien-

dose á viva fuerza al médico que se empeñaba en su curacion, le hicieron gravísimas afrentas, hasta por parte de sus parientes. Sin meterme yo á referir cuanto pasó; (por no ser conveniente); tan solo diré, que él sufrió injurias y contumelias, capaces de avergonzar al hombre mas malvado y perdido del mundo. Comenzaron por desprecios, usando de las mas descorteses maneras, y de las palabras altaneras y ultrajantes, llamándole hipócrita, impostor, calumniador, supersticioso, embustero, hombre perdido y soberbio; y no contentas con despreciarle y ultrajarle así, lo infamaban como ambicioso, que quería dominarlas y oprimirlas: afirmando, que bajo la máscara de piedad era un diablo: añadiendo otras mil cosas para adquirirle el odio y desprecio de todas. Y, ciertamente, si el Siervo de Dios no hubiese estado en aquella estimacion que disfrutaba, siendo muy manifiesta su virtud, ellas, á fuerza de calumniarle, hubieran triunfado. SEBASTIAN toleraba todo con admirable paciencia, sin excusas ni quejas, ni volviendo mal por mal; sino levantando á Dios los ojos le daba gracias por haberle dado materia de ser maltratado por su amor y de recibir mal por bien; no doliéndose de otra cosa, que de las ofensas que aquellas hacian á Dios, á quien dirigia fer-

vorosas súplicas para que les mudara el corazón y sanase de aquel injusto furor. Aunque ultrajado de tantas maneras, vilipendiado y escarnecido, no cesó jamás de trabajar en reducir al orden á aquella Comunidad; ni se cansó nunca de llenar de favores, particularmente á aquellas religiosas que eran la causa y origen de la guerra que sufría, la cual por reñida que fuese, no pudo hacerle abandonar aquella empresa, que le costó muchos años de fatigas, de angustias y padecimientos.

Ni se debe creer que esta fortaleza suya llegase á debilitarse con el discurso de los años; porque las cosas que ejecutó aun en su ancianidad, prueban lo contrario. Oigamos sobre este particular la deposicion de uno de los nuestros extractada del proceso. „El Padre sr. „BASTIAN VALFRE, aunque anciano, casi octogenario, trabajaba tanto, que yo, siendo todavía „joven y robusto, me cansaba de andar con él, „aunque no hacia otra cosa que acompañarlo; „y manifestándole sus tareas con muestras de „admiracion al Padre Carlos Andrés Cassina, „éste, al oirlas, me decia llorando: *no puedo „contener las lágrimas, cuando oigo hablar de „este Siervo de Dios, con quien he tenido siempre familiaridad desde mi juventud. Su vida*

*„la creo toda milagrosa. El, ahora que es viejísimo, gastado, consumido de las desmesuradas „fatigas y enfermedades, toma un poco de reposo; pero antes, cuando no tenia algun motivo que asistir, pasaba continuamente las „noches en estudiar: teniendo reservado el dia „para confesar, predicar, poner paz en las familias; en suma, para hacer vida de Apóstol. „Por lo que á mí toca, creo firmísimamente, „que sin perpétuo milagro, no hubiera podido él „trabajar tanto, ni llegar á esta edad.”*

Ni tampoco debe creerse, que el sufrir pacientemente las injurias le costase poco; porque no era de un temperamento frio, sino de naturaleza ardiente, y muy pronto á resentirse. No fué trabajo de dias y de meses, sino guerra que por diez y ocho años continuos debía hacerse á sí mismo para vencer la ira, que con cualquiera ligerísimo choque se despertaba en su alma. Despues de un tan largo combate, y no ántes, pudo él tomar tal dominio sobre esta pasión, que ni aun los imprevistos desagradables encuentros lo turbaban nada, y pasaba tranquilo, sonriéndose, sobre las mayores confusiones é injurias.

Una mañana queria por su devoción celebrar Misa votiva de la Virgen, y lo previno

al Hermano Sacristán para que le sacase el ornamento correspondiente: él rehusó hacerlo; pero VALFRE, aunque como Superior hubiera podido obligarlo á obedecer, sin salir de aquel recogimiento que siempre guardaba ántes de celebrar, no abrió la boca sino para decirle estas solas palabras: *entorabuena, obraré como gustéis: hoy diré la Misa como los demás: en otro día la diré votiva.* Y así lo hizo sin duda. Pero el Sacristán poco despues, considerando esto, parecióle haber obrado mal, y tuvo tal remordimiento, que fué á arrojarle á sus pies, rogándole perdonase su desobediencia y dureza.

De esta manera él pasaba sobre todo lo que en desprecio de su persona se hacia aun en público. Yendo un dia á la casa de un enfermo, un sugeto que odiaba de muerte á SEBASTIAN, aunque habia recibido grandísimos beneficios de él, desde la ventana de su casa le arrojó encima un baso de inmundicias, de las cuales quedó lleno desde la cabeza á los pies: como si nada le hubiese sucedido, en silencio, y sin el menor acto de resentimiento, se volvió á la Congregacion á mudarse, mandándole seriamente al compañero no dijese nada á ninguno, para que no tuviese que padecer el

que *por inadvertencia*, (así se espresaba) habia arrojado aquella suciedad. ¿Parece poco esto?

Otros innumerables hechos tendria todavia que referir para hacer admirar su paciencia; pero seria tocar á lo infinito, y no llegaria al cabo á poder contarlos todos en un año. Brevemente añadiré otras pocas cosas. Una vez, al dirigirse á las cárceles, habiendo visto una gran canasta de hermosísimas cerezas, las compró, y hechas llevar consigo, las distribuyó por su mano á los presos. Mientras él con toda caridad se las repartia, algunos de aquellos discolos, despues de comerlas le tiraban los huesitos á la cabeza y á la cara, y él sufría el ultraje haciendo que no lo advertia. Estaba en su compañía el Sacerdote Bartolomé Quarello, Capellan de la Real Capilla de la Sábana Santa, quien al ver la accion indigna de aquellos infames, encendido de justa indignacion, no pudo contenerse en decirle: *no advertis, Padre Valfré, que estos se burlan de vos? Vámonos de aqui, que estos ingratos no merecen vuestros favores.* A lo que SEBASTIAN, todo mansedumbre y paciencia, contestó: *no, no: no abandonemos á estos miserables, que tambien son hermanos de Jesucristo. Humillémonos para ganarlos: ellos procuran divertirse un poco: compadezcámoslos: ¡pobre gente! ¡Me dá lástima! Estas*

palabras dejaron atónito á aquel Sacerdote, el cual desde entónces en adelante, tuvo en concepto de verdadero Santo al Siervo de Dios.

Pero lo que parecerá del todo increíble es, lo que sigue. Hemos visto en otros lugares de qué temple fuese la caridad de SEBASTIAN con el prójimo; pues este hombre, que jamás puso límites á esta virtud, encontrándose en el hospital de la Caridad con el director, éste, en presencia de muchos de sus dependientes, arrebatado de rábía y de ira, le hizo un amargo desaire, echándole en cara ásperamente haber apartado al Soberano de dar una extraordinaria limosna á aquel establecimiento; y entre otros improprios le dijo: *veis: nada entendeis, y sois un gran necio, ignorante; y me maravillo mucho como el Rey os dé oído, y os admita á su confianza.* SEBASTIAN que no era reo de esto, y ni aun lo habia oído decir: SEBASTIAN, que no era Clerizonte: Sacerdote anciano, con infinitos méritos de servicios prestados casi á toda la ciudad y á aquel mismo hospital; ¿qué hará? ¿Procederá como lo hubiera debido hacer hasta un Santo? Sin ofender á aquel hombre grosero y estravagante, podia probar, ser inocente: y en verdad que nada habria hecho aquí que se conviniese mal aun con la misma santidad. Pero

oid el milagro de paciencia, de mansedumbre y humildad. Luego que aquel acabó de desahogar su cólera; él, sin prorrumpir la menor palabra de sentimiento ó disculpa, sin mudar semblante, ó quejarse, se despidió con cortesía y las mas humildes demostraciones. Ni tuvo que pasar mucho tiempo, para que Dios ofreciese al Beato ocasion, de poder tomar una de aquellas venganzas que acostumbra los Santos. Enfermó el director; y SEBASTIAN al momento corrió á su casa á visitarle; lo que prosiguió haciendo todos los dias mientras duró la enfermedad, aunque nunca le permitieron entrar á verle. ¿Qué contraste este de soberbia y humildad; de ira y de paciencia; de odio y de amor!

Les medios de que usó el Beato para llegar á ser paciente á tal grado, son los que siguen. 1.º Acostumbraba beneficiar de todos modos á cuantos de palabra ú obra lo ofendian; y aun muchas veces se vió dar abundante limosna mucho mas á aquellos póbres que le habian dicho villanías.

2.º Cuando oía que contra él se hacian sátiras, ó se decian palabras picantes, aun en daño de su reputacion, él callaba, y queria que ninguno emprendiese defenderle. Un sobrino

„suyo, por cierto motivo particular, tuvo á bien escribirle de Verduno, que nadie habia hablado allí mal de él; y SEBASTIAN le respondió: „vos me escribís que ninguno de esa tierra ha „dicho cosa que pueda convertirse en perjui- „cio de mi honor; y yo no sé por qué me lo „decís, no habiendo yo escrito sobre esto, si „bien me acuerdo, nunca nada. Pero sea cual „fuere el fin que háyais tenido al darme esta „noticia, yo quiero que cuantas veces oigais ha- „blar mal de mí, no digais ni una palabra en „mi defensa, sino dejad que hablen; porque „yo no vivo tan ordenado, que frecuentemen- „te no dé disgusto y escándalo á la gente, á la „cual intento hacer humildísimas escusas de to- „das mis faltas.”

3.º (Si alguna vez caís en alguna peque- ñísima impaciencia, al momento se acusaba en público, creyendo que para corregirse no hay remedio mas eficaz que este. Un dia de fiesta, predicando á los Hermanos en el Oratorio parvo, así empezó á decir: „Hermanos míos, „yo quiero haceros sabedores del escándalo que „ayer he dado, por el que conoceréis qué cla- „se de corazon es el mio: Una pobre muger „me pidió una pequeña limosna; y yo que me „encontré sin tener nada, le dije que no tenía

„que darle: ella volvió á hacerme la misma „peticion, y yo le di la misma respuesta. La „muger no se aquietó, sino con mayor instan- „cia me iba repitiendo que tenia necesidad, ti- „zándome además del manteo. Entónces yo, „Hermanos carísimos, todo encendido en cóle- „ra, así porque no se aquietaba, como porque me „tenia agarrado del vestido, vuelto á ella con „semblante duro, despechadamente le dije: *„y „no os he dicho, que no tengo nada que daros? „Dejadme andar. ¿Qué decís, Hermanos míos? „Os parece este un bello ejemplo de un Sacer- „dote que predica la mansedumbre y la pa- „ciencia?”* Y de aquí prosiguió hablando de es- ta (así lo decía) gravísima culpa, con tan vivo sentimiento, que el auditorio quedó tan conmo- vido, que todos se desataron con él en lágrimas, suspiros y sollozos; ni pudieron aquietarse sino pasado algun tiempo.

Una cosa pongo aquí por conclusion. El recomendaba á todos ardientemente estas virtu- des, asegurando ser ellas el camino mas seguro para llegar á la perfeccion. Confortaba particularmente á los atribulados y enfermos á la conformidad con la voluntad divina, diciendo, que la vida del buen cristiano se reduce toda á acomodarse al gusto de Dios: que quien sa-

be alegrarse de sus enfermedades y tribulaciones, llevándolas con paciencia, no será menos virtuoso que cualquiera otro. Lamentábase una religiosa, porque á causa de la fiebre que tenía no podia hacer los Ejercicios espirituales; y él con su acostumbrada exclamacion le respondió diciendo: „gran cosa, que pretendamos nosotros vivir á nuestro modo! Su mal podrá impedirle el coro y los otros actos de comunidad; pero no el ser paciente. Acuerdese que „la paciencia trae consigo otras cien virtudes. „Procure entre dia, de cuando en cuando, alzar los ojos y el corazon á Dios, diciendole: „*Vos, Señor, con haberme dado esta enfermedad, me impedis hacer lo que yo por tanto tiempo he deseado, esto es los santos Ejercicios: sea bendito vuestro santo nombre, y cumplase vuestra santisima voluntad.* Aquí, en la Congregacion, tenemos un Padre que hace como veinte años, que por sus continuas indisposiciones no puede cumplir con las observancias comunes; y „con todo, es la edificacion de la Comunidad, „por la grandísima paciencia con que lleva su mal y se sujeta á la voluntad de Dios. Haced „vos lo mismo.” Amonestaba tambien á todos diciéndoles: „debeis acostumbraros á llevar en „paz todas aquellas contrariedades que cada

„dia se os ponen delante; como seria el ver „trastornar vuestros designios; no poder alcanzar lo que deseais; ver burladas vuestras esperanzas; no ser tratados urbanamente; y otras „mil cosas semejantes que pueden suceder por „culpa de otros y aun sin ella. Porque, quien „sabe no turbarse y reprimir todo movimiento interior contrario en estas pequeñas cosas, „además de adquirir gran mérito, por ser casi „continuas las ocasiones de vencerse, fácilmente aun en las cosas grandes sabe alcanzar victoria, y triunfar de sí mismo.”

## CAPITULO XVIII.

### *De la pureza del Beato Sebastian.*

**P**aso ahora á hablar de aquella singularísima virtud que hace al hombre semejante á los ángeles; quiero decir, de la pureza virginal, tesoro de precio inestimable, que nosotros, así por que lo llevamos en vaso de barro fragilísimo, como porque nos hallamos siempre en peligro de caer, estamos siempre en riesgo de perder. **SEBASTIAN**, guardándolo con exactísima diligencia y cuidado, supo conservarlo por todo el curso de su vida, contra todas las lisonjas y asecham-

be alegrarse de sus enfermedades y tribulaciones, llevándolas con paciencia, no será menos virtuoso que cualquiera otro. Lamentábase una religiosa, porque á causa de la fiebre que tenía no podia hacer los Ejercicios espirituales; y él con su acostumbrada exclamacion le respondió diciendo: „gran cosa, que pretendamos nosotros vivir á nuestro modo! Su mal podrá impedirle el coro y los otros actos de comunidad; pero no el ser paciente. Acuerdese que „la paciencia trae consigo otras cien virtudes. „Procure entre dia, de cuando en cuando, alzar los ojos y el corazon á Dios, diciendole: „*Vos, Señor, con haberme dado esta enfermedad, me impedis hacer lo que yo por tanto tiempo he deseado, esto es los santos Ejercicios: sea bendito vuestro santo nombre, y cumplase vuestra santisima voluntad.* Aquí, en la Congregacion, tenemos un Padre que hace como veinte años, que por sus continuas indisposiciones no puede cumplir con las observancias comunes; y „con todo, es la edificacion de la Comunidad, „por la grandísima paciencia con que lleva su mal y se sujeta á la voluntad de Dios. Haced „vos lo mismo.” Amonestaba tambien á todos diciéndoles: „debeis acostumbraros á llevar en „paz todas aquellas contrariedades que cada

„dia se os ponen delante; como seria el ver „trastornar vuestros designios; no poder alcanzar lo que deseais; ver burladas vuestras esperanzas; no ser tratados urbanamente; y otras „mil cosas semejantes que pueden suceder por „culpa de otros y aun sin ella. Porque, quien „sabe no turbarse y reprimir todo movimiento interior contrario en estas pequeñas cosas, „además de adquirir gran mérito, por ser casi „continuas las ocasiones de vencerse, fácilmente aun en las cosas grandes sabe alcanzar victoria, y triunfar de sí mismo.”

### CAPITULO XVIII.

#### *De la pureza del Beato Sebastian.*

**P**aso ahora á hablar de aquella singularísima virtud que hace al hombre semejante á los ángeles; quiero decir, de la pureza virginal, tesoro de precio inestimable, que nosotros, así por que lo llevamos en vaso de barro fragilísimo, como porque nos hallamos siempre en peligro de caer, estamos siempre en riesgo de perder. **SEBASTIAN**, guardándolo con exactísima diligencia y cuidado, supo conservarlo por todo el curso de su vida, contra todas las lisonjas y asecham-

zas de aquel capital enemigo, que nosotros, por haber sido engendrados de la concupiscencia, tenemos en nosotros mismos; enemigo que con todo arte sagazmente trabaja por robarnoslo. Todos conocen qué cosa tan fácil sea perder esta flor tan hermosa, especialmente, en aquellos años deleznables, en que suele sentirse mucho mas la fuerza de las pasiones; pero el Beato, así en la adolescencia como en la juventud, la mantuvo siempre constantemente, sin permitir que fuese marchitada en lo mas mínimo. Bien sabia él que esta virtud mal puede unirse con la intemperancia de los manjares y del vino, y por esto fué siempre muy parco en el comer y beber. Desde muy niño comenzó á ejercitar la abstinencia: se nutría de pan y de unas pocas de yerbas; y para no dar nota probaba alguna otra pequeña parte de las demás viandas: bebia vino aguadísimo cuanto era posible; y se abstenia tambien de los potajes muy condimentados. Sabiendose la calidad de manjares de que hacia uso nuestro Beato, se decia por chanza en Turin, *que solamente los ricos podian convidar á comer al Padre Valfré; porque no todos podian hacer el grande gasto de comprar las cuatro cosas deseadas por él, que eran pan, agua, ensalada y frutas.*

A ejemplo de San Pablo castigaba su cuerpo, para no tener que sentir en sí una ley repugnante á la del espíritu, afligiendo su propia carne con duros cilicios y ásperas disciplinas; la cual mortificacion de su persona (con tal cautela supo hacerla) que jamás fué advertida sino por poquísimos de sus mayores confidentes. Pero lo que jamás le fué posible esconder fué, la rigurosísima guarda de los sentidos, y con especialidad de los ojos, por los cuales vienen las sensaciones en mayor número y con mas diversidad que por ningun otro de los sentidos; y por esto hizo con ellos el inviolable pacto del Santo Job, de no dejarse jamás arrastrar á mirar objetos peligrosos; por lo cual, cuantas veces debia hablar con mugeres; (lo que nunca hizo á solas); tenia los ojos cerrados ó fijos en otra parte, ó tan movibles, que sobre ningun parte los dejaba detener: cuya costumbre mantenía aun confesandolas; como lo confió á su sobrino Marco Antonio, aconsejandole hiciese lo mismo. He dicho que nunca hablaba á solas con las mugeres; por lo cual, cuando debia confesar á alguna en la Iglesia á puerta cerrada ó en el Oratorio, si no hallaba en casa persona que poder llevar consigo, para hacerla estar presente mientras duraba la confesion, llamaba á

un pobre, y, dándole limosna, lo obligaba á detenerse allí, hasta que hubiese concluido y la muger se hubiera retirado. Vino un día á buscarle una dama para pedirle consejo sobre algunos negocios suyos: recibido el aviso bajó al momento SEBASTIAN á la portería, acompañado del Padre Agustin Agnesio: habiendo visto este que ella estaba vestida indecentemente, aguardaba que el Beato, como lo solía hacer, la obligase á cubrirse ó le volviese la espalda; pero no hizo ninguna de las dos cosas; ántes muy á la larga se detuvo hablando con ella. Luego que se retiró, le preguntó el Padre Agustin: ¿por qué aquella vez se habia manejado así, y no habia tenido dificultad de detenerse con muger, que mostraba en su traje no ser muy amante del pudor y la modestia? SEBASTIAN, no sabiendo qué responder, porque no queria dar á conocer como se habia conducido en aquella visita; despues de haber pensado un poco, volvió en defecto su virtud y le dijo, que por estar soñoliento, no habia advertido nada. Su sueño habia sido tener siempre los ojos cerrados; porque un hombre no despierto, no habria podido dar los sábios consejos que dió á aquella Señora.

Aborrecía tambien estremadamente las mues-

tras de familiaridad, cualquiera que fuese la persona que las hiciera: ni permitía tampoco ser tocado en las manos y en los vestidos, ó por chanza, ó para atestiguarle respeto y afecto. Una sobrina suya, que por muchos años no lo habia visto, pasando él á Verduno, vino á encontrarle, y porque lo amaba mucho y lo respetaba como Santo, queria besarle la mano; pero él se opuso, y no hubo modo de que quisiese permitir una tal accion, aunque honestísima y reverente. Esta circunspeccion que usaba, queria fuese usada tambien por los demás; porque *muy frecuentes y fuertes, decia, son los vaivenes, no solo para sacudir, sino tambien para precipitar en ruinosísimos precipicios.*

SEBASTIAN llevaba la opinion, que convenia á todos, en materia de tanta importancia, tener grande y diligente cautela, la cual acaso podrá parecer á los amantes de la educacion moderna descortesía, escrúpulos y demasiado rigor; pero quien recuerda que un soplo basta para empañar un cristal, que un lirio apenas tocado pierde su frescura, no cree sea excesiva la vigilancia, donde es excesivo el daño, facilísimo el tropiezo, y funestísima la pérdida. Por lo cual estrechamente recomendaba, que ninguno, sino rara vez, asistiese con jóvenes: que no se

conversáse sino con los humildes y moderados; y solamente se hablase de aquellas cosas que son de edificación: que los hermanos, ni aun en la infancia, retozasen con las propias hermanas; y que se abstuviesen aun de acariciar á los animales: cosas todas que no advertidas de los padres, ó despreciadas como pequeñeces, no pocas ocasiones conducen á males gravísimos. No quería que las mugeres saliesen de casa, sino acompañadas de personas honestas y seguras; y que estando enfermas, hallándose solas, no recibiesen visitas ni aun del médico ó cirujano; ni que aprendiesen de los hombres el canto, la música ú otras cosas pertenecientes á ciencias ó artes, sin hallarse presentes sus padres; los cuales en esto no deben fiarse de ninguno. Quería, en fin, que no se dejase ver ninguna parte del cuerpo descubierta; y sobre esto su zelo no conocia términos. Apartaba del confesonario y del comulgatorio aun á nobilísimas damas, si se atrevían á presentarse vestidas indecentemente, no escuchando ninguna excusa que pudiesen dar, ó por el demasiado calor ó por la moda corriente. Habiendo encontrado, por una calle pública y llena de gente, á una sobrina suya, y pareciéndole que iba vestida con poca modestia, sacó el pañuelo de la bol-

sa y se lo arrojó, aun estando á alguna distancia, diciéndole: que se cubriese mejor; lo que ella hizo al punto sin réplica ninguna. Mortificó aun mucho mas á una hermana suya, por haber venido de Verduno á Turin en tiempo de guerra, estando el Piamonte lleno de soldados. Habiéndose dirigido ella á nuestra casa, y solicitado ver á su hermano, este, al recibir la noticia de su llegada, tembló por el horror del peligro á que se habia espuesto en el camino; y aunque no era muger muy jóven, le mandó echar una grave reprension, y no quiso verla por mucho tiempo. Por último, habiendo mediado muchas personas de autoridad, se dejó vencer á hablarle una sola vez, con la condicion de que luego se volviese á su casa; y en los pocos momentos que se detuvo con ella, no hizo otra cosa que reconvenirla por haber incauta y temerariamente emprendido semejante viaje en tales circunstancias; y despidiéndola mortificada é instruida, la hizo acompañar por personas seguras y temerosas de Dios.

Ni al ardiente zelo del Beato se ocultó el gravísimo daño que trae á las almas la inmodestia de las estatuas y pinturas; y por eso puso todo empeño [en remediar tambien este mal. A un cierto caballero le mandó quitar varios

bustos de muger nada decentes, de una escalera en que se habian puesto para que sirvieran de adorno. Habiendo advertido que un amigo suyo tenia una caja de polvos preciosa, sobre la cual estaba una miniatura inmodesta, se la pidió, y á su misma vista la hizo pedazos. En la casa de este mismo caballero, viendo un dia SEBASTIAN en el escritorio, colgado en la pared un cuadro de alabastro con una figura obscena de relieve, cubierto con un vidrio y con un riquísimo adorno al rededor; pieza muy estimada en sí, y muy apreciada del dueño por la materia y la finura del arte; se manifestó de luego á luego muy turbado el buen Padre, y despues, con santa libertad dijo francamente; que totalmente no convenia que aquella obra, aunque pulida en su clase, se viese en una casa cristiana, de lo que él habia quedado extraordinariamente escandalizado. En estas circunstancias, mientras él hablaba de aquella manera, y el dueño estaba suspenso entre si quitaria ó nó el cuadro; porque por una parte queria complacer á SEBASTIAN, conociendo que decia verdad; mas por otra no le permitia el corazón privarse de aquella obra maestra; el cuadro, sin que nadie lo tocara, cayó en tierra y se hizo mil pedazos, con asombro de cuantos se hallaban

presentes, atribuyendo todos un tal suceso, á una virtud oculta y sobrenatural; porque el clavo que lo sostenia no se habia doblado nada, estaba bien firme en la pared, y era bastante grueso para poder sostener un peso mucho mayor.

Otra cosa que tenia sumamente en el corazón el Beato era, la honestidad de las bodas, precedidas frecuentemente de ilícitos enamoramientos, y contaminadas, por lo comun, en el dia de su celebracion, con palabras equivocadas y discursos obscenos. A este proposito merece ser leida una carta escrita por él al médico Pompeyo Bertolotti, en ocasion de su matrimonio; y por esto la referiremos aquí. „Como á las „bodas de Canán se hallaron presentes visiblemente Jesus y Maria; así espero que se hallen visiblemente á vuestras bodas para bendecirles. Yo estoy muy seguro de que no menos „la modestia de los esposos, que la de los convidados, resplandecerá en este dia, acordándose todos que el Hijo de Dios quiso ennoblecer el estado conyugal, elevándolo á la divina excelencia de Sacramento, y trayendo tambien á la memoria, que la Iglesia, en el desposorio de los cristianos, reconoce su desposorio con Jesus. En la comun alegría de la mesa piénsese de cuando en cuando, que el que

„estableció el matrimonio, por su ser inmenso, es-  
 „tá allí presente, y á él se le debe dar estre-  
 „cha cuenta de toda palabra y de cualquiera  
 „mínimo acto, que no sea conforme á su san-  
 „tísima Ley. De semejante manera, aquel día  
 „será de verdadera alegría; porque solo entón-  
 „ces se está verdaderamente alegres, cuando se  
 „obra bien: en el pecado no se puede hallar  
 „verdadera alegría. Además: para que Dios siem-  
 „pre os colme mas de sus bendiciones, no os  
 „olvideis de los pobres. A lo menos á uno qui-  
 „siera yo que se diese de comer; porque la li-  
 „mosna, mas que ninguna otra cosa, es muy  
 „agradable á Dios: así se hará todo á su glo-  
 „ria, y sin daño espiritual de la concurrencia,  
 „la cual particularmente entrará en la parte de  
 „las oraciones que yo en aquel día dispondré  
 „hacer en la Iglesia.” Bertolotti, que aunque jó-  
 ven era verdadero cristiano, leyó la carta á to-  
 dos los convidados, quienes no se apartaron en  
 un punto de las advertencias expresadas en ella:  
 y el Conde Gerónimo Romagnano de Virle; la  
 persona de mas respeto de cuantas se hallaban  
 en el convite; por su misma mano apartaba la  
 mejor parte de cada vianda, y la mandaba á  
 algunos pobres, que con anticipacion se habian  
 hecho llamar; y en todo aquel día jamás se

apartó el regocijo de la modestia. Bienaven-  
 turadas aquellas bodas que así se festejan. Dios  
 las bendice desde el cielo, y de esta suerte pa-  
 san los consortes su vida en union y paz per-  
 fecta. Con la bendicion de Dios sucede, que  
 por movimiento de sobrenatural caridad, el ma-  
 rido desea todo bien á la muger, y se empe-  
 ña en procurarle las verdaderas riquezas de la  
 gracia y virtud, recibiendo en cambio el amor  
 cordial de ella, porque mirándose tan apre-  
 ciada y querida, únicamente ama á él; y de  
 dos personas se forma una carne, y de dos al-  
 mas una sola, que vive en ambas con una mis-  
 ma voluntad é indivisible afecto. La mútua se-  
 guridad de la perpetua union y fé, que cada  
 uno guarda tiernamente á el otro, y el recípro-  
 co respeto que nace en el uno ácia el otro,  
 hace que cada cual repose tranquilamente  
 con seguro contento en la conocida bondad del  
 compañero, sin temer que un amor extraño in-  
 terrumpa y resfrie su afecto. En los hijos tam-  
 bien, si Dios se complace en mandarlos, está  
 puesto todo el cuidado y solicitud de ambos.  
 De aquí la educacion empeñosa y providente.  
 De aquí el afán afectuoso y eficaz de su verda-  
 dero bien; y por consiguiente la prosperidad y  
 felicidad de la prole, que absorve todos los afec-

tos, los pensamientos, los cuidados de los padres, los cuales, fuera de la familia amada, ninguna otra cosa procuran, ninguna otra aman, ninguna otra quieren; y en ella y en el goce de los bienes que tienen comunes, halla cada cual una completa alegría, un dulce reposo, una mútua ayuda, una paz perpétua, un Paraiso terrestre. Pero ¿cómo gozar de estos bienes, cómo esperar las bendiciones del cielo, cuando así el hombre como la muger se disponen al matrimonio con una inmensa cantidad de enormes pecados; no pensando ni aun al acercarse á este gran Sacramento, y aun acaso ignorando que el principal fin de su institución, no fué el satisfacer á la carne, sino el de producir hombres racionales, los cuales en la vida presente, por el camino de la fé, conozcan y amen á Dios, y sean participantes de la gracia santificante; esto es, hechos justos, amigos é Hijos de Dios, y que de esta vida pasen á gozarle en perfecta bienaventuranza á su eterno reino? Pero ¿qué! ¿es posible que no se pase sin ofender á Dios el mismo dia en que se recibe este gran Sacramento, no abriéndose la boca sino para hablar cosas lúbricas, y desordenándose en comer y beber, sin acordarse de quien se muere de hambre? ¡Y deberá causar

admiracion, si de estos principios resultan sospechas, renillas, amarguras, discordias, cruces y zelos; por lo que el marido, despues de pasados pocos dias, no puede vivir en paz con la muger, ni esta sufrir al marido; antes bien ¿no se llega desde entónces á desatar, ó despedazar, ó aflojar á lo menos aquel sagrado y venerable lazo formado por las manos del Criador, que, como hemos dicho, debia hacer de dos una misma carne, y que Cristo ha anudado y asegurado con indisoluble firmeza? Así, no obstante, se falta hoy en un punto tan importantísimo, del cual depende el bien de las familias, de los estados, de los reinos y del mundo; pues un solo matrimonio puede engendrar el sostenimiento ó la ruina de la pública seguridad y tranquilidad; pero, ruego al lector me disimule el haberme extraviado de mi principal objeto.

Si SEBASTIAN puso tanto cuidado en impedir semejantes males en las personas que viven en el siglo; imagínese cuanto se empeñaría para que en nuestra Congregacion, no digo quedase ofendida, pero ni aun ligeramente deslustrada esta angélica virtud, defendiéndola con toda diligencia aun de los mas remotos peligros. Ni hablándose en privado ni en público, podia

decirse palabra con que se señalase aquel vicio, que no queria ni aun fuese nombrado, diciendo: que así como este no puede ser vencido sino con la fuga, así debia combatirse por caminos indirectos; esto es, inspirando en el ánimo de los oyentes el santo temor de Dios, y generalmente el horror al pecado, y nada mas.

Previene nuestro Instituto que diariamente, casi al terminar la mesa, para la instruccion de los que confiesan, proponga uno alguna duda, ó, como se dice vulgarmente, caso de conciencia, al cual, si les place, respondan todos, haciendo sus observaciones; y así se resuelve. Pero SEBASTIAN, jamás permitió en este útil ejercicio se hablase de la dicha materia; y si algun Padre inadvertidamente la tocaba, tenia tambien ya prevenido que ninguno contestase. Por igual motivo, hallándose en casa albañiles, carpinteros ú otros semejantes artesanos, si oía de su boca una sola palabra que no sonase bien á sus castísimos oídos, al momento imponia silencio al culpable, si bien esto, para hablar verdad, sucedió rarísimas veces; porque él tenia un aire tan modesto y un porte tan grave, que su sola vista infundia respeto á todos. Cualquiera accion, cualquiera gesto, cualquiera mirada, estaban en él llenos de honestidad y de pu-

dor. En suma, este Siervo de Dios, en punto de pureza, escrupulizaba aun de las cosas de ninguna importancia, de tal suerte, que un ángel, teniendo carne de hombre, no habria podido manifestarse mas zeloso amante de esta virtud.

Pero el aborrecimiento sumo que tenia él á la deshonestidad, no le hacia aborrecer á quien estaba manchado de ella; ántes se portaba con ellos con toda amabilidad y compasion, y tratandolos dulcemente, los consolaba y dirigia á la enmienda y á la virtud. Cuantas veces se le acercaban al tribunal de la penitencia, sentia enternecersele el corazon, y los acogia con afecto de padre; y no encomendándoles otra cosa que la devocion á la Santísima Virgen Maria, haciales acompañar con el corazon esta brevisima oracion, que él con sentimientos de castísimo amor y de encendido fervor les iba repitiendo. „Interceded por mí, ¡ó „Purísima Virgen! y alcanzadme la santa pureza, para que en lo de adelante jamás aparteis de mí vuestros ojos. Alcanzadme, ¡ó Purísima „Virgen, la santa pureza, para que yo comience á gustar la dulzura de las cosas celestiales, y me cause astío la suciedad de las terrenas. Alcanzadme, ¡ó Purísima Virgen! la santa pureza, para que yo algun dia sea hecho dig-

no de llegar á besaros vuestros santísimos Pies en el Paraiso, donde no puede entrar quien se halla manchado con sucias torpezas. Acordaos, ¡ó Virgen Purísima! que si no me alcanzáis tal gracia, un Hijo vuestro tendrá que ser el objeto de vuestro ódio, y padecer eternamente con los Demonios. ¡O amorosísima Madre mia! pues sois refugio de pecadores, tened compasion de mí, y alcanzadme de Dios esta virtud tan bella.”

El amor que el Beato mostró en vida por la pureza, no lo ha manifestado menos despues de muerto, alcanzándola á sus devotos. Una religiosa de santa vida era provocada continuamente del Demonio, é instigada al mal con malos pensamientos y torpes sujestiones, principalmente despues de la santísima Comunión, lo que la hacia siempre estar inquieta y angustiada. Con gran fé recurria ella en la oracion á Dios pidiéndole su auxilio, afligia su cuerpo con aspereza, y usaba todos los medios y cuidados, para alejar de sí esas imaginaciones, que no pasaba dia que no la atribulasen. Una mañana, (estaba haciendo sus ejercicios espirituales) despues de la meditacion, retirándose á su celda, se sintió mucho mas combatida de las tentaciones impuras, por lo cual cayó en sus acostumbrados abatimien-

tos de espíritu; pero de improviso, reanimada interiormente, le puso Dios en el corazon valerse de la intercesion de VALFRE. Arrodillóse al punto, y se puso á rogarle con vivísimo sentimiento de confianza, que refrenase y quebrantase las fuerzas del enemigo, y á ella le concediese vigor y fortaleza para vencerlas y salir con victoria, de modo que pudiese gozar de la paz del corazon, librándose de aquel estado de tormentos. Terminada su brevisima oracion, al ponerse en pié, se encontró terminada su afanosa turbacion, consolada de tal suerte, que como dijo su confesor, no sabia espresarlo con palabras; pero lo mas maravilloso fué, que desde entónces, en lo restante de su vida, no sintió jamás esas diabólicas instigaciones. Pero mas singular fué en todas sus partes la conversion de una dama, que con su belleza y alhagüañas lisonjas habia seducido á muchos jóvenes, escandalizandó y arrastrando á las almas á su perdicion. Esta pasó muchos años en deshonestas costumbres, en nada menos pensando que en su alma: finalmente, favorecida de Dios y tocada de la divina gracia, comenzó á sentir remordimientos que le destrozaban el corazon, y á ver la deformidad de su vida que deseaba mudar; pero los viejos hábitos del pecado

la habian estrechado y ligado de tal manera, que no la dejaban dar este paso, y proseguía en revolcarse en el fango. Un dia en que acaso Dios mas sensiblemente le habia hecho sentir su voz, determinó encomendarse en la mañana y en la noche á VALFRE, rezándole tres Padre nuestros y tres Ave Marias, rogándole, que habiendo usado de caridad en su vida con tantas personas, quisiese (ahora que estaba en el Paraíso) usar de una sola con ella, sacándola de aquel piélago en que estaba sumergida hasta la garganta; con la seguridad de que, si él le daba valor, podría hacer cualquiera resistencia para alcanzar cumplida victoria de sí misma. Muy pronto ocurrió á su auxilio el Beato, el cual le inspiró en el alma tanto aborrecimiento y horror á las culpas que habia cometido, que despues de tres dias, renunciando las vanidades y delicias del cuerpo, se condenó á una vida dura, laboriosa y abatida, y se dedicó al servicio de los pobres y enfermos, gastando en ellos todos sus bienes. De esta manera, la que poco ántes, ocupada en agradar al mundo, habia sido el escándalo y ruina de tantos, no haciendo aprecio despues de los escárnios y befas de los mundanos, llegó á ser la edificacion y el ejemplo de todos.

## CAPITULO XIX.

*De la prudencia del Beato Sebastian.*

**L**a prudencia cristiana, virtud tan preciosa y necesaria, y sin la cual no se puede vivir bien, es la que sabe hallar, ordenar y emplear los medios que nos conducen á la consecucion del fin propuesto. Esta grande virtud, que es la regla y la maestra de todas las demás, fué la que enseñó al Beato á dar siempre sábios y justísimos consejos, y la que le hizo encontrar tantas artes sutiles é ingeniosas, para quitar y desarraigar de los corazones el vicio, y para sembrar y plantar bien la virtud. Aunque él era doctísimo y santo, con todo esto, teniendo una extraordinaria desconfianza de sí, no obraba nunca nada, no iba á la corte, no subía al púlpito, no se sentaba en el confesonario, no recibía un novicio, sin encomendarse primero de todo corazon á Dios, Padre de las luces, y á la Santísima Virgen, asiento de la sabiduria; no dejando, en las grandes deliberaciones, de escuchar el parecer de hombres virtuosos y sábios. Si se le pedia consejo, jamás se precipitó en responder, sino que to-

la habian estrechado y ligado de tal manera, que no la dejaban dar este paso, y proseguía en revolcarse en el fango. Un dia en que acaso Dios mas sensiblemente le habia hecho sentir su voz, determinó encomendarse en la mañana y en la noche á VALFRE, rezándole tres Padre nuestros y tres Ave Marias, rogándole, que habiendo usado de caridad en su vida con tantas personas, quisiese (ahora que estaba en el Paraíso) usar de una sola con ella, sacándola de aquel piélago en que estaba sumergida hasta la garganta; con la seguridad de que, si él le daba valor, podría hacer cualquiera resistencia para alcanzar cumplida victoria de sí misma. Muy pronto ocurrió á su auxilio el Beato, el cual le inspiró en el alma tanto aborrecimiento y horror á las culpas que habia cometido, que despues de tres dias, renunciando las vanidades y delicias del cuerpo, se condenó á una vida dura, laboriosa y abatida, y se dedicó al servicio de los pobres y enfermos, gastando en ellos todos sus bienes. De esta manera, la que poco ántes, ocupada en agradar al mundo, habia sido el escándalo y ruina de tantos, no haciendo aprecio despues de los escárnios y befas de los mundanos, llegó á ser la edificacion y el ejemplo de todos.

## CAPITULO XIX.

*De la prudencia del Beato Sebastian.*

**L**a prudencia cristiana, virtud tan preciosa y necesaria, y sin la cual no se puede vivir bien, es la que sabe hallar, ordenar y emplear los medios que nos conducen á la consecucion del fin propuesto. Esta grande virtud, que es la regla y la maestra de todas las demás, fué la que enseñó al Beato á dar siempre sábios y justísimos consejos, y la que le hizo encontrar tantas artes sutiles é ingeniosas, para quitar y desarraigar de los corazones el vicio, y para sembrar y plantar bien la virtud. Aunque él era doctísimo y santo, con todo esto, teniendo una extraordinaria desconfianza de sí, no obraba nunca nada, no iba á la corte, no subía al púlpito, no se sentaba en el confesonario, no recibía un novicio, sin encomendarse primero de todo corazon á Dios, Padre de las luces, y á la Santísima Virgen, asiento de la sabiduria; no dejando, en las grandes deliberaciones, de escuchar el parecer de hombres virtuosos y sábios. Si se le pedia consejo, jamás se precipitó en responder, sino que to-

mando tiempo, y precediendo, según su costumbre, fervorosas oraciones, se ponía á examinar la cosa minuciosamente, y pesaba las razones para conocer la verdad, descubrir el error, y fijar los límites de lo lícito y honesto. A esto felizmente llegaba, no solo con la luz natural (la cual, aunque sea muy grande, quedando con frecuencia ofuscada de las pasiones, no pocas veces nos hace equivocarnos); sino con la luz espiritual que adquiría por medio de la oración, la cual (importa repetirlo) era el principio de todas sus operaciones; pues con aquella luz sabe el hombre, sin la corrompida política del mundo, lo que pide la justicia, la caridad y el deber.

Cuando, en el año de 1676, la Duquesa regente, como se ha referido en el Capítulo III, le hizo saber; por medio del Abate Amoretti su gran Limosnero, que el Duque su hijo, entónces de edad de once años, lo había escogido por su confesor, se llenó de confusión SEBASTIAN, y solicitó con todos los medios posibles no aceptar este honorífico oficio; pero viendo su humildad que todo esfuerzo le salía vano, la prudencia le sugirió el no contentarse con hacer él mismo y encargar que otros hiciesen mucha oración por ese negocio, sino que se

aconsejó con cuantas personas tenían en aquel tiempo fama de santidad y de doctrina, así dentro como fuera de Turin, sujetándose después en todo y por todo á la voluntad de los Superiores de la Congregación, manifestándoles las razones que tenía para rehusar aquel cargo. Escribió una carta muy larga al Padre Preposito y á los PP. Asistentes, rogándoles humildemente le manifestasen, cómo debía conducirse en una materia tan crítica. „*Spiritus „sancti gratia* (así les escribía) *illuminet sensus „et corda vestra*. Mi incapacidad en dirigir á „una alma, que algún día debe gobernar un „Estado: el peligro de un oficio tan delicado y „zeloso, poco permitido por nuestro Instituto, el „cual no quiere que nos mezclemos mucho en „las Cortes, ni tengamos demasiado trato con los „grandes, me persuaden á no aceptar el gravoso peso que se me quiere imponer; tanto „mas, que siendo yo de los mas ancianos, debo „ser mas exacto observante que cualquiera de los „otros de nuestra mas pequeña regla, para no „dar mal ejemplo. Con todo eso, yo protesto no „querer hacer nada de mi cabeza, sino remitirme ciegamente á vuestra caridad, sabiduría „y prudencia. Reflexionen bien en lo que conviene hacer, y díganmelo claramente, y yo lo

„seguiré con mucho gusto; porque estoy cierto de que Dios por su medio me hará conocer cual sea su voluntad.” Y prosiguiendo en decir muchas cosas sobre su ignorancia y falta de experiencia, añade: „Yo les escribo, habiendo resuelto, como he dicho, remitirme plenamente á su parecer, sea lo que fuere lo que me hayan aconsejado los otros. Les suplico, posado en tierra, usen conmigo de la misma compasion que quisieran que se tuviese de ellos, si se encontrasen en semejante estado. Acuérdense de dar tal resolucion, que algun dia no tengan que arrepentirse de ella. Pongan solamente la vista en la gloria de Dios y el bien de mi alma: yo me entrego como muerto en sus manos: me recomiendo ardientemente á sus oraciones; y entiendan, que me hallo de tal suerte fuera de mí, que ni aun sé recurrir á Dios como debiera, en el momento en que encuentro tener tanta necesidad de su particular asistencia.”

En el amonestar y corregir se mostraba además prudentísimo SEBASTIAN; porque la correccion no puede hacerse siempre con toda claridad, para que produzca su buen efecto. Oyó un dia al atravesar una calle, que un jóven, al parecer de buen nacimiento, decia palabras muy

libres. Nuestro Beato, que jamás lo habia visto, se volvió á él muy alegre, y lo saludó como si hubiera tenido con él familiaridad, y como si se complaciera de aquellas palabras escandalosas, siguiendo siempre su camino. Dados por tanto algunos pocos pasos, volviendo la cara atrás, lo llama, y fingiendo quererle rogar alguna cosa, le hizo conocer á solas lo irregular de sus palabras, con tanta afabilidad, que aquel se apartó de su lado, en un todo advertido y nada turbado.

Otra vez, mirando por casualidad á un soldado que se entretenía con una persona sospechosa, temiendo que pudiese haber allí ofensa de Dios, se acercó á el, y muy amigablemente le dijo: *os ruego, mi querido hermano, que no os ofendais*; y volviéndose á quien estaba con él, le hizo una correccion con tal zelo y destreza, que mortificada esa persona se retiró; y quedando allí el soldado solo, no dió señal de cólera ni resentimiento, prendado y vencido de la bella manera con que VALFRE le habia pedido aquella licencia.

No se maraville el lector al ver que las correcciones de SEBASTIAN no escasperaban ni corrian á aquellos á quienes eran hechas; maravillese si, (y con toda razon) al saber, que

este bendito Siervo de Dios, para corregir, no abrió jamás la boca sino á sangre fría; (las correcciones hechas en otro tiempo provocan por lo comun á resentimiento, á ódio y á venganza); pero teniendo siempre el espíritu en perfecta calma, y estando muy tranquilo de ánimo ¡con qué dulzura y arte no hablaba él al culpable! Ya con una sonrisa, ya con un dicho agradable, y ya tambien con una chanza, daba lugar á la medicina, la cual de esta manera quedaba suavizada de toda amargura y disgusto. Aprendan de esto los padres y madres de familia, y verán que resulta un excelente efecto de sus correcciones, si no las hicieren al punto que falta el hijo; porque se debe dejar que la pasion enfriándose algo, dé lugar á la razon: si reprimieren todo movimiento de indignacion y de cólera, (pues la correccion mezclada con injurias, con ira y con ciertas bravatas, no es remedio sino veneno); considerando en aquella culpa no una falta hecha á ellos, sino un pecado contra Dios, ó una falta de buena educacion: si con maneras discretas y amorosas les mostraren su error, procurando traerle á la enmienda: si le hicieren conocer que no hablan movidos de indignacion sino de justicia, no desagradándoles del culpable sino la cul-

pa: en suma, si guiados siempre del amor, mientras amonestan y castigan, sus movimientos y palabras se dirijan no á enagenarse, sino á ganarse y á traerse cada vez mas el ánimo de quien recibe la amonestacion y el castigo. Pero, ¿cómo querer sacar nada bueno de las correcciones que se hacen hoy, si parecen hechas no por un padre sino por un tirano, el cual mas bien procura hacerse odiar que temer! ¿Qué ceguedad, qué extravagancia, qué pretension no es esta? Pero continuemos en ver en otros hechos la prudencia de SEBASTIAN.

Un Sacerdote, fuese por necesidad ó por no estar bastante embebido en el espíritu eclesiástico, se habia hecho legar (así á lo menos se decía) una cantidad por un amigo suyo rico, con perjuicio de los herederos, los cuales por todo Turin andaban murmurando altamente de esto. Recibió VALFRE gran dolor del escándalo que por este suceso recibía el público, y se puso á considerar seriamente, si pudiera haber algun medio de quitar aquel mal y resarcirlo. Despues de haberlo pensado por algun tiempo, no habiendo faltado á adoptar aquella arma poderosa, con la cual aun á Dios se hace violencia, quiero decir la oracion; su gran caridad; dirigida de la prudencia; le inspiró hacer se

dieran por unos pocos de días los Ejercicios espirituales, por aquel mismo Sacerdote que habia dado motivo á tantas murmuraciones, y hacer en aquella ocasion lo que ya habia discurrido. Abrazado semejante proyecto, al momento se partió en su busca, y habiendole hallado, con la mayor humildad le hizo su súplica. Al oirla él, se quedó asombrado; no pudiendo comprender como se dirigía á su persona para una operacion tan santa, careciendo de aquel discernimiento y santidad que se requieren para poder esperar algun fruto; y reconociendo su ineptitud, se negó á complacerle. Pero SEBASTIAN que deseaba esto para curar, no para ser curado, le hizo tales instancias y dijo tantas cosas, que, últimamente, fué forzado el Sacerdote á inclinar la cabeza, y condescender con sus deseos y ruegos. Para imponerse de las meditaciones que hacia, de las inspiraciones que recibía, y juntamente para hacer las pláticas espirituales, comenzó á ir dos veces al día al aposento de SEBASTIAN, quien le daba menuda cuenta de todo, diciéndole no solo esto, sino aun como habia pasado todos los momentos del día. Una vez, aproximándose ya el fin de los Ejercicios, lo impuso VALFRE de haber hecho la meditacion sobre el desprendimiento que el Sacerdote deba

tener de la hacienda, y sobre la obligacion que tiene de quitar cualquiera motivo, aun pequeño, de murmuracion y de escándalo; y de aquí comenzó á hablar con tal zelo y fervor, fortalecida su lengua de la gracia de Dios, que abrió los ojos el que hacia de director, y conocida su falta dijo: *estos santos Ejercicios, Padre Valfré, mas me han servido á mí que á él: yo sabré hacer cesar tantas habladurias que se hacen de mí, devolviendo al momento el legado á los herederos del difunto.* Cumpliolo como lo dijo; y si el Beato se afligió por saber la caida de un Sacerdote, mucho mas se consoló cuando lo vió levantarse.

Discrecion santísima, sugerida de la prudencia, era la que usaba en confesar SEBASTIAN, acordándose que el mismo Dios ha llamado suave el yugo del Evangelio y ligero el peso de la Ley divina. No acostumbraba él agoviar á los penitentes (con especialidad las primeras veces que se le presentaban) con mortificaciones ó muchas instrucciones espirituales; sino que les prescribía, pocas reglas para bien vivir, verdaderamente buenas y sólidas, y conformes todas á su vocacion, estado y edad. Por esto todos quedaban muy satisfechos de él, porque no encontraban las cosas prescriptas ni superiores, ni escesivas á sus fuerzas.

Una monja, que agitada de los escrúpulos se hallaba siempre temerosa de no ser entendida de su confesor, escribió al Beato, pidiéndole un pronto remedio á sus agitaciones: SEBASTIAN, guiado siempre de la reguladora de las virtudes, no intentó echarla de maestro, prescribiendo oraciones, penitencias y demás; sino solamente le dijo, que abriese su alma al confesor y se remitiese á él; no importando nada si le pareciese no encontrar consuelo. „Déjese conducir „de él (son sus palabras) como una niña de su „madre, y arroje de sí todo temor, y esté tranquila. Si no hay otra cosa, ella puede estar „segura, que Dios no le reconvendrá por haberse „regido de su Superior; y por esto (le repi- „to) sujétese en todo al parecer de aquel; y „tenga por cierto que cuando Dios quiera, V. „R. probará ánimo y consuelo.” A otra monja que tambien le consultó, le escribió así. „Ella „ha hecho un gran despropósito disciplinándose „hasta derramar sangre contra el parecer de su „confesor. El Demonio padece mucho mas que „ella, y sin sacar ningun fruto, porque su pade- „cer es efecto de su desobediencia. Desde aho- „ra en adelante manéjese de diversa manera. „Mientras hiciere su voluntad, padezca lo que „quiera, no adquirirá jamás ningun mérito ante

„Dios. Vale mas un Padre nuestro rezado de- „votamente por obediencia, que cien disciplinas „de sangre hechas por capricho. Discipline sus „pasiones: sea mas humilde: tenga mas manse- „dumbre; que este es el camino seguro que „lleva al Paraiso.”

Quien conoce un poco las córtes, conoce los peligros que se encuentran en ellas, y la circunspeccion que debe usarse en descubrir los abusos y prescribir los remedios, si no se quiere perder la gracia del Principe y de los cortesanos. Ahora bien, ni Victorio Amadeo, ni los Presidentes del Senado y de la Cámara, ni los otros Magistrados perdieron la confianza en el Beato VALFRE; ántes lo escuchaban siempre con gusto, aun cuando curaba sus almas y se oponia á sus resoluciones; y lo favorecian en todas sus pretensiones, puntualmente porque lo miraban recto en sus fines, sábio en su direccion, solícito solo de la gracia de Dios y del bien espiritual del prójimo; sin pedir ó desear nunca nada para sí, ni para sus miserabilísimos parientes, ni para su Congregacion, aunque tuviese necesidad de muchas cosas y fuese amada de él sin medida. ¡Cuanto no quedaron contentas de él las reales Princesas! Estaban ya formadas ambas á la virtud por la naturaleza, la educa-

cion y la gracia; pero él, con bellas invenciones y santas industrias, supo animarlas á progresos siempre mayores, aficionándolas á la frecuencia de los Sacramentos, á la meditacion diaria, á la comunion espiritual y á la práctica tan recomendada por él de las jaculatorias. No creo apartarme de la verdad si aseguro, que ellas entre las grandezas de la corte eran tan devotas, fervorosas y amantes de la mortificacion, como si hubiesen sido dos novicias en el retiro y pobreza de un monasterio. En las recreaciones, en las cazerias, en los lugares de delicias, nada cambiaban del método ejemplar y virtuoso de su vida, santificando sus diversiones, elevando el entendimiento de cuando en cuando de las cosas terrenas á la contemplacion de las celestiales. Es conveniente que el lector aprenda de la carta escrita por el Beato á Maria Adelaida, una de ellas, la cual se hallaba en el campo, lo que él, aun mientras estaban en sus diversiones procuraba santificarlas. Así le dice: „A la „vuelta de V. A. Serenísima, confio mucho en „contrarla muy adelantada en el camino de la „perfeccion. En el campo tiene tantos maestros „de espíritu, cuantas son las criaturas que ve; „todas las cuales le dicen mudamente: *Dios nos „ha hecho para bien del hombre.* Cada planta,

„cada flor, cada pajarillo, cada fiera repite lo „mismo. ;Qué suspiros de amor no dará V. A. „hácia el Criador! ;Qué fervorosas jaculatorias „no andará repitiendo! ;Qué gracias no dará á „Dios por tantos beneficios! ;Cuántos actos de „humildad no hará entre las grandezas en que „se halla! Oyendo cada dia misa, estoy ciertísimo que hará la comunion espiritual, deteniéndose despues á lo menos por un cuarto de „hora en alguna devota meditacion sobre el „bien grandísimo que ha recibido de Dios. Yo le „sugiero estas cosas, no obstante que vivo muy „seguro de que hará mucho mas de lo que le „digo; pero sin darle ya mas molestia, etc.”

Y por que el Beato, como hemos repetido otra vez, estaba en altísima estimacion de todos, por esto los Obispos, los Párrocos y Sacerdotes de cualquier grado recurrian á él como á oráculo, y solicitaban su consejo para la direccion segura de su vida. El exhortaba á todos á trabajar en la viña del Señor, segun su ingenio y fuerzas; no haciendo aprecio de los desvergonzados, que no pocas veces censuran y se burlan de los piadosos operarios: y al mismo tiempo que los animaba á declamar fuertemente y á combatir contra el vicio, los exhortaba á proceder con mucha reserva con los viciosos, y á cerrar

los ojos sobre muchas cosas. Quería que no se internasen en los gobiernos civiles, no se entrometiesen (si no fuese para poner paz) en negocios contenciosos, ni aun manejasen los intereses domésticos. Decía á los Párrocos, que si querían ser respetados de sus feligreses, se mantuviesen lejos de las conversaciones y convites en las casas de los seculares, agradeciendo cortésmente al que los invitaba: uso que practicaba el grande Arzobispo y Doctor San Ambrosio, y que deseaba que practicasen todos sus Sacerdotes. Les advertía que aborreciesen la avaricia como la peste; y que si alguna vez se viesen obligados, para mantener el orden, á sostener algun derecho de su curato, en tales circunstancias diesen mayores limosnas de sus rentas, y procurasen hacer resplandecer mas de lo acostumbrado el decoro y lustre en la casa de Dios. Y, hablando sobre esto, muchas veces se le oyó suspirar oprimido de grave dolor, diciendo ser muy gran desorden que el Párroco tenga en casa muebles curiosos, y no estén con el debido aséo los altares y paramentos de la Iglesia. Quería que no fuesen precipitados en obrar, sino que fuesen con pasos de plomo, pidiendo siempre á Dios luz para no errar. Que debiesen estar igualmente prontos á ocurrir á

la casa del rico como á la del pobre, llamados para la asistencia de las almas. Que aunque conociesen inútil la correccion, no dejasen de hacerla; y se valiesen hasta de algun amigo del culpable para amonestarle. Que no bastando esto diesen aviso á los superiores. Que vigilasen mucho sobre los padres y madres que tienen hijas casaderas, para que no permitan á los jóvenes entrar en sus casas; evitándose así aquellos inconvenientes que son la ruina de las familias. Que no dejasen jamás, en los Domingos, de enseñar la doctrina á los niños; y que ántes fuesen muy vigilantes en este punto, procurando cuanto se pueda, que vayan gustosamente, y se porten allí con modestia; á cuyo efecto procurasen dar algunos pequeños premios á los mas diligentes y atentos. Que en algunos dias festivos esplicasen el catecismo aun á los adultos; pues muchas veces se encuentra en estos mas ignorancia que en los párvulos. Que asistiesen con continuacion al confesonario, procurando no perder tiempo con las falsas devotas. Que fuesen exactos en administrar los sacramentos á los enfermos, no esperando que el mal sea irremediable. Que se empeñasen en conducir el sagrada Viático con todo decoro, con muchas luces, honrando al Señor de todas las cosas,

que sabrá recompensarlo largamente. Que cuidasen que quien contráe el matrimonio, esté instruido en las cosas necesarias que debe saber todo cristiano, y en las obligaciones que trae consigo aquel estado que abraza. Que señalasen diariamente algun poco de tiempo al estudio, para hacerse así mas capaces para ayudar á las almas. Que su vestido fuese honesto y limpio, aunque sin afectacion: y, finalmente, que evitasen los choques con las Cofradías piadosas, las cuales comunmente suelen tener mucho zelo por sus costumbres, aunque no siempre laudables; y por cuya corrección muchos Párrocos han trabajado ya inútilmente. Que habiendo en ellas algun grave defecto, procurasen corregirlo con caridad y prudencia cristiana, para no acarrear el odio de los seculares y hacerles perder la devocion, la cual mas bien debian empeñarse todo lo posible en fomentarla, acrecentarla y perfeccionarla.

Al Obispo de Alba José Rovero, que le pedia algunas máximas de prudencia para conducirse bien en el gobierno de su diócesis, le dijo: que el Obispo debia, de preferencia, atender á santificarse á sí mismo, pidiendo instantemente luz á Dios, para que sus obras pudiesen servir de ejemplo á los demás, y para que supiese

corregir y volver al buen camino á quien de él se ha desviado. Por lo cual debe proponerse por modelo algun Obispo Santo, como S. Carlos Borromeo ó San Francisco de Sales, leyendo siempre su vida. Debe á continuacion velar atentamente sobre todos los Sacerdotes; pero de un modo eficaz sobre los Párrocos, para conocer si cumplen sus deberes, y especialmente si son empeñosos y constantes en explicar el catecismo, sin el cual no conocerá jamás el pueblo cual es la Ley de Dios. No admita á oír confesiones á Sacerdotes que sean muy jóvenes, sino á los de edad madura, y que, además de tener la ciencia necesaria, sean de vida arreglada y ejemplar: obligándolos, como se hace en Roma, á hacer los Ejercicios espirituales cada dos años. Que en la visita de la diócesis no se contente con dar órdenes y decretos, sino que los haga observar y seguir: prohiba en esta ocasion que los familiares no pidan nada á los Párrocos; y hallando en cualquier lugar algun jóvenito, que muestre buena indole é ingenio, lo conduzca al Seminario; recordándo siempre que estos establecimientos deben ocupar su primera atencion. Que no intente jamás cuestiones por ligeros puntos; pero que pelee con valor y fortaleza cuando se trate del culto divino. Que to-

me un solícito cuidado de los enfermos pobres del hospital y de las casas, procurando que sean asistidos con toda diligencia y caridad por buenos confesores; y tambien que no les falte nada aun por lo que respecta á la salud del cuerpo. Que tenga los ojos bien abiertos sobre la administracion de los lugares piadosos. Cuide de los encarcelados, y algunas veces visítelos personalmente. Procure conocer las necesidades de todos, y para esto admita á todos á su audiencia, procurando despachar prontamente á los forasteros, para no obligarlos á inútiles gastos deteniéndolos mas de lo justo. Tambien le encargó, sobre todo, que procurase impedir que ninguno de sus familiares hiciese cosa alguna que cediese en perjuicio de su reputacion, como, por ejemplo, interesarse en que fuese admitido á las órdenes quien no manifiesta ser llamado de Dios al Sacerdocio. Que no omitiese trabajo para buscar la oveja perdida, y halládola, la pusiese amorosamente sobre sus hombros, á imitacion del buen Pastor de que habla el Evangelio, no perdiendo jamás el ánimo, sino confiando siempre en Dios, entre todos los obstáculos que se pueden encontrar al volverla al redil. Finalmente, tenga algun buen Sacerdote de piedad y prudencia, que esté obligado á ad-

vertirlo de los defectos propios y de los que se cometen en el gobierno del Obispado. Estas y semejantes advertencias, que por brevedad no se refieren una á una, daba el Beato, para que sirviesen de norma á todos los Obispos.

Por último: puede tambien atribuirse á su prudencia el solícito cuidado que tenia, en que las personas nobles y ricas estuviesen apartadas de la ociosidad; repitiendo siempre, que el ocio de su naturaleza tiene por propiedad corromperlo todo; como la agua estancada por mucho tiempo se llena de gusanos, y una casa deshabitada por dilatado espacio se arruina; añadiendo á esto lo que dice la Escritura, que solamente el no hacer nada es un aprender mil maldades. Por lo cual queria que las mugeres (aunque fuesen Reinas) vigilasen en el bien de sus familias, é hiciesen alguna labor propia de su estado, como ornamentos para las Iglesias, ropa blanca para los hospitales etc; y los hombres copiasen vidas de Santos, escritos doctos, ó cosas semejantes.

## CAPITULO XX.

*El B. Sebastian conoce las cosas ocultas, predice las futuras, y cura á algunos prodigiosamente.*

Aunque en el discurso de esta Vida se han contado ya algunos hechos, por los que se conoce claramente cuan privilegiado fuese de Dios el Beato SEBASTIAN, para penetrar los pensamientos ajenos, conocer las cosas ocultas y vaticinar las futuras; sinembargo, debiéndose ahora de propósito hablar de esto, referiremos otros muchos sucesos, por los que se conocerá mucho mas, que en él era esta virtud sobrenatural y don divino.

Yendo él frecuentemente á predicar al monasterio de la Santa Cruz, en todos sus sermones pintaba el miserabilísimo estado del que calla pecados graves en el tribunal de la penitencia. Fué tan constante en hablar de esta materia, que las monjas se habian fastidiado de oirlo, y mas por que les parecia no ser aquel asunto para un monasterio; y las mas virtuosas formaban opinion de que lo hacia por hu-

millarse, como queriendo hacer creer que no sabia encontrar otro argumento sobre qué discurrir. Una vez, llegado el dia establecido para predicar á estas religiosas, hecha la señal á la comunidad, Sor Ursula Neirotti, que en aquel momento se hallaba en el jardin con otra lega, dijo con un poco de incomodidad: „este buen „Padre hasta hoy nos hará escuchar la acos- „tumbrada plática sobre los que cometen sacri- „legios, callando maliciosamente pecados en la „confesion. ¿Es este sermon que debe hacerse „á las monjas? ¿Os parece que en los monas- „terios pueda haber quien llegue á cometer es- „tos escesos, abusando de los Sacramentos?” A estas palabras, dando la otra un profundo suspiro y deshaciendose en lágrimas, respondió: „ojalá no fuese así; y yo, yo soy rea de esta „gravísima culpa; pero hoy mismo quiero ter- „minarla, y salir de este penosísimo estado: hoy „mismo quiero hacer una confesion general, y „ajustar enteramente las cuentas de mi con- „ciencia.” Dicho esto, se fueron donde se acostumbraba hacer la plática. Esperaban las monjas oir hablar á VALFRE de la acostumbrada culpa, cuando él comenzó así: „Cuándo una al- „ma, la cual por tentacion diabólica ha callado „maliciosamente un pecado en la confesion,

„vencida de la gracia de Dios, hace verdadero „propósito de mudar de vida y confesarse bien, „¡ó qué bella resolucion hace! ¡Dichosa de ella! „¡Cuán grande consuelo experimentará en abrir „su alma al Sacerdote! ¡Qué fiesta no se hará „por ella en el Paraiso! ¡Cuanto se consumirán „de rabia los Demonios en el Infierno!” Y de aquí prosiguió á tratar en todo el sermón sobre la felicidad de quien se reconcilia verdaderamente con Dios: y en adelante no se le oyó decir mas ninguna palabra en aquel monasterio ni de confesiones malhechas ni de sacrilegios.

Sor Ana Rattera, del mismo monasterio, pocos dias ántes de vestir el sagrado hábito, confesándose con el Siervo de Dios, vencida de vergüenza le ocultó que la tarde ántes se habia escedido algun poco en la bebida; la cual cosa, aunque ella conociese haber sido una pequeña intemperancia, con todo, por no haberse acusado de ella, despues de apartarse del confesonario, no sabia si debía ó no acercarse á la santa Comunion. Mientras ella se hallaba en esta turbacion de conciencia, VALFRE le mandó decir que tenia que hablarle. Volviendo ella inmediatamente al confesonario, oyó que le dijo: *si yo ayer tarde me hubiera escedido algun*

*poco en el vino, ciertamente no habria dicho hoy la santa Misa, sin haberme confesado ántes. Mirando Ana, que le era á él conocida su falta y su duda, pudo ya ligeramente vencer su corteidad y confesar su culpa.*

Sor Maria Rosa Denacona de Cristo Crucificado, habiendo ido al coro para visitar al Santísimo Sacramento, vió que le hacia señas VALFRE desde la cráticula donde comulgan las monjas, como si desease decirle alguna cosa. Dirigióse al locutorio, preguntóla: *¿si quería que le descubriese sus defectos?* y respondiendo la religiosa que esto le agradaba grandemente; al momento se los manifestó, conociéndolos por luz sobrenatural; porque todos ellos eran de poco momento, ni ella los habia manifestado jamás á ninguno, ni aun la misma los habia nunca advertido.

Sor María Delfina Bertoglia de Santa Pelagia, estando con otras religiosas en la sala de labor, habiendo oído que estaba allí SEBASTIAN para predicarles, dijo con un poco de impaciencia: *¡Bendito Padre Valfré: bien podia venir á otra hora: tenemos otras cosas que hacer ántes que ir á escucharlo!* No obstante, á pesar de estas quejas, dejándolo todo, se fué con sus compañeras á la Iglesia: pero cuanto no tem-

diaron todas ellas, cuando oyeron al Beato comenzar así su discurso. *¡Bendito Padre Valfré: bien podía venir á otra hora: tenemos otras cosas que hacer ántes que ir á escucharlo!* Y despues de haberles dicho muchas cosas sobre el particular, agregó: que en lo sucesivo, cuando estuviesen ocupadas se lo hiciesen saber, que él diferiría su venida para tiempo mas oportuno.

En otro monasterio, estando una religiosa sola en su celda, habiendo visto delante de sí un confite, se lo comió sin advertirlo; y habiendo ido en aquella mañana VALFRE fué á confesarse con él. Recibida la absolucion le preguntó (como acostumbraba hacerlo), *¿si podía comulgar?* No, respondió el Beato, *por esta mañana no podeis comulgar, pues no estais en ayunas: ¿no os acordais que os habeis comido un confite?*

Sin insistir ya mas en referir todos los casos de esta naturaleza acaecidos en los monasterios, mencionaré únicamente el que se halla al fin del exámen jurídico de Sor Clara Andrea Garagna de Santa Clara. „Generalmente „se creía aquí entre nosotras, que el Venerable „SEBASTIAN VALFRE, estaba dotado por el Señor de luces sobrenaturales para conocer lo

„interior de los corazones: por lo cual muchas „de nuestras religiosas, como supe de ellas en „confianza, se guardaban de caer en faltas, por „temor de que el Siervo de Dios las amonestase, ó predicando públicamente, ó en secreto ó „de otra manera: y yo tambien por estas mismas razones estaba muy atenta sobre todas mis „acciones.” Y Sor Maria Delfina, la que ya he nombrado arriba, dice en el proceso lo mismo. „Sin aquello que me sucedió á mí misma, de „oir me repetia las mismas palabras que yo habia „dicho en la sala de labor; (lo que era humanamente imposible, que él supiese; porque las „religiosas que me oyeron, no se apartaron de „mí lado hasta que se acabó la plática); digo „que la persuasion comun de todas nosotras „era, que el Siervo de Dios veía nuestros defectos; y por esto acostumbrábamos con frecuencia amonestarnos mutuamente para andar „con cautela, porque el Padre VALFRE sabia todo, y en sus sermones nos habia corregido.”

Este privilegio divino de SEBASTIAN no se limitaba únicamente á los monasterios. El Presbítero Felipe Maria Occhis, Capellan Real, atestigua: que VALFRE le rogó un dia llevase cierta cantidad á la tienda de un panadero: habiendo pasado á ella, encontró á una muger so-

la de mediana edad, y observando su fisonomía, le vino al pensamiento que era de mala vida. No se detuvo cosa en esta imaginación, y cumplido su encargo volvió á VALFRE, quien al verlo le dijo: *sepa que esa muger es muy honrada*. Quedó atónito el Sacerdote al escucharle; porque no habia manifestado á ninguno aquel pensamiento.

Un labrador de Verduno, oyendo decir las grandes limosnas que hacia SEBASTIAN, salió de su pátria y se dirigió á Turín; pero ántes de entrar en la ciudad, creyó conveniente desnudarse de las mejores ropas que tenia encima, y dejándolas en la hosteria inmediata á la Iglesia del Salvador, fuera de la Puerta nueva, medio vestido y medio desnudo se presentó á VALFRE, para moverlo á mayor compasión y obtener mas crecida limosna. SEBASTIAN, apenas lo vió, le dijo: *anda y vistete de la ropa que has dejado en la hosteria: á la vuelta hablaremos de limosna*. Temblando todo por verse descubierto, obedeció; y volviendo á él, recibió con la limosna una amonestación; porque habia fingido y usado de semejante artificio.

Así como el Beato conocia el interior de los corazones, del mismo modo anunciaba las cosas futuras. En 1699, poco ántes que viese

la luz el Príncipe heredero, cuyo nacimiento habia predicho, estaba en la Capilla del Real Palacio, rezando el Rosario de la Santísima Virgen con los Capellanes y con otros: cuando improvisamente dejó el Rosario y entonó el *Te Deum*. Esta novedad movió á risa á algunos; no sabiendo por qué dejaba así á medias una oración, principiando otra; pero bien pronto ocupó su lugar una general admiración; porque ácia el fin del rezo de aquel himno, se supo que la Reina habia parido felizmente. Déjó á los lectores el imaginar el asombro de los que presenciaron este hecho. Quedaron todos admirados, enmudecidos, y se miraban unos á otros; finalmente, rompiendo el silencio el Abate Alejandro Doria del Maro, Limosnero de la Corte, le dijo abrasándole: *vos, Padre Valfré, sois un verdadero Santo*; pero él, segun acostumbraba, burlándose de esto, diciendo una chanza, se retiró.

Cuando en 1706 estaba estrechamente sitiado Turín por los franceses, el Abate Antonio de Bernardi, yendo á buscar al Beato, lleno de temor le dijo: „Padre VALFRE, nuestras cosas están en pesimo estado; yo no sé como acabaremos: la ruina de la ciudad, como todos ven, es inminente; yo no tengo la menor esperan-

„za.” (Parecia en efecto que ninguna les quedaba á los de Turin,) Pero el Siervo de Dios le respondió: *no os aflijais, sino manteneos alegre y animoso: sigamos haciendo oracion, que mañana estaremos libres: no lo dudeis, Dios está por nosotros.* Cumpliósese puntualmente la predicción, la cual algunos dias ántes habia hecho yá á diversas personas, sus confidentes, que inconsolablemente se afligian de la desgracia, que por lo que se miraba parecia segura.

Predijo tambien la ruina del simborrio de nuestra Iglesia que se estaba fabricando, á muchos que lo felicitaban por el edificio que levantaban los Felipenses. Dispuso él al Padre Perraldi á resignarse á una gravísima desgracia, que sucederia á la Congregacion, y de la cual le tocara á él la mayor parte. Cuatro años despues de la muerte del Beato, siendo Prerraldi Prefecto de la fábrica, en el mes de Octubre de 1715, una noche, cuando la elevada cúpula casi llegaba á su término, improvisamente, con mucho perjuicio nuestro vino á tierra.

La ya citada Victoria Fornari Donzel, atestigua con juramento: que estando gravemente enferma y cerca de espirar, habiendo ya recibido la Extremauncion, fué á visitarla

VALFRE, el cual le dijo estas terminantes palabras: *no os alegréis de morir pronto, que aun es necesario trabajéis en este mundo.* Y aquel mismo dia, aunque desahuciada de los médicos, comenzó á mejorar y sanó perfectamente.

En el mes de Octubre del año de 1691 el Conde Lorenzo Boasso, uno de los Regidores y Secretario de Turin, se hallaba en tan pésimo estado de salud, que todos los médicos declararon su mal irremediable. Mientras él estaba esperando de momento en momento pasar á la otra vida, se le presentó VALFRE y le dijo: *querido Conde, he venido á haceros una visita.* A esto le respondió el enfermo: *si, Padre, vendrá como buen amigo á avisarme que me disponga á la muerte: ¿no es así? Pero ya los médicos me lo han anunciado; y yo he hecho lo que he podido para alcanzar la misericordia de Dios: y la obtendré ciertamente si vos rogareis por mí.* A esto replicó el Beato: *muy diverso es el motivo de mi venida: ántes vengo á decirle, que teniendo que hablaros cosas de impertancia, os espero pronto en mi aposento para poder tratar libremente y con comodidad;* y al decir esto, echándole la bendicion, y héchole rezar una brevísima oracion, se sintió el enfermo en aquel mismo punto fortalecer el cuerpo y el espiri-

tu; y el mal tenido por incapaz de remedio comenzó á ceder de manera, que muy en breve pudo ir á nuestra casa, segun le habia dicho SEBASTIAN.

Estando ya en agonía un tal Carlos Raymondí, su muger fué á buscar á VALFRE, y con lágrimas en los ojos le dijo: *Vuestra Reverencia no verá mas á su amigo, mi pobre marido, que está para espirar; á la cual repentinamente le respondió así. No, no: alabad á Dios y dadle gracias, porque vuestro marido sanará; como sucedió.*

En 1693, en ocasión que él habia pasado á Alba para asistir á la traslación solemne del Cuerpo de la Beata Margarita de Saboya, el Canónigo Felipe Prandi le rogó visitase á la Condesa su madre, que siendo de edad de setenta años estaba atacada de una mortal enfermedad de pecho: condescendió voluntariamente SEBASTIAN, y viendo que el Canónigo estaba estremadamente afligido, le dijo: *tenga ánimo y consuéllese, porque su madre sanará y vivirá todavía otro año mas.*

Estando un dia el Beato en su aposento, hablando con un Sacerdote amigo suyo, derrepente se levantó de la silla diciendo: *vamos á visitar al Prior Zo, que está enfermo.* Llegando á

su casa, lo hallaron agonizando, privado de sentidos, y desahuciado hacia cuatro dias por los médicos; por lo qual el padre, la madre, los hermanos y los demás de la familia lo lloraban por muerto. SEBASTIAN, despues de haberse detenido por un momento considerándolo atentamente, preguntó á su madre, ¿qué cosa le ministraban, para mantener las fuerzas? *Nada*, respondió aquella muger afligidísima, enjugando el llanto; *porque nada puede pasar.* A lo que replicó él: *á mí me parecería bien procurar nutrirlo de alguna manera.* Entónces la madre, solo por complacer á VALFRE, sin tener la menor esperanza de que pudiese tomar algo su hijo, le acercó á la boca una cuchara con un poco de caldo, que fué todo tragado prontamente por el enfermo. Viendo esto SEBASTIAN, se retiró con su compañero diciendo á aquella desconsolada familia: *¡quién sabe si Dios quiere que viva todavía! Me voy al Oratorio, y lo encomendaré al Señor, y encargaré que otros hagan lo mismo.* La noche siguiente el moribundo salió del letargo, y en poco tiempo sanó, con admiración de todos los que decian que estaba vivo por las oraciones de SEBASTIAN.

Pasó el Beato á visitar al Senador Francisco Awenati, que estaba reducido al térmi-

na de sus dias por una fiebre maligna, con el Padre á la cabecera. Entrando en su recámara, se arrodilló al pié de la cama, y hecha una corta oracion, sin decir nada á ninguno se retiraba. Uno de sus domésticos se adelantó á rogarle viesse tambien á la muger del moribundo, que igualmente se hallaba en peligro de la vida. Introducido á su pieza, despues de haberle echado la bendicion le dijo: *¡valor! no se amilane: yo espero que no pasará mucho y vendrá con su marido á nuestra Iglesia á dar gracias á S. Felipe.* Despues de pasados doce dias fueron en efecto los dos, tan sanos, que pudieron oír misa en el altar del Santo, y recibir la comunión.

Mas admirable y prodigioso fué el siguiente vaticinio. A principios de marzo de 1709, Juvenal Celebrino, de la Ciudad de Fossano, fué atacado de un grave frío acompañado de fiebre y de un tumor detrás de la oreja izquierda, el cual no rebentando espontáneamente, debió serle abierto por el Cirujano. Poco tiempo despues, continuándose todavia aquella curacion, le sobrevino otro sobre el cuello, el cual, además del grande dolor que le causaba, le habia oprimido de tal manera las fauces, que no pudiendo ya tragar, debia someterse á una do-

lorosísima operacion; y como si todos estos males no fuesen nada, tenia un dolor agudísimo en la cabeza, al cual ni los médicos de Fossano ni los forasteros hechos venir de los lugares inmediatos, supieron hallar remedio ni alivio. Aconsejósele por esto, que si el mal se aliviaba algun poco, fuese á Turin, á ver si entre aquellos profesores se podía hallar alguno que pudiese conocer y curar su enfermedad. A fines de Septiembre pudo él moverse para la Capital; y el Padre Carlos Francisco Vazuolo, de los nuestros, que era su confesor, lo recomendó estrechamente con una carta á VALFRE, el cual, deseando agradar á su amigo, no dejaba de ir aun dos veces al dia á casa de Celebrino. En todas sus visitas el Beato contaba el hecho memorable de Coringa sitiada por los infieles, quienes levantaron de allí el sitio espantados de la muerte de su General, ocasionada de un tiro de cañon al que dió fuego un niño; quedando libre así aquella Ciudad, cuando se creian totalmente perdidos sus ciudadanos: agregando casi siempre despues de esta narracion al enfermo: *Confie en Dios; porque quien sabe si cuando menos lo piense, querrá el Señor ayudarlo!* Pero el mal entretanto iba creciendo cada dia. Su muger sumamente

desconsolada, á instancia de los médicos y cirujanos, rogaba al Beato dispusiese á su marido á hacer testamento y arreglar las cosas de su alma; á lo que él decia á la afligida Señora, que no dudase, y se encomendase á Dios; repitiendo siempre el hecho de la libertad de Coringa. Detúvose Juvenal en Turin hasta noviembre, aunque con pocas esperanzas de su curacion; pero caminando de malo en peor, le aconsejaron todos los profesores se volviese á su pátria, diciéndole claramente: que no sabian encontrar remedio á aquel mal. Con tal anuncio, desanimado totalmente el enfermo se puso de nuevo en camino, y dentro de tres dias llegó á Tossano; donde habiendo empeorado extraordinariamente, recibió con religiosidad los Sacramentos, hizo testamento, y resignado y conforme esperaba de una hora á otra la muerte. En este estado, mientras él se quejaba mucho de la violencia del dolor de cabeza, se le propuso rarle los cabellos, á ver si con esto podia sentir algun alivio. Haciendo esta operacion el cirujano, descubrió puntualmente en el lugar donde era mayor el dolor una pequeña escrescencia, no vista antes por ninguno, y habiéndole al momento dado un corte, salió una cantidad inmensa de materias corrompidas, las

cuales, á proporcion que salian, aliviaban al pobre enfermo. Hecho esto, y salido para fuera aquel perjudicial humor, se curaron perfectamente las úlceras, se desvanecieron los tumores, cesó la fiebre, y con presteza sanó el enfermo; el cual con su muger, viendo que se habian cumplido las promesas; esto es, que *serian consolados cuando menos lo pensasen*; publicaron todo aquello que cada dia les decia en Turin el Beato.

La Marquesa de Pianezza, el médico Ricca, Francisca Maria Olivieri de Sommariva del Bosque, habian tambien recibido los santos Sacramentos, y estaban reducidos á la agonía; y todos curaron conforme á la prediccion de SEBASTIAN. Vaticinó tambien la muerte infeliz de dos sobrinos suyos, de los cuales uno terminó sus dias precipitándose en un pozo, y el otro fué asesinado en 1701. Si estos dos jóvenes hubiesen dado oido á los consejos del tio, no habrian tenido el fin desgraciado que tuvieron.

A algunas doncellas que habian resuelto ser religiosas les dijo, que permanecerian en el siglo: á otras que querian casarse, al contrario, les aseguró que variarian de idea y se encerrarían en un claustro.

En el año de 1692, el Conde de Castiglione Ascanio Asinari, volvía de las Capuchinas donde había ido á asistir á la función de una hija suya que tomó aquel hábito religioso. Viólo el Siervo de Dios, y le dijo: *Lo que ahora habeis visto hacer á vuestra hija, no pasará mucho sin que otros lo vean hacer á vos.* Aunque este Señor (que llevaba algunos meses de viudo) no se hubiese conocido jamás llamado al estado religioso, y parecia que pensase en cosa muy diversa, en el año siguiente entró de Carmelita descalzo.

Pero no terminaría nunca, si quisiese contar todas las predicciones hechas por VALFRE; por lo cual, bastando las dichas, daremos fin con agregar solamente el testimonio de Victor Amadeo II, quien hablando del Siervo de Dios ya difunto, se espresó así: *Yo tengo al Padre Valfré por un verdadero Santo: todas mis cosas me las ha previsto: todas se han cumplido como me dijo.* Cuando aquel Príncipe daba este testimonio, acaso no pensaba que se habria de cumplir tambien otra predicción del Beato. Todos saben lo que tuvo que padecer despues de renunciado el Reino en 1730. Cuando se vió arrestado en Moncalieri, para ser conducido al castillo de Rivali, y de allí nuevamente

trasportado á Moncalieri por influjo de la Marquesa de Spigno, se acordó que tantas desventuras sobrevenidas por una muger, le habian sido anunciadas por su amadísimo Padre VALFRE, quien muchas veces le dijo que una muger lo arruinaría. La memoria de esta predicción tan puntualmente cumplida lo animó á sufrir aquel menosprecio con ánimo resignado y corazón penitente. Entregado todo á los ejercicios de religion, llamó para su espiritual asistencia á nuestro Padre Perrardi, íntimo amigo que fué de SEBASTIAN, y bajo su dirección se dispuso á la muerte, la que le sobrevino entre mil conocidos sentimientos de paciencia y compunción.

### CAPÍTULO XXI.

*De otras curaciones milagrosas obradas en vida por el Beato Sebastian.*

**Y**a hemos hecho ver en muchos lugares, cuantas gracias y prodigios ejecutó el Beato SEBASTIAN, para proveer á las necesidades de los pobres, ó para ayudar especialmente en las almas á los enfermos: juzgamos ahora no desagradará al lector, el referirle otras muchas cosas he-

En el año de 1692, el Conde de Castiglione Ascanio Asinari, volvía de las Capuchinas donde había ido á asistir á la función de una hija suya que tomó aquel hábito religioso. Viólo el Siervo de Dios, y le dijo: *Lo que ahora habeis visto hacer á vuestra hija, no pasará mucho sin que otros lo vean hacer á vos.* Aunque este Señor (que llevaba algunos meses de viudo) no se hubiese conocido jamás llamado al estado religioso, y parecia que pensase en cosa muy diversa, en el año siguiente entró de Carmelita descalzo.

Pero no terminaría nunca, si quisiese contar todas las predicciones hechas por VALFRE; por lo cual, bastando las dichas, daremos fin con agregar solamente el testimonio de Victor Amadeo II, quien hablando del Siervo de Dios ya difunto, se espresó así: *Yo tengo al Padre Valfré por un verdadero Santo: todas mis cosas me las ha previsto: todas se han cumplido como me dijo.* Cuando aquel Príncipe daba este testimonio, acaso no pensaba que se habria de cumplir tambien otra predicción del Beato. Todos saben lo que tuvo que padecer despues de renunciado el Reino en 1730. Cuando se vió arrestado en Moncalieri, para ser conducido al castillo de Rivali, y de allí nuevamente

trasportado á Moncalieri por influjo de la Marquesa de Spigno, se acordó que tantas desventuras sobrevenidas por una muger, le habian sido anunciadas por su amadísimo Padre VALFRE, quien muchas veces le dijo que una muger lo arruinaría. La memoria de esta predicción tan puntualmente cumplida lo animó á sufrir aquel menosprecio con ánimo resignado y corazón penitente. Entregado todo á los ejercicios de religion, llamó para su espiritual asistencia á nuestro Padre Perrardi, íntimo amigo que fué de SEBASTIAN, y bajo su dirección se dispuso á la muerte, la que le sobrevino entre mil conocidos sentimientos de paciencia y compunción.

### CAPÍTULO XXI.

*De otras curaciones milagrosas obradas en vida por el Beato Sebastian.*

**Y**a hemos hecho ver en muchos lugares, cuantas gracias y prodigios ejecutó el Beato SEBASTIAN, para proveer á las necesidades de los pobres, ó para ayudar especialmente en las almas á los enfermos: juzgamos ahora no desagradará al lector, el referirle otras muchas cosas he-

chas por él, las cuales, si han sucedido como nos las han dejado escritas con juramento personas fidedignas, son verdaderos milagros. Pero antes de todo nos parece oportuno advertir aquí, que si en este Capítulo no fuéremos tan breves, como alguno tal vez desearía, la razón es, porque teniendo firme opinion, que conociéndose siempre mas lo que él podia delante de Dios cuando estaba en el mundo, se encienda y aumente nuestra devocion respecto de él; que debe ser mucho mas poderoso ahora que se halla entre los bienaventurados en el cielo.

La muger del boticario Miguel Lustino, en 1680, estando grávida de ocho meses, fué asaltada de una fiebre maligna tal, que desahuciada ya de los médicos le fueron administrados los últimos Sacramentos; y prosiguiendo en aumento el mal, creyéndose inminente la muerte, habia sido llamado un cirujano para estar pronto á abrirla, y salvar á lo menos si era posible, la criatura que tenia en su seno. Entretanto, haciéndole SEBASTIAN la recomendacion del alma, se sintió ella inspirada á rogarle le pusiese la mano sobre la cabeza, con esperanza de lograr algun alivio. Hechole pues, á él esta súplica, oyó que le respondia: *María Mar-*

*garita;* (este era su nombre); *no son mis manos las que pueden curaros y daros alivio; solamente Dios es quien puede hacerlo: tomadlo y besadlo, y encomendaos á él de corazon;* y al decir esto sacó de su pecho un pequeño Crucifijo que acostumbraba llevar siempre consigo. Tomólo la muger con fé y le besó: y mientras lo estrechaba sobre su pecho, le sobrevino un sueño placidísimo que le duró por cerca de media hora; en cuyo tiempo sin dolores y casi sin advertirlo parió una niña que parecia muerta. La partera con todo eso estuvo pronta á hacer todas las pruebas, para conocer si tenia alguna señal de vida; pero no encontrando ninguna, toda aquella familia juntamente con la madre, que ya habia despertado, quedaron asfigidísimas. Noticiado todo esto á VALFRE, que se hallaba en otra pieza arrodillado en oracion, les dijo: *al momento traedme aquí á la criatura con agua, que quiero bautizarla.* Fuele repetido que habia nacido muerta; pero siguiendo el Beato á decir que queria bautizarla; por obedecerle la partera le puso delante la criatura, la cual, pareciendo todavia cadáver (aunque no lo era), recibió el bautismo; lo que sabido por la madre, volviéndose á SEBASTIAN que habia entrado nuevamente en su recámara, le dijo: *Padre, bien*

conozco que ha querido hacer como que bautiza á esta pobre criatura aunque muerta, para darme un aparente consuelo. Entónces él, para consolar á ella y á toda su familia, no aparente sino verdadera y realmente, tomó en sus brazos á la niña, la llamó con el nombre que se le puso en el bautismo, y le dijo: *Ana Maria, salud á vuestra madre, y despues dirigios al paraíso á rogar á Dios por nosotros.* A este precepto abrió ella los ojos, se encendió su semblante, dió algunos gemidos, y despues inmediatamente se le vieron dar las últimas boqueadas y espirar. Hecho esto, VALFRE se apartó al momento de allí casi huyendo, dejando á todos gritando ¡milagro! ¡milagro!

No menos prodigioso fué lo que acaeció el 21 de octubre de 1684. Habiéndose manifestado un incendio en la casa del médico Bolognino, situada en la Calle Nueva junto al Monasterio de Santa Maria Magdalena, Juan Lorenzo Tonso, soldado de la guardia municipal, movido de caridad, se introdujo tambien entre la gente que habia ocurrido á extinguirlo. Entrado á una pieza del primer piso comenzó á arrojar agua, á donde descubria haber mayor necesidad; cuando, sin advertir que el fuego ocupaba tambien aquel suelo, improvisamente le

faltó el pavimento, y precipitándose al cuarto bajo, se le vinieron encima las vigas, tablas y muebles que en la de arriba se encontraban, quedando todo sepultado en aquella ruina, salvo el brazo y la cabeza. El Beato SEBASTIAN, que afortunadamente pasaba por allí, corrió al momento donde habia caido aquel infeliz, y tomándole por la mano y puéstole en la cabeza su sombrero, le dijo: *ea, tened valor, que Dios os ayudará:* y él que por el grave sacudimiento recibido al caer estaba casi privado de sentidos, volviendo perfectamente en sí, se halló fuera, sin saber como, del incendio y de las ruinas; pero habia sido tal la caída, que gravemente adolorido todo su cuerpo no podia tenerse en pie, por lo cual, su libertador con otras dos personas lo acompañaron hasta su casa, mandándole acostarse, y echortándole á esperar en Dios. Juan Lorenzo, puesto en la cama, luego se adormeció, y despertando pocos momentos despues se encontró perfectamente sano en toda su persona. En el mismo dia, habiendo vuelto SEBASTIAN á visitarle, y hallándole curado, le encomendó manifestáse su gratitud á Dios por la gracia que habia obtenido *en premio* (asi lo decia) *de su viva fé.*

Acia el fin del año de 1688 nuestro Her-

mano Andrés Robbioni fué acometido de un gravísimo dolor de costado acompañado de fiebre maligna; del que empeoró tanto en el día septimo, que convino administrarle con gran celeridad los santos Sacramentos; y despues de recibidos salió fuera de sí y entró en agonía. Mientras se le hacia la recomendacion del alma, se presentó el Padre VALFRE, y acercándose á la cabecera del enfermo le dijo al oído estas solas palabras: *Hermano Andrés, Hermano Andrés, sea por amor de Dios.* A esta voz, salido de su letargo, vió que SEBASTIAN lo bendecía con la agua bendita, y oyó decirle: *Encomendaos á Dios; que yo voy ahora á celebrar la santa Misa por su intencion.* Percibir estas palabras el enfermo y quedar sano fué una misma cosa; porque al momento así el dolor del pecho que le impedía la respiracion como la fiebre se desvanecieron. En este intermedio volvió á entrar el Padre Francisco Maria Sardo, Prefecto de la enfermería, y hallando al Hermano vuelto de la muerte á la vida, preguntó ¿como habia acaecido un cambio tan maravilloso y repentino? A lo que Robbioni le respondió: *Acaba de venir el Padre Valfré á verme, y me ha echado la bendicion, y despues ha partido violentamente diciendo, que*

*iba á decir la Santa Misa por mí.* Admirando el Padre el prodigio le dijo: *estas cosas acostumbra hacer aquel Santo hombre casi burlando; pero Hermano, guardaos bien de decir como habeis sanado; porque no ignorais que esto ofenderia mucho á su profundisima humildad.*

El año de 1691 se hallaba casi al morir Enrique Felix Stura: sus domésticos, despues de haber tentado todos los remedios propuestos por los médicos mas acreditados, y despues de haber hecho hacer muchas oraciones, sin ningun fruto, mandaron rogar al Siervo de Dios que lo encomendase á San Felipe. SEBASTIAN, héchose contar por su órden toda la enfermedad, dijo: que no creía que el enfermo estuviese tan agravado; y que él mismo queria verle: y al momento conduciéndose á su casa, entrado en su recámara, y puesto de rodillas al pie del lecho, hizo una breve oracion: en seguida, habiéndole echado la bendicion, dijo á toda aquella gente que estaba llorando allí, que no se entregasen tanto al dolor, pues el mal no le parecía á él de muerte; con lo que se retiró. Cuando los médicos habian dicho que dentro de dos horas el enfermo habria muerto, sucedió que á las tres horas, despues de la partida del Beato, el enfermo no solo se halló sin

peligro de morir, sino libre de la enfermedad, de manera que pudo levantarse de la cama, salir de casa y dirigirse á la Iglesia.

El Sacerdote Antonio Jorge de Raceonigi, habiendo venido por asuntos propios a Turin, fué sorprendido de un esputo tan abundante y frecuente de sangre, que casi lo tuvo continuo por dos dias. Habiendo sabido que SEBASTIAN habia curado á diversos enfermos con su bendicion, hizo la prueba de dirigirse á él casi con certidumbre de que si lo bendecía, se veria libre de aquella incomodidad, que lo hacia estár con gran temor por su vida. Llegado, pues, á nuestra Iglesia, y halladole en el confesonario, se le presentó, aunque no lo conocia, y héchole su súplica, fué al momento complacido. Levantose en seguida del confesonario el Beato, y acompañado de Jorge se encaminó á la sacristia; donde luego que llegaron le sobrevino el acostumbrado esputo; y llamando á VALFRE le dijo: *viva, Padre, la sangre viva que arrojo*. Esperaba el ser á lo menos consolado con alguna dulce palabra, porque no conservaba aquella certeza de curar que habia tenido antes de recibir la bendicion, y habia vuelto á su tristeza y pavor; pero le pasó cosa muy diversa; porque SEBASTIAN, tomando un aire de seriedad, como despidiéndolo

de sí y de aquel lugar, le dijo: *váyase á fuera, váyase á fuera*. Dicho y hecho: concluidas estas palabras cesó la sangre, y jamás volvió aquel Sacerdote á arrojarla en su vida.

El hijo primogénito del Conde de Cartós, infante de seis meses, en el espacio de veinte y cuatro horas tuvo diez y ocho accidentes; lo que puso en grande abatimiento y luto á toda aquella respetabilísima casa; porque era el heredero de dos principales familias del Piamonte, y se temia que este matrimonio no diese ya otro fruto. Fueron llamados al momento los primeros médicos, los cuales ordenaron todo lo que creyeron poder auxiliar en alguna manera al niño. Una mañana, mientras la madre lo tenia en brazos, y parecía un poco mas aliviado que lo que acostumbraba, fué improvisamente asaltado de otro ataque mas fuerte que los otros; por lo cual, creyendo perderlo, mandó luego un recado al marido que estaba en la corte diciéndole, que si queria todavía ver vivo á su hijo, sin perder tiempo pasase á casa. Oyendo esto el Conde, no corrió sino voló, y vió con sus propios ojos el estado del niño, de cuya vida temiendo mucho, preguntó al médico Ricca ¿si aun habia alguna esperanza? recibiendo de éste por respuesta: que hiciese un sacri-

ficio á Dios. La Condesa, que aunque veía la gravedad del mal, esperaba con todo, quedó como herida de un rayo con el dicho del médico; y estando como loca sin saber qué hacerse, le vino al pensamiento mandar rogar al Padre VALFRE que se dirigiese inmediatamente á su casa: y temerosa de que él por humildad se escusase de ir, le hizo ocultar el motivo de su ruego. Estuvo prontísimo SEBASTIAN al llamamiento, y entrando en la recámara donde ella estaba, salió á encontrarle y le dijo: *Padre, bien sabe cuanto he padecido, y cuantas oraciones se han hecho para tener de Dios este hijo, y ahora se me muere si no rogais por él.* Dirigióse él á la cuna, á cuya cabecera estaban pendientes las Imágenes de San Felipe y de San Cayetano, y se arrodilló delante de ellas. Habiendo permanecido así pocos momentos, comenzó á rezar en voz baja; pero de modo que la Condesa que estaba inmediata pudo oírle, el *Te Deum*. Luego que concluyó se puso en pie, y diciendo que Dios lo podía todo, se retiró. Al salir de la casa VALFRE, la Condesa, que ya había adquirido de nuevo esperanzas, cuando percibió rezar el *Te Deum*, oyó llorar al niño, tenido hasta entonces por muerto; y corriendo hácia él y haciendo llamar al marido

y al médico, (que se habían retirado en otra cámara, y no sabían de la llamada del Beato) lo hallaron totalmente libre de aquel mal, que jamás volvió á padecer mientras vivió.

Una miserabilísima muger Saboyana, llamada Micaela, estaba frenética hacia tres años; y era tan fuerte su mal, que la arrebatava á los excesos de ahullar como loca furiosa, de despojarse y despedazar sus vestidos, de arrojarle contra la gente, morder á quien se le ponía delante, romper cuanto se le venia á las manos y hacer otras cosas peores. Esta infeliz estaba continuamente guardada por algunas mugeres caritativas, las cuales la tenían siempre encerrada, para impedir que saliese á hacer en público aquellas sus extravagancias. Vivía ella en nuestra Parroquia, y diariamente el Vicario Bernardi pasaba á ver si estaba bien asistida, pagando á aquellas mugeres los servicios que le prestaban y dando sus alimentos. En un día del mes de Junio de 1709; (serían como las siete de la noche); pasando el Vicario, según su costumbre, á hacer aquella obra de caridad, encontró á la Saboyana, que además de su ordinario mal, estaba agravada de una violentísima fiebre, y de tal manera debilitada por los esfuerzos que había hecho en la mañana, que le pareció quedar-

le poco de vida. Volvió, por tanto, apresurado á la Congregacion á decir á VALFRE, si queria hacer esperiencia de confesarla, para darle despues, si se pudiese, el Sagrado Viático y la Estrema Uncion. Hallándolo en la portería, le contó el estado de la muger; pero él, fingiendo no haberlo comprendido, le contestó: *esta Saboyana no sé cuando querrá acabar con tantas locuras suyas: por favor, volved á ella y decidle, que venga luego á mi presencia.* Al oír esto, creyendo que no lo habia entendido, le replicó el Vicario: *en la situacion en que está, es imposible que pueda moverse; es necesario que V. R. vaya á confesarla; porque se halla en peligro de muerte.* A lo que volvió á decir VALFRE: *id presto y decidle, que al momento quiere que venga acá.* El Padre Bernardi, no queriendo replicar mas, se encaminó de nuevo á casa de la muger, y en el camino (no sabia aun quanto podia delante de Dios SEBASTIAN) decia murmurando dentro de sí: *Yo creo que este buen Padre quiere hoy volverse loco: Esta pobre muger tiene necesidad del Santo Oleo, y él quiere que vaya á verlo. Sí, sin duda irá, si yo se la llevo en hombros.* Llegando últimamente á la casa, y hallando á la enferma como la habia dejado, conteniendo apenas la risa, le di-

jo: *Micaela, levántate, que el Padre Valfré quiere que vayas á su presencia.* A estas palabras contestó la muger; *¿Y como puedo yo obedecerlo estando así?* A lo que le replicó: *váinos presto, haced lo que podais: el Padre Valfré os llama y os está esperando en la portería.* Levantóse del lecho la muger, se vistió por sí, se alisó lo mejor que pudo los cabellos, y se puso en camino siguiendo al Sacerdote; el cual, pareciéndole estar fuera del mundo, de cuando en cuando volvía atrás la cara, para ver si aquello era sueño ó realidad, y lleno de asombro miraba á la muger caminar espeditamente sin ayuda ni apoyo, como si nunca hubiese tenido mal alguno. Llegados á la plaza, el Beato que los estaba esperando delante de nuestra Iglesia, acercándose á Micaela la bendijo y le preguntó *¿cómo estaba?* Y habiendo ella contestado sentirse sin novedad, continuó VALFRE: *muy bien, dad gracias á Dios y regresaos á vuestra casa.* Volvióse á ella en efecto, y desapareciendo con la fiebre la debilidad y el frenesí, vivió largamente en una completa salud.

Que un hombre, teniendo tal poder de Dios, rogando por sus devotos les alcance gracias y milagros, es cosa ordinaria y comun entre los santos; pero que obtenga gracias y milagros en

beneficio de quienes ni aun pensaban pedirse-los, es muy extraordinario, singular y propio de nuestro Beato.

Hallábase postrada en la cama hacía nueve meses Laura Maria Rayneri con fiebre continua; tenía ella un hijo llamado Tomás, que por cerca de diez años estaba afligido de dolores atrocísimos y de tales convulsiones, que lo habían dejado totalmente perdido y encogido de sus miembros. Un día, SEBASTIAN movido de aquella acostumbrada caridad en que ardía, se dirigió á la casa de estos infelices; y entrando primeramente donde estaba la madre, se informó de su salud: ella dando un profundo suspiro le respondió, que sin un milagro no solo no podía sanar, como igualmente su hijo; pero ni aun levantarse de la cama en el poquísimos tiempo que les podía quedar de vida; lo que la atormentaba tanto más, cuanto que en las miserias en que estaban, no podía asistir á su hijo, ni este á ella. A esto respondió VALFRE: *no es así, no es así, Señora Laura, y por esto yo quiero que se levante luego, que necesito mandarla á cierta parte.* La muger, creyendose así burlada respondió, serle completamente imposible hacer lo que él quería; pero SEBASTIAN le replicó con voz resuelta

y grave: *yo os mando que sin poner dificultades al momento os levanteis de la cama.* La enferma que lo veneraba mucho, oyendo hablarle con tanta resolucion y seriedad, hizo la prueba de obedecerle, y consiguió, no sin grave incomodidad, levantarse y vestirse. Después de esto pasó al lecho donde se hallaba el hijo, y le mandó se levantase tambien para ir en compañía de su madre. Hizo ésta cuanto supo y pudo para apartar á VALFRE de tal intento, diciéndole: que bastaba mirar á aquel desgraciado, para conocer si era posible que se moviese; que los dolores lo habían contrahecho de tal manera, que no tenía ya figura de hombre, que.... Pero SEBASTIAN interrumpiéndola, firme en lo que le había dicho repitió: *que se levante digo, y venga con vos, y si para caminar necesita de apoyo tome esta vara.* Viendo Laura que era necesario obedecer por fuerza, aunque apenas podía tenerse en pié, ayudó á su hijo á levantarse. Adoloridos ambos y debilísimos, cuando los vió en acto de partir donde él quería, les mandó dirigirse á casa de la Marquesa de Pianezza y del Marqués de Villa. El resultado fué, sin hacer más larga la narracion, que á poco que caminaban, sintieron cesar sus dolores y disminuir su debilidad, de tal mane-

rá, que no habian dado veinte pasos, cuando la madre y el hijo se hallaron derechos, libres y sanos.

No acabaría jamás si quisiese referir todos los milagros de que hay seguras pruebas. La sola familia de la mencionada Rayneri nos suministraría los suficientes para formar un dilatado Capítulo. A lo que hemos dicho arriba de Laura y de Tomás podría agregar, que su marido Juan Bautista, reducido dos veces á lo último de su vida, primero de dolor de costado, y despues de fiebre maligna, fué prodigiosamente curado, y con él su hijo Fabricio; como lo sabemos por el testimonio jurado del médico Donzel, quien decía *haber sido su curacion milagrosa y sobre las fuerzas de la naturaleza*. Podría tambien decir que el otro hijo Francisco Maria fué por un prodigio libertado de un peligro mortal en que se halló, trabajando en un lugar subterráneo de la ciudadela de Turin: pero omitiendo todos estos sucesos, referiré solamente el milagro que obró SEBASTIAN en la hija de aquella, Camila. Esta, desde la tierna edad de seis años fué atacada de una fluxion en el ojo derecho, la cual, aunque al principio pareciese de ningun cuidado, creció de tal suerte, que despues de siete años de mal continuo, y de ha-

ber sufrido los mas dolorosos remedios, perdió totalmente la vista de ese lado. Siendo pues de trece años, affigidísima Camila ciega ya de un ojo, por consejo de su madre fué á confesarse con el Padre SEBASTIAN, y despues de la confesion le rogó interpusiese sus ruegos con Dios para adquirir la vista. (Muchas veces Laura Maria habia hecho esta súplica á VALFRE; pero siempre en vano). La inocente niña ejecutó lo que le dijo su madre; pero cuando SEBASTIAN oyó de su boca aquella peticion, le respondió con toda seriedad: *¿os parece que yo pueda alcanzaros esta gracia, sabiendo ciertamente que vos no os servireis de ella sino para ofender á Dios?* La virtuosa hija, no indignandose con las palabras del Beato, sino muy humilde y llena de fé, respondió prontamente: *si la vista, Padre, me ha de ser ocasion de pecar, yo os suplico rogueis á Dios, para que no solamente no me sane del ojo ciego, sino que me prive tambien del otro. Si Dios me volviese la vista, quisiera además me concediese la gracia de hacer buen uso de ella.* Agradó muchísimo á SEBASTIAN (que habia querido tentarla) tan cristiana respuesta, y volviendo á su semblante dulce le contestó inmediatamente, *hija bendita, cuando sea esto como lo decís, [y yo lo creo] id a]*

*altar de S. Felipe, y encomendaos á la Santísima Virg-n Maria; que á ella debe encomendarse, quien quiera recibir semejantes gracias de Dios.* Estas palabras aumentaron la fé de la buena niña, la cual, apartándose del confesonario se dirigió al referido altar, y con santa simplicidad y confianza dijo á la Santísima Virgen, que la mandaba á ella el gran Siervo de Dios Padre VALFRE, para que diese oído á sus ruegos. Despues de hecha esa fervorosa oracion salió de la Iglesia ciega del ojo, como habia entrado; pero al subir la escalera de su casa, saliendo á su encuentro uno de sus hermanos, vió que del ojo enfermo le colgaba una pequeñísima membrana. Levantósela con un pañuelo, y al punto recobró perfectamente la vista; y desde entónces hasta el tiempo del proceso; (era ya muger de poco menos de cincuenta años); jamás padeció mal en los ojos.

No me bastaría el tiempo si quisiese mencionar todas las maravillas obradas por él, por las que era tenido por todos en opinion de Santo; pero no debo callar, para concluir el Capítulo presente, lo que se encuentra sobre este punto en el proceso del ántes nombrado Conde y Presidente Garagni, cuya deposicion dice así. „No tenía yo todavía veinte años, cuando un dia

„fui mandado por mi padre á llevar una cierta „cantidad de dinero, á nombre de la Reina re- „gente, para varias obras pias al Padre Agustin, „Carmelita descalzo que fué y confesor de S. „M., religioso generalmente acreditado por su „sabiduría y virtudes. Queriendo yo ganar su „afecto y adquirirme su benevolencia, sabiendo „que él estimaba mucho y casi veneraba al P. „SEBASTIAN VALFRE, de la Congregacion del Ora- „torio de S. Felipe, hice recaer la conversacion „sobre él, diciendo: que nuestra piadosísima So- „berana distribuía tambien muchas limosnas por „su mano, y que yo iba frecuentemente á bus- „carle, y él me admitía á su confianza; y que „yo nunca me habria apartado de su lado, cau- „tivo y enamorado de sus bellas maneras: que „yo lo tenía por hombre de rara santidad, ha- „biendole visto muchas veces acariciar amoro- „samente á los pecadores; no perdonando tra- „bajo alguno, ni aun la vida, para ayudar á los „pobres á quienes amaba extraordinariamente. „Y viéndome el P. Agustin, admirablemente „compungido al decir estas cosas, me dijo: no „se maraville: (creo oportuno usar de sus mis- „mas palabras, para no alterar en nada la ver- „dad de la cosa): no se maraville, querido mio, „porque sepa, que ha tenido un buen padre

„y maestro, que lo ha enseñado á obrar así;  
 „pues él es verdadero hijo y discípulo de S.  
 „Felipe; y por esto sigue en todo la vida y los  
 „ejemplos de aquel gran Santo. Y como lo veo  
 „tan bien informado de sus virtudes, yo no le  
 „diré mas, sino que él es tan misericordioso,  
 „que muchas veces por dar á los pobres ha  
 „padecido gravísimas incomodidades. Mas de  
 „una vez ha sucedido, que en los mayores frios,  
 „no encontrando qué poder dar á quien le pi-  
 „de limosna, se ha despojado de sus vestidos  
 „interiores, dándolos por Dios; pero él quedán-  
 „do así desabrigado, ha tenido dolor de costa-  
 „do y otros males, que lo han obligado á hacer  
 „cama por muchos dias con peligro de su vi-  
 „da. Las cuales cosas diciendo el religioso Car-  
 „melita, yo lo escuchaba con atencion y placer  
 „singular, y estaba casi pasmado; y maravillan-  
 „dome de tan heroica virtud me dijo: ¿se ma-  
 „ravilla, querido mio, de esto? mucho mas ha-  
 „ría si supiese un hecho, (que se sabe de po-  
 „cos) al cual yo mismo me he hallado presen-  
 „te: entónces llorando yo de ternura (mi cora-  
 „zon en aquel tiempo, al oír acciones tan vir-  
 „tuosas se conmovía fuertemente) le rogué me  
 „lo refiriese; á lo que él respondió: créame, hijo  
 „mio, que yo he visto en él obras admirables,

„que esceden todo poder humano; y supuesto  
 „que manifiesta tanto deseo de oír hablar de es-  
 „tas cosas, yo le contaré aquello solo que yo  
 „he visto con estos ojos.”

„Vino un dia á visitarme este Santo; (que  
 „yo por tal lo tengo); y al retirarse, viéndole  
 „entrar en nuestra Iglesia, me fui en pos de él,  
 „y lo encontré (páreceme que casi en éxtasis)  
 „delante del altar del Santísimo Sacramento; y  
 „allí, sin que me viese, me detuve tambien en  
 „lugar apartado. Concluida su oracion (tanto  
 „consuelo esperimenté solamente al verlo!) lo  
 „seguí hasta fuera de la puerta, donde ví ¡cuán  
 „admirable es Dios en sus Santos! Acostumbra-  
 „ba estar en el último escalon de la subida un  
 „pobre hombre, que como un tronco, por haber  
 „nacido estropeado del vientre de la madre, era  
 „llevado en peso, y puesto allí todos los dias; él  
 „cual, no teniendo con qué sustentar la vida,  
 „imploraba el auxilio de los que transitaban.  
 „Mientras él aguardaba que alguno entrase en  
 „la Iglesia, he aquí que sale el Padre VAL-  
 „FRE. El mendigo, segun su costumbre, estendió  
 „acia él las manos, pidiendole una caridad; y  
 „el P. SEBASTIAN, despues de haberse parado un  
 „poco á verle, se escusó con él, diciéndole no  
 „tener qué darle. Insiste el pobre; pero nada

„consigue. Habíase ya alejado el Santo Felipen-  
 „se y estaba para salir de la plaza, cuando de  
 „improviso vuelve atrás, y dice al tullido: *escu-*  
 „*cha, hermano mio: yo, como te he dicho, no ten-*  
 „*go dinero, ni otra cosa que darte; pero dime,*  
 „*¿quieres tú venir conmigo hasta la puerta de*  
 „*mi Congregacion? allí te podré dar limosna.*  
 „A lo que respondiendo él, que de muy buena  
 „gana lo haria, si le fuese posible. VALFRE, (dan-  
 „do primero una ojeada al rededor, y no vien-  
 „do á ninguno le dijo: *ea pues, tén fé, herma-*  
 „*no mio, levántate del suelo y camina. Dáme la*  
 „*mano;* y tomándolo con la suya, lo ayuda, y  
 „lo trae para sí. Debo confesarlo, hijo mio que-  
 „rido, que yo, al ver estas cosas, fui sacudido de  
 „una desusada conmocion interior, y comenzó á  
 „temblar todo mi cuerpo. Por lo cual, sin  
 „ocuparme en referirle por menor todas las  
 „particularidades de este suceso; cuyo solo re-  
 „cuerdo me renueva la conmocion y el temblor;  
 „le diré: que en Turin, en la puerta de la Igle-  
 „sia de Santa Teresa, se renovó ánte mis ojos  
 „el milagro hecho por S. Pedro en Jerusalén, á  
 „la puerta del templo llamada *la Bella*. El es-  
 „tropeado, como él mismo me dijo, cuando yo  
 „le descubrí todo lo que habia visto, mien-  
 „tras VALFRE lo ayudaba á levantarse, sintió

„correr hasta las plantas de los piés un vigor  
 „nuevo y desusado, y dejada su mano, pudo  
 „caminar libremente y seguir á su bienhechor  
 „hasta la Congregacion; callando siempre por  
 „todo el camino, como quien estaba pasmado,  
 „aturdido y fuera de sí, por tan gran maravilla.  
 „Pero luego que puso los piés en la puerta del  
 „Oratorio, como despertando de un profundo  
 „sueño, tomó la mano de aquel Santo, y con la  
 „mayor gratitud y alegría se la besó mil veces,  
 „y haciendo esto lloraba tan tiernamente, que  
 „el portero de la casa (aunque nada sabía del  
 „milagro) y el mismo SEBASTIAN, se movieron á  
 „llanto; y mientras en voz alta comenzó el po-  
 „bre á dar gracias á Dios y bendecirle por  
 „tanto favor, imponiéndole silencio el P. VAL-  
 „FRE, le prohibió estrechamente publicar lo acae-  
 „cido, y al día siguiente lo hizo partir para otra  
 „ciudad del Piamonte, á donde todavia, por ha-  
 „llarse sano y robusto, se mantiene de llevar  
 „cargas á quien lo ocupa.”

„Estas cosas (así concluye Garagni) me  
 „contó el Padre Agustin, de las cuales, con su-  
 „mo gusto depongo ahora juridicamente, con las  
 „mismas palabras con que las escribí tan luego  
 „como me separé de él; para que se conozca,  
 „que no solo el vulgo y las mugercillas; sino

„tambien los hombres de importancia, de sabiduría y sensatez, tenían por muy asentado „que el Padre SEBASTIAN VALFRE, aun viviendo, hizo milagros á su arbitrio.”

## CAPITULO XXII.

*De la prevision que tuvo el B. Sebastian del dia y año de su muerte.*

**A** quien fué concedido de Dios preveer las cosas ajenas, se le concedió tambien conocer con anticipacion el dia y año, en que su bendita alma, libre de las ataduras del cuerpo, pasaria á gozar de la gloria que le estaba preparada en el cielo. Sinembargo él no lo declaró á todos claramente, porque amando tanto (como hemos visto) la virtud de la humildad, puso todo empeño en tener ocultos los dones de Dios, para que no se llegase á conocer tenia espíritu profético, ó que recibia divinas revelaciones. Un Sacerdote muy amigo suyo, se quejaba con él de la muerte del Padre Ormea, como de persona que hacia gran bien en Turin, y de mucha ciencia, consejo y piedad; á lo que SEBASTIAN, mostrando sumo disgusto le dijo despidiéndose de él, *querido mio, debemos estar*

*siempre dispuestos, no pudiendo saber cuando nos llamará Dios á sí: Hodie mihi, Cras tibi: este año; [era el de 1709]; ha tocado al P. Ormea, el siguiente tocará á Valfré.*

Dos ó tres meses ántes de su muerte mandó á Verduno á sus parientes algunas escrituras, que conservaba en su poder, pertenecientes á su familia; otras igualmente á la Condesa Luisa Cristina Trivie, que le correspondian á ella. Para dar el justo precio á esto, conviene recordar, que él en tantas enfermedades como tuvo; (de las que algunas fueron reconocidas por los médicos peligrosas y mortales); jamás habia pensado en hacerlo. Señal clara de que entónces estaba seguro de no morir.

Fuera del tiempo en que lo tenia de costumbre, hizo los Ejercicios espirituales con extraordinario recogimiento. Quemó algunas cartas que no queria pasasen á otras manos. Devolvió al Bibliotecario algunos libros de la comunidad que tenia en el aposento, diciendo: *nos vamos aprosimando á la muerte; es necesario que ántes se provea á todo.*

En Diciembre, penultimo mes de su vida, partiendo el P. Garresio de Turin, para volver no muy pronto, pasó á despedirse de SEBASTIAN, de quien recibió tan extraordinarias mues-

„tambien los hombres de importancia, de sabiduría y sensatez, tenían por muy asentado „que el Padre SEBASTIAN VALFRE, aun viviendo, hizo milagros á su arbitrio.”

### CAPITULO XXII.

*De la prevision que tuvo el B. Sebastian del dia y año de su muerte.*

**A** quien fué concedido de Dios preveer las cosas ajenas, se le concedió tambien conocer con anticipacion el dia y año, en que su bendita alma, libre de las ataduras del cuerpo, pasaria á gozar de la gloria que le estaba preparada en el cielo. Sinembargo él no lo declaró á todos claramente, porque amando tanto (como hemos visto) la virtud de la humildad, puso todo empeño en tener ocultos los dones de Dios, para que no se llegase á conocer tenia espíritu profético, ó que recibia divinas revelaciones. Un Sacerdote muy amigo suyo, se quejaba con él de la muerte del Padre Ormea, como de persona que hacia gran bien en Turin, y de mucha ciencia, consejo y piedad; á lo que SEBASTIAN, mostrando sumo disgusto le dijo despidiéndose de él, *querido mio, debemos estar*

*siempre dispuestos, no pudiendo saber cuando nos llamará Dios á sí: Hodie mihi, Cras tibi: este año; [era el de 1709]; ha tocado al P. Ormea, el siguiente tocará á Valfré.*

Dos ó tres meses ántes de su muerte mandó á Verduno á sus parientes algunas escrituras, que conservaba en su poder, pertenecientes á su familia; otras igualmente á la Condesa Luisa Cristina Trivie, que le correspondian á ella. Para dar el justo precio á esto, conviene recordar, que él en tantas enfermedades como tuvo; (de las que algunas fueron reconocidas por los médicos peligrosas y mortales); jamás habia pensado en hacerlo. Señal clara de que entónces estaba seguro de no morir.

Fuera del tiempo en que lo tenia de costumbre, hizo los Ejercicios espirituales con extraordinario recogimiento. Quemó algunas cartas que no queria pasasen á otras manos. Devolvió al Bibliotecario algunos libros de la comunidad que tenia en el aposento, diciendo: *nos vamos aprosimando á la muerte; es necesario que ántes se provea á todo.*

En Diciembre, penultimo mes de su vida, partiendo el P. Garresio de Turin, para volver no muy pronto, pasó á despedirse de SEBASTIAN, de quien recibió tan extraordinarias mues-

tras de benevolencia, que quedó mortificado. Al verlo se levantó, lo abrazó estrechamente, y tuvo por algun tiempo su cabeza sobre su pecho; cosa jamás hecha de él ántes. Cuando aquel se despidió, quiso acompañarle hasta la puerta del corredor: allí volvió á abrazarle con afecto, y le dijo con gran pena deteniendo las lágrimas; (amaba mucho SEBASTIAN á este buen Padre); *hasta vernos en el Paraiso.*

Finalmente, luego que llegó Enero, se dirigió VALFRE á visitar á sus mas íntimos amigos, como para darles el último á Dios; y á los que no hallaba en casa, encargaba muy particularmente á los criados que no se olvidasen de decir á sus amos, que él habia estado allí, y los saludaba afectuosamente: y á aquellos que encontró, les hizo tales demostraciones de urbanidad y cortesía, que todos quedaban maravillados, no conociendo el fin á que se dirigia aquella novedad.

Al Padre Gabriel Zervino, confidente suyo, le dijo: *dentro de pocos dias vereis una cosa, que os ocasionará alguna pena.* Al Vicario Bernardi, que queria volverse á su patria, le dijo desfiniese por ocho dias su partida; porque deseaba que viese con sus ojos lo que iba á suceder. Bien conocerá el lector que todas las

palabras y hechos de SEBASTIAN, referidos hasta aquí, no indicaban otra cosa que su muerte. Ni faltaron señales aun mas claras.

Habia en Turin una buena y devota muger, muy entregada á los actos de piedad y religion, llamada Margarita Fea, que era penitente de SEBASTIAN. Habiendo esta, dos dias ántes que él se redujese á la cama, idose á confesar, cuando estaba para partirse del confesonario, le manifestó: que ya no la confesaría mas; porque dentro de una semana acaso estaria muerto. Lo que oyendo la muger, como si hubiese sido herida de un rayo, esclamó: *¿y qué haré yo sin vos, que perdiendoos pierdo mi padre espiritual, y pierdo tambien á quien me socorre en mis necesidades?* Entónces, confortándola él le respondió, que atendiese á su arte de teñidora y viviese con santo temor de Dios, conservando la devocion á la Santísima Virgen María, y con esto no le faltaría jamás nada.

El Hermano Bernardo Moggino padecía de escrúpulos de conciencia, y habia rogado muchas veces al Padre VALFRE, su confesor, le dijese; (en el caso de que él tuviese que sobrevivirle); cómo debería conducirse, faltándole su direccion, y con cuál de los Padres debía continuar confesándose. El Siervo de Dios le habia

siempre contestado, que estuviese tranquilo sobre esto; porque ántes de su muerte él le habría dado ya los consejos que le pedía, y le habría indicado un confesor que le conviniese. Habiendo, pues, pasado el hermano Bernardo á su aposento, el Beato, que fuera de su ancianidad disfrutaba perfecta salud, porque en su exterior no aparecía ninguna señal de muerte y mucho menos de enfermedad, apenas se le presentó cuando le dijo: *ahora es tiempo que os diga como debeis conducirnos cuando yo no estuviere mas en el mundo.* Tres dias despues se enfermó SEBASTIAN.

Pero aun con mayor precision hizo entender al Hermano Francisco Calvetti, y le dió á conocer bien el dia de su muerte. Este Hermano acostumbraba dar cada año de su cuenta á toda la comunidad un extraordinario el dia de la fiesta de S. Francisco de Sales, cuyo nombre tenía: presentóse pues á VALFRE; (estaba entonces mediado Enero); que era Preósito, para pedirle el permiso, el cual se lo dió al momento; pero habiendo considerado que aquel año caía esa fiesta en miércoles, le advirtió; que á él le parecía mejor que difiriese la cosa para el dia siguiente. Mas despues de haber estado un poco en silencio, mirando fijamente á la

tierra, todo pensativo, se volvió á Calvetti y le dijo: *es mejor volver á lo primeramente propuesto: hacei pues la fiesta en el refectorio el miércoles; que en el jueves me toca á mí hacer la fiesta en la Iglesia.* El Hermano se apartó de él, sin poder entender el significado de aquellas palabras; pero entendiólo bien, cuando despues de muerto fué llevado aquel dia á la Iglesia, donde habiendose cantado por su alma una misa solemne, ocurrió innumerable pueblo á ella, como verémos en el capítulo siguiente.

Hizo testamento á los 23 de Enero; y el 25, primer dia de la enfermedad, habiendo ido el portero á buscarle á la sacristia, donde se hallaba dando gracias, le dijo que le hiciese el gusto de llegarse á la porteria, para consolar á una pobre forastera, que manifestaba gran deseo de hablarle. A lo cual respondió SEBASTIAN, sintiéndose muy malo, que no podía, y le encargó hiciese sus veces, oyendo lo que quería, y llevándole á él la noticia. Y encaminándose el portero para hacer lo que le habia mandado, lo hizo volver atrás, diciéndole: *ayúdame un poco y vamos todavía por esta vez;* y apoyándose en su brazo, fué á hacer aquel último oficio de caridad.

Otro argumento muy cierto para persuadir.

se de haberselo sido revelada divinamente la hora de la muerte, es el que sigue. Los dos médicos que lo curaban, viéndole en la tarde del 28 muy agravado, con una fiebre violentísima, y una ansiedad que daba lástima, creyendo ciertamente que falleciese ácia media noche, dijeron que era necesario darle el Santo Oleo; maravillándose como el Siervo de Dios que habia estado tan escigente en recibir los otros Sacramentos, de éste no hubiese hablado palabra. Acercóse por tanto al enfermo el Padre mas anciano, y le preguntó ¿si quería recibir entónces la Extremauncion? Como quixeran, respondió; aunque habria tiempo para mañana; y replicando el enfermero que segun esto se esperase; él al momento replicó: *no, no me la den ahora.* Asombráronse todos oyéndole decir con tal seguridad que el dia siguiente todavía estaria vivo, quando los médicos le daban á lo mas tres ó quatro horas de vida; pero se admiraron mucho mas, quando le vieron á otro dia con alguna mejora. La misma cosa se repitió esa tarde cerca de una hora despues; quando habiéndose divulgado la noticia de su prócsima muerte, la Princesa María Catarina, viuda del Sereníssimo Príncipe Emmanuel Filiberto de Cariñano, mandó á un Caballero á recoger algunas cartas y

otras cosas, que ella habia fiado al cuidado de SEBASTIAN; el cual, al oír el recado de la Princesa, señaló donde tenia todo aquello guardado, agregádo: que ya habia pensado devolverlas el dia siguiente.

### CAPITULO XXIII.

*De la última enfermedad y muerte del B. Sebastian, y de algunas visiones que se tuvieron de él.*

Oprimido de los años y consumido de trabajos se hallaba el B. SEBASTIAN, para dar aquel último paso, tan temido de quien ha seguido las máximas del siglo, y tan deseado de quien ha gastado toda su vida en servicio del prójimo y á la mayor gloria de Dios. Pero, aunque muy anciano; de ochenta años; mientras se mantuvo en pié, quiso seguir trabajando en la viña mística del Señor. El 24 de Enero de 1710 predicó á las monjas de Santa Cruz. Dirigióse despues á la Carcel pública, se puso á auxiliar á un malhechor, que el dia siguiente debia ser ajusticiado. Pasando de aquí á la casa del santo Oficio, teniendo que hablar con uno de aquellos religiosos, se volvió con paso accelera-

se de haberselo sido revelada divinamente la hora de la muerte, es el que sigue. Los dos médicos que lo curaban, viéndole en la tarde del 28 muy agravado, con una fiebre violentísima, y una ansiedad que daba lástima, creyendo ciertamente que falleciese ácia media noche, dijeron que era necesario darle el Santo Oleo; maravillándose como el Siervo de Dios que habia estado tan escigente en recibir los otros Sacramentos, de éste no hubiese hablado palabra. Acercóse por tanto al enfermo el Padre mas anciano, y le preguntó ¿si quería recibir entónces la Extremauncion? Como quixeran, respondió; aunque habria tiempo para mañana; y replicando el enfermero que segun esto se esperase; él al momento replicó: *no, no me la den ahora.* Asombráronse todos oyéndole decir con tal seguridad que el dia siguiente todavía estaria vivo, quando los médicos le daban á lo mas tres ó quatro horas de vida; pero se admiraron mucho mas, quando le vieron á otro dia con alguna mejora. La misma cosa se repitió esa tarde cerca de una hora despues; quando habiéndose divulgado la noticia de su prócsima muerte, la Princesa María Catarina, viuda del Serenísimó Príncipe Emmanuel Filiberto de Cariñano, mandó á un Caballero á recoger algunas cartas y

otras cosas, que ella habia fiado al cuidado de SEBASTIAN; el qual, al oír el recado de la Princesa, señaló donde tenia todo aquello guardado, agregádo: que ya habia pensado devolverlas el dia siguiente.

### CAPITULO XXIII.

*De la última enfermedad y muerte del B. Sebastian, y de algunas visiones que se tuvieron de él.*

Oprimido de los años y consumido de trabajos se hallaba el B. SEBASTIAN, para dar aquel último paso, tan temido de quien ha seguido las máximas del siglo, y tan deseado de quien ha gastado toda su vida en servicio del prójimo y á la mayor gloria de Dios. Pero, aunque muy anciano; de ochenta años; mientras se mantuvo en pié, quiso seguir trabajando en la viña mística del Señor. El 24 de Enero de 1710 predicó á las monjas de Santa Cruz. Dirigióse despues á la Carcel pública, se puso á auxiliar á un malhechor, que el dia siguiente debia ser ajusticiado. Pasando de aquí á la casa del santo Oficio, teniendo que hablar con uno de aquellos religiosos, se volvió con paso accelera-

do para estar presente en el Oratorio, que entonces se hacia en lugar húmedo y frío. Era viernes, dia en que acostumbran los nuestros tomar disciplina: por cuyo motivo él, aunque recalentado con la caminata, descubriéndose las espaldas (quiso mostrarse observantisimo hasta lo último) fué atacado de un mortal resfrio. La noche siguiente fué muy molestado de la toz; y, con todo, no quiso en la mañana abstenerse de celebrar la Santa Misa: y habiendo hallado otros Sacerdotes en la Sacristia, los hizo revestir á todos ántes que él, aun advirtiéndole que su mal iba en aumento. Dadas gracias, aun sintiéndose falto de fuerzas, apoyado de un Hermano fué á la porteria á ver una muger que lo habia llamado: de allí pasó al aposento, donde al punto se metió en la cama. Al principio pareció á los médicos que el mal no era grave; pero al otro dia, habiéndose descubierto una fiebre agudísima, desesperaron completamente de su curacion.

El primer cuidado del enfermo fué ordenar á los asistentes, que no dejasen entrar en su aposento á las personas que vendrian á visitarle; sino darle gracias á todos á su nombre por su cortesía, y rogarles se acordasen de él en sus oraciones. El, despues con pocas pa-

labras se despedía de aquellos mas confidentes, á quienes no se podia negar la entrada, sugiriendo á todos algun piadoso sentimiento. Esto lo hacia, porque no queria ser apartado de la íntima union con Dios, la que manifestaba con ardientes y continuas jaculatorias. Muchas veces al dia mandaba le leyesen un punto de meditacion ú otra cosa espiritual, besando amorosamente de cuando en cuando á su amado Jesus Crucificado, que siempre tenia en el pecho. Era obedientísimo á quanto le prescribian los médicos y le daban los enfermeros; aunque previese con seguridad el fin de su vida; y á la propuesta de tomar alguna medicina ó un poco de caldo, solia decir: *en nombre de Dios tomemos todo, ó hagamos lo que quereis.*

Apenas se esparció por Turin la noticia de su grave enfermedad, fué universal y extraordinario el sentimiento, y comun el deseo de informarse de todas las mas menudas particularidades de su mal. Los mas grandes Personages, los Sacerdotes, los Caballeros y las Damas que lo veneraban como Santo, y los comerciantes, los artesanos, y, mas que todo, los pobres que lo reconocían como padre, amargamente lloraban su cercana muerte. Hiciéronse por él públicas rogaciones en nuestra Iglesia, en la de

los Monges Cistercienses, en la mayor parte de los Conventos, por todas las sagradas virgenes en sus Monasterios, y en todos los establecimientos de caridad; y el mismo Soberano, para implorar su salud de la intercesion de la Santisima Virgen Maria, fué á confesar y comulgar al templo de Nuestra Señora de la Consolacion. Una de las respetables personas, que con frecuencia visitaba al Beato, era el Abate Ignacio Caroccio, Dean de la metropolitana, de quien hemos hablado mas arriba. Este lo iba animando á confiar en la divina bondad, y lo exhortaba á conformidad con la voluntad de Dios, para el caso de que el mal fuese incurable; pero el buen Padre, que jamás habia tenido otro deseo que el de conseguir su último fin, no tuvo dificultad de descubrirse á él, que era su muy confidente, diciéndole: *sepa, Señor Dean, que no habiendo yo tenido nunca ningun apego al mundo, no siento el menor pesar en morir.* A la verdad, su espíritu estaba en una quietud perfecta, y completamente sin aquellas angustias que tanto lo habian affigido en otro tiempo. Tal es la Providencia admirable de Dios, que aquellos hombres justos y santos, que han tenido en vida un temor saludable de la muerte, no la temen cuando ella está inmediata; y por el con-

trario, que quien ha acostumbrado apartar el pensamiento de ella, como de cosa melancólica y triste, para vivir á su antójo, tiemble de pavor, se horrorice y dèspere, cuando se encuentra en aquel terrible punto.

El mismo Victor Amadeo II. en los pocos dias que duró la enfermedad, fué á visitar á SEBASTIAN dos veces; ni quiso entrar jamás en su aposento, sin haber sabido primero si tenia gusto en recibirlo. La primera visita la hizo el 28 de Enero; y acercándosele lo abrazó y besó, y le dijo: *buenas tardes, mi amado Padre;* y deponiendo la Magestad de Soberano, teniendo necesidad de escupir, él mismo con sus manos le dió la escupidera, y le limpió con su pañuelo la boca, y le compuso la almohada; y porque el Hermano Juan Miguel mostraba respetuosamente resistir, y no querer permitir que semejante personage se abatiese á tal oficio, el Rey, con todo, quiso hacerlo, y familiarmente le respondió: *yo tambien sé hacer alguna vez de enfermero;* y deteniéndose poco tiempo á hablar secretamente con SEBASTIAN, despidióse de él, diciéndole: *á Dios, mi amado Padre, acuértese de mí.* La siguiente tarde volvió á la misma hora, y despues de haber saludado amorosamente al enfermo, y deteniéndose un momento á

solas con él, levantándose para retirarse, le pidió la mano diciéndole quería tocarle el pulso: sacóla fuera el Beato, y aquel religiosísimo Príncipe, haciendo como que atendia al movimiento del pulso, se inclinó, y reverentemente se la besó, y muy conmovido le dijo: *Padre Valfré, yo me encomiendo á mí, y á mi familia á sus oraciones.* El Santo viejo, lleno de confusion á estas muestras de honor y reverencia, no pudiéndolas impedir, manifestó como pudo la repugnancia con que las recibia; y fijando los ojos en su Soberano, le dijo: *siempre he rogado á Dios en toda mi vida por V. A. R. y por su familia; y ahora le prometo que seguiré haciendo lo mismo aun despues de la muerte.* En seguida, con voz no de moribundo sino de sano prosiguió: „compadezca V. A. y procure „aliviar las miserias de sus súbditos, oprimidos „tanto tiempo há de las dilatadas guerras: procure entenderse siempre y estar unido con el „Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo, si desea „que Dios lo felicite á sí, á su Real familia y „á su Estado;” á lo que él contestó: *sí, mi Padre, sí;* y despidiéndose luego con las lágrimas en los ojos, que no pudo contener, entró en la Iglesia á recibir la bendicion del Santísimo Sacramento, como lo habia hecho el dia anterior.

Al cuarto dia de enfermedad, habiéndose confesado muchas veces, recibió VALFRE el Santísimo Viático con singulares sentimientos de fervor y de piedad. En esta ocasion, por haber acompañado al Sacramento, habian entrado todos los Padres juntos á su aposento; entónces él, queriendo en sus últimos instantes hacer un acto particular de humildad dijo: *pido perdon á Dios de mis gravisimos pecados, y á vosotros, mis respetabilisimos Padres, pido perdon de los malos ejemplos que os he dado: os ruego de co-razon que oreis por mí.* La noche siguiente, antes de recibir el Santo Oleo, pidió ser bendecido con la Corona de S. Felipe, y á esta bendicion quiso que precediesen las Letanias de la Santísima Virgen Maria y otras oraciones; á todas las cuales respondió siempre de manera que causaba el llanto de cuantos se hallaban presentes, y terminó con aquella jaculatoria de que usaba con mucha frecuencia, *sea Dios alabado.* En seguida se le ministró el santo Oleo, y en ese tiempo no hizo otra cosa que rezar devotas preces, sin manifestár jamás la mas pequeña turbacion; de la cual especialmente dió grandes muestras el P. José Domingo Canonici á quien tocó administrársele; y de igual modo se manifestó en todos los demás Padres y Hermanos reunidos á ese acto.

Concluido este acto, llorando todos con suma ternura, lo abrazaron con grande amor. Y SEBASTIAN, como si saliese de la cárcel y volviera á casa, muriendo tranquilamente y con grande confianza, amonestaba á todos á crecer en el fervor y caridad para con el prójimo, y sobre toda cosa les encomendaba el mantener zelosamente el buen nombre de la Congregacion. Y dando fin á sus palabras, el Padre Canonici, llorando todavia, le dijo: *Padre Preposito, todos nosotros de corazon le pedimos perdon de los disgustos que muchas veces le hemos dado; y no pudiendo proseguir el discurso, ahogado por los sollozos, se calló. Despues, como pudo, continuó diciendo: nosotros queremos ahora pedirle una gracia, esto es, que nos dé su bendicion. A tal súplica, contestó el Santo viejo: voluntariamente como Preposito os la daré; y dando primero una mirada de amor y de ternura sobre todos, levantando un tanto la mano: (la debilidad no le permitia mas); y haciendo sobre ellos la señal de la santa Cruz, con voz sofocada é interrumpida por la ánsia, dijo: benedictio Dei Omnipotentis descendat super vos, et super exercitia vestra. In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti. Amén.*

Se creía por los médicos y por los demás,

que en la noche pasaria al eterno reposo; pero la mañana siguiente, fiesta de San Francisco de Sales, su particular Abogado, contra la comun espectacion, (no solamente segun lo habia predicho) fué hallado vivo, sino aun con alguna mejora; por lo qual quiso alimentarse de nuevo con el Pan de los Angeles. El Portero de casa debia dar limosna de cuenta de SEBASTIAN en dinero á los pobres que ocurriesen á pedirla: cuando habia distribuido alguna cantidad, le daba aviso, y al momento era reembolsado. Hallábase entónces acreedor á cierta suma; pero viendo que el enfermo estaba muy agravado, no se atrevió á decirle palabra; pero entrando en ese mismo dia á visitarle, apenas lo vió VALFRE entre los otros, lo llamó, le hizo tomar su bolsa, y sacar medio escudo de francia, valor de un poco mas de lo que le debia, y le dijo: *tomad este dinero que os debo: ahí sobra una pequeña vagatela; dadse la á los pobres.* Pasmóse el portero no solo de ver que el Beato, aun reducido á aquella estremidad, pensaba en todo, sino porque conocía tan puntualmente la cantidad que le debía; cosa que él no habia manifestado á ninguno. Lo restante de aquel dia lo pasó el enfermo en un extraordinario recogimiento, disponiéndose con frecuentes actos

de dolor y de amor á la consecucion de la gloria, á la que Dios lo esperaba en el dia siguiente. En la noche el mal se aumentó sobremañera, de tal suerte, que el humor que le embarazaba fuertemente el pecho, parecia querer sofocarle; y tal fué la contraccion que sentia, que una vez se le oyó decir: *ya no puedo mas*. Media ahora antes que espirase, el Padre Emmanuel le preguntó ¿si queria la absolucion Sacramental? inclinó él al punto la cabeza, y dijo que sí. Habiéndola recibido entró en agonia, la que fué sin turbacion, sin convulsion, sin ninguna señal de afán ó de terror; sino que con suma tranquilidad de espíritu y serenidad de semblante pasó de esta vida y voló su alma al cielo, á las ocho de la mañana del 30 de Enero de 1710, siendo de edad de ochenta años diez meses y veinte y un dias.

Luego que supo su muerte el Rey Victorio, manifestando íntimo sentimiento, como si hubiese acaecido una gravísima desgracia al Estado, dijo: *yo he perdido un grande amigo, la Congregacion un grande apoyo, y los pobres un grande protector y padre*. Toda la Corte dió señales indudables de su pesar, y todos los ciudadanos mostraron su afliccion. Trasladado el cadáver una hora despues á la Iglesia, toda la

ciudad, por decirlo así, ocurrió á ella gritando todos á una voz: *ha muerto un gran Santo*. Viendo los Padres que la muchedumbre cada vez crecia mas, pensaron, para impedir los desórdenes que siempre suelen sobrevenir en las grandes concurrencias, ponerse ellos mismos por turnos á guardar el cuerpo, llamando además en su auxilio un buen número de soldados. Pero todo fué nada. Tan luego como por Turin se supo la noticia, se multiplicaba el concurso del pueblo, sin poder contenerle: todos querian ver á su amigo, á su padre y bienhechor; y acercársele unos para besarle las manos, otros los pies; ó para hacerle tocar coronas y medallas, y aun para cortarle los vestidos y cabellos; no faltando quienes le quitasen los bonetes, que muchas veces fué necesario ponerle. El concurso, sin disminuir en nada, duró así todo el dia. Habiéndose logrado, entrada la noche, el retirar al pueblo, determinaron los Padres, para no ser tan perturbados, hacer el dia siguiente sus funciones, decir las Misas y administrar los Sacramentos en el Oratorio Parvo, y manteniendo cerradas las puertas de la Iglesia, introducir en ella solamente por la parte interior las personas mas respetables. Así fué establecido; pero la cosa sucedió de muy di-

versa manera. Publicada tanta virtud suya, acompañada de las maravillas de tantos prodigios de curaciones que entónces se iban repitiendo, de tal suerte conmovieron á la gente, que mas de dos horas ántes de amanecer, toda la ciudad, por decirlo así, se habia reunido en la plaza, y golpeando fuertemente, gritaban se les abriese para adorar, así decian, *al Santo*. Fué necesario en aquella hora abrir todas las puertas de la Iglesia, que en un momento se llenó de gente; la cual no disminuyendo nada; (y era pasado el medio dia); fué pensado, para hacerla terminar, dar sepultura á aquel bendito cuerpo. Diéronse las órdenes correspondientes; pero mientras mas se querian cumplir, la multitud reunida, no respetando ni á los Padres ni á la fuerza armada, se resistió y opuso en su contra. Hallándose las cosas en estos términos, se presentó el Vicario general Pedro Antonio Trabucco, diciendo ser orden del Arzobispo que se permitiese aquella satisfaccion, dejando expuesto al Siervo de Dios hasta concluir la tarde. Dijo además, que las extraordinarias demostraciones de toda la ciudad, y las manifiestas virtudes de VALFRE, exigian que ántes de sepultarle se reconociesen con acto público; por lo que el Señor quisiese disponer de él; y que con

tal fin volveria en la noche con el Secretario de la Curia Arzobispal. Así fué hecho. Cerradas á fuerza las puertas como el dia anterior, fué reconocido el cadáver nada desfigurado, sino tal cual era en vida, de semblante amable, con las manos manejables y flexibles, las que con gran ternura y reverencia le fueron besadas por los concurrentes y el Vicario; el cual hizo dár fé de aquel acto por el Notario Juan Grossó, en presencia de testigos respetables. Fué depositado el cadáver en una caja de encino, dentro de la cual se puso una lámina de plomo, en que se escribió su nombre, edad, el dia de la muerte y de la sepultura; y despues, cerrada la caja y sellada en muchas partes con el sello Arzobispal; para defenderla de la humedad fué colocada dentro de otra caja, tambien de encino, la que fué conducida á la bóveda destinada á la sepultura comun de los Padres de la Congregacion.

Y habiendo yo hallado en las deposiciones hechas en los procesos algunas visiones admirables que se cuentan de él, me parece conveniente y justo referir algunas; porque sin duda que Dios de esta manera ha querido manifestar siempre mas la santidad de SEBASTIAN, y tambien hacer conocer la bondad de los que fueron dignos de obtenerla.

En el día que él pasó de esta vida, el Sacerdote Juan Bautista Oberto, confesor de las monjas de Santa Clara en Cariñano, celebrando la santa Misa, luego que llegó al ofertorio, vió, casi enagenado en una vision, al Siervo de Dios, que le parecía que despues de una breve agonía entregaba el alma al Criador. Esta enagenacion de sentidos no fué tan ligera. Mirando las monjas que se dilataba tanto en la misa, temieron que pudiese haberle sobrenenido algun mal; por lo cual apenas concluyó el sacrificio, quisieron saber cómo se sentía, y cual era el motivo de aquella escesiva tardanza? El, descubriendo su corazon, refirió la *distraccion* (así la llamaba) que había tenido: mas claro, manifestó cuanto Dios le había hecho ver. No haciendo él gran caso de lo sucedido, y ni aun dudando, quiso al momento conducirse á Turin é informarse del estado de VALFRE, y llegando á apearse á nuestra casa, se informó haber muerto cerca de las ocho, esto es, en aquella hora puntualmente que él había suspendido el divino Sacrificio, para hallarse presente á su dichoso tránsito.

Tambien conoció la muerte del Beato con luz sobrenatural Carlos Antonio Vacchetta, Sa-

cerdote de las Misiones de Turin, hombre de singular virtud, muerto en fama de santidad. Estaba él actualmente en la clase dando la leccion de moral, cuando, interrumpiéndola derrepente, dijo, *rezemos tres Padre nuestros y tres Ave Marias por el P. Valfré, que está ahora en agonía; y pasados pocos momentos añadió: ¡dichoso él, ha volado al Paraiso!* En efecto, dentro de poco llegó la noticia.

Habian pasado, desde el momento de la muerte de SEBASTIAN, como veinte y cuatro horas, y todavía nada se sabia en Verduno, cuando volviendo de un mortal síncope Juan Valfré, sobrino por parte del hermano del Beato, dijo á su muger, *ha muerto nuestro buen tio, y no me lo habeis dicho.* Pero ella respondiendo que no lo sabia, le preguntó cómo podia decir esto? A lo que replicó el enfermo: *ayer ha venido á visitarme, y despues de haberse detenido un poco aquí, lo ví todo resplandeciente levantarse sobre las nubes.* La muger y los demás domésticos tomaron la cosa por un delirio de enfermo; pero llegado que fué el triste anuncio, conocieron que puntualmente había muerto el día antes.

## CAPITULO XXIV.

*Del crédito y concepto de Santidad en que fué  
tenido en vida y muerte el B. Sebastian.*

Por mas empeño que tomase el humildísimo Siervo de Dios SEBASTIAN VALFRE, para no hacer aparecer sus singulares virtudes, y por mas diligencia que pusiese en esconder los sublímimos dones con que lo privilegiaba el Señor; no obstante esto, sus santas obras, sus apostólicas fatigas, y las gracias que por sus ruegos obtenian de Dios sus devotos, no podian desconocerse; ántes se divulgaron de manera, que se hicieron admirables no solo en Turin, sino (ya lo hemos dicho otra vez) en todo el Estado y en los países estrangeros. El era universalmente tenido por ejemplar de los Sacerdotes, el Apóstol del Piamonte, y otro S. Felipe Neri. Esta era la opinion que se tenía de él, así por el pueblo, como por los personajes mas esclarecidos de aquel tiempo.

Habiéndose dirigido á Roma por el año Santo de 1700 el P. Mauricio Ricardi, y presentádose á besar el pié á Inocencio XII. de parte del P. VALFRE, el Pontífice mostró su-

mo agrado en recibir este acto, y dijo muchas cosas en alabanza de SEBASTIAN. Los mismos sentimientos manifestó tambien Clemente XI al Archipreste de Castino Juan Lorenzo Uverti. „Cuando estaba vivo; (asi habló este Papa); el „buén Cardenal Colloredo, si el P. VALFRE te- „nia necesidad de Nos, se servia de su media- „cion; pero muerto dicho Cardenal, no hemos „recibido mas ninguna peticion suya. Decid pues „a nuestro nombre á aquel virtuoso é incan- „sable Sacerdote, que en deseando alguna co- „sa nos escriba directamente, que queremos dar- „le gusto en todo, sabiendo lo que hace en „bien de la Santa Iglesia; y llevadle nuestra „bendicion.”

Lo estimado que era del Sagrado Colegio de Cardenales, claramente se conoció cuando debiéndose mandar por la Congregacion de *Propaganda* un Vicario apostólico á Inglaterra, fué electo un tal Gerardo Saltmart, apenas se entendió que merecía la recomendacion del P. VALFRE; á quien asi le fué escrito á nombre de la misma Congregacion por el Cardenal Caprara. „Como entendieron los Cardenales que „V. R. proponía por Vicario apostólico al Se- „ñor Saltmart, sin buscar otros requisitos en él, „quisieron que fuese electo con preferencia á

„cualquiera otro; de tal suerte, que aunque yo  
„mismo hubiese tenido que proponer alguno,  
„debi callar. Por su causa, venerabilísimo P.  
„SEBASTIAN, la propuesta del Cardenal Collo-  
„redo fué luego aceptada y plenamente aproba-  
„da de su Santidad, cuando se le hizo relacion.”

Juan Bautista Basso, Obispo de Anagni, á  
3 de Diciembre de 1720 dió este testimonio.  
„En el tiempo que permaneci en Turin tuve  
„el consuelo de ver muchas veces al P. SE-  
„BASTIAN VALFRE, de quien habia oido en tan-  
„tos lugares los mayores elógios por las gran-  
„des virtudes que lo adornaban. Los Curas de  
„todo aquel Estado conferian con él los inte-  
„reses espirituales de sus Parroquias, alcanzan-  
„do oportunos y santos consejos para su tran-  
„quilidad y en beneficio de las almas confia-  
„das á ellos. Los Obispos, los Arzobispos y las  
„personas de primer rango recurrían á él pa-  
„ra recibir buena direccion en todas sus cosas.  
„Pero dejando de contar todo lo que él obra-  
„ba en bien del prójimo, bastará saber, que  
„eran tantas y tales sus fatigas, que con to-  
„do derecho se le podía llamar el Apóstol del  
„Piamonte; como ya era llamado de muchos.”

Tomás Maria Morelli, Presbitero que ha-  
bia sido del Oratorio de Roma y despues Ar-

zobispo de Urbino, así escribía de él á los 8  
de Mayo de 1722. „Me acuerdo de haber ob-  
„servado frecuentísimamente al P. VALFRE de  
„tal manera inmoble en la contemplacion de  
„las cosas celestiales, que parecía un Serafin.”  
Y en otro lugar. „¡O cuan encendidas eran del  
„divino amor sus palabras: cuánto sus cartas:  
„y qué zelo no resplandecía en sus ojos! ¡Qué  
„cosas no habria hecho para reparar una ofen-  
„sa de Dios: y qué opresion de corazon y  
„qué desmayos no sentía, cuando era imposible  
„impedirla! Sus ordinarias enfermedades prove-  
„nían de la mortal amargura que sufría al ver  
„ultrajado á su Dios; por esto su vida bien  
„podía llamarse un continuo holocausto de ca-  
„ridad, toda empleada en Dios ó por Dios en  
„bien del prójimo.” Y, finalmente, tambien en otro  
lugar añade: „no podía oirse predicar, sin que-  
„dar compungido; y aunque no lo hiciese con  
„sublimidad de estilo sino con llaneza y sim-  
„plicidad, sus palabras eran vivas y eficaces, y  
„mas penetrantes que una espada de dos filos.  
„Jamás tuvo cerradas las entrañas en las nece-  
„sidades del prójimo: los pobres lo reconocían  
„por padre, los affigidos por ángel consolador,  
„y haciéndose siervo de todos para ganarlos á  
„todos, jamás hubo cosa que hubiese podido en

„lo mas mínimo entibiar su zelo. No solo en „todo el Piamonte, sino en Roma y en otras „ciudades de Italia en que he estado, general- „mente se aseguraba que tenía espíritu de pro- „fecia, el don de milagros, etc. etc.”

Carlos Emanuel II tenía tal estimacion á SEBAS- TIAN, que en Junio de 1675, habiéndose enferma- do de muerte, lo mandó llamar, y le ordenó no apar- tarse de su cabecera hasta que hubiese espirado.

Nada agregaré á las cosas ya dichas de Victorio Amadeo, sino que á él se refería aun en el gobierno civil del Estado, no teniendo di- ficultad en variar de parecer, cuando hallaba oposicion en SEBASTIAN. Habia pensado poner una cierta gabela sobre el aceyte de Olivo; y sabido esto por VALFRE, corrió al momento á su presencia, y habiendole demostrado con mucho zelo, que su disposicion cedía en perjuicio de las Iglesias y de las Ordenes de mendicantes, el So- berano depuso aquel pensamiento, del que ya no habló mas. De este hecho da fé Aycardi, Prior de Virle. Conservó despues siempre viva su me- moria, y animó á los Padres á emprender la causa de su beatificacion, la que luego que fué comenzada, preguntaba casi diariamente las no- ticias; queriendo ser informado menudamente de todo; empeñándose para que pronto se termina-

se el proceso; y su consorte, cuando iba á visi- tarla el Beato, fué vista ponerse en pié, salir- le al encuentro con señales de veneracion, y aun levantarle la cortina; las cuales demostraciones de estimacion y respeto de semejantes Perso- nages ácia nuestro Beato, si á alguno no le pa- reciesen demasiadas, agréguelas á otras muchas ya referidas en muchos lugares anteriormente: las cuales, esto es, las que le dieron las rea- les Princesas Maria Adelayda y Maria Luisa, que hasta la muerte lo miraron como á su An- gel tutelar, y la del Cardenal Colloredo, y de los Arzobispos de Turin y Nuncios Apostólicos, todas intento callar, para no tener que repe- tir lo que en el discurso de esta Vida hemós visto en tantos Capítulos.

Esta altísima reputacion en que estaba el Beato entre los grandes, la gozaba (y acaso mayor), con el bajo pueblo de Roma, de Bo- lonia, de Venecia, de Florencia, de Génova y Milán, por no hablar de los nacionales; así es que el Marqués Gaspar Maria Morozzo, Em- bajador que fué á la Corte de España, y el Conde Carlos Manuel Balbis de Vernon, Em- bajador á la Corte de Francia, atestiguan ha- ber oido hablar de VALFRE con una veneracion, como de Santo, en Madrid y en Paris.

Y á la verdad, como á Santo recurria á él la gente, visitaba su sepulcro, llevaba sobre sí su Imágen, y veneraba cualquiera reliquia suya. „Yo he estado; (así habla el ya referido „Hermano Calvetti, como consta en el proce- „so); yo he estado muchas veces á visitar el „sepulcro del Siervo de Dios, el P. SEBASTIAN „VALFRE, yá solo, y yá acompañado de Sacer- „dotes y con seculares, con el fin de encomen- „darme á él, como he visto han hecho los otros „arrodillándose delante de su depósito. Me acuer- „do haber ido tambien con algun Obispo, y una „ocasion con un jóven, cuyo nombre no re- „cuerdo, el que me dijo haberse conducido á „visitar el sepulcro de VALFRE, para cumplir „un voto que habia hecho estando esclavo en „poder de Turcos; en cuya ocasion se le habia „encomendado con la promesa solemne de ve- „nirle á visitar, si le sacaba de aquella esclavitud: y la libertad, decia él haber conseguido prodigiosamente, reconociéndola debida á „la intercesion del Siervo de Dios.”

Tambien el Párroco Juan Bautista Buscati hace esta deposicion. „Yo he bajado á visitar el lugar de la sepultura del Siervo de Dios „SEBASTIAN VALFRE, para encomendarme á él, „y he encontrado muchas veces allí; (aunque

„el lugar es incomodísimo); á varias personas „que hacian lo mismo. Entre otros recuer- „do que el Marqués de Prió, despues de haberle hecho sus ruegos, pidió el retrato, que „besó en mi presencia con grandes sentimientos de devocion. Hasta el año de 1719, en „que yo he estado en la Congregacion, he visto personas muy distinguidas por su nacimiento, por su dignidad y saber, ir á la bóveda „de la Iglesia para hacer oracion ante el sepulcro del mencionado VALFRE.”

Finalmente, tal es el testimonio de otro respetable sugeto. „La fama de la santidad de este „Siervo de Dios, no solo se mantuvo despues „de su muerte, por aquel tiempo que el cadáver estuvo expuesto en la Iglesia pública, sino que se mantiene y persevera viva hasta „el presente, como si fuesen pasados pocos dias „y no muchos años desde que murió. Todos solicitan alguna memoria suya, retratos en estampa, en pintura, y reliquias, y se desea generalmente su Beatificacion y Canonizacion. Las „personas mas respetables por su nobleza, dignidad, virtud y letras, le conservan la misma estimacion. Casi todos los Obispos del Piamonte y de la „Saboya, con quienes he hablado del P. SEBASTIAN, todos me han hecho grandes elogios de

„él, y han manifestado profesarle profunda veneracion. Pero ¡qué! en Milán, en Bolonia y en otras ciudades he oido hablar de la virtud y santidad de este Siervo de Dios; y lo notable es, que en lugares tan diversos no he oido jamás una sola palabra en contrario.”

Por este general crédito de la santidad de SEBASTIAN, así en vida como despues de muerto, apoyado de sus luminosas virtudes, aumentado por sus sobrenaturales dones, constante y universalmente mantenido por el recto juicio de hombres sábios, y nunca disminuido ni por contraria opinion, ni por el discurso del tiempo, finalmente se determinaron los Padres á emprender la causa de su Beatificacion. A lo que se debe agregar, que en cosa tan grave é importante, no obraron los Felipenses de propio impulso, sino fueron solicitados á hacerlo por repetidas instancias de personas de autoridad, y del mismo Victorio Amadeo: ni se manifestaron precipitados en obrar; pues ántes fueron al contrario acusados de demasiada lentitud y aun de descuido; porque habian pasado largos diez años de su muerte, y todavia no habian dado paso para conseguir una cosa, que así como era de gloria de Dios y de alabanza de VALFRE, así se convertía tambien en honor de todas las Congregaciones.

## CAPITULO XXV.

*De los milagros que hizo el Beato Sebastian despues de su muerte.*

Para probar cuanto pudiese el B. SEBASTIAN, estando aun vivo, delante de Dios, hemos referido en dos Capítulos muchas gracias recibidas de sus devotos por su intercesion; y ahora, para dar á conocer mucho mas su santidad y poder, es conveniente contar algunos de tantos milagros, como Dios se ha servido obrar despues de su muerte, principalmente los dos que fueron calificados de tales por la Sagrada Congregacion de Ritos.

Sor María Felix Panuzia, del monasterio de Santa Pelagia de Turin, fué acometida de parálisis á fines de Noviembre de 1709, y permaneció valdada completamente del lado izquierdo, y tan débil del derecho, que no podía moverse sin ayuda agena. Siendo vieja de setenta y un años, y estando en invierno, habia pocas esperanzas de su curacion. Estaban para cumplirse dos meses desde que se hallaba en aquel triste estado, cuando habiéndole dicho que se habia enfermado de muerte el P. VAL-

„él, y han manifestado profesarle profunda veneracion. Pero ¡qué! en Milán, en Bolonia y en otras ciudades he oido hablar de la virtud y santidad de este Siervo de Dios; y lo notable es, que en lugares tan diversos no he oido jamás una sola palabra en contrario.”

Por este general crédito de la santidad de SEBASTIAN, así en vida como despues de muerto, apoyado de sus luminosas virtudes, aumentado por sus sobrenaturales dones, constante y universalmente mantenido por el recto juicio de hombres sábios, y nunca disminuido ni por contraria opinion, ni por el discurso del tiempo, finalmente se determinaron los Padres á emprender la causa de su Beatificacion. A lo que se debe agregar, que en cosa tan grave é importante, no obraron los Felipenses de propio impulso, sino fueron solicitados á hacerlo por repetidas instancias de personas de autoridad, y del mismo Victorio Amadeo: ni se manifestaron precipitados en obrar; pues ántes fueron al contrario acusados de demasiada lentitud y aun de descuido; porque habian pasado largos diez años de su muerte, y todavia no habian dado paso para conseguir una cosa, que así como era de gloria de Dios y de alabanza de VALFRE, así se convertía tambien en honor de todas las Congregaciones.

## CAPITULO XXV.

*De los milagros que hizo el Beato Sebastian despues de su muerte.*

Para probar cuanto pudiese el B. SEBASTIAN, estando aun vivo, delante de Dios, hemos referido en dos Capítulos muchas gracias recibidas de sus devotos por su intercesion; y ahora, para dar á conocer mucho mas su santidad y poder, es conveniente contar algunos de tantos milagros, como Dios se ha servido obrar despues de su muerte, principalmente los dos que fueron calificados de tales por la Sagrada Congregacion de Ritos.

Sor María Felix Panuzia, del monasterio de Santa Pelagia de Turin, fué acometida de parálisis á fines de Noviembre de 1709, y permaneció valdada completamente del lado izquierdo, y tan débil del derecho, que no podía moverse sin ayuda agena. Siendo vieja de setenta y un años, y estando en invierno, habia pocas esperanzas de su curacion. Estaban para cumplirse dos meses desde que se hallaba en aquel triste estado, cuando habiéndole dicho que se habia enfermado de muerte el P. VAL-

fre, olvidada ella de sí, se volvió á Dios, suplicándole se dignase volver la salud á aquel su Siervo, que gastaba toda su vida en servicio del prójimo: pero sabida su muerte, segura de que aquella alma habia pasado á la bienaventuranza, se le encomendó con fervor diciéndole: „Padre VALFRE, vos habeis sido siempre „un hombre santo; y por esto estando cierta de „que ahora estais en el Paraiso, si quereis po- „deis ayudarme, alcanzándome de Dios ó la sa- „lud, ó que muera en buena hora. Yo no os „hago esta súplica porque me canse de pade- „cer, no; sino porque me disgusta servir de in- „comodidad á estas mis buenas hermanas, mu- „chas de las cuales por asistirme faltan á los „actos prevenidos por nuestro Instituto.” El 31 de Enero, dia en que la enferma acaso con mas fervor que el dia ántes repetía su ruego, creció su mal, no dejándole en todas las veinte y cuatro horas el menor reposo. Al amanecer del 1.º de febrero sintió que la mano izquierda poco á poco adquiría movimiento, y lo mismo la pierna, y despues todo el lado; y lo que es mas prodigioso, que debiendo estar debilísima por su avanzada edad y por haber estado tanto tiempo en cama, con el movimiento sintió volverle las fuerzas de manera, que pudo cómodamente,

levantarse luego sin ayuda de nadie, y andar libremente por el monasterio, sin haberle quedado ninguna señal de la parálisis.

Dominga Luisa Fassi de Villafranca, en el Piamonte, de edad de diez y seis años, fué atacada el de 1734 de una fiebre gravísima, acompañada de convulsiones mortales que la redujeron á la última estremidad. Pero dentro de pocos dias, apaciguada tanta violencia, se cambió el mal en una fiebre lenta continua, que le duró desde mayo hasta setiembre; en cuyo mes volvió la enfermedad como habia principiado, y en el acceso de la fiebre las convulsiones eran tales, que la obligaban á tener las manos cerradas sin poderlas abrir de ninguna manera. Estaba además oprimida del asma, y tan contrahidos los músculos de la mandíbula inferior, que no podia ni aun abrir la boca. Pero lo que hacía temer mas á los médicos, era el haber perdido toda sensibilidad en las piernas, á lo que se agregaba no poder tomar ningun reposo. Con todos los mas fuertes remedios que se empleaban, iba empeorando la enferma, y un dia, privada aun de sentidos, parecía que estuviese agonizando, y era llorada como muerta por los suyos. En estos términos, un tio suyo que tenia consigo una imagen del Beato, de quien era de-

votísimo, se la puso sobre el pecho, diciéndole que se le encomendase, para que á lo menos le consiguiese la gracia de poder recibir el sagrado Viático. La enferma, (como despues manifestó) entendió la piadosa exhortacion, y encomendándose al Beato, le pareció oír que le respondía: *no dudes, tú comulgarás*. En efecto, dentro de poco, vuelta perfectamente en sí, pudo recibir el Pan de los ángeles. La buena Dominga mirándose oída en esto, dió las debidas gracias á SEBASTIAN, el cual le dijo interiormente, que no moriría de aquella enfermedad, y que el dia 27 de ese mes, ácia las ocho de la mañana quedaría sana de toda enfermedad, y podría levantarse al punto de la cama. Llena de fé la jóven, tuvo por firme lo que le decía el corazon; y dos dias ántes de su prodigiosa cura, aunque siempre hubiese continuado en venirle la fiebre con los acostumbrados síntomas, viendo á su padre muy afligido por ella le dijo: que en la mañana del prócsimo lunes, cerca de las ocho, estaría perfectamente sana; añadiendo: *mi querido Padre, creedme; pues si yo no estuviere cierta no lo diría*. El pobre Padre, que estaba traspasado de dolor, oyó con placer estas palabras; pero no les dió ningun crédito, pareciéndole la cosa del todo imposible.

En efecto, llegado que fué el lunes, fué reconocida por el médico nada mejor que de costumbre. Con todo eso, no dudando ella de lo que le habia inspirado VALFRE, le recordaba con santa simplicidad, que se aproximaba la hora. Y hé aquí, que la que no podia levantar un brazo por la gran debilidad, se sintió repentinamente recobrar las fuerzas: adquirieron movimiento las piernas, cesó del todo la fiebre; é incorporándose en la cama, pidió su ropa. La madre que estaba presente, no creía lo que miraba; y casi fuera de sí por el exceso del gusto, dijo á la hija: *pero ¿cómo? Pues qué, ¿es verdad lo que dijiste á tu padre?* Y poniéndose á preguntarle, ¿cómo habia podido pronosticar tan menudamente el tiempo de su curacion? Dominga la informó de todo por su orden: del consejo que le habia dado su tio: de su súplica al Beato: y de lo que él le habia dicho en el corazon. Entretanto, esparcida la voz en un momento por todas partes de este milagro, ocurrieron los médicos que la habian curado, y encontrándola libre de toda enfermedad, habiéndola dejado agravadísima en la mañana, atestiguaron con juramento: no poder ser la curacion obrada naturalmente, sino por virtud sobrenatural y milagrosa; tanto mas despues de

que la enferma fué observada sin ninguna de aquellas incomodidades, que suelen siempre acompañar la convalecencia de una larga y mortal enfermedad.

Sor Coleta Fassolis, Monja de Santa Clara de Alba, cayendo de lo alto de una escalera, se rompió una pierna, de cuyas resultas se le formó una llaga tan profunda, que tenía descubierta hasta el hueso. Despues de cuatro meses de una curacion dolorosísima, declaró el cirujano que la llaga era incurable. Luego que la Religiosa supo no tenía que esperar ya de los remedios humanos, pensó en ocurrir á los divinos; y echando fuera las vendas y los emplastos, puso en la parte ofendida una carta del Beato, con toda confianza en él; inmediatamente cesó todo dolor, y dentro de tres dias se encontró la pierna perfectamente sana.

Habia muchos años que Sor Maria Vescona, del monasterio del Santisimo Cristo, padecia acervísimos dolores de ciática, que horriblemente la atormentaban. Siendo el mal muy inveterado, y habiéndose empleado inútilmente muchos remedios, los cuales en lugar de producir alivio, parecia haber ocasionado mayor daño; por último, le dijo el cirujano, ser mejor abandonar toda curacion, para no irritar mucho mas la par-

te con peligro de quedar paralítica. Estaba por acaso entre sus compañeras Josefa Monetti, Religiosa de gran fé, la cual, teniendo compasion de la affigidísima enferma, tomó una carta que tenía del P. VALFRE, y llevándola á su lecho le dijo: „Sor Maria, tened ánimo; no os amilaneis; „pues si faltan los remedios humanos, nos quedan los divinos que son mucho mas eficaces y „poderosos. Esta carta que traigo aquí, ha sido „escrita de mano de aquel P. SEBASTIAN, Felipense, que murió en opinion de santidad, y ha „obrado tantos milagros. Habiendoos abandonado los médicos terrenos, volvámonos á los celestiales; tened fé, hermana mia: encomendaos „á él de corazon, para que á gloria del Señor „os alcance la salud. Aquí la teneis: yo os pongo sobre la parte adolorida este papel, con firme „esperanza de que Dios, por los méritos de „este su Siervo, ha de aligerar lo agudo de tantos dolores, para que podais, á lo menos, tomar „algun poco de reposo.” Dicho esto, y puestole encima aquella carta, la enferma, que por muchas noches no habia podido cerrar los ojos, tomó un placidísimo sueño, y al despertar se halló libre de todo dolor, y pudo luego levantarse y seguir con las otras Monjas los actos de comunidad.

Juan Jacobo Restaldo de Borgo Masino, acostumbraba rezar diariamente tres Padre nuestros y Ave Marias en honor del Beato, á quien tenia grande devocion: hallándose por el año de 1716 muy agravado de una cierta enfermedad, que era habitual en él, acompañada de fiebre continua y de molestísimo dolor de cabeza, le pareció un dia, despues de haber hecho á VALFRE la acostumbrada oracion, que lo veía delante con aquel su semblante de Paraiso; y su sola vista le causaba tal dulzura en el alma, que ya no sentía mas la enfermedad del cuerpo. ¡Cosa maravillosa! Vuelto de aquella vision ó vivísima aprension, si así la queremos llamar, realmente se halló libre de todos sus padecimientos. Pero no fué esta la única gracia que Restaldo recibió de SEBASTIAN: él mismo ha referido en el proceso otro favor no menos prodigioso. Por cierto pleito civil era él aborrecido de muerte por un hombre malvado y vengativo; y temiendo mucho sus asechanzas, al hacer un viaje por donde él residia, se encomendó antes al Siervo de Dios, para que le librase de todo peligro, y especialmente de las tramas de su rival: puéstose en camino, y distante ya algunas leguas de su patria, sintió por detrás de sí las pisadas de un caballo que corría á

rienda suelta: volvió la cara, y se vió cabalmente seguido del que tanto temía. Poseido de pavor, hallándose solo en el campo; y no teniendo ni lugar en qué ocultarse, ni arma con que defenderse, volvióse á su Abogado y Protector, y así le clamó: *ó alma bendita, este es el momento de ayudarme.* Dicho y hecho: el aire que estaba muy sereno se turbó en un momento, y se levantó un viento impetuoso, el cual haciendo negros remolinos, formó como una espesa nube en un prado inmediato al camino público. Conociendo él que aquel era el lugar seguro para su fuga, que le habia preparado la divina Providencia por la intercesion de VALFRE, se dirigió á él; y no siendo ya visto por su contrario, pudo libertar la vida.

Sor Cecilia, del monasterio de Santa Clara, en el año de 1721, el treinta y tres de su edad, por un ataque de apoplegia quedó con la boca torcida sin poder articular palabra, y toda valdada de un lado; por lo cual permaneció muchos meses sin movimiento en la cama: cuando se esperaba sacar alguna pequeña ventaja de los muchos remedios de que habia hecho uso, le repitió el ataque, se le torció mas la boca al grado de no poderla ya abrir, se contrajo mas de un medio gema la pierna del

lado valdado, y quedó como insensata, sin poder tragar ni un poco de caldo. El mal fué tenido al momento por totalmente incurable; pero, una mañana, la enferma estando como se ha dicho, fijó la vista en el retrato de VALFRE, que estaba colgado en las cortinas de su cama, y viniéndole á la memoria tantos milagros obrados por él, y habiéndole siempre tenido particular devocion, le rogó, no que la sanase (pues le parecia pedir mucho), sino que le alcanzase de Dios paciencia y resignacion en aquella gravísima enfermedad. Mientras así oraba, le parecia oír una voz interior que le decia, se levántase; pero ella no hizo caso, y por cerca de una hora estuvo distraida en otros pensamientos: y volviendo los ojos al retrato, oyó le decían, como ántes, que se levántase: mas ella no apreció tampoco esta segunda voz, como habia hecho con la primera. Finalmente, pasando mas tiempo, y mirando de nuevo aquella imágen, por tercera vez percibió aun mas claramente en su corazón se le decia lo mismo, añadiéndole, que estaba curada; queriendo Dios ser glorificado por medio del Padre VALFRE. Fué tan fuerte este tercer impulso, que no pudiendo casi resistirlo, quiso probar á incorporarse en el lecho, á sentarse y levantarse; y viendo que todo le salía bien, co-

noció el verdadero milagro, y arrojándose, al momento, dió gracias á Dios y á su Intercesor. Pero ocurrió aquí un incidente muy curioso, el cual parece necesario referir, y fué, que entrando en este momento en la enfermería Sor Clara Andrea, su tia, y viendo que la sobrina muy alegre le salia al encuentro con toda espedicion, en acto de querer abrazarla, asustada de aquella novedad corrió con precipitacion á encerrarse en su celda, creyendo á la enferma no curada, sino vuelta una loca furiosa. Sobrevinieron entretanto las otras Monjas, y conocido el milagro, quisieron saber como habia pasado; y referido todo á la superiora y á la comunidad, pasaron todas unidas á la Iglesia, donde la misma Sor Cecilia entonó el *Te Deum*, respondiendo las demás. Mandóse al momento por los médicos, los que viniendo al instante, y viendo sana á la Monja, declararon ser aquel un gran milagro. Sor Clara, vuelta en sí de su pavor, salió fuera, cuando oyó los gritos y las otras señales de alegría con que resonaba el monasterio.

Los dos primeros hechos referidos en este Capítulo, fueron diligentemente ecsaminados por la Sagrada Congregacion de Ritos el año de 1827, en el Pontificado de León XII, en el palacio del Eminentísimo Señor Cardenal Juan

Francisco Falzacappa, Relator de la causa del V. P. SEBASTIAN VALFRE: fueron despues ambos presentados á nuevo eexamen en la Congregacion de Cardenales, tenuta en el Vaticano bajo la Santa Memoria de Pio VIII á los 9 de Junio de 1829, tercer dia de Pentecostés; y, finalmente, propuestos de nuevo en la Congregacion general tenuta en el palacio Apostólico del Quirinal, á presencia del nombrado Sumo Pontífice el 22 de Abril de 1830, que cayó en el martes siguiente á la Dominica *in Albis*. Despues que el Ilustrísimo Virgilio Pescetelli, como Promotor de la fé, hizo doctamente toda la oposicion que creyó conveniente, fué reconocido que en las dos instantáneas y perfectas curaciones, concurrieron todas las señales para poderlas juzgar verdaderos y ciertísimos milagros. Pero en cosa tan importante y grave, aunque los Cardenales y los Consultores todos estaban concordes en su parecer, con todo eso, se abstuvo el Papa de proferir su juicio, queriendo todavia dirigir sus oraciones á Dios, por adquirir las luces necesarias para conocer mejor la verdad. Llegó entretanto la fiesta del Apóstol y Protector de Roma San Felipe Neri, y Pio VIII se determinó á manifestar en tal dia su mente y dar su Suprema sentencia. „Nos

„hemos escogido este dia; (así habla su Santidad) para llenar de nueva alegría á los Felipenses, y por estar juntamente persuadidos que „la gloria del V. SEBASTIAN remonta á la de „San Felipe, como la gloria de un hijo redundada en la del padre. Las reglas y el Instituto de San Felipe mostraron á SEBASTIAN el „camino mas facil y seguro para conseguir esta gloria, etc.” Hechos llamar, pues, ante sí á los Eminentísimos Cardenales José Albani, Secretario de Estado y Vice Prefecto de la Sagrada Congregacion de Ritos, y Juan Francisco Falzacappa, Relator de la causa, y con estos á los Ilustrísimos Pescetelli, Promotor de la fé, y José Fatati, Secretario de la misma Congregacion, despues de haber celebrado el divino Sacrificio, pronunció: que de los tres milagros propuestos, era cosa ciertísima y manifiesta que dos eran tales en tercer género; esto es, la instantánea y perfecta curacion de la Monja Maria Felix Panuzia, curada de la parálisis de todo el lado izquierdo y juntamente de la habitual debilidad del derecho; y la instantánea y perfecta curacion de Dominga Lucia Fassi, de una fiebre maligna asociada á una total parálisis de las piernas. „Cum itaque (vease como „habla el decreto) immaculatam obtulisset Hos-

„tiam Sanctissimus Dominus noster, accersitis ad  
 „se Reverendissimis Cardinalibus Josepho Alba-  
 „ni à secretis status Sacrorum Rituum Congre-  
 „gationis Propraefecto, et Joanne Francisco  
 „Falzacappa causae Relatore, necnon R. P. Vir-  
 „gilio Pescetelli, Sanctae Fidei Promotore una  
 „mecum infrascripto Secretario, rite pronuncia-  
 „vit: Ex tribus miraculis propositis constare de  
 „duobus in tertio genere; scilicet de secundo  
 „Instantanae perfectaeque sanationis coenobiti-  
 „cae virginis Mariae Felicis Panuciae, à Pa-  
 „ralysi totius sinistri lateris corporis, simulque  
 „ab asthenia, seu debilitate habituali lateris dex-  
 „teri: ac de tertio Instantanae perfectaeque  
 „sanationis Dominicae Luciae Passi, à feбри acu-  
 „ta maligna cum inferiorum artuum perfecta  
 „paralysi.”

El Beatísimo Padre Gregorio XVI quiso  
 terminar prontamente esta causa, y por esto  
 convocada la General Congregacion de Sagra-  
 dos Ritos en el día 27 de abril de 1831, y  
 propuesta la duda, de si, *existiendo la aproba-  
 cion de las virtudes en grado heróico, y de los  
 dos indicados milagros, se podia proceder con  
 seguridad á la Beatificacion del Siervo de Dios?*  
 Y aunque todos los Consultores que habian  
 ocurrido en gran número, dieron respuesta afir-

mativa; su Santidad, para asegurar siempre mas  
 el negocio, difirió su juicio al 26 de mayo, que  
 cayó en el jueves despues de la Dominica de  
 Pentecostés; y en aquel dia declaró: que *con  
 toda seguridad se podia proceder á la solemne  
 Beatificacion, á su debido tiempo;* como consta  
 del Decreto que insertaremos despues.

Esta es la Vida del Beato SEBASTIAN VAL-  
 FRE, que hemos procurado escribir con la ma-  
 yor brevedad y pureza. Parécenos á nosotros  
 estar seguros, de que el lector debe haber su-  
 mamente admirado las virtudes de este gran  
 Sacerdote; pero en particular manera las dos  
 que en él principalmente resplandecieron; esto  
 es, la Humildad y la Caridad. Este conocimien-  
 to puede facilitar en el ánimo el camino á la  
 imitacion; y este es el verdadero fruto que se  
 debe sacar de la lectura de las Vidas de los  
 Santos; porque si esta maravilla muere en sí  
 misma, sin producir algun bien, entónces nos  
 hacemos reos de una nueva culpa; es decir,  
 de haber hecho inútil un motivo eficaz para  
 nuestro aprovechamiento.

**FIN.**

# DECRETUM

## TAURINEN

DE BEATIFICATIONIS ET CANONIZATIONIS

VEN. SERVI DEI

SEBASTIANI VALFRE

PREBYTERI CONGREGATIONIS ORATORII

SUPER DUBIO

AN, STANTE APPROBATIONE VIRTUTUM ET DUORUM  
MIRACULORUM, TUTO PROCEDI POSSIT AD VEN.

SERVI DEI BEATIFICATIONEM?

**D**eus qui habitare facit unanimes in Do-  
mo, ut ei certatim deserviant, VEN. SEBAS-  
TIANUM VALFRE inter S. Philippi Neri Alu-  
mnos ab adolescentia vocavit; tantumque In-  
stitutorem ipse imitatus adeo virtutibus ex-  
celluit, ut in eis heroicam attigisse gradum  
affirmaverit Sa. Me. Pius PP. VI. De-  
creto edito Pridie Idus Aprilis, anni 1784.

*Integram Vitam ejusdem Ven. Viri usque ad senectam piis operibus insumptam pretiosa mors coronavit: memoria autem in benedictione jugiter permansit, et illius nomen exinde invocatum miseris atque aegris opem praebuit, ac restituit valetudinem, pluribus patratis miraculis; quorum duo praesertim apud Sacrorum Rituum Conventum iterum ac tertio consueta lance librata et perspecta Sa. Me. Pio VIII, decreto emisso Septimo Kalendas Junii superioris anni 1850, visum fuit approbare.*

*Attamen priusquam Christianae Fidei Heroes ad Altarium honores extollantur, consuetudine jamdiu receptum est, ut adhuc agitetur dubium «An, stante approbatione Virtutum et duorum Miraculorum, tuto procedi possit ad Ven. Servi Dei Beatificationem?»*

*Generalis itaque S. R. Congregatio coram Sanctissimo Domino Nostro GREGORIO PP. XVI. convocata fuit sexto Kalendas Maji currentis anni 1851, in Apostolico Palatio Quirinali, ubi Reverendissimi Cardinales Sacris Ritibus tuendis*

*addieti, aliique Patres Consultores frequentissimi adstiterunt, atque omnes concordés proposito Dubio Tuto procedi posse responderunt.*

*Quibus auditis SANCTISSIMUS DOMINUS de more Antecessorum suorum distulit supremam promere sententiam, ut interea Deo preces adhiberentur ad supernum lumen in re gravissima implorandum. Hoc vero tempore, quo Spiritus Domini replevit orbem terrarum, mentem suam patefacere statuit, ut S. Felippi Neri alumnos, ipsius memoriam festiva celebritate recolentes, pleno gaudio perfunderet, et glorioso VEN. SEBASTIANI exemplo magis magisque excitaret.*

*Quapropter Feria V. Pentecostes sacris peractis accersivit ad se Reverendissimos Cardinales Carolum M. Pedicini Episcopum Praenestinum S. R. C. Praefectum, et Joannem Franciscum Falzacappa Episcopum Albanensem Caussae Relatorem; necnon R. P. Virgilium Pescetelli S. Fidei Promotorem, meque infrascriptum Secretarium, ac rite decrevit «Tuto procedi posse*

ad Venerabilis SEBASTIANI VALFRE Beatificationem.»

*Hoc insuper Decretum evulgari, atque in Acta Sac. Rit. Congregationis [referri, necnon Litteras Apostolicas in forma Brevis de Beatificatione in Basilica Vaticana opportuno tempore celebranda expediri jussit. Septimo Kalendas Junii 1851.*

C. M. EPISCOPUS PRAENEST. CARD. PEDIANI PRAEF.

LOCO ✠ SIGILLI.

*Joseph Gaspar Tatati,*

S. R. C. SECRETARIUS.

## INDICE

### DE LOS CAPITULOS.



#### CAPITULO I

	Paginas
<i>Nacimiento del B. Sebastian: sus primeros ensayos de piedad y letras: su vocacion y promocion al estado eclesiástico.....</i>	7.

#### CAPITULO II.

<i>Entrada del B. Sebastian en la Congregacion del Oratorio de Turin: su observancia y caridad en el desempeño de los diversos oficios que se le confiaron.</i>	13.
---	-----

#### CAPITULO III.

<i>Toma por obediencia el B. Sebastian el oficio de confesor: su zelo y aplicacion en ejercitar este ministerio.....</i>	29.
--	-----

#### CAPITULO IV.

<i>Tareas del B. Sebastian en anunciar la palabra divina: manera con que lo ejecutaba: ilustraciones tenidas de Dios para anunciarla con fruto.....</i>	39.
---	-----

ad Venerabilis SEBASTIANI VALFRE Beatificationem.»

*Hoc insuper Decretum evulgari, atque in Acta Sac. Rit. Congregationis [referri, necnon Litteras Apostolicas in forma Brevis de Beatificatione in Basilica Vaticana opportuno tempore celebranda expediri jussit. Septimo Kalendas Junii 1851.*

C. M. EPISCOPUS PRAENEST. CARD. PEDIANI PRAEF.

LOCO ✻ SIGILLI.

*Joseph Gaspar Tatari,*

S. R. C. SECRETARIUS.

## INDICE

### DE LOS CAPITULOS.



#### CAPITULO I

	Paginas
<i>Nacimiento del B. Sebastian: sus primeros ensayos de piedad y letras: su vocacion y promocion al estado eclesiástico.....</i>	7.

#### CAPITULO II.

<i>Entrada del B. Sebastian en la Congregacion del Oratorio de Turin: su observancia y caridad en el desempeño de los diversos oficios que se le confiaron.</i>	13.
---	-----

#### CAPITULO III.

<i>Toma por obediencia el B. Sebastian el oficio de confesor: su zelo y aplicacion en ejercitar este ministerio.....</i>	29.
--	-----

#### CAPITULO IV.

<i>Tareas del B. Sebastian en anunciar la palabra divina: manera con que lo ejecutaba: ilustraciones tenidas de Dios para anunciarla con fruto.....</i>	39.
---	-----

CAPITULO V.

Paginas.  
De la fé del B. Sebastian..... 47.

CAPITULO VI.

De la esperanza y confianza en Dios del B. Sebastian..... 58.

CAPITULO VII.

De la caridad y amor de Dios del B. Sebastian..... 65.

CAPITULO VIII.

De la virtud de la religion del B. Sebastian..... 72.

CAPITULO IX.

Del ejercicio de la oracion del B. Sebastian..... 86.

CAPITULO X.

Del zelo de las almas del B. Sebastian.. 94.

CAPITULO XI.

Solicitud singular que tenia el B. Sebastian en la asistencia espiritual de los enfermos..... 102.

CAPITULO XII.

Limosnas del B. Sebastian á los Conventos, á los establecimientos piadosos y á los pobres de todo lugar y condicion.. 113.

CAPITULO XIII.

Paginas.  
Modo extraordinario con que el B. Sebastian hallaba limosnas y conocia las necesidades de los pobres..... 123.

CAPITULO XIV.

De la humildad del B. Sebastian..... 131.

CAPITULO XV.

Continúa el mismo argumento..... 144.

CAPITULO XVI.

De la obediencia del B. Sebastian..... 157.

CAPITULO XVII.

De la fortaleza, paciencia y mansedumbre del B. Sebastian..... 165.

CAPITULO XVIII.

De la pureza del B. Sebastian..... 179.

CAPITULO XIX.

De la prudencia del B. Sebastian..... 197.®

CAPITULO XX.

El B. Sebastian conoce las cosas ocultas, predice las futuras y cura á algunos prodigiosamente..... 216.

CAPITULO XXI.

*De otras curaciones milagrosas obradas en vida por el B. Sebastian.....* 233. Paginas..

CAPITULO XXII.

*De la prevision que tuvo el B. Sebastian del año y día de su muerte.....* 256.

CAPITULO XXIII.

*De la última enfermedad y muerte del B. Sebastian, y de algunas visiones que se tuvieron de él.....* 263.

CAPITULO XXIV.

*Del crédito y concepto de santidad en que fué tenido en vida y en muerte el B. Sebastian.....* 278.

CAPITULO XXV.

*De los milagros que hizo el B. Sebastian despues de su muerte.....* 286.

FIN DEL INDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UEM

OTE